



Destutt de Tracy

**Principios de economía política:
considerados por las relaciones que tienen
con la voluntad humana**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Destutt de Tracy

Principios de economía política: considerados por las relaciones que tienen con la voluntad humana

TOMO PRIMERO

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

CONDE DESTUTT DE TRACY,

PAR DE FRANCIA

EXCMO SEÑOR.

La traducción de los principios fundamentales de la economía política, ó mas bien de su tratado científico de la voluntad y sus efectos, no puede llevar á su frente nombre mas respetable que el de V. E. Este tributo es una deuda [VI] que a mucho tiempo tengo contraída con V. E. asi como la tienen de gratitud todos aquellos que saben apreciar sus trabajos y el inmortal edificio de filosofía racional que ha elevado adonde es preciso subir, segun la espresion de un sábio crítico para conocer los progresos que ha hecho la, ciencia de las ideas bajo su filosófica pluma.

En efecto V E. ha, demostrado que todos los conocimientos humanos se enlazan y sostienen unos á otros, y que parten de un centro único y comun, y en él, se resuelven. [VII] Estudiando al hombre desde que comienza á experimentar sensaciones, de las cuales nacen sus ideas, ha hecho del pensamiento un arte: ha descubierto una lengua universal que tiene su origen en la naturaleza misma de las facultades intelectuales: ha fijado con mano maestra las reglas seguras é invariables del racionio, fundado en el examen de la formacion y espresion de las ideas el arte de combinarlas y deducirlas; y nos ha enseñado a conocer la marcha natural y necesaria de la inteligencia humana, cuando no se interponen y la contrarían los vicios de la educacion ó las frecuentes preocupaciones [VIII] de la ignorancia: conocimiento que segun V. E. demuestra, es la base fundamental de todas las ciencias morales, económicas y políticas.

Después de manifestar cómo las ideas y de donde nos vienen: cómo una idea compuesta se resuelve en sus elementos, y cómo se reúnen muchas ideas simples para formar una compuesta: como de la reunión de muchas ideas simples pero individuales, nacen las ideas ya de clases ó de especies, ya de substancias, ya de modos y ya de seres reales, é intelectuales: cuáles son sus elementos, y la acción de nuestras facultades sobre estos mismos elementos, y [IX] finalmente el análisis ó la descomposición y distribución de las ideas, no ya por la relación que tienen con los objetos que las causan, sino consideradas en cuanto á su combinación y composición, ha deducido V. E. los principios del arte indispensable para guiar nuestro espíritu por el camino de la indagación de la verdad, y dado de este modo un sólido cimiento á todos nuestros raciocinios.

No es más que una la operación intelectual que los constituye, aunque tiene diferentes nombres llamándose, sensibilidad, cuando experimentamos sensaciones, memoria cuando nos acordamos de ellas, [X] juicio cuando percibimos las relaciones que hay entre las mismas percepciones ó sensaciones, y voluntad cuando formamos deseos; y esta operación única de sentir es el manantial de todas las verdades que podemos conocer por medio de la deducción: de modo que todas ellas consisten en hechos ó en impresiones recibidas ó en resultados deducidos de estos hechos, y así cuanto hace nuestra, mente se reduce a sentir y deducir; sobre cuyo fundamento ha establecido V. E. el fecundo principio de que las ideas no son los modelos de las que el origen de ellas adonde, debemos ir á buscarlas para conocer, [XI] los elementos de su formación, son las cosas mismas y las impresiones que nos causan.

Presentando después V. E. esta teoría de la existencia bajo otro aspecto, nos hace ver como el hombre se mueve por su voluntad: cómo obran sus facultades intelectuales, y cómo representa sus ideas por medio de signos vocales ó escritos, que es la gramática general. Establece los principios comunes á todas las lenguas: descompone los elementos de la proposición: recorre las divisiones de la sintaxis, y concluye examinando lo que sería una lengua perfecta en el sentido lógico.

Indaga V. E. cuál es la [XII] causa de toda certeza, y la encuentra en la certeza misma de nuestras sensaciones actuales, cuál es la causa de todo error, y la descubre en la imperfección de nuestros recuerdos; porque todos nuestros falsos raciocinios provienen de ver en nuestras ideas lo que no hay ó lo que no vimos, De aquí deduce cuál es la verdadera lógica y en qué consiste, haciendo ver lo poco que contribuye el estudio de las formas de raciocinar que tanto ocuparon a la escuela para discurrir bien.

Este es el grande edificio que V. E. ha elevado, creando casi todos los materiales de él, recogiendo, rectificando y [XIII] colocando en su orden natural los encontrados dignos de aprecio, desunidos y dispersos en los escritos de algunos filósofos que le precedieron; y por el método que ha seguido enteramente nuevo, obra del genio y de un espíritu vasto, ha abierto y despejado el camino que conduce á la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos.

Así cuándo pasa V. E. del análisis, del pensamiento ó de la expresión deducción y combinación de las ideas, al estudio de la voluntad y sus efectos, como que camina por el

mismo terreno, vuela por él y con igual seguridad. Presenta todas las ideas concernientes [XIV] á la formacion, distribucion y consumo de las riquezas, derivándolas de dos únicos principios que estan dentro de nosotros mismos y formando una cadena de verdades, cuyos eslabones estan estrechamente unidos entre sí; y no puede desconocerse la certerza del mas complicado y compuesto de ellos, una vez conocida la conexion que tiene con aquellos dos principios fundamentales. Descubre de paso y casi sin quererlo los errores capitales, que se han cometido en este vasto ramo de nuestros conocimientos: señala las causas é indica los escollos para preservarnos de ellos. Este es el único tratado científico [XV] que se conoce de la voluntad y sus efectos, y comprende en un órden admirable los principios mas sanos de la economía política, subiendo hasta el nacimiento de nuestras necesidades y poder, y de consiguiente al origen de los derechos que aquellas nos dan, y de los deberes que el ejercicio de este nos impone; porque la economía política, si se ha de hablar con precision, no es el estudio de los efectos de la propiedad, de la industria y de las causas que favorecen la creacion, aumento y acumulacion de las riquezas, sino mas bien la historia del uso de nuestras fuerzas para la satisfaccion de nuestras necesidades. [XVI] No era posible que el que había dado al hombre el conocimiento de sí mismo ó el de sus facultades intelectuales, y desembrollado el tenebroso caos de la antigua metafisica, dejase de caminar á paso firme por la ciencia de la economía.

Estos son los verdaderos títulos de la gloria de V. E. y en los que se funda la dedicatoria que le hago de la traduccion de esta obra. Hágosela con la pureza y desinterés, que son prendas de mi corazon, y no es mas que la espresion fiel de mis sentimientos de gratitud y aprecio. No soy de los que hacen de este oficio una especulacion, prostituyéndose [XVII] ante el ídolo de la grandeza y del poder, y dándole incienso de que no es digno: toda mi ambicion es difundir sus escelentes principios y hacer su doctrina universal, si es posible. V. E. mismo me ha dado el ejemplo habiendo dedicado su tratado de lógica a su escelente amigo Cabanis, entre otras muchas razones, «por lo muy útil, dice V. E. que le había sido su obra presentada al publico bajo el modesto título de Relaciones entre lo fisico y moral del hombre»; y los que creen que es alguna cosa saber pensar no ignoran que deben tanto a V. E. por los adelantamientos de la ciencia ideológica [XVIII] como a Cabanis por los de la ciencia fisiológica. Yo espero hacerlo ver algun dia á los que aun no lo saben, por medio de la traduccion de todos sus escritos.

Soy entretanto Señor Conde, su mas atento y reconocido servidor Q. S. M. B.

EXC.MO SEÑOR:

MANUEL MARIA GUTIERREZ. [XIX]

PROLOGO DEL TRADUCTOR

Despues de haber tratado Destutt Tracy de la ciencia logica, ó de la ciencia de la formacion, espresion y combinacion de las ideas, y trazado el plan de los elementos de ideología necesarios para darnos un conocimiento cabal de nuestras facultades intelectuales y poder fijar los primeros principios de todos los ramos de los conocimientos humanos que

no tienen otra base sólida que esta, divide sus elementos en tres secciones: 1.^a la historia de nuestros medios de conocer, ó lo que comunmente se llama entendimiento: 2.^a la aplicacion de este estudio al de nuestra voluntad y sus efectos, la cual completa la historia de nuestras facultades: 3.^a la aplicacion del conocimiento de estas facultades al estudio de los seres que nos rodean. La segunda seccion ó el estudio de la voluntad y sus efectos, debe contener tres partes: la I.^a ó la economia política, que es la que por ahora presento al público, trata de nuestras [XX] acciones: la 2.^a ó la moral de nuestros sentimientos; y la 3.^a ó la legislacion, del modo de dirigir nuestras acciones.

Debiendo dar una idea de esta obra, y de los motivos que me han determinado á su traduccion, despues de la del escelente tratado de economia política de Juan Bautista Say, que se acaba de publicar con las demas obras suyas, confieso francamente que no sé por donde deba comenzar; porque si hubiese de seguir la construccion de los prologos comunes repetiria mil cosas inútiles, esto es, comenzaria esplicando lo que es economia política, su importancia y necesidad, y los tardos progresos que ha hecho hasta nuestros dias: citaria los escritores ingleses, alemanes, italianos, franceses y aun españoles; y haciendo alarde de erudicion y de critica, compararia y apreciaria hasta los últimos quilates del mérito respectivo de cada uno, y concluiria con un largo y pesado elogio de la presente obra. Y al fin ¿qué habria hecho? Citar lo que acaso no hubiese leído, juzgar de lo que no entendiese, y aun quizás comunicar á otros mis errores y preocupaciones.

Hay ciertas verdades tan comunes, que aunque se deban esponer, debe hacerse [XXI] siempre rápidamente, por egemplo, ¿quien ignora lo que es economia política, su importancia y necesidad, siendo como es el estudio de los medios de nuestra existencia? ¿y quien podrá ignorar que es entre todas las ciencias de aplicacion la que ha hecho menos progresos?

¿Pero por qué una ciencia tan, necesaria como esta ha adelantado tan poco? ¿cuales habrán sido las causas de los antiguos errores? ¿cómo los podremos conocer y evitar? ¿cual es el verdadero camino que conduce al conocimiento de los hechos, ó cual el método de observarlos y estudiarlos? Estas son las cosas que merecen nuestra atencion y las que deben llenar un prólogo, que es una introduccion racionada para entender la obra.

«La gran dificultad que ha habido para adelantar en esta ciencia, dice Tracy, ha provenido ciertamente de no haberse seguido en su estudio el mismo método que en todos los demas ramos de los conocimientos humanos, y que es el único que nos indica la naturaleza, esto es, asegurarse antes de todo del verdadero valor, ó de la verdadera comprension y estension de las ideas, [XXII] y de la exactitud de su espresion, y cuando se dude de una ó de otra hacer una descripcion exacta de todos los elementos de la idea de que se trata, ó, por lo menos de todos los que importan al juicio que queramos formar; porque no tenemos otro medio mas eficaz que este para juzgar y precavernos del terror, y él abraza todos los necesarios para su entera egecucion.» Fuera toda prevencion: no mas que una observacion escrupulosa de los hechos, y sobre todo claridad y precision en esponerlos. Si los antiguos economistas hubieran comenzado por aqui, observando lo que quiere decir riqueza, lo que realmente aumenta las conveniencias y regalos del individuo, y los medios de fuerza de las naciones; cuales son los valores mas útiles, de donde salen y como se producen: si hubieran distinguido los estímulos que promueven pasageramente la

produccion, y los que directamente la favorecen; no hay duda que si libres de toda prevencion hubiesen reunido sus observaciones, y partido de un principio cierto, hubieran evitado mil errores á que necesariamente los ha conducido una compilacion indigesta de máximas que no se fundaban en una teoría cierta y completa [XXIII] ni tenian mas apoyo que algunas observaciones aisladas mas ó menos imperfectas; esa hidra, como la llama Tracy, de combinaciones complicadas, que se parece tanto á la verdadera ciencia como la astrología á la astronomía, y la alquimia á la química.»

De aqui nació forzosamente el language obscuro y misterioso que ha sido una de las causas mas poderosas de los antiguos errores en esta ciencia. La ciencia de las ideas está íntimamente unida á la de las palabras, porque nuestras ideas compuestas no tienen otro vínculo que reuna sus elementos que las palabras que las espresan y fijan en nuestra memoria; pero no es por este camino por donde han entrado en nuestras cabezas las ideas de la ciencia económica: hemos aprendido sus signos porque los hemos oido, y asi hemos aprendido las ideas por palabras, y en fuerza de las palabras; y de aqui los errores y las combinaciones falsas que hemos bebido de los economistas, y nuestra completa ignorancia sobre el encadenamiento de ciertos resultados.

Asi es que luego que algunos economistas conocieron que la ciencia consistia únicamente en el estudio y combinacion [XXIV] de los hechos, y aplicaron á él el método comun á todos los ramos de nuestros conocimientos, luego comenzó á disiparse la obscuridad, y descubrieron algunas pocas verdades que destruyeron parte de los antiguos errores. Despues la meditacion sobre estos mismos hechos les dieron conocimientos reales. Las observaciones se estendieron y multiplicaron hasta el punto de confirmarse recíprocamente y encadenarse de modo que forman hoy un cuerpo sólido de doctrina; y si todavía nos queda mucho por conocer es á causa de la misma ciencia y sobre todo de la limitacion del espíritu humano, el cual comienza en todas las cosas por las opiniones mas erróneas, y solo á fuerza de reformas sucesivas puede acercarse á la verdad; porque no hay mas que un camino que conduzca á esta, al paso que hay mil que lleven al error. Por lo tanto no es posible juzgar de las cosas sino á medida que se van conociendo todos sus pormenores y observándose por todos sus lados, y esto no puede ser sino obra del tiempo.

Hemos visto ligeramente la causa de los progresos lentos de la ciencia económica y de los antiguos errores; nos falta ver como se podrán evitar, ó como [XXV] se deberá estudiar la ciencia. Oigamos lo que dice Tracy en su escelente obra de ideologia: «Una ciencia es una série de juicios fundados en motivos sólidos é incontestables; pero los objetos aislados que son la materia de nuestros juicios, no son por lo regular simples impresiones, porque todas ó casi todas se componen de infinitos elementos que reunimos por medio de diferentes operaciones intelectuales. Por lo tanto es necesario subir hasta los primeros elementos de estas ideas: ver si tienen algo de cierto, y que es lo que tienen: llegar á un primer hecho de cuya certeza podamos estar seguros, de modo que sea la causa y la base de toda certeza, y que este primer juicio sea el fundamento de todos los demás; porque solo él puede ser absoluto, y todos los otros son por necesidad condicionales y relativos á este.»

«Pero cuando su ha establecido este principio con exactitud, entonces se puede facilmente demostrar la generacion sucesiva de nuestras ideas, la recíproca derivacion de ellas, la causa de su certeza, esto es, que son ciertas porque están encadenadas con aquel

primer principio evidente por medio [XXVI] de una serie de juicios enteramente verdaderos. Se podrá demostrar que todos nuestros juicios subsiguientes no son sino consecuencias de un primer juicio cierto, y que todos nuestros conocimientos consisten en un largo y continuado raciocinio que tiene una base solida.» Entonces es cuando se realiza el hermoso principio de Condillac, que todas las verdades son unas y se contienen en la primera. ¿Como será posible entonces el error?

Este es el camino que ha seguido inmortal Say para elevar la economía á una verdadera ciencia, el que sigue tambien Tracy en la presente obra, y el que nosotros deberemos seguir para aprenderla.

Sin embargo, la obra de Tracy no es un tratado de economia tan minucioso como el de Say, aunque sigue fielmente en toda ella el precepto de Condillac, esto es, anuncia sus pensamientos, dice lo que es necesario para probarlos desentendiéndose de las preocupaciones dominantes, seguro de que el tiempo acabará con ellas; y limpia de paso el terreno, porque no es posible edificar sobre un mal suelo. Asi es una analisis exacta de la ciencia, un hermosísimo [XXVII] bosquejo que no puede perfeccionarse, un cuadro que atinque se pueda estender, reducir, y aun llenar mil veces, basta él solo para representarnos claramente los obgetos. No consiste la ciencia en la abundancia de las ideas, sino en el severo encadenamiento de ellas; y sobre todo podemos aplicar á la economia con mas razon que a otra ciencia las palabras de Bacon: «Non plume addendae hominum intellectui, sed potius plumbum et pondera: no son alas las que necesita la inteligencia humana, sino suelas de plomo;» Porque todos nuestros errores han provenido de la ligereza de nuestros juicios, y del espíritu de sistema.

Este funesto espíritu de sistema es el que ha procurado evitar con sumo cuidado el autor de esta obra, persuadido, como él misino dice, «á que todo sistema es un romance, fruto del furor de dogmatizar, que estravia la razon haciéndola tomar fantasmas por realidades y cosas supuestas por cosas probada. Asi si se notare, añade, que mi obra es una esposicion clara de principios fundados en hechos, encadenados tan rigurosamente que su conjunto pueda llamarse un sistema, será el sistema [XXVIII] de la naturaleza; pero si hubiese observado mal algunos hechos, y roto la cadena que enlaza las ideas con su primer principio fundamental, entonces no habré escrito nada, ni habrá sistema bueno ni malo.» De esto juzgará el lector por el extracto raciocinado que voy á hacer de toda ella. Es el mejor elogio que puede hacerse de un escritor.

El autor comienza haciendo ver que la facultad de querer, ó la propiedad de estar dotados de voluntad, dándonos el conocimiento distinto de nuestro individuo, nos da necesariamente la idea de propiedad, y que asimismo es el manantial de todas nuestras necesidades y miserias, porque el ser indiferente seria forzosamente impasible. Tambien es la causa de todos nuestros medios y recursos, mediante el prodigioso poder que tiene para poner en accion nuestros órganos é imprimir movimientos a nuestros miembros, porque todo nuestro poder consiste en el uso de nuestras fuerzas físicas é intelectuales.

De aqui se sigue que todo ser animado tiene en virtud de las leyes de su naturaleza el derecho de satisfacer todos sus deseos que son sus necesidades, y el único deber de emplear sus medios [XXIX] del mejor modo posible para lograr este fin; porque como dotado de

pasion no puede ser condenado sino á sufrir lo menos que pueda, y como dotado de accion debe usar de su poder para disminuir sus dolores.

Manifiesta que el empleo de nuestras fuerzas, ó el trabajo, es nuestra única riqueza primitiva, el origen de todas las demas, la primera causa de todo su valor, y que aun el mismo trabajo tiene dos valores: el uno natural y necesario, que consiste en todo lo que es indispensable para la satisfaccion de las necesidades del ser animado que egecuta este trabajo mientras que está empleado en él; y el otro eventual y las mas veces convencional, el cual consiste en la mayor ó menor utilidad que resulta de este mismo trabajo. Finalmente hace ver que no hay otro medio de desempeñar nuestro único deber que emplear bien nuestros medios, y prueba que varía segun las circunstancias en que nos encontramos, ya cuando estamos en contacto con seres que no nos manifiestan el fenómeno de la sensibilidad; ya con otros que aunque animados, no podemos comunicar con ellos porque no los entendemos ni nos entienden; [XXX] ya finalmente cuando estamos en relacion con otros seres que aunque sean sensibles como nosotros, no podemos correspondernos completamente con ellos, ni de consiguiente hacer convenciones. En este punto comienza la verdadera sociedad, cuyo fin y motivo es aumentar el poder de cada uno.

Todo esto, que es sumamente precioso, me ha parecido conveniente extractarlo en las nociones preliminares, que van al principio de esta obra con unas advertencias muy necesarias para su inteligencia; porque en un tratado de principios económicos mirados por la relacion que tienen con la voluntad, no debia prescindir de estas primeras ideas.

Pasa el autor á hablar de los prodigiosos resultados del uso de nuestras fuerzas, de nuestro trabajo, de nuestras acciones, en una palabra, de las infinitas combinaciones que producen nuestros respectivos intereses, lo que tienen de útil ó de perjudicial para la felicidad de todos y de cada uno, y finalmente del mejor modo de dirigir nuestras acciones, lo cual acaba de completar la historia de la voluntad y sus efectos.

Prescinde de las diferentes especies de seres que componen el universo, ciñéndose [XXXI] a hablar de la especie humana; y examinando por una parte la organizacion del hombre, la propension natural é innata que tiene á simpatizar, y por otra la necesidad de la reproduccion y la dependencia del ser reproducido, y de consiguiente las relaciones sociales y morales que de aquí resultan; hace ver que somos naturalmente conducidos al estado de sociedad, que es nuestro estado necesario, dejando refutado completamente el error de Hobbes que sostenia que nuestro estado natural era el de aislamiento y guerra continua; aunque es probable que no lo pensase así una cabeza tan escelente como la suya, y que fuese efecto de la fuerte impresion que le habian hecho las calamidades que sufrió su patria por la larga y porfiada resistencia que hizo á la tirania de sus opresores.

Considerada la sociedad por el lado de las relaciones económicas es una serie incesante de cambios, ora se considere en sus principios bárbaros, ora en el colmo de la perfeccion; pero como estos cambios son voluntarios y libres, son siempre útiles á los dos contratantes; y esta multitud de ganancias individuales que se repiten cada día y cada [XXXII] instante, es la que compone el bien general, y la que poco á poco va creando las grandes maravillas de las naciones civilizadas y poniendo entre ellas y las tribus bárbaras de los salvages las barreras que las separan. Para hacerlo ver nos presenta el hermosísimo cuadro de una

nacion perfeccionada de algunos años atras, donde vemos la acumulacion inmensa de bienes que posee; los resultados prodigiosos de la industria y de la aplicacion de aquella parte de los trabajos de nuestros mayores que no necesitaron para vivir y que por fortuna no se enterró con ellos. Hace ver que la sola reciprocidad de servicios y el gran número de cambios son las únicas causas de estos admirables efectos, estudiando y distinguiendo las ventajas que deben naturalmente producir.

1.^a La reciprocidad de servicios, ó el trabajo de muchos hombres reunidos, es mucho mas útil que el de estos mismos trabajando separadamente.

2.^a Este trabajo comun facilita la estension de los descubrimientos importantes, aumenta las luces, y sirve para difundirlas: las observaciones de unos vienen á ser observaciones de todos: se conservan, acumulan y transmiten de generacion [XXXIII] en generacion, aun prescindiendo de los medios de combinacion y de accion que suministra el uso del language y de sus signos.

3.^a La reciprocidad de servicios permite que cada cual pueda aplicarse á la clase de trabajo que conoce, y en que está egercitado; pone a cada uno en el lugar que le corresponde, y de consiguiente se egecutan las obras con mas perfeccion, y establece por último la division de trabajo que ha llegado en las naciones civilizadas á ser una de las causas de su opulencia.

Los tres grandes beneficios de la sociedad ó de los cambios, que son imposibles de concebir en el estado de aislamiento, son pues concurso de fuerzas, acumulacion y conservacion de luces y division de trabajo. Dificil seria marcar la mayor ó menor importancia de cada uno de ellos; pero el autor parece inclinado á dar la preferencia á los dos primeros, fundado en que lo mas dificil en todos los ramos es dar a las cosas su verdadero valor, para lo cual es preciso conocerlas bien.

Si la sociedad es la causa de estos prodigiosos efectos, lo es asimismo del aumento y perfeccion que reciben cada dia [XXXIV] de la mano del hombre a lo menos cuando este no se obstina, en luchar contra el órden regular é inevitable de las cosas. En efecto, todo su poder no alcanza a crear ni a aniquilar una cosa, ni aun á concebir lo que significan estas palabras. Todo cuanto puede hacer mediante la accion que egerce sobre los seres que le rodean, ó mediante el egercicio de sus facultades, es mudarlos de forma ó de lugar; y asi todas las operaciones de la naturaleza y del arte se reducen á estas trasmutaciones, que dan ó aumentan el valor á las cosas, creando ó aumentando en ellas su utilidad con respecto á nosotros. Esto es todo lo que hace el hombre, y lo que no podria hacer con tan buen suceso fuera del estado social.

Toda operacion que contribuye á dar utilidad á las cosas, ó hacerlas propias para nuestros usos, es lo que llamamos produccion; y de consiguiente hay dos especies de operaciones ó de trabajos: productivos é improductivos. Este es el verdadero fundamento de la economia politica, y por donde debiera haberse comenzado su estudio para evitar mil preocupaciones y errores.

De este principio general deduce dos [XXXV] consecuencias muy importantes, que no siempre han sido conocidas: 1.^a son verdaderos productores: los que estudian las leyes de la naturaleza, y aprenden el uso que debe hacerse de ellas para dar utilidad á las cosas ó para aumentar la que tienen, acercándolas á los que las necesitan: los que auxilian estas leyes, cooperan con ellas y las dirigen para nuestro propio bien. Asi tan productor es el labrador que siembra su grano como el pescador que echa la red, el minero que estraee el metal de la mina, y el que le transforma y trabaja; y de consiguiente no hay mas clase ociosa que la que vive del producto de trabajos anteriores que alquila: 2.^a no interviniendo la naturaleza de un modo particular en la agricultura ni dándonos esta todo lo que necesitamos no es el único manantial de nuestros bienes, ni tampoco es mas productiva que las demas industrias, como comunmente se ha creido. El autor se detiene á refutar esta desastrosa opinion, y entre las muchas, observaciones curiosas que hace nota que es imposible á sus partidarios el poder tirar la linea divisoria entre la agricultura y la industria fabril, en las infinitas, trasmutaciones que, puede recibir un producto desde [XXXVI] que se estraee de las entrañas de la tierra, hasta el instante en que puede sernos de alguna utilidad; y por lo tanto les es imposible, decirnos á punto fijo quienes son los verdaderos productores, ó donde acaba la produccion y comienza la transformacion. Concluye que esta es una de las causas del lenguaje misterioso de los antiguos economistas, y aun de errores muy graves, porque cuando se parte de un principio falso las dificultades son inevitables, y cuando las ideas no son exactas es imposible que las espresiones sean claras.

Si todas nuestras operaciones, aun las de la agricultura, se reducen á trasmutaciones, ó mudanzas de forma y lugar, la industria rural es un ramo de la fabril; y á la verdad una tierra ó un campo no es sino una grande máquina ó una grande fábrica, ya para producir trigo, ya para blanquear lienzos, ó para otras infinitas cosas útiles, del mismo modo que lo es un hornillo, un martillo, ó un barco.

Apura esta materia, y no deja lugar á los sofismas de sus partidarios; porque aun entendiéndose por industria rural la que nos procura las primeras materias, no es tampoco la única productiva, aunque [XXXVII] sea la principal de todas; porque ¿de cuantas operaciones no necesitan estas materias hasta llegar á ser útiles al hombre? Ademas que comprenderia entonces las del salvaje mas bruto, y la de las mismas bestias que viven de los productos espontáneos de la tierra, y todos estos serían productores.

En suma, sienta el principio que no hay mas que dos industrias, y dos clases laboriosas en la sociedad: 1.^a la de fabricantes, que comprende los labradores, y unos y otros se ocupan en fabricar y transformar las primeras materias: 2.^a la de comerciantes que las trasportan.

Establecido ya que la utilidad es el fin de toda produccion, naturalmente ocurre: ¿pero cómo se aprecia esta utilidad ó cómo constituye ella sola el valor de lo que llamamos nuestra riqueza? Es imposible apreciar el valor de una cosa abstracta que depende de los infinitos caprichos del hombre.

En general el sentimiento del placer es un bien, y todos los bienes posibles no son sino este mismo, bien modificado; y de consiguiente todo lo que nos procura un bien es útil, sea lo que quiera. La medida de la utilidad real ó [XXXVIII] facticia, es la intensidad de

nuestros deseos, ó la importancia y estension de los sacrificios que estamos dispuestos á hacer para adquirir la cosa que deseamos, y no hay otro modo que este de fijar el valor á los productos de nuestra industria. Verdad es que somos por lo comun apreciadores muy injustos del mérito de las cosas; pero, sin embargo consideradas por el lado de la riqueza, siempre tienen el valor que les da la opinion general de donde infiere el autor estas dos consecuencias: 1.^a que el mayor productor es el que egecuta el trabajo mas caro: 2.^a que la nacion mas rica es la que tiene obreros mas instruidos y laboriosos, ó que producen mas valores en un mismo tiempo.

Los dos valores que tienen las cosas, los tiene asímismo el trabajo, ó el uso de nuestras fuerzas fisicas é intelectuales, como ya se ha dicho; pero el valor de que acabamos de hablar, el artificial ó convencional que es el que da á las cosas la opinion general con razon ó sin ella, es el único de que debe hablarse en esta obra, porque es el verdadero valor, considerado con respecto á la riqueza, ó la verdadera medida de la utilidad de la produccion, puesto que fija el precio de ella. [XXXIX]

Este valor convencional, que se llama precio venal, no siempre puede ser la sola espresion de la estimacion general, de una cosa, dependiendo necesariamente como el autor demuestra, de mil circunstancias variables y del balance de recíproca resistencia entre los vendedores y compradores.

Establecidos los principios generales acerca de la produccion, é indicada la única medida que tenemos de la utilidad real ó facticia de las cosas, pasa el autor á examinar los dos grandes brazos de la industria en general, ó de la produccion, mudanza de forma ó industria fabril; mudanza de lugar ó industria mercantil.

Si la sociedad es una serie de cambios, todos somos comerciantes, y si el fin de todo trabajo es la produccion de utilidad, todos somos productores ó fabricantes. La industria que transforma las cosas, se llama fabril, comprendida en ella la agricultura; pero tanto esta como todas las demas serían impracticables sino se conociesen de antemano las propiedades de los seres que podemos emplear y las leyes á que estan sugetos, el uso atinado de estos conocimientos para producir efectos útiles, y finalmente el [XL] modo de egecutar este trabajo, ó lo que es lo mismo la teoría, aplicacion y egecucion; y de aqui nacen tres clases diferentes de productores, el sábio que estudia las leyes de la naturaleza, el empresario que las aplica, y el obrero, que las egecuta.

Pero naciendo el hombre falto de todo, y con necesidades que debe satisfacer, es muy justo que el que trabaja reciba una retribucion por su trabajo; y de consiguiente corresponde á todos estos productores una recompensa que llamamos salario la cual debe salir de las ganancias de la fabricacion á que cooperan. Ademas, ni el sábio, ni el empresario, ni el obrero, serian capaces de poder ofrecer servicios útiles si antes no hubiesen anticipado alguna cosa, porque el hombre nace ignorante, y necesita aprender para poder servir de algo: asi el sábio ha tenido que estudiar y observar, comprar libros y pagar maestros; el empresario que costear una enseñanza preparatoria, máquinas, herramientas y primeras materias, y el obrero que mantenerse, vestirse, pagar su vivienda y su pequeño ajuar.

Mas ¿de donde han salido todas estas anticipaciones? De las economías [XLI] ó ahorros que hicieron nuestros padres: son el excedente de su producción sobre su consumo, el cual se ha ido acumulando lentamente en una larga serie de siglos, hasta formar los grandes capitales que han enriquecido las naciones, y que los economistas llaman comunmente capitales acumulados.

El autor prescinde de las infinitas especies de capitales que distinguen los economistas, según su naturaleza y empleo, porque mira esta división cómo sumamente arbitraria, ilusoria é inútil, bastando saber en general que los ahorros anteriores son necesarios para comenzar toda empresa industrial, y de consiguiente que deben ser siempre muy tardos los primeros progresos de la industria, porque los ahorros son difíciles de hacer en los principios.

Pero como la formación de capitales depende de mil circunstancias, y algunas de ellas independientes de la voluntad humana, no todos los trabajadores tendrán igual facilidad para acumular, y de aquí nace la diferencia que se va estableciendo entre ellos, arruinándose los unos al paso que los otros se enriquecen.

La misma diferencia se nota en los [XLII] salarios, sujetos á mil variaciones; porque el sábio que dirige los trabajos necesarios para la producción será bien pagado mientras que se le necesite, en proporción el obrero; pero, uno y otro, aunque especialmente este último dependerán siempre de mil circunstancias variables, porque ello es que el empresario es el que los asalaría, porque es el que anticipa los fondos y el que de consiguiente debe tener la elección: así las mas veces debe depender la cuota del salario del interés de estos.

Pero ¿cual es la recompensa del trabajo de los empresarios? No puede ser otra que la cantidad de utilidad que produzcan ó hayan hecho producir, la cual depende forzosamente de la necesidad mayor ó menor que haya de sus productos, y de los medios de los compradores. Esta cantidad debe cubrir los gastos que hubiere hecho, y dejarle una ganancia. El autor no llama salario á esta ganancia, porque nadie se la promete y con nadie la estipula, aunque es muy puesta en razón y sumamente útil para que no desmaye, se disguste de su profesión, y la abandone.

Si seguimos el mecanismo y el juego de los resortes secretos de esta parte [XLIII] de la producción, que consiste en la fabricación, veremos que esta misma diferencia que hay entre los asalariados, es la que divide los intereses de los unos y de los otros, y nos explicará la oposición común que notamos entre los de los empresarios respectivamente; entre los de los asalariados y empresarios, y finalmente entre los de los consumidores, empresarios y asalariados. No estrañaremos ni los funestos privilegios exclusivos, ni los reglamentos prohibitivos que solicitan los empresarios en daño de los consumidores, ni los clamores de estos. Este mismo principio hace ver por qué los consumidores no solicitan por lo común estos privilegios, a no ser que entiendan mal sus verdaderos intereses ó sean tan injustos que reusen respetar el interés de todos; porque como todos somos consumidores, nuestro interés es el común que no necesita de salvaguardia teniéndola en la ley general ó mas bien en la libertad; pero en todos estos casos son funestísimos los privilegios, sobre todo si son ricos ó temibles los individuos que los solicitan, porque forman cuerpos, deslumbran ó

compran á los gobiernos, ó se prevalen de su poder, sobre todo cuando [XLIV] se les revela el secreto de su fuerza.

El autor desciende ahora á hablar de los salarios, para hacer ver la diferencia natural que hay entre ellos y asimismo entre las ganancias de los empresarios, debiendo conducirle este examen á mil observaciones curiosas y á resaltados sumamente importantes.

Observa que los salarios mas mezquinos son los que se pagan en recompensa de los trabajos mas demandados y necesarios: demuestra el porqué debe ser asi, y hace ver que aunque es un mal inevitable, es sin embargo una dicha para la clase pobre, que falta de medios, necesita comprar barato lo que tiene que consumir.

Observa asimismo que esta circunstancia se verifica particularmente en la industria rural, donde son menores las ganancias de sus empresarios respecto á los fondos que emplean, á los riesgos que corren, y á los trabajos que generalmente tienen que hacer: asi debe haber siempre pocos capitales empleados en este ramo comparativamente á los que tiene una nacion, que es lo que cabalmente nos confirman los hechos. Esto esplica tambien las diferentes formas que toma el cultivo, el cual no tiene ó [XLV] parece, que no tiene analogía alguna con el trabajo de las demas industrias. Esta materia de suyo interesante y casi nueva, la trata el autor profundamente, y es indispensable consultar la obra.

Sin embargo espero que el lector me permitirá una pequeña digresion para sentar los principios generales que establece.

Rara vez el hombre emplea sus capitales en comprar tierras para aplicarse a su cultivo y hacer de él su ocupacion esclusiva, porque las ganancias, como hemos dicho, no corresponden al capital. Las compran los ricos por razones particulares y con intencion de prestarlas ó darlas á alquiler, y asegurarse de este modo una renta fija; de donde deduce de paso que el respeto con que se suele mirar á esta clase de propietarios territoriales es realmente supersticioso, porque en nada se diferencian de los prestamistas de dinero.

Asimismo deduce que es una felicidad que los ricos empleen sus capitales en tierras, háganlo por lo que quieran, porque asi hay muchas que tomar en alquiler, y se facilitan las grandes empresas agricolas sin necesidad de fondos, las cuales se van arreglando con el tiempo [XLVI] á los intereses de los labradores, y de aqui nacen, no por acaso, sino por la misma naturaleza de las cosas, las diferentes especies de cultivo que se notan en las grandes labores.

El autor distingue cuatro especies generales: 1.^a grande cultivo; 2.^a pequeño cultivo con respecto á éste; 3.^a cultivo á parceria ó á mitad; 4.^a cultivo á brazo.

La primera se establece en las tierras feraces; porque las mayores ganancias de la tierra convidan y atraen ácia ellas todos los empresarios que tienen algunos fondos que anticipar, y una habilidad mediana. Nunca es este cultivo muy estenso, porque las tierras naturalmente se van dividiendo en porciones á lo mas de 300 á 500 fanegas, no pudiendo acomodar á ningun empresario ni una labor demasiado grande, que no pueda cultivar, ni tan pequeña que inutilice parte de sus fondos y de su actividad personal; y asi la mas grande de

todas equivale siempre á una fábrica muy reducida, y aunque sea el maximum de la industria rural, siempre es, el minimun de la fabril.

La segunda se establece en los paises menos fértiles, donde los que tienen [XLVII] algunos fondos propios y algun talento que poder emplear mas útilmente, se desvian de una profesion tan ingrata, para que la tomen los que no tienen mas recursos que este para vivir; y asi las tierras se dividen en suertes de cuatro ó seis fanegas, cuyos productos no bastan para las necesidades del cultivador, y por lo mismo se ve éste en la necesidad de aplicarse al mismo tiempo á otra cosa, mirando con descuido un trabajo que á lo mas puede ayudarle á vivir. Sin embargo, esta especie de cultivo es la que paga el alquiler mas alto en razon de ser mas numerosa la clase de los pobres, y de aqui proviene la miseria y desnudez de los miserables colonos.

La tercera se encuentra en las tierras de mala calidad, que no teniendo licitadores las dan sus propietarios á parceria, agregándoles algunas otras, y si pueden baldías, y proveyéndolas de animales de labor, aperos, herramientas y cuanto requiere el cultivo, adonde convidan á las familias pobres, y de aqui ha venido el nombre de quinteros ó parceros, los cuales se arruinan por lo comun, si las tierras son demasiado malas, cuando no se reunen en su favor mil circunstancias felices. [XLVIII]

La cuarta ó el cultivo á brazo puede hacerse de dos modos, ó con animales de tiro mas ó menos buenos en una gran estension de terreno, ó en un pedazo de tierra, sembrándole de legumbres y semillas ó plantándole de viñas; en cuyo caso tiene el trabajador que ir á ganar un jornal la mayor parte del año, que es lo que nosotros llamamos pegujaleros.

Si la agricultura es una profesion penosa y poco lucrativa en todos sus casos, con proporcion á los fondos y trabajos que exige, no es de estrañar que no ocupe en la sociedad el lugar distinguido que merece. No le ocupará nunca por mas que declamemos, porque los capitales, no acudirán á fomentarla, á no ser que procuremos que haya sobrantes en otros distintos ramos de produccion. No hay otro medio que este de promoverla.

Concluye el autor este capítulo con una deducccion sumamente preciosa para acabar de disipar la equivocacion comun de los economistas. La agricultura, si se atiende á su necesidad, es la industria mas preciosa de todas; porque no hay duda que para vivir es menester comer; pero no es la única absolutamente necesaria, pues tenemos otras muchas necesidades fuera de esta. Tampoco es [XLIX] la mas preciosa, considerada con respecto á la riqueza, porque cabalmente los empresarios de ella son los que menos ganan, y no puede ser cierto respecto de las naciones lo que no lo es respecto de los individuos. Descubre la verdadera causa de este error, y nos preserva de distinguiendo medios de subsistencia y medios de existencia: aquellos son las materias alimenticias, y estas la suma de las ganancias de nuestro trabajo: los primeros fijan el límite de la poblacion total, y los segundos el número de nuestras comodidades y goces.

Despues de haber hablado de la industria fabril y de la rural comprendida en ella, pasa á hablar de la mercantil ó mudanza de lugar: hace ver que el riguroso comercio existe antes que haya comerciantes, porque sin la intervencion de ellos hay sociedad, y de consiguiente cambios; pero que el comerciante interponiéndose entre el fabricante ó productor y el

consumidor, facilita las relaciones, el comercio y la sociedad; y así que no es un parásito importuno y molesto, sino un agente de la utilidad comun, y tan realmente productor como el labrador y fabricante, puesto [L] que como ellos da valor á las cosas ó aumenta el que tienen.

Para demostrar esta verdad considera una nacion aislada ó sola en el mundo, y cuyas comarcas no esten tampoco en correspondencia recíproca, y hace ver desde luego que todas ellas privadas de comercio tendrian que desperdiciar los productos sobrantes de la tierra, desprenderse de mucha parte de ella y carecen de mil cosas necesarias ó útiles á la vida; que las comarcas mas pobres ó poseedoras de malas tierras perecerian de miseria, y que su poblacion seria siempre muy corta; que aquellas á quienes hubiesen tocado en suerte tierras pantanosas, se harian por necesidad pastoras, y acabarian por bandidas, como lo han sido todos los pueblos pastores...

Pero luego que se abre la comunicacion de unas á otras, este triste cuadro muda de color, porque comienza á obrar el interes personal: cada una se aplica al trabajo que permite su suelo; aumenta y perfecciona sus productos, sabiendo que los puede cambiar por otros que necesita: todo es ya actividad, circulacion, riqueza, y por donde quiera se ven nacer á porfia nuevas industrias y aprovecharse hasta las menores ventajas locales, [LI] asi por efecto de los cambios como por el de la comunicacion recíproca de las luces; porque el pais que no produce no inventa.

Véase aqui pues como una nacion que hace un buen uso de sus ventajas peculiares y de las facultades de cada individuo, puede enriquecerse y poblarse, sin necesidad de empobrecer á otras, y de consiguiente cuan quiméricas son esas ventajas que los gobiernos modernos pretenden hacer á costa de las naciones vecinas.

Existe de hecho el comercio antes que haya comerciantes, porque las comarcas de esta nacion han cambiado sin ellos sus productos; pero el comerciante le facilita y estiende infinito, porque es el agente que cambia el sobrante de diferentes paises, compra cuando se le quiere vender, vende á todos los consumidores cuando y como ellos apetecen, y de consiguiente es un verdadero productor.

Pero ¿cual es la retribucion que corresponde al comerciante? El aumento de valor que ha dado á las cosas ó el que sus ventas escedan á sus compras; en lo cual es parecido al director de una empresa fabril, aunque con la diferencia [LII] de que puede indemnizarse de la pequeñez de sus ganancias aumentando indefinidamente sus especulaciones.

Esto hace ver que han sido necesarios todos los esfuerzos de la preocupacion y charlatanismo para oscurecer estas verdades tan obvias: que la agricultura no es el único manantial de las riquezas; que el comercio lo es tambien trayendo una cosa de un pais donde vale poco á otro donde vale mucho; que la verdadera felicidad de una nacion está dentro de sí misma; que no hay mas que constituirla en un estado de sociedad recíproca con las demas, fomentar la produccion interior, dilatar la estension del mercado universal, y aumentar por este medio las ventajas del comercio interior de cada una, y finalmente que nuestros vecinos pueden ser ricos y nosotros tambien, y que son infundados y pueriles los zelos que han promovido el funestísimo sistema mercantil esclusivo.

Si el comercio consiste como la sociedad en una serie continua de cambios, ha podido existir y ha existido de hecho antes que los comerciantes que son sus agentes, y antes que la moneda que es su instrumento; porque teniendo todas las cosas un valor convencional, han podido [LIII] cambiarse unas por otras; pero como este modo de cambiar es embarazoso y á veces impracticable, era necesaria una mercaderia que teniendo los mismos dos valores que las demas, fuese divisible, inalterable, fácil de conservarse y trasportarse, para que fuese la medida comun de todas, y tipo universal de todos los cambios.

Esta mercaderia es el metal precioso, el cual todavia no es moneda, siendo necesario pesarle y ensayarle para conocer su verdadero valor: es puramente un tejo ó una barra de metal.

Pero el gobierno dividiendo este tejo ó barra en partes iguales, grandes y pequeñas, y revistiéndolas de su estampa para justificar su calidad y cantidad, que es lo que se llama su peso y ley, la hace moneda. En esta parte ha sido necesaria su intervencion; y ¡ojalá que no hubiese abusado de ella!

Mas como en todo cálculo no puede haber mas que una unidad que sirva de base, tampoco puede haber mas que un solo metal moneda, que debió ser la plata por ser el mas susceptible de cómoda division. El oro es demasiado escaso, y los demas metales demasiado comunes, aunque el oro acude al servicio de la plata, [LIV] como lo harian tambien las piedras preciosas si fuesen cómodamente divisibles.

El gobierno puede acuñar moneda de oro y fijar su proporcion con la de plata; pero asi como no debe fijar la tasa del interes que exige un prestamista tampoco debe coartar la libertad de las estipulaciones en oro ó plata, ni menos autorizar el pago de sumas considerables en moneda de vellon, no pudiendo haber mas que un metal que sirva de término comun de comparacion.

Si la utilidad de la estampa consiste en transformar un pedazo de metal en moneda, dedúcese que esta no ha debido tener otra denominacion que la que le corresponde por la cantidad de metal puro que contiene; pero una vez admitidas las denominaciones que se le han dado, es menester mucha circunspeccion para aumentar ó disminuir su valor nominal, si no se quiere dar un ejemplo de inmoralidad y justificar la violacion de la buena fe. El autor prescinde de los efectos morales que justifican esta violacion, y se limita á los económicos.

Nota particularmente cuatro efectos que son los mas funestos de todos, que vienen á producir al cabo la falta de recursos en el gobierno, y la creacion del [LV] papel moneda, al cual se ha querido mirar como un signo de valores reales, como es la plata, sin reparar que no tiene mas valor necesario que el costo de su fabricacion, ni otro valor venal que el precio que tiene como papel en la tienda, al paso que la plata tiene un valor natural y necesario, independiente de la efigie del Soberano. Mas para sostener una injusticia es necesario siempre apoyarla en un error.

El papel-moneda aumenta necesariamente los gastos del gobierno: falta la confianza en él: los asentistas piden mas por menos cosas: se establece en lo general una proporcion entre el papel y dinero ventajosísima á este: aumenta los asalariados, acreedores del estado, censualistas y propietarios territoriales: sufre hasta el gobierno en sus impuestos, como el propietario en sus rentas.

En este apuro crea nuevo papel, se aumenta la desproporcion de este con el dinero, nadie fia ni presta, desfallece el comercio, se imposibilita el cambio de aquellas cosas cuyo valor es menor que el del papel, y no hay mas remedio que crear cédulas pequeñas.

Entonces no se ve un peso en circulacion: toman las cosas un precio igual [LVI] a todo su descrédito: el gobierno acude á las requisiciones, el pueblo al pillage y la sociedad se disuelve, porque cesan los cambios.

No se hace caso de cédulas grandes ni pequeñas, porque no bastan seiscientos duros para comprar un par de zapatos, como sucedió en Francia, ni sirve de riada que el gobierno de un gran valor á la hoja de papel, como hizo el de esta nacion con sus mandatos, porque no valdrá ni siquiera el precio de su fabricacion; de donde infiere el autor: 1.º que no debe alterarse el órden natural de las cosas: 2.º que es tan imposible dar valor á la cosa que no le tiene, como quitárselo á la que le tiene.

Estos son los efectos del papel-moneda, inseparables de su creacion y uso, y que producen al cabo una bancarrota culpable y funesta, que lleva consigo la alteracion de las monedas metálicas. Ahora pasa el autor á hablar del interes del dinero.

Asi como se alquilan casas, coches &c, se alquila tambien el dinero; pues este alquiler es el interes que si le fija la ley para aquellos casos en que no se hubiese estipulado entre los contratantes, se llama legal. Para que sea justo es [LVII] menester que no sea ni demasiado grande, ni demasiado pequeño, sino el que presuma que hubieran estipulado las partes contratantes.

El autor se hace cargo de los motivos que puede tener el gobierno para fijar la tasa del interes, pero prueba que ni aun por esto le debe fijar á la fuerza, y que seria inutil el intentarlo, porque no haria mas que convidar al disimulo y á mil supercherias clandestinas. Propone el medio de establecer una ley que anulase los contratos en que se hubiese estipulado un interes sumamente crecido, aunque en esta materia seria embarazosa, siendo dificil apreciar todas las circunstancias y sobre todo el riesgo del prestamista.

Pasa á hablar del cambio y del banco; de los diferentes servicios del banquero y cambista; cuándo y cómo se combinan los servicios del uno con los del otro; de las letras de cambio, uso del cambio y curso del banco; de donde infiere dos verdades preciosas: 1.^a que el comercio es realmente productivo, aumentando el valor de las cosas por el trasporte: 2.^a que son quiméricas las balanzas del comercio, no siendo posible que una nacion esporte siempre mas que [LVIII] importa, debiendo salirle el encuentro, y cortar sus vuelos el curso del cambio.

Pero estos servicios de los banqueros y cambistas se convierten en mal cuando se reúnen en grandes compañías, y obtienen privilegios de los gobiernos; porque de aquí nacen las cédulas, que son la tentación del gobierno; se aumentan sus gastos, se sobrecarga la circulación, acuden sus tenedores á reducirlas, invocan las compañías el apoyo de la fuerza, les dan un curso forzado, y queda la sociedad inundada de papel-moneda; lo cual hace ver con los ejemplos de la caja de descuentos de Francia y el banco de Inglaterra; además de que tales compañías fundadas en el dolo, son radicalmente viciosas, y no prometen sino bienes ilusorios. Aquí concluye el autor su primer libro, ó la formación de las riquezas, y pasa á hablar de la distribución de ellas.

La propiedad está en la naturaleza, y no siendo posible que todos los individuos tengan un mismo grado de inteligencia y de fuerza, tampoco lo es la igualdad; así es inútil cuanto se haga para establecerla, porque el arte no puede destruir las obras de la naturaleza: cuanto podemos hacer es proteger al débil contra el poderoso. [LIX]

Somos desiguales en medios y estamos en oposición de intereses; pero la sociedad debe tener por base la libre disposición de las facultades del individuo y la garantía de lo que pueda adquirir mediante el uso de ellas; porque todos somos propietarios en más ó menos y así es quimérica la distinción de los economistas, de propietarios y no propietarios. Pero ¿cuáles son nuestros intereses? Los asalariados quieren aumentar su salario, y los empresarios disminuirle; pero como todos somos consumidores se infiere que el interés de los asalariados es el del mayor número, pero el de los consumidores el de todos; de donde deduce el autor: 1.º que son injustísimas las maestrias, gremios, cofradías y demás trabas del sistema reglamentario: 2.º que son injustísimos los privilegios y monopolios: 3.º que el interés común es que se respete el derecho de propiedad y se perfeccione la industria.

Después de esta pequeña digresión, no necesaria para comprender el mecanismo y juego de la sociedad y de sus ventajas, vuelve á tomar el hilo de la historia de la distribución de las riquezas, haciéndola ver en la nación que supuso antes cercada de desiertos impracticables y sin comunicación con otra alguna. [LX]

Ocupado todo su territorio, los que no tienen tierras se aplican á otras profesiones, ofrecen su trabajo, y debiendo ser la oferta mayor que la demanda, es natural que bajen los salarios; pero como la industria promete una ganancia segura en razón de las grandes ventajas que el fabricante tiene estando el consumidor á su lado y ahorrándose gastos de transporte seguros y otros, deben establecerse fábricas que surtan al interior y después al extranjero. Los nuevos productos aumentan la población, disminuyen la exportación de materias alimenticias, y mientras que la industria va en aumento se adquieren riquezas, se distribuyen entre todos y todos gozan de un bienestar.

Pero este estado de prosperidad es transitorio, aunque el autor manifiesta que el hombre no carece absolutamente de medios á lo menos para retardar el momento de la miseria, el cual es efecto de la fecundidad de la especie humana. Con este motivo pasa á hablar de la población.

La naturaleza se ocupa exclusivamente en la conservación de las especies, y descuida al parecer de la de los individuos, pues una sola familia que tuviese [LXI] á la mano medios

de subsistencia, se multiplicaria extraordinariamente como se ya en los Estados Unidos de la América septentrional.

Pero ademas de estos medios ha distinguido el autor los de existencia, quo son los que nos preservan de las incomodidades y molestias de la vida, y establece esta proposicion general con la cual esplica todos los hechos con todas sus circunstancias: la poblacion debe ser siempre proporcionada á los medios de existencia.

La poblacion de los salvages ignorante y bárbara, debe ser estacionaria y reducida, faltándola los medios de existencia: debe aumentarse la de los pueblos civilizados mientras se aumenten estos medios: es algo progresiva en las naciones civilizadas, en cuanto las ciencias y artes perfeccionan estos medios.

La Rusia alimenta su poblacion porque tiene todavia tierras por ocupar; la Lombardia y la Bélgica florecen porque su suelo es muy feraz, y lo mismo sucederia á la Polonia sino tuviese señorios feudales; de donde se deduce que lo que favorece la produccion aumenta la poblacion y al revés, y que son impotentes y aun perjudiciales los estímulos directos [LXII] de las ordenanzas de Augusto, y de Luis XIV, relativas á los matrimonios.

Añade con Malthus, que la poblacion es siempre demasiado crecida en los países civilizados» con respecto á los medios de existencia; y así que es una barbarie empeñarse en aumentar esta poblacion, y que el interes del hombre, mirese como quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.

Vuelve á tomar el hilo de la distribucion de las riquezas, y divide la sociedad en dos clases generales, asalariados y capitalistas, los cuales ó viven de sus rentas ó de ganancias, esto es, ó son capitalistas ociosos, ó industriosos los primeros á no ser que quieran arruinarse no pueden gastar sino su renta, y de consiguiente la cantidad que dan á los asalariados es por lo general constante. Los segundos no todos los que prosperan suelen retirarse de su profesion, y van á llenar los huecos que dejaron los ociosos, ademas de que toda industria tiene límites que no puede traspasar; y así el consumo de estos es tambien casi siempre una cantidad fija.

Este es el fondo que mantiene á los asalariados, que es casi siempre una cantidad constante, con cuyo principio esplica [LXIII] el porqué no se aumenta el número de asalariados desde que deja de aumentarse este fondo, debiendo perecer el escedente sobre el número que puede mantener, por falta de medios de subsistencia.

Si los que viven de sus rentas se multiplican demasiado con respecto á los medios de subsistencia, el escedente refluye á la clase de los empresarios, y el de esta en igual caso á la de los asalariados, de donde se deduce que ésta recibe la demasiada plenitud de las otras, y de consiguiente que los límites que no puede traspasar son los de la poblacion total: así esplica porqué ésta es retrograda en un país, estacionaria en otro, y progresiva en un tercero; porqué se detiene mas temprano ó mas tarde, y porqué se restablece despues de algunas calamidades, con tal que se conserven los medios de subsistencia.

Por lo tanto la humanidad, la justicia, y la política estan de acuerdo en qué el interes que debe respetarse mas, es el del pobre y asalariado, siendo esta clase la que fija los límites de la poblacion total, ademas de que es el mas conforme al interes general, porque tan interesado está en que se respete su propiedad personal como la de los demas [LXIV] de cuyos fondos vive; pero cuando se hable del pobre debe entenderse por propiedad tanto la personal como la moviliaria.

Respétenla pues los ricos si quieren que él respete las suyas: déjesele libre el uso de su trabajo, y páguesele bien.

Esto es lo que no se hace, porque hasta el miserable zapatero de viejo desea que el salario del que le sirve sea bajo, y véase aqui el origen de la esclavitud de los negros.

Es un mal sin duda que la mano de obra sea demasiado cara por las razones de que se hace cargo el autor; pero prueba que cuando es demasiado miserable la última clase, su misma indigencia y languidez acaba con la industria, y es la causa de infinitas calamidades, aun para sus opresores Lo confirma con egemplos sacados de la historia, y sobre todo con el estado que tienen hoy los paises del Sur de los Estados Unidos; con los efectos de la esclavitud de los negros y siervos de la tierra; con la impotencia y debilidad de la Polonia, &c.

En la libre disposicion de sus medios se comprende tambien la eleccion de morada, porque no hay cosa mas injusta que tener al hombre atado á la cadena [LXV] para que no pueda salir de su pais. La emigracion debe llorarse cuando los que emigran lo hacen solamente ó por no sufrir, ó por no ver sufrir.

La inmigracion es inútil y perjudicial á no ser la de aquellos hombres eminentes que llevan consigo un caudal de conocimientos nuevos, ó que abandonan su patria por esceso de virtud.

El salario del pobre debe ser no solo suficiente sino constante; porque todo lo que es pasajero no puede aprovechar á un hombre que no tiene prevision, y que ó lo disipa luego que lo recibe ó se multiplica imprudentemente; de donde se deduce que el precio de las cosas de primera necesidad deberia ser poco variable, pues lo que interesa al pobre no es el salario considerado aisladamente, sino comparado con el valor de las cosas necesarias á la vida. Propone pues el medio mas eficaz y justo de impedir las frecuentes variaciones, cual es dejar al comercio una libertad absoluta, y con este motivo examina los funestísimos, efectos del aumento de precio de los géneros, y los de las variaciones súbitas en ciertos ramos de industria, á las cuales estan mas espuestas que otras las naciones dominadoras del comercio. [LXVI]

Se detiene á hacer ver cuales son las ventajas y desventajas de las naciones mercantiles y agricolas; y prueba que si estas no estan tan espuestas como aquellas á las frecuentes variaciones de precio, lo estan á otra calamidad cual es el subido precio de granos. Este hermoso trozo debe leerse en la obra muy detenidamente.

Después de haber considerado los intereses del pobre como propietario, que consisten en que se respete su trabajo; en que éste le produzca un salario suficiente para vivir, y en que este salario lea poco variable, considera sus intereses como consumidor, que estrivan como para los demás en que sea barato el precio de las cosas; en que sean fáciles las comunicaciones, y económicos los gastos, de fabricación; de consiguiente está como todos interesado en las ventajas que producen la perfección de los métodos, y la invención de las máquinas. Manifiesta cuáles son estas ventajas; se hace cargo de la opinión contraria de los economistas, la desvanece, y prueba que el mal que resulta es momentáneo, debiendo refluir la parte de gastos que ahorran á otros ramos de producción, que al mismo tiempo que podrán asalariar á los obreros desocupados, aumentaran los manantiales de la riqueza.

Todo esto conduce al autor á estas dos verdades, que contribuyen á poner de manifiesto los efectos de la distribución de las riquezas, y las ventajas de ella por efecto de la sociedad: 1.^a que aunque los intereses personales nos dividan, el interés común nos reúne: 2.^a que somos desiguales en medios. La desigualdad por consiguiente es un mal en cuanto da armas al poderoso para oprimir al débil, pero inevitable.

Hay desigualdad de poder, y desigualdad de riqueza; aquella que es la más terrible, como que es la que subyuga la persona misma, es la que debe combatir la sociedad; pero como ésta establece y afianza la seguridad no puede menos de aumentar las riquezas, crea la desigual distribución que lleva tras sí la de instrucción, capacidad ó poder; de donde se deduce que debe procurar disminuirla aunque siempre por medios suaves.

Examinando las causas que producen la desigualdad más ó menos sensible de las riquezas, concluye que la seguridad social y el desarrollo de nuestras facultades aumentan por necesidad las riquezas; que la desigualdad de estas trae la [LXVIII] del poder, la cual acaba produciendo el desfallecimiento y aniquilación total de la industria, círculo vicioso é inevitable, al que se ha llamado juventud y vejez de las naciones; virtud primitiva, degeneración, delicadeza, &c. Las naciones pobres no son virtuosas sino porque no tienen medios de ser viciosas, y tan codiciosos eran los cartagineses como los romanos, y estos en los días de su libertad como bajo los Emperadores. Los pueblos se degradan cuando una parte se acostumbra á la opresión, y la otra á oprimir; pero no se ha viciado con esto la estirpe del linaje humano, que es lo que se quiere decir con estas expresiones vagas, porque si el regalo y la molición afemina una nación, lo más que hace es enervar una centésima parte de ella, corrompida por el hábito de gozar y mandar, pero las noventa y nueve restantes mueren más bien que viven abatidas bajo la vara de hierro y estenuadas de miseria. En suma la variedad y el aumento de nuestros medios es un bien sumamente precioso, así como es un mal funestísimo su distribución cuando es muy desigual. Aquí concluye el autor su 2.^o libro y pasa á hablar del uso que hacemos de nuestras riquezas. [LXIX]

El hombre destruye la utilidad de las cosas que aplica á sus usos, y este destruir es consumir. El consumo pues aspira á la producción; ésta aumenta nuestras riquezas, y el consumo las disminuye; pero hay muchas clases de consumo que varían según son los consumidores y la naturaleza de las cosas que consumen. El pobre que no tiene más tesoro que el salario de su trabajo que sale de los fondos del que le asalaria, consume lo que recibe de éste; de consiguiente así lo que gasta como lo que gana se puede considerar como parte

integrante del consumo del que le asalaria, y por lo tanto es conveniente examinar el uso que hacen los capitalistas del trabajo que compran.

El capitalista ocioso que ocupa una poblacion numerosa en un trabajo absolutamente estéril disminuye las riquezas adquiridas y la reproduccion, al paso que el industrioso la aumenta y puede aumentar indefinidamente.

El consumo de éstos tiene dos partes, el de las cosas que destruyen para vivir, y el que alimenta la industria; aquella es una destruccion difinitiva, y ésta aparece en los nuevos productos con las ganancias de la reproduccion, vendiéndolos por más [LXX] de lo que costó su creacion, parte á los de su misma clase en pago de lo que consumieron para vivir, parte á los asalariados, y parte á los capitalistas ociosos; de modo que las rentas y los salarios que pagan, y aun lo que ellos comen vuelve á sus manos: son el corazon del cuerpo político, y sus capitales la sangre que mantiene la vida. Pues este movimiento perpétuo de las riquezas que lleva las cosas al punto de donde parten es lo que se llama muy propiamente circulacion.

El consumo varía tambien segun la naturaleza de las cosas que se consumen, porque aunque todas representen un trabajo, el valor de las unas es mas permanente que el de las otras: todas estan situadas entre dos extremos, ó la duracion mas larga ó la mas corta; de donde deduce que el consumo mas rápido es el mas ruinoso, porque destruye mas cantidad de trabajo en el mismo tiempo, ó una cantidad igual de trabajo en menos tiempo, y que el mas lento, comparativamente al mas rápido, es como un tesoro que se va acumulando. Asi queda demostrado que el lujo que consume disparatada mente no puede ser causa de riqueza y produccion.

El autor hace ver que no puede enriquecer [LXXI] á un estado grande ni pequeño; que los salarios que paga por un trabajo estéril salen de la industria y produccion; que no puede animar la circulacion; lo que solo hacen los fondos de los industriosos; que ni aun arruinándose los ricos pueden aumentar la masa de les salarios; que para nada es bueno, y finalmente que el gusto de los dispendios superfluos cuyo origen es la vanidad, se pega como un contagio, y pasando de la clase superior á las inferiores absorbe los fondos, substituye un trabajo inutil á otro útil, y agota el verdadero manantial de la riqueza.

El autor pasa á refutar la desastrosa opinion de que el consumo es la causa y medida de la produccion, y hace ver que aunque es cierto que producimos para consumir, y que el único medio de fomentar la industria es dilatar la estension ¿el mercado y aumentar las salidas, no por eso gastar es enriquecerse ni el lujo aumenta los gastos, no haciendo mas que sustituir unos por otros. Siempre es indispensable volver á la produccion; y no produciéndose sino con riquezas acumuladas, cuanto mas se gaste en cosas inutiles menos quedará para la reproduccion y consumo provechoso. [LXXII]

Hace ver por la esperiencia que luego qué la industria ó las luces ó ambas cosas juntas libran á un pais de este cruel azote, inmediatamente acuden á él las riquezas, y adquiere un aumento maravilloso de fuerzas; de aquí los grandes adelantamientos de la Holanda, los progresos de la agricultura en Inglaterra, y sobre todo los de los Estados Unidos de la América septentrional.

Finalmente prueba esta verdad con el ejemplo de la Francia, y por cierto que es digno de leerse con mucho respeto este hermosísimo trozo de la obra, escrito con tanta belleza como juicio é imparcialidad; porque Tracy no conoce otro partido que el de la verdad. Pinta su país con colores fuertes, pero le pinta cual fue en una época demasiado exagerada, si se quiere, mas este juicio, pertenece á la posteridad. El autor concluye este capítulo, examinando los efectos lujos con respecto á la moral, que es lo mas importante, cuando se trata de los intereses del hombre y deduce el principio general de que destruir no es producir, ni gastar enriquecerse.

Pasa ahora á hacer ver los efectos de las rentas y gastos del gobierno en la prosperidad pública. [LXXIII]

Toda sociedad política necesita absolutamente de un gobierno, y este de rentas que no pueden dejar de salir ó de bienes raíces ó de impuestos: si lo primero es como un propietario territorial ocioso que no beneficia por sí mismo sus fondos, y si lo segundo equivale á un capitalista negligente, porque aunque no tenga fondos se los puede procurar y destruye como él los efectos del trabajo que asalaria.

Hace ver que sería útil que el gobierno fuese propietario, sobre todo de montes y vastas labores; porque hay ciertas producciones que él solo puede tener en mucha cantidad, como son maderas de construcción; porque poseyendo tierras de cultivo podrá conocer los recursos é intereses de las diferentes localidades, y aprovecharse de estos conocimientos para difundir las luces; porque siendo menor la cantidad de bienes raíces en circulación, será también menor la oferta y bajará la tasa del interés del dinero, y finalmente porque tanta menos necesidad tendrá de impuestos, y en un apuro podrá vender sin recurrir á empréstitos. Pero advierte que nunca debe ser propietario á costa de la clase industriosa, impidiendo que los bienes raíces entren en sus manos. [LXXIV]

Mas como los gobiernos modernos se mantengan únicamente de impuestos pasa el autor á hablar de ellos, y sienta por principios generales: 1.º que todo impuesto es un sacrificio: 2.º que si recae sobre los capitalistas ociosos no altera la producción, el consumo ni la circulación general: 3.º que si recae sobre las ganancias del industrioso las disminuye é impide la extensión de la fabricación, y si sobre el capital ataca la industria: 4.º que si recae sobre los asalariados se suprime una parte de su consumo que es reemplazado por el aumento del consumo de los particulares á quienes el gobierno paga con el dinero de aquellos.

Consistiendo toda la dificultad en saber quien paga definitivamente la pérdida que ocasionan los impuestos, y siendo estos infinitamente varios, el autor los clasifica en seis especies principales: 1.ª sobre rentas de tierra: 2.ª sobre alquileres de casas: 3.ª sobre intereses pasivos del estado: 4.ª sobre las personas: 5.ª sobre actos civiles y transacciones sociales: 6.ª sobre mercaderías ya por monopolio ó venta exclusiva y á veces forzada, ó al momento de su primera producción ó al tiempo de pasar del primer productor al consumidor definitivo. [LXXV]

Aunque todos ellos son gravosos en lo general, el autor examina sus efectos y prueba: 1.º que los impuestos sobre los intereses pasivos del estado y rentas de tierras los pagan anualmente aquellos sobre quienes recaen, sin indemnizacion alguna perdiendo tambien parte de su capital, de modo que despues de ellos nadie los paga: 2.º que lo mismo sucede con respecto á los de alquileres de casas, ademas de otros efectos que tienen: 3.º que el impuesto personal que tiene por motivo las riquezas ya adquiridas, perjudica á las personas de quienes se exige, sin eximir de él á las que les suceden, pues todas le pagan: 4.º que la pérdida que ocasiona todo impuesto sobre instrumentos de transacciones civiles, la sufren realmente aquellos de quienes se percibe cuando la ocasion se presenta, pero que su sola existencia perjudica á otros muchos, deteriorando el precio de muchas cosas y gravando otros muchos ramos de industria: 5.º que el personal que le motiva un ramo determinado de industria y todos los impuestos sobre las mercaderias, comienzan gravando á aquellos de quienes se demanda su importe, y acaban recayendo sobre todos los consumidores en mas ó menos. [LXXVI]

Despues de este curioso examen presenta el autor su opinion particular sobre esta materia, reducida á estos pocos principios: 1.º que debe mirarse con mucho respeto el capital del industrioso, siendo su consumo el único productivo: 2.º que el mejor impuesto seria el que cargase sobre los intereses y deudas del estado, pero no debe pensarse en él por ser una bancarrota. 3.º que á falta de este, los mejores son los que mas se le asemejan, como el impuesto sobre rentas de tierras, alquileres de casas y aun el personal que tiene por motivo las riquezas adquiridas, con tal que sea juicioso y moderado: 4.º el impuesto sobre actos y transacciones civiles, con tal que no sea muy oneroso: 5.º tampoco le parecen malos los impuestos sobre las mercaderias y el personal, con tal que se eviten sus excesos, que son venta exclusiva ó forzada, y cuanto tire á coartar la libertad del trabajo y á hollar la propiedad individual, ó el libre uso de las facultades: 6.º ni tampoco los establecidos sobre mercaderias de lujo, ó los recaudados en las fronteras ó puertas de ciudades. Pero en todos ellos debe tenerse presente que el mejor es inícuo, cuando es ó muy crecido ó desproporcionado á los demas. De consiguiente los [LXXVII] mejores impuestos en general son: 1.º los mas moderados: 2.º los mas variados: 3.º los mas antiguos; porque con el trascurso del tiempo han ido ajustando los precios de las cosas y estableciendo un orden universal.

Despues de haber hablado de las rentas del gobierno, pasa á hablar de sus gastos, y hace ver que todos ellos son absolutamente improductivos, ya sean los que exige la milicia, marina, tribunales y administraciones públicas; ya los necesarios ó útiles para la construccion ó reparacion de puentes, caminos, calzadas y obras públicas; ya finalmente para los premios de estímulo y recompensa de las artes y ciencias.

Todos tenemos una estrecha obligacion de separar de nuestras riquezas una parte para auxiliar al gobierno asi como separamos la que podemos necesitar para reparar nuestras viviendas cuando amenazan ruina; pero sea que la demos al gobierno á titulo de impuesto ó á título de préstamo, como que es un efecto de trabajos productivos anteriores que no se reproduce con ganancia en sus manos, debe mirarse como perdida irrevocablemente desde que entra en el tesoro nacional; de donde se sigue que la opinion [LXXVIII] de aquellos economistas que creen que los gastos del gobierno aumentan la riqueza pública, es un verdadero delirio.

Esto le conduce naturalmente á hablar de los empréstitos ó de los gastos extraordinarios de los gobiernos, y sienta estos dos principios: 1.º que los gastos extraordinarios no menos que los ordinarios, lejos de aumentar la masa total de la circulacion no hacen mas que torcer violentamente su curso: 2.º que tampoco aumentan la suma de las riquezas anteriormente producidas, porque cabalmente salen de ellas.

Examina con este motivo si en la suposicion de que los gastos del gobierno exijan sumas considerables, será un mal menor el que haga frente á ellos por medio de impuestos ó por medio de empréstitos, ó si será útil que los gobiernos tengan crédito, y hace ver que no; porque toda deuda pública absorbe una parte de la renta pública, y todo empréstito lleva consigo la necesidad de pedir otro en seguida para llenar el deficit, y el pago de intereses; y así se gasta en cortísimo tiempo una porcion considerable de las riquezas anualmente introducidas para mantener unos censualistas inútiles que suelen ser no solamente holgazanes [LXXIX] y egoistas, sino viciosos y enemigos implacables de los principios de la sana moral.

Que es casi imposible no abusar del crédito, lo cual lo prueba con la historia de todos los tiempos. Luego que los gobiernos han tenido la facilidad de tomar prestado se hicieron ambiciosos y comenzaron los gravísimos males que el mundo ha llorado por tan largo tiempo. Se aumentaron sus egércitos y sus intrigas, y nació esa política inquieta y quisquillosa, con la cual no se puede evitar la guerra ni disfrutar de los beneficios de la paz, aun prescindiendo de otras mil calamidades funestísimas al pais cuyo gobierno tiene la facilidad de procurarse recursos considerables.

Se hace cargo de las principales obgecciones de los que sostienen la opinion contraria: las desvanece enteramente, y concluye que lo mejor que puede hacerse en esta parte es proclamar este principio de eterna verdad: que todos los decretos de nuestros legisladores de hoy se pueden modificar, variar y abolir mañana por sus sucesores, haciendo entender que será aplicable á todos los empeños que el gobierno contraiga, con sus prestamistas; y aqui concluye su tercero y último libro. [LXXX]

Me parece que esta descomposicion que he hecho de todo su tratado con el fin de que supla á una breve cartilla de que habia pensado acompañarle, no deberá fatigar al lector, porque aunque sea demasiado prolija y no corresponda á una obra de tan poco tamaño le pone en estado de entenderle perfectamente, de notar el severo encadenamiento de sus principios, la evidencia de ellos, y sobre todo la propiedad de su lenguaje y el significado riguroso y constante que da á las palabras, al mismo tiempo que justificará el juicio que aventuré de ella al principio de esta, introduccion.

En efecto hemos visto que la ciencia de la riqueza de las naciones no es mas, que la buena y juiciosa economia, de un particular; que su obgeto es hacer el mayor trabajo util que se pueda y el mas demandado, y no consumir sino lo que pueda procurar este trabajo; que una nacion que nada hace para nada tiene, y la aniquila su misma miseria; que sino hace mas que un trabajo comun mal combinado y poco estimado se sostendrá miserablemente, y su multiplicacion no pasará de los límites que la fijen sus medios de subsistencia; y por el contrario, si hace mucho trabajo precioso y bien dirigido, [LXXXI]

gozará, prosperará y se poblará, aunque si consume mucho en superfluidades volverá á caer en la miseria: que todo el mundo es propietario; que no hay mas propiedades primitivas que las facultades físicas é intelectuales de cada uno; y el trabajo ó el uso de ellas, y que sus resultados, son la acumulacion de productos, y que aun el hombre que no tiene mas propiedad que sus brazos, y de consiguiente que no puede hacer anticipacion alguna, la aumenta maravillosamente en el estado social por detestable que sea, suministrándole infinitos medios de que careceria en el estado de anarquia y de guerra con sus semejantes, y aun en el de aislamiento. Hemos visto que el dinero que se da no es el que mas produce, sino el que se presta; que no es el pródigo el que mantiene, sino el económico; que las invenciones de las máquinas y métodos perfeccionados no disminuyen la poblacion, sino que la aumentan; que empeñarse en hacerlo todo dentro de su casa y enriquecerse á costa de los vecinos, es lo mismo que si un labrador se empeñase en que sus tierras propias para una sola clase de produccion lo fuesen para todas, ó como un fabricante que quisiese hacerse él mismo sus herramientas, [LXXXII] maquinas y materias primeras por no comprarlas; y finalmente, que los reglamentos no favorecen ni dirigen la industria, sino que la entorpecen, la sofocan y la aniquilan. Véase pues aqui la ciencia de la economia politica reducida á un cortisimo número de verdades ó de juicios que se derivan de una sola verdad, ó de un solo juicio primordial, como dije al principio. Es imposible no reconocer en este escrito la preciosa mano del autor de la ideología y de la lógica, tan respetado aun por los mismos enemigos de sus principios, ó por los idólatras de los misteriosos metafísicos alemanes.

Con esta obra y la de Juan Bautista Say se forma un tratado completo y excelente de economia politica para que puedan instruirse los españoles en una ciencia tan importante y apreciada en todas las naciones cultas de Europa, ahorrándose con ellas muchos libros de esta clase, indigestos los mas de ellos por falta de solidez y método, que solo sirven para confundir y embrollar la juventud estudiosa. [1]

NOCIONES PRELIMINARES

Podemos considerar al hombre como un ser sensible que recibe impresiones, que las recuerda que las compara y combina; pero siempre con una perfecta indiferencia. En esta hipótesis, seria un ser sin pasion con respecto á él, y sin accion, con respecto á los demas, porque no tendria motivo para querer, ni razon ni medio para obrar, y cualesquiera que fuesen sus facultades para juzgar y conocer, jamás se desenvolverian, ó estarian siempre en una perfecta inaccion por falta de estímulo y agente que las hiciese obrar. Mas este ser es puramente quimérico: el hombre no es este ser, pues quiere en consecuencia de sus impresiones y conocimientos, y obra en consecuencia de sus voluntades: esto es lo que le constituye por una parte susceptible de placer y [2] de dolor de felicidad y de desgracia, que son ideas correlativas é inseparables; y por otra capaz de influencia y de poder. Por esta, razon tiene tambien necesidades y medios, y de consiguiente: derechos y deberes, ya cuando se pone en relacion con seres inanimados, ya cuando está en contacto con otros seres susceptibles, como él de gozar y de sufrir; porque todos los derechos de un ser sensible estan en sus necesidades, como sus deberes en sus medios; y es de notar, que la debilidad es siempre y esencialmente el principio de los derechos, así como el poder,

entiéndase como quiera, es, y no puede dejar de ser, el origen de los deberes, esto es, de las reglas que deben dirigir el uso de este poder.

Las necesidades y los medios, los derechos y deberes, se derivan pues, de la facultad de querer; porque si el hombre no quisiese, nada de esto tendría; pero [3] tener necesidades y medios, derechos y deberes, es ya tener ó poseer alguna cosa, pues son como otras tantas especies de propiedad, tomando esta voz en su sentido mas lato, siendo cosas que nos pertenecen: así, las ideas, necesidades y medios, suponen la idea propiedad; y las ideas riqueza y pobreza, no pueden existir sin esta idea propiedad.

La idea propiedad no la puede tener sino un ser dotado de voluntad, en el cual nace necesaria é inevitablemente en toda su plenitud; porque luego que este individuo conoce precisamente su yo, ó su persona moral, y su capacidad de gozar, ó de sufrir y de obrar, conoce que este yo es propietario exclusivo del cuerpo que anima, de los órganos que mueve, de todas sus facultades, de todas sus fuerzas, de todos los efectos que producen, y de todas sus pasiones y acciones [4] porque todo esto comienza y acaba con este yo.

Y á la verdad era preciso que hubiese una propiedad natural y necesaria, habiendo propiedades artificiales y convencionales; porque no es posible que haya una cosa en el arte, que no tenga su principio radical en la naturaleza. Si nuestros gestos y gritos no tuviesen el efecto natural de denotar las ideas que nos afectan, nunca hubieran venido á ser los signos artificiales y convencionales que son: si no estuviese en la naturaleza que todo cuerpo sólido sostenido encima de nosotros debe abrigarnos, nunca hubiéramos hecho casas para guarecernos; pues del mismo modo, si no hubiese propiedad natural é inevitable, tampoco la habría artificial y convencional. Lo mismo es de todas las demas cosas; porque el hombre nada crea, nada hace absolutamente nuevo y estranatural, si me es permitido [5] esplicarme así: todo lo que hace es deducir consecuencias y hacer combinaciones de lo que ya es: así, le es tan imposible el crear una idea, ó una relacion que no tenga su causa primera en la naturaleza, como el darse un sentido que no tenga relacion con sus sentidos naturales, de donde se sigue que en toda investigacion concerniente al hombre, es indispensable llegar hasta este primer tipo, porque mientras no se vea el modelo natural de una institucion artificial que se quiere examinar, podemos estar ciertos de que no hemos conocido todavia su generacion, y de consiguiente que no se conoce bien.

Pero ¿cómo la facultad de querer, de la cual se deriva la idea de propiedad, podrá producir todas nuestras necesidades y medios?

Si nouviésemos la idea de propiedad, ni la de nuestro yo, no tendríamos necesidades ni medios; porque ¿á quien [6] pertenecería el dolor y el poder? Mas luego que conocemos que somos poseedores de nuestra existencia y de sus modos, ya somos necesariamente por solo esto, un compuesto de debilidad y de fuerza, de necesidades y medios, de dolor y poder, de pasion y accion, y de consiguiente de derechos y deberes.

Llamo deseo y voluntad todos los actos de esta facultad, desde la propension mas instintiva hasta la determinacion mas reflexionada. Todo deseo es una necesidad, y todas nuestras necesidades consisten en algun deseo.

Que todo deseo es una necesidad es evidente; porque el ser sensible que desea una cosa, tiene por esto solo una necesidad de poseer la cosa deseada, ó mas bien, y mas generalmente todavia, tiene la necesidad de la cesacion de este deseo, puesto que todo deseo es un dolor mientras dura, y no es placer en tanto que [7] no le satisfacemos, esto es, hasta que cesa.

Todas nuestras necesidades desde la mas maquina hasta la mas espiritualizada, no son sino la necesidad de satisfacer, un deseo. El hambre, por ejemplo, es el deseo de comer, ó á lo menos de salir del estado de languidez en que estamos, asi como la necesidad, la sed de riquezas ó de gloria no son mas que el deseo de poseer estos bienes, y de evitar la indigencia ó la oscuridad; así, puede decirse en general que nuestros deseos son el origen de todas nuestras necesidades, y que ninguna existiria sin ellos, porque si no tuviésemos deseos seríamos impasibles, y si fuésemos impasibles no tendríamos necesidades.

Nuestros deseos son pues, los que dirigen nuestras acciones, las cuales pueden mirarse como otros tantos medios de proveer á nuestras necesidades. Para convencernos de que los actos de nuestra voluntad [8] son el origen de todos nuestros medios sin escepcion, nos bastará probar que las acciones sujetas á nuestra voluntad son absolutamente los únicos medios que tenemos para la satisfaccion de nuestras necesidades, ó de otro modo, de nuestros deseos, esto es, que nuestras fuerzas físicas y morales, y el uso que hacemos de ellas componen exactamente toda nuestra riqueza.

Pero para conocer esta verdad, es indispensable seguir todos y cada uno de los efectos que pueden producir los infinitos usos que hacemos de nuestras facultades: discernir aquellos que cooperan á la formacion de nuestras riquezas, y finalmente, aprender el modo de dirigirlos bien. Entramos ya pues en el campo de la economía política.

Por de pronto vemos que la naturaleza arrojando al hombre á un punto de este vasto universo, donde no parece sino [9] un insecto imperceptible y efímero, solo le concedió sus facultades individuales y personales; tanto físicas, como intelectuales, que son su único patrimonio, su sola riqueza primitiva y el manantial de donde salen todas las demas que se procura despues.

En efecto, nosotros no podemos apropiarnos un ser, ni aun la menor parte de él, sino mediante la accion que egercemos, y el uso de nuestras facultades. Tomemos ejemplos en el órden físico. Un campo no es medio de subsistencia sino en tanto que se cultiva: los rios nada nos dan sino en cuanto nos tomamos el trabajo de ir á pescar á ellos, y la madera ó cualquier otro producto espontáneo de la naturaleza de nada nos serviria sino la fuésemos á buscar al monte y la aplicásemos á nuestros usos, transformándola en nuestros talleres; y si todavia queremos llevar las cosas mas lejos, suponiendo [10] que cayese en nuestra boca el alimento ya preparado, seria necesario paz á asimilarle á nuestra substancia que le mascásemos, tragásemos y digiriésemos pues todas estas operaciones son otros tantos empleos de nuestras fuerzas individuales. Asi, puede decirse con el admirable Fontaine, que el trabajo es un tesoro, y aun añadir todavia, nuestro único tesoro, aunque muy grande, puesto que, escede á todas nuestras necesidades; y la prueba de ello es que semejante á la fortuna de un hombre rico, cuya renta es mayor que sus gastos, el fondo de donde salen las

comodidades, los regalos, la fuerza y el poder de la especie humana en general, se aumenta cada dia á pesar de nuestra mala conducta, y sobre todo de nuestra prodigalidad.

Mas adelante veremos, que la aplicacion de nuestras fuerzas á los diferentes seres, es la única causa del valor que tienen [11] con respecto á nosotros, y de consiguiente el origen de todo valor, así como la propiedad de estas mismas fuerzas que pertenecen necesariamente al individuo dotado de ellas, que las dirige segun quiere, es el origen de toda propiedad. De aquí nacen las ideas de riqueza y de pobreza, porque ser rico es poseer medios de proveer á las necesidades, y ser pobre es carecer de estos medios; pero una cosa útil ó agradable, esto es, una cosa cuya posesion es una riqueza, nunca es mas que un medio próximo ó lejano de satisfacer una necesidad ó un deseo, y si no tuviésemos necesidades ni deseos, que es lo mismo, tampoco tendríamos la posesion ni la privacion de los medios de satisfacerlas.

Consideradas las cosas de este modo tan general, es claro que nuestras riquezas no se componen solamente de una piedra preciosa ni de un pedazo de metal, [12] ni de una tierra; ni de una máquina &c. El conocimiento de una ley de la naturaleza, el hábito de una operación técnica, el uso de un idioma para comunicar con nuestros semejantes y aumentar nuestras fuerzas con las suyas, o á lo menos para que no nos impidan el ejercicio de las nuestras, el goce de las convenciones é instituciones creadas con este fin, son tambien riquezas del individuo y de la especie, porque son cosas útiles que aumentan nuestros medios, y que tienen un valor real, pues todas ellas dependen del uso legítimo que hacemos de nuestras facultades conforme á las leyes de la naturaleza. Encontramos un brillante, porque le hemos buscado con inteligencia; adquirimos un pedazo de metal, porque hemos estudiado de antemano los medios de extraerle de la mina; poseemos una tierra, ó una buena máquina, porque hemos reconocido las propiedades [13] de las primeras materias, y facilitado el modo de hacerlas útiles. Hacemos provision de granos en nuestras troges, y construimos nuestras viviendas, porque hemos simplificado las operaciones necesarias para acopiar aquellos, y para fabricar una casa: de donde se sigue, que todos los bienes que poseemos, y podemos poseer, provienen del uso de nuestras facultades.

Pues estos bienes tienen entre nosotros un valor determinado y fijo hasta cierto punto, ó por mejor decir, tienen dos: el uno es el de los sacrificios que nos cuesta su adquisicion, y el otro el de las utilidades que nos procura su posesion: así quando fabrico una herramienta para mi uso, no solo tiene el valor del trabajo que me cuesta, sino tambien el que me ahorra despues; y si su construccion me cuesta mas de lo que me ahorra su posesion, es prueba [14] de que construyéndola he hecho un mal uso de mis fuerzas. Lo mismo sucede si en vez de hacerla la compro. Si las cosas que yo doy en cambio me han costado mas trabajo que el que me hubiera costado el hacerla, ó si me hubieran ahorrado mas cantidad de trabajo que la que ella me puede ahorrar, hago un mal cambio, pierdo mas que gano, ó doy mas que adquiero. Si es cierto pues, que nuestras facultades, fisicas y morales son nuestra sola riqueza primitiva; que el uso de estas facultades, ó nuestro trabajo es nuestro solo tesoro original, y que de él nacen todas las cosas que llamamos, bienes, desde la mas necesaria hasta la que es meramente agradable, será asimismo cierto que todos los bienes que puede disfrutar el hombre representan el trabajo que los ha creado, y que todos ellos tienen un valor, ó mejor diré, dos valores [15] distintos que emanan de el del trabajo; y aun éste tiene tambien dos valores diferentes, porque ningun ser puede comunicar la propiedad que no

tiene: el primer valor es natural y necesario, y el segundo mas ó menos convencional y eventual, como ahora lo vamos á ver.

Todo ser animado, esto es, sensible y dotado de voluntad, tiene necesidades que se renuevan á cada instante, y de cuya satisfaccion depende la continuacion de su existencia. No puede satisfacer sus necesidades sino mediante el uso de sus facultades ó de sus medios, y de consiguiente si llegase á cesar por algun tiempo este uso, ó el trabajo, cesaria tambien su existencia. Luego el número de estas necesidades, es la medida natural y necesaria de la cantidad de trabajo que puede hacer mientras las siente; porque si emplea esta cantidad [16] de trabajo para su utilidad directa ó indirecta, es menester que sea suficiente para hacerle el servicio que necesita; y si la emplea para utilidad de otro, es menester que éste otro haga, á lo menos por él, durante el tiempo que lo ha tenido ocupado, lo que hubiera podido hacer en beneficio buyo. Si le emplea en obgetos de una utilidad menos inmediata y mas distante, es menester que cuando se realice esta utilidad, reemplace á lo menos los obgetos de utilidad urgente qué hubiese consumido, mientras que se ha ocupado en la produccion de estos menos necesarios. De consiguiente esta suma de necesidades indispensables, ó mas bien, la suma del valor de los obgetos necesarios para satisfacerlas, es la medida natural y necesaria del valor del trabajo que se hace en el mismo tiempo, el cual es la medida de lo que este trabajo cuesta inevitablemente; [17] y he aquí el primer valor que tiene, que es puramente natural y necesario.

El segundo valor de nuestro trabajo, o el valor de lo que produce, es esencialmente eventual, por lo comun convencional, y siempre mas variable que el primero. Es eventual, porque ningun hombre al comenzar un trabajo, aunque sea por su propia cuenta, puede estar seguro de su producto, pudiendo aumentarle ó disminuirle mil circunstancias que no dependen de él, y que las mas veces no puede tampoco preveer. Es por lo comun convencional, porque aun cuando este hombre emprenda un trabajo por cuenta de otro, la cantidad de producto que resulte, dependerá de lo que el principal le diese en cambio de su trabajo, ora se estipule esta recompensa antes de egecutarse el trabajo, como se hace con los obreros y asalariados, [18] ora despues de concluido como con los mercaderes y fabricantes. Finalmente, este segundo valor del trabajo es mas variable que su valor natural y necesario, porque no le determinan las necesidades del que trabaja, sino mas bien las necesidades y medios del que se aprovecha de él, en lo cual influyen infinitas causas que desenvolveremos en el discurso de la obra.

El valor natural del trabajo no puede ser absolutamente fijo por muchas razones: 1.^a las necesidades de un hombre en cierto tiempo determinado, aun las que podemos mirar como mas urgentes, son susceptibles de una cierta latitud, y es tal la flexibilidad de nuestra naturaleza, que estas necesidades se reducen ó estienden considerablemente ya por el imperio de la voluntad, ya por los efectos del hábito: 2.^a estas necesidades pueden satisfacerse [19] abundantemente, y acaso con muy poco trabajo, cuando son favorables las circunstancias; por egeemplo, benigno el clima y el suelo fértil, al paso que seria necesario mucho mayor esfuerzo para satisfacerlas en un clima ingrato y en un suelo estéril. Así, segun fueren los casos, variará la cantidad de trabajo que el hombre deberá hacer para poder continuar su existencia.

Estas reflexiones generales corroboran la verdad que establecimos mas arriba, á saber, que las ideas de riqueza y de pobreza nacen de nuestras necesidades, esto es, de nuestros deseos; porque la riqueza consiste en poseer medios de satisfacer los deseos, y la pobreza en carecer de ellos. Llamamos bienes á estos medios, porque nos hacen un bien. Todos ellos son el producto y representacion de una cierta cantidad de trabajo, y ellos son los que nos dan la [20] idea de valor, teniendo realmente dos valores, el de los bienes que cuestan, y el de los bienes que producen; y puesto que estos bienes no son sino la representacion del trabajo que los produce, de él solo reciben estos dos valores, que por consiguiente tiene tambien el mismo trabajo.

Convendrá resumir en pocas palabras estas ideas generales y mostrar el encadenamiento de todas ellas. Hemos visto que nunca creamos una cosa absolutamente nueva y estranatural; y puesto que tenemos idea de valor, y hay entre nosotros valores artificiales y convencionales, era indispensable que hubiese en alguna parte un valor natural, y necesario que fuese el tipo de todos. Este valor es el que tiene el trabajo, del cual emanan todos nuestros bienes, y es el valor de los objetos necesarios para la satisfaccion de las necesidades [21] que nacen inevitablemente en el ser animado mientras que hace su trabajo.

Medir una cantidad, es siempre compararla á otra cantidad determinada de la misma especie que ella; y es preciso absolutamente, que sea de la misma especie, pues de otro modo no podria servir de unidad y de término de comparacion. Así, cuando decimos que el valor natural y necesario del trabajo que hace un ser animado en cierto tiempo se mide por las necesidades indispensables que nacen en este ser durante el mismo tiempo, damos realmente por medida á este valor el valor de una cierta cantidad de trabajo; porque los bienes necesarios para la satisfaccion de estas necesidades, reciben su valor necesario y natural del trabajo que costó su adquisicion; de donde se deduce, que el trabajo, nuestro único bien primitivo, se valúa por si mismo; y de consiguiente [22] que la unidad es de la misma especie que las cantidades calculadas.

Mas para que un cálculo sea justo y cierto, es menester que la unidad se determine de un modo riguroso y absolutamente invariable; pero por desgracia es preciso confesar que nuestra unidad de valor en esta materia está sujeta á variacion aunque contenida dentro de ciertos limites; y este es un mal que no podemos remediar, dependiendo de la naturaleza misma del ser animado. La he dado á conocer porque es muy conveniente tenerla presente para aprender cuan delicado y sábio debe ser el cálculo de todas las cantidades morales y económicas; con cuanto pulso deben tratarse, y cuan imprudente será el empeñarse en aplicar á ellas indiscretamente la rigurosa escala de los números. [23]

Pero en el discurso de esta obra no hablaremos sino del valor que resulta de las transacciones libres de la sociedad, á saber, del valor convencional y venal, del que la opinion general fija á las cosas con razon ó sin ella, aunque varíe segun las necesidades y medios del productor y consumidor, del comprador y vendedor, como se verá mas adelante.

Finalmente, el único manantial de todas nuestras comodidades, valores, ó riquezas, es el uso de nuestras fuerzas, ó nuestro trabajo y nuestra industria: la verdadera produccion de nuestra industria es la utilidad: la medida de esta es nuestra necesidad ó deseo, y la cantidad

de esta utilidad producida es lo que compone la suma de nuestros medios de existencia y de bien estar. [24]

ADVERTENCIAS NECESARIAS para entender algunas proposiciones contenidas en el cuerpo de esta obra

I. Dícese comunmente que las ideas de derechos y de deberes, son correspondientes y correlativas. Esto puede ser verdad con respecto á nuestras relaciones sociales, pero no absolutamente. Me explicaré, examinando diversos casos.

Primera suposicion méramente ideal. Supongamos un ser dotado de sentimiento y de voluntad, pero incapaz de toda accion, ó una simple mónada dotada de la facultad de querer, pero sin cuerpo ni órganos que puedan resistir á la accion de su voluntad, y por medio de los cuales pueda producir algun efecto y tener influencia sobre otro ser. No hay [25] duda que este ser no tiene derecho alguno en el sentido que comunmente se dá á esta palabra; esto es, ningun derecho tiene de aquellos que comprende la idea de un deber correspondiente en otro ser sensible, porque no está en contacto ni relacion con otro ser; pero esta mónada examinada á las luces de la razon y de la justicia universal, así como puede concebirla el espíritu humano (porque no podemos hablar de otra cosa) tiene el derecho de satisfacer sus deseos y acallar sus necesidades, porque en esto no viola ninguna ley natural ni artificial, antes por el contrario, obedece las leyes de su naturaleza, y se somete á las condiciones de su existencia.

Esta mónada no teniendo poder de accion, y careciendo de los medios propios para la satisfaccion de sus necesidades, no puede tener deberes, porque [26] no puede tener el deber de emplear los medios de que carece, de un modo mas bien que de otro, ó de hacer una accion mas bien que otra, porque hemos supuesto que no puede obrar.

De aquí se deducen dos verdades: 1.^a que todos los derechos nacen de las necesidades, y los deberes de los medios. 2.^a que puede haber derechos sin que haya deberes correspondientes de parte de otros seres, ni aun del mismo poseedor de estos derechos; así que estas dos ideas no son tan esencial y necesariamente correspondientes y correlativas como se cree, puesto que no lo son en su origen.

Segunda suposicion. Supongamos un ser dotado de sentimiento y de voluntad constituido como nosotros, esto es, dotado de órganos y facultades que su voluntad pone en accion, pero absolutamente separado de todos los demas seres sensibles, [27] y en contacto con seres inanimados, ó á lo menos con seres que no le manifiesten el fenómeno del sentimiento. En esta suposicion tampoco tiene este ser derechos, tomada esta voz en su significado riguroso, que comprende la idea de un deber correspondiente en otro ser sensible, porque no está en relacion con ninguno de estos seres; pero tiene como la mónada el derecho general de procurarse cuanto necesite para la satisfaccion de sus deseos ó necesidades, porque obedece como ella á las leyes de su naturaleza, y se somete á las condiciones de su existencia, no pudiendo ser movido por ningun impulso extraño, ni tener principio alguno de accion: así este ser dotado de voluntad tiene todos los derechos

posibles, los cuales son infinitos, porque no hay cosa que los limite, ó mejor diré, no tienen mas límites que los [28] de sus mismos deseos de, que emanan, como de su propia fuente.

Pero en esta segunda suposición hay algo mas que en la primera, porque este ser dotado como nosotros de órganos y de facultades que su voluntad pone en acción, no es como la simple mónada de que hemos hablado. Tiene medios; luego tiene deberes, porque tiene el de usar bien de estos medios; pero todo deber supone una pena que sigue á su inobservancia, una ley que pronuncia esta pena, y un tribunal que aplica la ley: así, en el caso presente, la pena correspondiente al ser que ha usado mal de sus medios, es la de que produzca efectos menos favorables á la satisfacción de sus necesidades, ó destructivos de su existencia: las leyes que pronuncian esta pena son las de la organización de este ser dotado de voluntad y de acción, las cuales son las condiciones con que existe; y el tribunal que aplica [29] estas leyes es el de la necesidad. Por lo tanto, este ser tiene incontestablemente el deber de usar bien de sus medios, puesto que los tiene; pero este deber general comprende otros muchos que le son correlativos, como son, apreciar los deseos ó necesidades que sus medios deben satisfacer, estudiar después estos mismos medios, su extensión y límites, y finalmente trabajar en disminuir el número de sus deseos, y aumentar el de sus medios; porque todos sus males han de provenir necesariamente de la inferioridad de sus medios con respecto á sus deseos; pues si para satisfacer estos tuviese siempre los medios suficientes, ni aun sería posible en él la miseria y el dolor.

Así, este ser que suponemos aislado, tiene derechos, y todos los que tiene nacen de sus necesidades y deberes, como estos de sus medios, y en cualquiera situación que le pongamos no tendrá otros [30] derechos ni otros deberes, porque todos los posibles deben nacer de aquellos, y no pueden ser mas que consecuencias; de donde se deduce, que todo proviene de sus necesidades, porque si no las tuviese no tendría la necesidad de medios para satisfacerlas, ni aun sería posible que tuviese medios; ni de consiguiente podría concebirse la idea de deber, y si queremos convencernos de esto, experimentémoslo castigando á un ser impasible. Es pues una verdad irrefragable, que las ideas de derechos y de deberes nacen de la facultad de querer; que no son tan exactamente correspondientes y correlativas como se cree; que las de deberes están subordinadas á las de derechos, como las de medios lo están á las de necesidades puesto que podemos concebir derechos sin deberes, como en la primera suposición, y si concebimos deberes en esta segunda, es porque hay necesidades, y [31] finalmente, que estos deberes consisten en el deber general de satisfacer sus necesidades, Para acabarnos de convencer de estas verdades, hagamos otra hipótesis.

Tercera suposición. Supongamos que este ser es organizado como nosotros, que está en relación con otros dotados como él de sentimiento y de voluntad, y que obran del mismo modo en virtud de esta última facultad, pero que no pueda entenderse con estos seres, ni comprender perfectamente sus ideas y sus motivos de obrar. Estos seres animados tienen también sus derechos, que nacen de sus necesidades; mas estos derechos no mudan la situación de nuestro ser, ni influyen particularmente en ella y porque teniendo las mismas necesidades que antes, tiene los mismos derechos.

Tiene además el mismo deber general de emplear bien sus medios para satisfacer sus necesidades; pero la situación en que le hemos puesto, o las nuevas relaciones [32] que

tiene, le imponen el deber de conducirse con respecto á estos seres que se le manifiestan dotados de sentimiento y voluntad de distinto modo que con los que le parecían inanimados; porque como obran en virtud de su voluntad, tiene el deber de cautivar ó de subyugar esta voluntad para que contribuya á la satisfaccion de sus propios deseos; pero como hemos supuesto que no puede comunicar completamente con ellos, ni de consiguiente hacer convenciones, no tiene otros medios para dirigir su voluntad al fin que debe, que ó la persuasion inmediata ó la violencia directa; por lo tanto emplea y debe emplear el uno u el otro medio, segun fueren las circunstancias, sin mas consideracion que la de producir los efectos que desea.

A la verdad, este ser organizado como nosotros, debe ser tal, que la presencia del ser que sufra, deba inspirarle la [33] compasion, que participe de sus placeres y de sus dolores; y ved aqui una nueva necesidad que debe satisfacer como las demas, y de consiguiente tiene el deber de evitar la pena que le causa el dolor de los seres sensibles, á lo menos mientras que sus demas necesidades no le obliguen á sufrir esta pena. Mas este nuevo deber es una consecuencia del deber general que tiene de satisfacer todas sus necesidades.

Estas son las relaciones que tenemos con todos los animales.

Cuarta suposicion. Supongamos á nuestro ser animado en contacto con otros seres semejantes, ó en nuestra misma situacion: estos tienen sus necesidades, y de consiguiente sus derechos; pero estos no mudan los de nuestro ser, que tiene tantos derechos como necesidades, y el deber general de satisfacerlas. Si no pudiese comunicar completamente con estos seres [34] semejantes á él, estaria con respecto á ellos en el mismo caso en que estamos nosotros con respecto á los demas animales.

Mas en este estado que suponemos, teniendo todos tantos derechos como necesidades, y ademas el deber general de satisfacerlas, los derechos de los unos ofenderian á los derechos de los otros, y nacerían de aqui disputas y guerras continuas, porque no podrian tener idea de lo justo y de lo injusto. Es indispensable restringir estos derechos y este deber general; pero esta restriccion no comienza ni puede comenzar, sino desde que se establecen los medios de comunicacion y de correspondencia, y de consiguiente convenciones tácitas ó espresas. De aqui solamente puede nacer la idea de la justicia y de la injusticia, ó lo que es lo mismo, la balanza que pesa fielmente los derechos del uno y los derechos del otro, [35] que hasta ahora habian sido iguales por necesidad.

En suma, las ideas de derechos y deberes nacen de nuestra facultad de querer; todos nuestros derechos nacen de nuestras necesidades, y nuestros deberes de nuestros medios: tenemos siempre tantos derechos como necesidades, y ademas el deber único y general de satisfacerlas: las necesidades y derechos de los demas seres sensibles, bien sean de nuestra especie ó de otra, no alteran ni mudan nuestras necesidades, derechos ni deberes; y finalmente nuestros derechos no comienzan á sufrir restricciones sino cuando comenzamos á comunicar con los demas seres, y á establecer pactos y convenciones recíprocas, esto es, cuando se establece la sociedad, que es por donde debe comenzar esta obra. [37]

PRINCIPIOS ECONOMIA POLITICA, CONSIDERADOS POR LAS RELACIONES QUE TIENEN CON LA VOLUNTAD HUMANA

CAPITULO I

De la sociedad

Cuatro son las especies generales de seres que componen el universo: 1.^a los inanimados ó insensibles, como son á nuestro entender muchos de los que vemos, los cuales, aunque no existan para sí mismos, puesto que no sienten, pueden muy bien existir con respecto á los seres sensibles á quienes afectan: 2.^a los seres sensibles que aunque tienen el sentimiento de [38] su propia existencia, es este tan debil ó tan indiferente que no produce ni puede producir eleccion, preferencia, deseo, ni voluntad alguna: 3.^a los seres sensibles dotados tambien de voluntad, como somos nosotros, y todos los demás animales que conocemos, pero con la diferencia de que estos viven aislados: 4.^a los seres dotados de sensibilidad y voluntad, que estan en contacto y relacion con otros de su especie semejantes á ellos, y con quienes pueden comunicar, como somos nosotros exclusivamente.

Tratándose pues en esta obra de sola la especie humana, seria fuera de propósito el detenerse á examinar, así los seres que carecen de facultades intelectuales, como los que viven aislados sin comunicacion recíproca.

La observacion y la razon concurren de concierto á demostrar que el hombre no puede vivir en un estado de aislamiento, [39] porque todavia no se ha descubierto en toda la tierra un solo animal de figura humano, por bruto que sea, que no haya tenido alguna especie de relacion con otro animal de su especie. Podra quizás encontrarse un individuo, que en todo rigor subsista solo sin auxilio de nadie, si bien sumamente escaso de lo preciso para la satisfaccion de sus necesidades naturales; ¿pero cómo se reproducirá este individuo? Esto es lo que no se puede concebir, porque para que la especie humana se perpetúe, no solo es indispensablemente necesaria la reunion de los dos sexos, sino la dependencia por mucho tiempo del producto de esta union, ó del hijo, de la diligencia y cuidado de sus padres, ó á lo menos de su madre. Además hay en todos nosotros, mas ó menos, una propension natural é innata á simpatizar, esto es, tenemos un placer en comunicar á nuestros semejantes nuestras impresiones, afecciones [40] y sentimientos, y le tenemos tambien en participar de las suyas. Quizás existirá esta propension mas ó menos fuerte en todos los seres animados, y aun quizás haya en nosotros desde el principio de las cosas una parte considerable de aquella irresistible fuerza que atrae y une los sexos, pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que despues el hombre aumenta prodigiosamente esta fuerza; y así es imposible que esta reunion, que es el efecto inevitable de nuestra organizacion física, no vaya desenvolviendo en nosotros aquella disposicion natural á simpatizar, fortificándola por el egercicio, y finalmente estableciendo las relaciones sociales y morales. Por lo tanto, podemos asegurar que la necesidad de la reproduccion por una parte, y por otra la inclinacion innata á simpatizar nos conducen necesariamente al estado de sociedad, cuyas ventajas conocemos mediante nuestros juicios; pues [41] formando estos de todo cuanto experimentamos, sentimos y vemos; en suma, de todo cuanto nos afecta, distinguiendo partes, circunstancias, causas y consecuencias, que es lo que propiamente se llama juzgar, es imposible que no echemos de ver las utilidades que podemos sacar del auxilio de nuestros semejantes, de su asistencia en nuestras cuitas y necesidades, y finalmente del concurso de sus voluntades y

fuerzas con las nuestras, y de consiguiente es igualmente imposible, que aquella reunion, si se quiere fortuita, no se afiance y perpetúe mediante el interés recíproco. Esto es lo que cabalmente ha sucedido siempre, y deberá suceder, y lo que ha producido en todas las partes de la tierra esa maravillosa y sábia invencion de un idioma mas ó menos perfeccionado, pero siempre á lo que parece, mas circunstanciado y minucioso que el de otro cualquier animal. Asi no cabe duda en que [42] el estado social es el estado natural del hombre, y el que de consiguiente debe ocupar nuestra atencion.

Sin embargo, no consideraré en este lugar la sociedad por el lado de sus relaciones morales, ni tampoco examinaré como estas relaciones desarrollan, robustecen, aumentan y complican nuestras pasiones y afecciones, ni marcaré los infinitos deberes que nos imponen, ni de donde se deriva la obligacion fundamental de respetar las convenciones en que se funda, y sin las cuales no podria subsistir. Me ceñiré por ahora á considerar el estado social por el lado de sus relaciones económicas, esto es, con respecto á nuestras necesidades mas directas, y á los medios de que podemos disponer para satisfacerlas, puesto que solo estos conocimientos nos pueden conducir para saber apreciar el valor y la utilidad de todas nuestras acciones, para juzgar del mérito de ellas por [43] sus consecuencias, y de consiguiente del mérito de aquellos sentimientos que nos inclinan á una accion mas bien que á otra.

Ahora bien: ¿qué es la sociedad considerada bajo este aspecto? No recelo asegurar que la sociedad es pura y meramente una série incesante de cambios, po puede ser otra cosa, ora se mire en sus principios mas informes y bárbaros, ora en el colmo de su prosperidad y opulencia, y ciertamente no puede hacerse mayor elogio de ella; porque en efecto, siendo el cambio una admirable transaccion en la cual ganan siempre ambos contratantes, la sociedad será una série continua de ganancias para todos sus miembros; proposicion que aunque evidente de suyo merece todavia alguna explicacion.

Para convencernos de que la sociedad es en rigor una serie incesante de cambios, comencemos por las primeras convenciones en que esencialmente se funda. [44] Todo hombre antes de entrar en sociedad tiene todos los derechos, y ningun deber ni aun el de no ofender á sus semejantes, los cuales estan con respecto á él en el mismo caso: así no podrian absolutamente vivir reunidos en cuerpo, si antes no se prometiesen recíprocamente seguridad, mediante una convencion espresa ó tácita; pues ¿qué otra cosa es esta convencion que un verdadero cambio en fuerza del cual renuncia cada uno de un cierto modo de emplear sus fuerzas, y recibe igual sacrificio de parte de los demas? Establecida una vez la seguridad, se van entablando entre los hombres infinitas relaciones que consisten, ya en hacer ciertos servicios en recompensa de un salario, ya en trocar una mercaderia por otra, ya finalmente en egecutar una obra en comun. En los dos primeros casos, el cambio, [45] es manifiesto, pero no lo es menos en el último, aunque no se nos presente con tanta claridad, porque cuando muchos hombres se reunen para trabajar en comun, no hacen mas que sacrificar en beneficio de otro lo que hubieran podido producir para sí mismos en el mismo tiempo, y con igual trabajo, por recibir una parte de la utilidad comun que resulta del concurso de fuerzas de todos ellos, lo qual equivale á cambiar un modo de ocuparse por otro que han juzgado mas ventajoso. De aqui se deduce, que la sociedad consiste en una série continua de cambios.

No quiero decir con esto que los hombres no se favorezcan alguna vez graciosamente, sin exigir recompensa alguna en cambio de sus servicios. Lejos de mí la idea de negar la beneficencia, ó desterrarla del corazón del hombre. Digo sí, que la sociedad no se funda únicamente en esta amable virtud, y [46] que sus hermosos resultados, que son escitar y desenvolver el sentimiento de la simpatía, son más importantes considerados por el lado de las relaciones morales, de que por ahora no hablamos, que de las económicas, que son la materia de nuestro discurso. Aun digo más: si apuramos el riguroso significado de esta palabra cambio, ó si queremos darla, como lo debemos hacer, toda la extensión que tiene, podremos decir exactamente, que todo beneficio es también un cambio, en el cual sacrifica el que le hace una porción de su propiedad ó de su tiempo para procurarse un placer moral muy vivo y delicioso, cual es el de favorecer á un semejante suyo, ya lo haga por eximirse de un dolor, cual es el verle sufrir, así como se gastan cien pesos, por ejemplo, en un árbol artificial de fuego que divierte; ó ya por desviar de sí un objeto ingrato que le molesta. [47]

Así mismo es cierto, que todo cambio es una transacción en la cual ganan ambos contratantes; porque siempre que yo hago libremente y sin coacción un cambio, es porque deseo más la cosa que recibo, que la que doy; y por el contrario, el otro contratante desea más la que yo le ofrezco que la que él me dá. Cuando yo doy mi trabajo por un salario, en tanto le doy en cuanto estimo más este salario que la cosa que hubiera podido hacer trabajando por mi cuenta; y el que recibe mi trabajo, en tanto le recibe en cuanto aprecia más el resultado de él, que el salario que me paga. Cuando doy, por ejemplo, una fanega de trigo por una arroba de vino, es porque tengo trigo sobreabundante, y estoy falto de vino; y porque el que me lo toma se encuentra cabalmente en circunstancias opuestas. Pues del mismo modo cuando [48] se reúnen muchos hombres para trabajar en común, ya sea para defenderse de un enemigo, ya para libertarse de animales dañinos, ya para precaverse de las inundaciones de los ríos, de los estragos del mar, ó de la peste, ya finalmente para levantar un puente ó abrir un camino: en tanto lo hacen en cuanto prefiere cada uno de ellos la utilidad individual que le resulta del concurso de estas fuerzas, á la que podría tener en el caso de emplear por su cuenta el mismo trabajo y tiempo: así todos y cada uno quedan en todos estos cambios satisfechos y pagados de su trabajo; porque todos ganan, y ninguno pierde.

Convengo en que es posible que en un cambio se equivoque uno de los contratantes, y acaso los dos, donde cada uno una cosa que habrán de echar de menos muy pronto por otra de que [49] no harán caso, ó que para nada les servirá «también es posible que uno de los dos reciba en cambio de su sacrificio un valor menor que el que le correspondía, y de consiguiente que sufra una pérdida relativa al paso que el otro tenga una ganancia excesiva; pero todos estos casos son parciales que depende de muchas causas extrañas á la naturaleza de las transacciones, y que no pueden destruir la regla general; á saber, que, todo cambio libre es esencialmente ventajoso á las dos partes contratantes, y, de consiguiente que la verdadera utilidad social consiste en facilitar entre sus miembros todos los cambios posibles.

Pues esta multitud incesante de ganancias individuales que se repiten cada día y cada momento, es la que compone el bien general, y la que poco á poco va creando las grandes maravillas de las sociedades perfeccionadas, y poniendo entre ellas y las bárbaras, ó casi nulas de los salvajes, la inmensa barrera que las separa. Pero no será fuera de propósito el

detenemos aquí un momento para examinar con atención el hermoso cuadro que nos presentan las naciones civilizadas, porque acostumbrados á verle nunca le examinamos con el detenimiento que merece.

Qué es en efecto lo que ofrece á nuestra vista un país mucho tiempo ha civilizado? Vemos en él descuajados los eriales, desembarazados de los grandes vegetales que los cubrían desde su origen, limpios ya de plantas y animales dañinos, y preparados á recibir en todas partes los cuidados periódicos del aplicado labrador. Notamos con delicioso placer, que la industriosa mano del hombre, poniendo en seco las lagunas y pantanos, ó dando salida á sus aguas estancadas y corrompidas, que antes exhalaban [51] miasmas contagiosos, ha convertido estos tristes parajes en abundantes prados ó en arcas provistas de agua para el común provecho. Notamos asimismo desembrollado el pavoroso caos de las montañas, sus laderas aplicadas á las necesidades del cultivo, y hasta las cimas inaccesibles que antes eran región de eternas nieves, destinadas ya al pasto de numerosos rebaños. Aun los bosques que subsisten, no son como eran, el asilo seguro de las bestias fieras, pues el hombre puede fácilmente penetrar por ellos para perseguirlas y exterminarlas, extraer y conservar la madera que producen, y aun ha sugetado su disfrute á los períodos mas favorables para que se reproduzca este precioso presente de la naturaleza; y así es, que el desvelo con que se ha mirado en todas partes esta producción, equivale á una especie particular de [52] cultivo, que no pocas veces ha sido el mas esmerado de todos. Las aguas corrientes que atraviesan por sus cultivados campos no permanecen tampoco en su estado primitivo; porque los rios caudalosos corren, mansamente por dentro de sus cauces, á no ser que las abundantes lluvias los saquen de madre, ni sus aguas se estancan porque no encuentran obstáculos que las detengan; así no pueden hacer estragos contenidos como estan por medio de diques y malecones hechos á propósito cuando la necesidad, ó la utilidad lo ha dictado. Pero no bastaba precaver el mal, y era ademas necesario hacer el bien, y en todo ha pensado el hombre. Su industria, ha fundado en las márgenes de varios rios algunos puertos cómodos para el transporte de sus productos, sugetado la corriente de otros á su voluntad, y hechola servir, ya para el uso de sus molinos [53] ú otras máquinas, ya por medio de sauzaderas para regar las tierras de secano, o las que no pudiendo por su situación local recoger las llovedizas, necesitaban de aquellas para ser productivas. Poco á poco ha ido construyendo de distancia en distancia sobre toda la extensión del país, y en los sitios mas adecuados, casas de labor para uso de los que cultivan la tierra, y benefician sus productos; ha resguardado con cercas estas viviendas, y plantado en derredor de ellas algunos hermosos árboles que pudiesen hacerlas mas útiles y deliciosas, y finalmente ha abierto sendas y caminos para ir cómodamente á su trabajo, y conducir los granos á las trojes. En aquellos puntos en que el interés común de muchos hombres los ha obligado á reunirse, donde el jornalero es necesario al labrador, ó éste necesita del jornalero, y puedo asegurarle su subsistencia, [54] mediante el salario de sus servicios las haciendas se han ido sensiblemente poblando aumentando, y aglomerando hasta llegar á formar todas juntas aldeas, villas y ciudades. A las márgenes de los grandes rios ó á las orillas del mar, en aquellos puntos adonde venian á coincidir sus relaciones se han formado ciudades estensas y populosas, de que ha nacido otra todavia mayor, la cual ha venido á ser con el tiempo la capital y el centro común de todas ellas, porque su situación local le dió la ventaja de poderlas reunir á todas, y de ser surtida y defendida por ellas. Finalmente todas estas ciudades comunican entre sí con los mares vecinos y con los países estrangeros, por medio de puertos, puentes, calzadas y canales, en cuyas maravillosas obras es donde mas se ha

desplegado la industria del hombre. Ved aquí pues los objetos que llaman nuestra atención al registrar un país donde los hombres han hecho uso de todo su poder, y aplicándolo a la creación de cosas útiles.

Si ahora entramos en sus viviendas, y descendemos a considerar lo que contienen hallaremos en ellas una multitud inmensa de animales útiles criados, mantenidos, amansados y multiplicados prodigiosamente por el hombre; un abundante surtido de comestibles, granos, semillas, muebles, herramientas, instrumentos, máquinas, vestidos, materias primeras, ó ya manufacturadas, metales necesarios ó preciosos, y en fin todo lo que puede servir próxima ó remotamente para satisfacer nuestras necesidades. Pero lo que más nos asombra es el ver una población sin término, cuyos individuos hablan un idioma perfeccionado, ejercitan una razón cultivada hasta cierto [56] punto, tienen costumbres blandas y una industria bastante ilustrada para vivir en paz y en unión unos con otros, socorriendo el rico al pobre, y protegiendo al débil el poderoso. Nos causa todavía más admiración ver que muchos de sus individuos poseen algunos conocimientos difficilísimos de adquirir, como son los de infinitas artes agradables ó útiles; que conocen muchas leyes de la naturaleza, cuyos complicados efectos saben calcular y aplicar a sus necesidades y conveniencias; que aun han vislumbrado la ciencia más vasta y profunda de todas, habiendo llegado hasta el punto de discernir y poner en claro los verdaderos intereses de la especie humana en general y los peculiares a su sociedad y miembros; que guiados por estos principios han concebido y realizado muchas leyes ordinariamente justas, y algunas instituciones medianamente [57] juiciosas y creado muchos establecimientos adecuados para fomentar la instrucción y difundir las luces, y finalmente que no satisfechos todavía con haber asegurado de este modo la prosperidad interior, han recorrido y visitado toda la tierra, entablado relaciones amistosas con las naciones extranjeras y hecho cuanto podía sugerir la prudencia y la razón para precaver ú ponerse al abrigo de toda agresión esterna.

¡Qué acumulación tan inmensa de medios de bienestar! ¡qué resultados tan maravillosos producidos por aquella parte de los trabajos de nuestros mayores que no necesitaron para vivir, y que por fortuna no se enterró con ellos! La imaginación se asombra al contemplar este hermosísimo cuadro, y cuanto más le desmenuza y medita tanto más debe arredarse; porque a la verdad ¿cual es la naturaleza, de todas esas grandes obras que acabamos [58] de registrar? Las unas son de suyo instables y poco duraderas; las otras aunque permanentes y de mayor solidez, se han tenido que renovar muchas veces durante la larga serie de siglos que han transcurrido hasta nosotros; y acaso no encontraremos siquiera una, cuya conservación no exija mucha atención, y un desembolso continuo. Pero entre todas estas maravillas, no son las mayores por cierto las que más llaman nuestra atención, porque al cabo todas ellas constituyen únicamente la parte material; ¿pero cuánto más prodigiosa es la parte intelectual, si me es permitido explicarme con esta voz? Siempre ha sido mucho más difícil aprender y descubrir que hacer aplicaciones de lo que ya se sabe; así los primeros pasos son sumamente difíciles, sobre todo en la carrera de la invención: el trabajo, por ejemplo que ha empleado el hombre estudiando sus propias facultades intelectuales, [59] las inmensas investigaciones que ha tenido por necesidad que hacer, las observaciones que ha buscado y recogido con tanto afán, todo esto le ha debido costar mucha mayor fatiga y tiempo que todas las demás obras que ha ejecutado a consecuencia de los progresos de su espíritu por extraordinarios y maravillosos que quieran suponerse, y al fin, si hubiese encontrado libre y espedito el camino que conduce a la verdad y dirigido con juicio sus

esfuerzos, y si estos no hubiesen encontrado barreras insuperables, y no los hubiesen contrariado mil accidentes funestos, los frutos hubieran sido todavia mas abundantes y mucho mas ligero su trabajo; pero por desgracia rara vez ha dirigido bien el hombre los esfuerzos que ha hecho para mejorar su suerte: parece que una gran parte de su poder se ha convertido contra la otra para impedirle sus adelantamientos, y aun estos han tenido [60] que sufrir la reaccion de todas las calamidades de la naturaleza y de la sociedad, las cuales no pocas veces han disipado absolutamente las luces, y aniquilado hasta la capacidad de volver atras para comenzar el mismo camino. ¡Triste reflexion, es esta por cierto, capaz de producir el abandono y desaliento! pero por fortuna estamos ya seguros, como veremos en otro lugar, de que no se volverán á renovar semejantes calamidades. Debemos consolarnos tambien con saber, que los progresos de la especie humana aumentan estraordinariamente la felicidad de sus individuos, de cuya lisongera verdad nos convenceremos en otra parte: bástenos por ahora conocer la poderosa fuerza que adquieren los hombres reunidos en sociedad, al paso que aislados apenas pueden arrastrar su miserable existencia.

Si no estoy engañado, Smith es el [61] primero que noto, que solo el hombre es el que hace verdaderos cambios; pero echo de menos en el admirable capítulo II del libro I de su tratado de las riquezas, la esplicacion de este efecto, y es sensible á la verdad, que el autor de la teoría de los sentimientos morales no se haya detenido á examinar atentamente el egercicio de las operaciones de nuestra inteligencia; puesto que las importantes verdades que se le deben, y las faltas en que ha incurrido debian persuadirle la utilidad de esta investigacion. No obstante esto, la proposicion de Smith es cierta, porque aunque vemos á cada paso que ciertos animales egecutan algunos trabajos que concurren á un fin comun, y para los cuales parece que se han concertado de antemano, que se disputan con encarnizamiento la posesion de la cosa que desean, ó ruegan para obtenerla, con todo eso nada nos dice positivamente [62] que ellos hagan cambios recíprocos. La razon de esto, es á mi entender, porque no tienen un language bastante perfeccionado para poder hacer convenciones espresas, lo cual me parece que proviene de que son incapaces de descomponer sus ideas para generalizarlas, abstraerlas y espresarlas separadamente con sus circunstancias mas menudas y bajo la forma da una proposicion, por lo tanto vemos que todas las ideas de que son capaces son particulares, confusas con sus atributos, y que las manifiestan en general por medio de interjecciones que nada nos pueden decir explícitamente; pero el hombre que posee por el contrario todos los medios, intelectuales que á ellos les faltan, se sirve naturalmente de ellos para hacer convenciones con sus semejantes: así aquellos no hacen cambios, y este los hace; y de consiguiente él solo tiene una verdadera sociedad; porque el comercio es toda la sociedad, [63] así como el trabajo es toda la riqueza.

Parece increíble que la sola reciprocidad de servicios, y el gran número de cambios puedan ser la única causa de los prodigiosos efectos que hemos descrito; pero nos acabaremos de convencer de esta verdad, si estudiamos atentamente las tres ventajas mas notables que produce una série continua de cambios.

I.^a El trabajo de muchos hombres reunidos es mucho mas útil que el de estos mismos hombres cuando trabajan separadamente. ¿Necesitan defenderse? pues diez hombres resisten fácilmente á un enemigo, que los hubiera destruido á ellos atacándolos sucesivamente. ¿Se necesita mover una gran masa? pues la que hubiera opuesto una

resistencia invencible á los esfuerzos de un solo individuo, cede luego á los de muchos que obran juntos. ¿Se ha de emprender un trabajo complicado? [64] pues haciendole muchos se pueden egecutar mil cosas á la vez; porque el uno hace una cosa mientras que el otro hace otra, y todos contribuyen al efecto que un solo hombre, no hubiera podido producir: el uno rema mientras que el otro gobierna el timon y, esotro lanza el arpon ó cocle, facilitando de este modo la pesca, la cual no ser por este concurso de trabajos individuales.

II.^a Nuestra adquisicion mas preciosa es el caudal de nuestros conocimientos, puesto que ellos son los que dirigen el empleo de nuestras fuerzas y le hacen productivo, segun son mas o menos sanos, mas ó menos estensos. Pero un hombre solo no puede conocer todas las cosas: ademas que es mucho mas fácil aprender que inventar; pues cuando muchos hombres se comunican y entienden, las observaciones del uno vienen á ser observaciones de todos, [65] y con tal que haya entre ellos uno solo de ingenio creador, él basta para que sus preciosos descubrimientos vengan á ser muy luego la propiedad universal. Así es natural que las luces se difundan mas rápidamente que en el estado de aislamiento, aun prescindiendo de las muchas que pueden conservarse, acumularse y trasmitirse de una generacion á otra, y aun contando por nada los infinitos medios de combinacion y de accion que suministra la invencion y empleo del language y de sus signos, cuyo, beneficios debido á la sociedad.

III.^a Y esta merece mucha atencion. Cuando muchos hombres trabajan recíprocamente unos para otros, cada uno de ellos puede aplicarse á aquella ocupacion que le parezca mas útil, ya atendidas sus disposiciones naturales, ya la combinacion de circunstancias y de este modo es natural que adquieran mayor habilidad para [66] aquel ramo: el cazador, por egemplo, el pescador, el labrador y el artesano, finalmente todos los que no hacen mas que una sola cosa, la haran mucho mejor que los que no esten acostumbrados á hacerla, y desperdiciaran menos tiempo. Esto es lo que se llama division de trabajo, la cual ha llegado algunas veces en las naciones civilizadas á un punto inconcebible, y siempre con fruto. Por esta razon sin duda han hablado tanto de ella y de su importancia los escritores de economia politica, habiendo quizás contribuido tambien á ello el espiritu de novedad, porque realmente tienen razon cuando dicen que no es antigua. No obstante esto, dudo mucho que esta tercera ventaja de la sociedad ó de los cambios, sea de un interes tan eminente como, las otras dos, concurso de fuerzas, y participacion de luces; y me fundo, en que lo mas dificil en todos ramos es dar á las cosas su [67] verdadero valor, para lo cual es indispensable conocerlas bien.

Concurso de fuerzas, acumulacion y conservacion de luces y division del trabajo son los tres grandes beneficios que nos procura la sociedad; de los cuales aunque participan á su modo los pueblos groseros y bárbaros, pero infinitamente menos que los cultos; porque en estos se van aumentando en una proporcion incalculable, á medida que se van puliendo. Cada paso que di ácia su perfeccion el órden social, hace mas fácil el aumento de estos medios y mejora el uso que debe hacerse de ellos; pero cuando veremos palpablemente la energia y poderosa influencia de estas tres causas de la prosperidad, será cuando háyamos estudiado con detencion el modo con que se forman nuestras riquezas. [68]

CAPITULO II

De la produccion ó formacion de las riquezas

No hay cosa mas importante en las ciencias que el fijar con precision el verdadero significado de las palabras, pues sin esto es imposible, raciocinar bien; y asi es preciso que antes de todo determinemos el significado propio de esta palabra produccion que es como el fundamento de la economia política. El espíritu de sistema y las prevenciones han confundido y embrollado esta cuestion que ofrece por si misma bastante dificultad. Muchos son los sugetos de instruccion y de luces que han escrito sobre ella, pero, los principales entre ellos son Turgot y Smith aunque en mi concepto les ha aventajado Juan Bautista Say, autor del [69] libro mas exacto de que tengo noticia acerca de estas materias.

Todas las operaciones de la naturaleza y del arte, se reducen á transmutaciones ó mudanzas de forma y de lugar.

El hombre no es capaz de crear, ni aun de concebir lo que es crear y aniquilar; porque no hemos visto, jamas salir un ser de la nada, ni reducirse á la nada. De aqui el axioma consagra do por los antiguos: de la nada nada se hace, ni cosa alguna puede reducirse á la nada ¿Qué es pues lo que hacemos mediante nuestro trabajo y accion sobre todos los seres que nos rodean? no mas que cambiarlos de forma ó de lugar, á fin de [70] apropiarlos á nuestros usos, y hacémoslos útiles para la satisfaccion de nuestras necesidades. Ved pues aqui lo que debemos entender por esta palabra producir, esto es, dar á las cosas una utilidad que no tenian; y así, todo trabajo del cual no resulte una utilidad es improductivo, y por el contrario es productivo si resulta de él alguna utilidad.

Se ha creido comunmente, y aun lo creen muchos, que el trabajo que se encamina á procurarnos las primeras materias, es realmente mas productivo que el que se emplea en transformarlas ó transportarlas, pero es una ilusion; porque cuando yo pongo algunas simientes en contacto con el aire, con el agua, con la tierra y con los abonos de esta, para que del concurso y combinaciones de estos elementos resulte trigo, cáñamo, ó tabaco, no soy realmente mas creador que cuando recojo el grano de trigo, le muelo, [71] amaso y convierto en pan, ó tomo los filamentos del cáñamo y los transformo sucesivamente en hilo, lienzo y camisas; ó cuando finalmente preparo y beneficio las hojas del tabaco para fumarle, mascarle tomarle en polvo; pero en todos estos casos hay una verdadera produccion de utilidad, puesto que todos esos trabajos son igualmente necesarios para el fin que me he propuesto, cual es la satisfaccion de algunas necesidades nuestras.

No es mas creador el pescador que echa sus redes al mar, que el que seca ó sala los peces, y el que estrae de ellos el aceyte, los huevos, &c. y me acercan estos productos para que pueda aplicarlos á mis usos; y lo mismo puede decirse del que beneficia una mina, con respecto á los que transforman el mineral en metal, y este en herramientas ó muebles, y me allegan estos productos para la satisfaccion de mis necesidades, porque cada [72] uno de estos añade una nueva utilidad á la ya producida, y de consiguiente todos y cada uno son igualmente productores.

Todos ellos estudian las leyes á que estan sugetos los diferentes seres, con el fin de aprovecharse de ellos; y para conseguirlo, todos emplean igualmente las fuerzas químicas y mecánicas de la naturaleza, porque lo que llamamos su fuerza vegetativa, no es por cierto una fuerza peculiar y distinta de aquellas, sino una série de atracciones electivas, de verdaderas afinidades quimicas, que aunque no conozcamos con todas sus circunstancias y combinaciones posibles, no obstante esto, sabemos auxiliarlas, cooperar con ellas y dirigir las para que nos sean útiles, mediante nuestro trabajo.

No hay pues razon alguna para mirar la industria rural como esencialmente distinta de todas las demas, no interviniendo [73] en ella la naturaleza de un modo particular. Asi los que han sostenido esta quimera, se han visto perdidos para decirnos á punto fijo lo que debia entenderse por industria rural, tomada en este sentido. Han comprendido en ella la caza y pesca; pero ¿por qué no la industria de los pastores errantes? ¿tan grande es la diferencia que hay entre criar y cebar animales caseros para sustentarse de ellos, y salir al monte para matarlos ya criados con el mismo fin? Si es realmente productor el que estrae la sal del agua del mar, esponiéndola á la accion de los rayos del sol, ¿por qué no lo ha de ser tambien el que la saca del agua de la fuente con el auxilio de la accion del fuego ó del viento en fábricas de graduacion? ¿y que diferencia específica hay entre estas fábricas y las destinadas para dar otros infinitos productos químicos? Si pertenece á la misma clase productiva el que estrae [74] el mineral de la tierra ¿por qué no habrá tambien de comprenderse en ella, el que estrae del mineral el metal? Si el uno es productor del mineral, tambien el otro es productor del metal; y si continuamos siguiendo la cadena de las transmutaciones que puede sufrir este producto, hasta llegar á ser un mueble, ó una alhaja, ¿en donde nos detendremos? ¿ó cual será la línea divisoria entre la produccion y la industria fabril en los infinitos trabajos que puede recibir este metal? ¿ó cuando cesará la produccion y comenzará la transformacion? Lo mismo podemos decir de los que van á buscar leña al monte, turba al prado, ó á recoger en las orillas del mar, ó en las márgenes de los rios las cosas útiles que depositan las aguas. ¿Son estos labradores, fabricantes, ó tragineros? Si son las tres cosas á un mismo tiempo ¿por qué habran de ser productores bajo una de estas denominaciones [75] y no bajo todas? Limitémonos por último al cultivo de la tierra, y determínese con precision quien es el verdadero productor, ó el labrador por excelencia: ¿el que siembra ó el que alza los frutos? ¿el que labra las tierras, ó el que las cierra? ¿el que lleva el estiercol al campo, ó el que conduce á él los ganados, los aprisca ó recoge en las majadas? Por lo que hace á mi, confieso francamente, que aqui no veo mas que muchos obreros que concurren cada uno por su parte á una misma fabricacion. Pudiera hacer todavia á los partidarios de la opinion que refuto otras muchas observaciones tan fundadas é insolubles como estas; porque cuando se parte de un principio falso, preciso es que á cada momento se tropiece con nuevas dificultades; y ved aqui una de las mayores causas en mi dictamen del lenguaje oscuro, confuso y casi misterioso que se echa de [76] ver en los escritos de los antiguos economistas; porque no nos cansemos, cuando las ideas no son exactas, es imposible que las espresiones sean claras.

Asi, no hay duda, que todos nuestros trabajos útiles son productivos del mismo modo y por la misma razon que lo son los concernientes á la agricultura, los cuales no se diferencian en esta parte de todos los demas; porque en efecto, una tierra es una verdadera fábrica donde se trabaja segun los mismos principios, y con el mismo fin que en cualquier otra. Un campo es una verdadera máquina, ó si se quiere, un conjunto de materias primeras

que podemos tomar, si no tiene dueño conocido, ó comprarle, alquilarle, ó recibirle á préstamo si le tiene. Cualquiera que sea el uso que hagamos de él, no mudará de naturaleza, ora le sembramos de trigo ó semillas, ora le empleemos para secar y blanquear nuestras [77] telas, &c. puesto que en todos estos casos es un instrumento indispensable para producir, el efecto que se desea, del mismo modo que lo es un hornillo, un martillo ó un barco, sin mas diferencia que el no poderse remover del lugar que ocupa y tener que ir á buscarle cuando le necesitemos.

Repito que la industria rural es un ramo de la fabril, y que no tiene un caracter particular que la distinga de las otras; pero si generalizamos esta voz, comprendiendo en ella todos los trabajos que se dirigen á procurarnos las materias primeras, entonces no hay duda en que esta industria es anterior á todas, porque, es imposible apropiarse una cosa á nuestros usos sin poseerla de antemano mas ni aun, asi se crea, que solo es productiva la industria rural; porque casi todos sus productos necesitan del trabajo del hombre para que nos puedan ser útiles: [78] fuera de que seria necesario comprender en ella, no solamente la industria de los cazadores, pescadores, pastores, mineros &c. sino tambien la del salvaje mas bruto, y aun la de las bestias que viven de las producciones espontáneas de la tierra, puesto que los únicos productos que les procura su grosera industria, son las materias primeras; y si bien es verdad que las consumen inmediatamente que las reciben, con todo eso, no cambia esta circunstancia meramente accesoria la verdad de la proposicion que sentamos; pero seria cosa muy estraña calificar á todos estos de productores y labradores.

Mas si entendemos por industria rural la agricultura en el significado riguroso de esta voz, entonces ya no es la primera en el orden cronologico; porque los hombres antes de llegar á ser labradores han debido ser por mucho tiempo pescadores, cazadores, pastores y vagabundos [79] como los brutos; ni aun tampoco es la única industria productiva de las materias primeras, porque muchas de las cosas que aplicamos á nuestros usos, no las debemos á ella. No quiero decir que deje de ser una industria sumamente importante y preciosa, porque no hay duda en que lo es, siendo el primer manantial de nuestra subsistencia, aunque no lo sea de nuestras riquezas, sino que no puede ni debe mirarse como exclusivamente productiva.

Dedúcese de aquí, que todo trabajo útil es realmente productivo, y que toda la clase laboriosa de la sociedad merece justamente el nombre de productiva. La verdadera clase esteril es la de aquellos ociosos que no hacen mas que vivir, como ellos dicen, noblemente ó del producto de trabajos anteriores, ora esten realizados en bienes raices que arriendan, esto es, alquilan á un colono, ora en dinero [80] ó efectos que prestan, mediante una retribucion que tambien es un alquiler. Estos son los zánganos de la colmena, fruges consumere nati, á no ser que trabajen en beneficio comun, ya desempeñando cargos útiles, ya estudiando y difundiendo las luces; porque en estos casos son tambien productores, puesto que sus ocupaciones son, útiles y productivas, si bien no sean de una utilidad tan inmediata como la de otros, miradas por el lado de la riqueza, como haremos ver mas adelante.

Tocante á la clase laboriosa y directamente productiva de las riquezas, toda la accion que egerce sobre los seres de la naturaleza se reduce ó á mudarlos de forma, ó á mudarlos de lugar; y así se subdivide naturalmente en dos clases: I.^a la de fabricantes, que comprende

tambien los labradores, y todos ellos se ocupan, en fabricar y transformar las materias: 2.^a la de comerciantes, que son los que [81] las transportan; porque en esto consiste la verdadera utilidad que esta clase produce. Si la ocupacion de estos se limitase á comprar y vender las mercaderias, pero sin allegarlas al consumidor, sin dividir las y subdividir las para su mayor comodidad, serian en este caso mas bien que comerciantes, unos parásitos molestos, truanes y agiotadores. Mas adelante tendremos ocasion de hablar de unos y de otros, y entonces notaremos que este modo de considerar las cosas ayuda infinito para conocer los progresos sucesivos de la sociedad; pero por ahora no podemos abandonar la materia que tenemos entre manos, porque todavia es necesario explicar algo mas en que consiste esta utilidad que es nuestra única produccion, la cual resulta de todo trabajo bien dirigido, y finalmente ver como se aprecia, y como ella sola constituye el valor de todo lo que llamamos riqueza. [82]

CAPITULO III

De la medida de la utilidad, ó de los valores

Esta palabra utilidad tiene una significacion muy lata, porque es muy abstracta, ó mas bien es muy abstracta porque es susceptible de mil significaciones diferentes. En efecto hay varias especies de utilidades: unas son reales, otras son ilusorias, y si hay algunas sólidas, tambien hay otras muy fútiles; y asi solemos engañarnos groseramente. Pudiera hacer ver esta verdad por medio de muchos egemplos, pero quizas no serian del gusto de todos mis lectores y por lo tanto vale mas que cada uno elija los que quiera. En general, todo cuanto puede procurarnos un bien, aunque sea un placer frivolo y pueril, es util. Este es en mi sentir el verdadero valor de esta palabra, porque en último analisis, todos [83] nuestros deseos se encaminan á multiplicar nuestros placeres y disminuir nuestros dolores: el sentimiento del placer y la satisfaccion de él es un bien, y todos los bienes posibles no son sino este mismo modificado de infinitos modos; y asi todo lo que nos procura este bien es útil.

Si no es fácil explicar bien lo que es esta utilidad, mucho menos se podran determinar sus diferentes grados; porque la medida de la utilidad real ó facticia de una cosa, es la intensidad del deseo que generalmente se tiene de ella; pues ¿cómo será posible fijar los grados de una cosa tan inapreciable, como es la intensidad de nuestros deseos? No obstante tenemos en nuestra mano una medida segura para adquirir este conocimiento, cual es la importancia y estension de los sacrificios que estamos dispuestos á hacer para procurarnos la cosa que deseamos. Si yo, por egemplo, estoy dispuesto a dar tres fanegas de [84] trigo por una capa, y doce por un vestido, es claro que deseo el vestido cuatro veces mas que la capa: del mismo modo, si pago á un obrero un salario tres veces mayor del que ofrezco á otro, es prueba que aprecio los servicios de aquel tres veces mas que los de este, ó que si yo no los estimo tanto, por lo menos es el valor que generalmente se les da; de manera que si yo tuviese necesidad de ellos no los podria tener mas baratos; y finalmente, pues que yo hago este sacrificio espontáneamente, claro es que su obgeto lo merece aun para mi mismo.

Asi es como se determinan los valores de todos los productos de nuestra industria en el estado social, el cual no es mas que una série incesante de cámbios. Verdad es que esta fijacion no siempre se funda en sólidos motivos, porque las mas veces somos injustísimos

apreciadores del verdadero mérito de las cosas; pero [85] sin embargo siempre tienen el valor que les da la opinión general consideradas por el lado de las riquezas; de donde se infiere: 1.º que el mayor productor es el que ejecuta el trabajo más caro, ya sea concerniente á la industria rural, ya á la fabril, ya finalmente á la mercantil, pues esta circunstancia es meramente accidental: 2.º que entre dos naciones, la más rica y la que más goce viene, es la que posee obreros más instruidos y laboriosos en todos los ramos, ó empleados en la producción más útil l en suma, trabajadores que producen más valores en un mismo tiempo.

Nuestras fuerzas físicas é intelectuales son pues nuestra única propiedad primordial; y de consiguiente nuestra única riqueza primitiva es el empleo de nuestras fuerzas y nuestro trabajo; porque en efecto ninguno de los seres existentes en la naturaleza que pueden sernos útiles, lo son actualmente. Comienzan á serlo [86] mediante la acción que ejercemos sobre ellos por el trabajo más ó menos sencillo, menos ó más complicado que ejecutamos para mudar sus formas ó su lugar, y apropiarlos á nuestros diferentes usos, y no tienen otro valor para nosotros y entre nosotros que el que les da este trabajo. No quiero decir en esto que no necesitemos de un sacrificio real para obtenerlos, en el caso de ser ya una propiedad de otro, sino que para ser una propiedad particular de este otro es absolutamente necesario que haya empleado anteriormente un trabajo para obtenerla, cuya recompensa le aseguran las convenciones sociales: así este mismo sacrificio que hacemos es el precio de un trabajo, puesto que antes de este trabajo no tenían aquellos seres valor alguno actual, y aun el que ahora tienen le han recibido de un empleo, cualquiera que sea, de las fuerzas del hombre.

Acabamos de ver que este empleo de [87] nuestras fuerzas, ó este trabajo, tienen un valor natural y necesario, sin el cual nunca tendrían las cosas el artificial, y convencional. Este valor necesario, es la suma de las necesidades indispensables, á cuya satisfacción aspira el que ejecuta el trabajo durante todo el tiempo que emplea en él; pero como, en este lugar no hablemos sino del valor que proviene de las transacciones libres: de la sociedad, nos debemos ceñir al valor convencional y venal, ó lo que es lo mismo, al que da á las cosas la opinión general con razón ó sin ella. Si este valor es inferior á las necesidades del trabajador, es preciso que, ó se aplique á otra industria ó que perezca: si es exactamente igual arrastrará su existencia con muchas privaciones; y si finalmente es superior se enriquecerá, con tal que sea frugal y económico; pero en todos estos casos, el valor convencional y venal es el verdadero [88] valor considerado con respecto á la riqueza ó es la verdadera medida de la utilidad de la producción, puesto que fija al precio de ella.

Sin embargo, este valor convencional, ó este precio venal, no es la sola expresión de la estimación general de una cosa, puesto que varía incesantemente en razón de los medios que tienen el productor y consumidor, el comprador y vendedor y, porque en efecto, aunque el producto de mi trabajo me haya costado mucho afán y mucho tiempo, con todo si yo tengo una necesidad urgente de venderle, ó si concurren muchos á vender el mismo producto, ó finalmente si los compradores están escasos de medios para comprarle, claro es, que en todos estos casos deberé bajar su precio, y darle más barato; pero por el contrario, un producto que me hubiese costado poco trabajo y tiempo, lo podré vender muy [89] caro si los compradores son muchos, ricos y tienen necesidad urgente de él.

El precio venal pues depende de diferentes circunstancias, y del balance de recíproca resistencia entre los vendedores y compradores; pero no por esto es menos cierto que este precio es la medida del valor de las cosas, y de la utilidad del trabajo que las produce.

Hay, no obstante, otro modo de considerar la utilidad del trabajo, que mas es bien relativo á la especie humana en general, que al individuo. Me haré entender por medio de un ejemplo. Supongamos [90] que antes de la invencion de los telares de medias, hiciese á la aguja una muger ó un hombre un par en cierto tiempo determinado, y que le vendiese por un salario de tres pesos fuertes ú otro cualquiera, que siempre supongo proporcionado á la necesidad mayor ó menor que hubiese de este producto, y á la dificultad del trabajo que requiere con respecto á los demas; pero que despues de inventada la máquina, del telar hiciese la misma persona en el mismo tiempo, sin aumentar su trabajo ni sus conocimientos tres pares de medias de la misma calidad, claro es que su salario se habrá triplicado, porque el que necesita llevar medias, y tiene medios para comprarlas, lo hace sin examinar el modo mas ó menos abreviado con que se han hecho; pero como hemos supuesto que este último método de hacer medias no es mas penoso [91] ni mas dificil que la industria de la muger que las hace á la aguja, bien pronto se estenderá el uso del telar y se aumentará este producto, y entonces sin que suban los salarios, se venderán las medias por precision mas baratas, aunque se haya triplicado el producto. Asi, aunque el trabajo no sea, mas productivo que antes para el obrero, es sumamente mas productivo, para la sociedad considerada en general, porque habrá tres veces mas personas calzadas por la misma suma de los tres pesos; ó limitándonos al modo de hacer las medias, cada individuo de la sociedad podrá tener las mismas medias que antes por la tercera parte de lo que le costaban, y ahorrar las dos para satisfacer otras necesidades. Lo mismo podremos decir del que quebrantaba el trigo entre [92] dos piedras antes de la invencion de los molinos, con respecto al tahonero que acaso no ganará mas que aquel, pero que muele cien veces mas y mucho mejor. Ved aquí pues las incalculables ventajas que tienen las naciones cultas é ilustradas, sobre las naciones ignorantes y bárbaras, que cada cual puede proveerse de lo que necesita á poca costa, porque los trabajadores producen mucha mas utilidad con el mismo trabajo y tiempo.

Esto manifiesta de paso el error de aquellos economistas que para juzgar de la mayor ó menor miseria de las clases pobres de la sociedad en diversas épocas no hacen mas que comparar el precio de los jornales con el de los granos; y cuando encuentran, que éste ha subido mas que aquel, deducen que son mas pobres que antes, lo cual no es cierto ni aun verosimil, porque primeramente, [93] el grano no se come en especie, y puede muy bien suceder que se aumente su precio sin que aumente en proporcion el del pan con solo molerse ó cocerse con mas economia. Además, aunque el pan sea el principal gasto del pobre no es la comida la única necesidad que tiene, pues si las artes hubiesen hecho progresos podrá comer y beber mejor por el mismo precio y tener una vivienda mas aseada, y cómoda. Si la sociedad fuese bien gobernada tendrá mayor seguridad de que no le falte trabajo en que emplearse, y no temerá que se le despoje violentamente del fruto de su sudor: finalmente podrá con la misma suma que antes gozar mas ó sufrir menos. Son tan varios los elementos de este cálculo, que seria muy dificil, y quizás imposible, indicarlos todos; pero mas adelante tocarémos otros muchos medios [94] muy propios para resolver esta cuestion. Por ahora nos desviaria de la materia principal que nos ocupa, y asi volvamos á ella.

Acabamos de ver que el solo y único manantial de todas nuestras comodidades y riquezas, es el empleo de nuestras fuerzas, nuestro trabajo y nuestra industria: que la verdadera producción de nuestra industria es la utilidad: que la medida de esta utilidad es el salario con que se paga; y además que la cantidad de esta utilidad producida es la que compone la suma de nuestros medios de existencia y regalo. Pasemos pues ahora á estudiar los dos grandes brazos de esta misma industria, á saber, la mudanza de forma y la mudanza de lugar, la fabricación y el transporte, ó como comunmente se llama, la industria fabril y la industria mercantil.

[95]

CAPITULO IV

De la mudanza de forma, ó de la industria fabril, y de la rural comprendida en ella

Siendo la sociedad una serie continua de cambios, es indudable que todos somos mas ó menos comerciantes; y si el resultado final de nuestros trabajos es siempre una producción útil, puesto que el único efecto de todas nuestras fábricas es producir utilidad, también somos todos productores ó fabricantes; porque en efecto, no se encontrará siquiera una persona tan desgraciada que no haya hecho en toda su vida alguna cosa útil; pero por un efecto de las combinaciones sociales, y de la división de ocupaciones que acarrearán, [96] cada cual ha tenido que dedicarse á una especie particular de industria. La que se dirige á labrar y modificar los seres que nos rodean para apropiarlos á nuestros usos, la llamamos especialmente industria fabril ó fabricante, en la cual comprendemos por las razones que hemos espuesto anteriormente la que se propone extraer las primeras materias de los elementos que las encierran, esto es, la que comunmente se llama industria rural. Veamos ahora cuales son los métodos ó los modos con que obra la industria fabril en general.

Mr. Say ha notado con mucho juicio que en toda industria se encuentran tres partes distintas: 1.^a el conocimiento de las propiedades de los seres que podemos emplear, y de las leyes de la naturaleza á que están sujetos: 2.^a el uso de este conocimiento para producir un efecto útil: 3.^a la ejecución del trabajo [97] necesario para lograr el fin; esto es, en toda industria hay las tres cosas que dice Say: teoría, aplicación y ejecución.

Antes de existir las sociedades, ó en la infancia de ellas, todo hombre era fabricante de las cosas que necesitaba, y así en todo género de fabricación tenía que desempeñar por sí mismo aquellas tres funciones; pero luego que comenzaron á hacer progresos, y á civilizarse mediante la maravillosa posibilidad de los cambios, cada cual se fue aplicando exclusivamente á la clase de industria que le pareció mas útil, ó á una de las tres partes constitutivas de ella, y de este modo quedaron separadas, la teoría corresponde al sábio, la aplicación al empresario, y la ejecución al obrero.

Más el afán de todos estos trabajadores necesariamente ha de tener un [98] premio, porque el hombre nace desnudo y falto de todo, y de consiguiente no puede acumular sino

después de haber ganado, y antes de haber acumulado no tiene para subsistir más que sus facultades físicas y morales: así, si el uso de ellas es improductivo en un ramo, preciso es que ó se aplique á otro, ó se deje morir de hambre, por lo tanto es indispensable que cada uno de estos trabajadores gane un salario que salga de las ganancias de aquella fabricación á que coopere.

Pero todos ellos necesitan hacer algunas anticipaciones para comenzar á recibir un salario, porque no es posible que su servicio merezca recompensa sin que antes se hayan preparado y ejercitado para hacer útil su trabajo.

El sábio, por ejemplo, ó el que por ahora consideramos como sábio, antes de haber descubierto ó aprendido [99] algunas verdades inmediatamente útiles y de cómoda aplicación, ha tenido que hacer largos estudios, ó muchas observaciones y esperiencias, comprar libros y máquinas, en una palabra, hacer algunas anticipaciones antes de recibir la menor retribución por el empleo de sus fuerzas.

El empresario necesita también para desempeñar la parte que tiene en la industria, de algunos conocimientos preliminares y de una educación, preparatoria más ó menos vasta, y aun antes de comenzar á fabricar ha menester de una casa para establecer en ella su fábrica, colocar sus máquinas y abrir sus almacenes; todo lo cual sería inútil si careciese de las materias brutas y de los medios indispensables para pagar sus obreros, á lo menos hasta la venta de sus primeros productos, y estas cosas exigen por necesidad anticipaciones enormes. [100]

Finalmente hasta el obrero más miserable necesita tener alguna cosa aunque no sea de mucho valor: así, apenas se hallará profesión ú oficio que no requiera en los que le ejercen la propiedad de algunas herramientas; y cuando no ¿cuál será él obrero que no tenga su vestido y ajuar? y aunque no hubiese hecho más que mantenerse hasta que comienza a ganar una subsistencia frugal á costa de su trabajo, preciso es suponer que tenía ya una pequeñísima acumulación de valores, la cual no ha podido ser sino el resultado de algún trabajo anterior, esto es, de algunas riquezas anteriormente adquiridas. Que él las haya adquirido, ó que las haya heredado de sus padres, parientes ó amigos, ó que hayan sido los intereses de un capital impuesto, ó la renta de una fundación piadosa, ó el efecto de la caridad de sus hermanos, es indiferente á nuestro propósito; [101] porque siempre será cierto que sus gastos han salido de las anticipaciones, háyalas hecho él ú otro por él, y bien cierto es que no las hubiera podido hacer si sus mayores hubiesen vivido como los animales, esto es, si nada les hubiese sobrado del producto de su trabajo.

Ahora bien, ¿que son todas estas anticipaciones grandes ó pequeñas? Son lo que comunmente se llama capitales, y yo llamo sencillamente economías ó ahorros, esto es, el excedente de la producción de nuestros antepasados sobre su consumo; porque si este hubiese sido exactamente igual á aquella, nada hubieran ahorrado, ni aun lo preciso para mantener sus hijos: así, nosotros no hemos heredado de nuestros mayores sino este solo excedente, el cual como se ha ido acumulando lentamente en una larga serie de siglos, y en todos los ramos de la industria, y creciendo [102] cada día en una progresión acelerada, ha venido al cabo á enriquecer las naciones cultas é industriosas; y esto es lo que las diferencia

de las hordas de los salvajes, como hemos visto en el cuadro que rápidamente delineamos en el capítulo primero de esta obra.

Los escritores de economía han tratado muy despacio acerca de la naturaleza y empleo de los capitales, entrando en unos pormenores minuciosos, como son por ejemplo, las divisiones y subdivisiones de capitales, productivos, improductivos, fijos, en circulación, moviliarios, inmobiliarios, permanentes, destructibles, y otras infinitas cuya utilidad no comprendo; porque las unas son problemáticas, las otras se fundan en circunstancias muy variables, y finalmente otras son enteramente supérfluas. A mi me parece que para el objeto que nos proponemos bastará saber que los ahorros anteriores son [103] necesarios para comenzar toda empresa industrial por mezquina que sea: por esta razón son tan lentos en todo país los primeros progresos de la industria, porque en los principios es cabalmente cuando son difíciles los ahorros; y á la verdad ¿como podrá acumular el que apenas gana mas que lo que absolutamente necesita para mantenerse? ¿con qué afán y con cuantas privaciones no deberá hacer sus primeros ahorros?

Sin embargo, poco á poco y con auxilio del tiempo y de algunas circunstancias afortunadas se van formando los capitales, los cuales ni todos son de un mismo género, ni tampoco pueden ser iguales; y de aqui nacen las tres clases de trabajadores que cooperan a toda fabricacion, elevándose los unos á aquella á que aspiraban, y tuvieron la dicha de llegar, y perdiéndose ó quedándose muy atras otros que fueron desgraciados [104] en la suya. Por esta razón es tan grande la diferencia que se nota en los salarios, porque el sábio, por ejemplo, que puede dirigir los trabajos necesarios para la fabricacion, y hacerlos menos costosos y mas productivos, será por necesidad buscado y largamente pagado. Verdad es que si sus conocimientos no son de una utilidad inmediata, ó si se han difundido y héchose muy comunes, se espone á verse desatendido, y aun sin empleo; pero siempre que se le necesite su salario será crecido.

Pero no tiene la misma esperanza el miserable obrero, que no puede ofrecer mas que sus brazos, porque siempre será mezquino su salario, á no ser que la demanda de brazos fuese mayor que la oferta, pues en este caso subirá alguna cosa; pero si por el contrario, se presentasen mas trabajadores que los que se necesitan, bajará hasta el punto de [105] no poder ganar su subsistencia, en cuyo triste caso perecen estos infelices por efecto de su inevitable pobreza.

El empresario asalaría siempre estas dos clases de cooperadores á la fabricacion, el sabio y el obrero, por un efecto de la naturaleza misma de las cosas; porque no basta tener conocimientos y habilidad industrial para dirigir una empresa, es menester que antes de todo exista la empresa y un fondo para hacer las anticipaciones, y asi el que le tiene es inevitablemente el que elige ó el que emplea y asalaría á los que cooperan con él, es decir únicamente el que puede cubrir los gastos que exige el establecimiento y el surtido de máquinas, herramientas, materias primeras y dinero para pagar los salarios, á lo menos hasta la venta de sus primeros productos.

Mas ¿cual será la medida de la recompensa del empresario? No puede ser otra [106] que la cantidad de utilidad que hubiese producido y hecho producir. Lo haré ver por medio de un ejemplo, Supongamos que un empresario de chales de lana merina, compra una porcion

de lana que le cuesta mil pesos fuertes, y que la convierte en pañuelos, anticipando quinientos pesos para cubrir los gastos de fabricacion, y que despues los vende por dos mil pesos fuertes; habrá ganado quinientos, pero si los vendiese por mil y quinientos, habría perdido su tiempo y trabajo, y si por mil habría perdido ademas, quinientos pesos de su capital. Todos estos riesgos que corre son posibles, porque, está inevitablemente sugeto á la incertidumbre que no puede alcanzar al asalariado, recibiendo este siempre el precio estipulado, suceda lo que quiera al empresario.

Dícese comunmente que las ganancias del empresario, equivocadamente llamadas salario, puesto que nadie se las [107] ha prometido, deben representar el precio de su trabajo, los intereses de su capital, y la indemnizacion de los riesgos que corre, que todo esto es necesario, y que es justo que sea asi. No diré yo que no sea justo, aunque sí me parece que la aplicacion de esta palabra justo es inoportuna en este caso; porque no habiendo contraido nadie con él la obligacion de pagarle estas ganancias, no hay injusticia en dejar de pagárselas. Convengo tambien en que es necesario que tenga este beneficio para que continúe en su empresa y no se disguste y abandone su profesion; pero digo que estos cálculos nada influyen en el éxito bueno ó malo, de su empresa, dependiendo este solamente de la cantidad de utilidad que produzca, de la necesidad mayor ó menor que haya de sus productos, y finalmente de los medios que tengan los compradores para procurárselos; porque para [108] que se demande una cosa es preciso desearla, y para comprarla no basta el deseo de poseerla si no hay otra que dar en cambio.

Esta sencillísima esposicion descubre todo el mecanismo y los resortes secretos de esta parte de la produccion que consiste en la fabricacion, y al mismo tiempo pone de manifiesto el germen de los intereses encontrados entre el empresario y asalariados por una parte, y entre el empresario y consumidores por otra, mútuamente entre los asalariados, entre los empresarios de un mismo ramo, entre los empresarios de ramos distintos, porque entre ellos se reparten con mas ó menos desigualdad los medios de los consumidores, y finalmente entre estos mismos consumidores, porque entro ellos se distribuyen tambien las comodidades y regalos que procura la utilidad de las cosas producidas. Asimismo nos hace ver [109] que los asalariados desean que haya pocos asalariados y muchos empresarios; éstos que haya pocos empresarios, especialmente de su mismo ramo, pero muchos asalariados y muchos consumidores, y que éstos por el contrario quieren muchos empresarios y asalariados, y pocos consumidores; porque cada cual teme la concurrencia en su ramo de produccion y quisiera ser solo en él para dar la ley. Si seguimos, mas adelante esta complicacion de intereses opuestos en los diferentes progresos de la sociedad, y estudiamos el juego de las pasiones que engendra, veremos á estos mismos hombres al pie del trono implorando el apoyo de la fuerza en favor de los intereses que los preocupan, ó por lo menos ocupados en disfrazar estos intereses individuales con la máscara del bien comun, ó con otros pretestos tan especiosos como este, con el fin de sorprender y arrancar [110] de las manos del gobierno aquellos reglamentos prohibitivos que puedan molestar y aun arruinar á los que les perjudican en esta lucha universal.

Si hay alguna clase que no siga esta misma direccion i es sin duda la de los consumidores, porque como lo son todos no es posible que se reunan en cuerpo para solicitar excepciones: ademas de que no necesitan de una salvaguardia, teniéndola en la ley general, o mas bien en la libertad; y como su interes es cabalmente el interes comun, ni

tienen representantes especiales, ni procuradores animosos y enconados. A veces sucede que las ilusiones los dividen, y separando entonces sus intereses personales del bien universal, solicitan parcialmente y con otro fin algunas gracias contra su mismo interés real; pues aunque éste sea el de todos, no todos tienen las luces necesarias para conocerle, por lo mismo [111] que es general, ni la justicia indispensable para respetarle, porque cada particular desea obtener alguna preferencia. Por el contrario, á los que tienen un interés predominante el mismo interés los reúne, forman un cuerpo, nombran agentes eficaces y activos, echan mano de mil pretextos para deslumbrar y conseguir mercedes del gobierno, para lo cual rara vez faltan los medios; sobre todo si son ricos los miembros que le componen, ó son temibles como los pobres en tiempos de revueltas y asonadas, esto es, cuando se les revela el secreto de su fuerza y se les escita á abusar de ella.

Por ahora sería, inoportuno el llevar tan adelante las consecuencias que se derivan de los hechos generales que acabamos de establecer. Bástanos tener presente esta verdad: que los trabajos más necesarios son generalmente los más demandados y constantemente empleados, pero [112] son también los más mal pagados, sin que absolutamente pueda dejar de ser así, porque siendo las cosas necesarias á todos los hombres de un uso universal y continuo, debe suceder que el número de sus fabricantes sea siempre mayor, y que su fabricación haya venido á ser á fuerza de tiempo, de repetidos ensayos y de prácticas sumamente sencillas, menos costosa, ya por la perfección de los instrumentos, ya por, la invención de máquinas y de otros métodos ingeniosos: así exigiendo sus productos menos inteligencia y gastos, naturalmente debe haber bajado su precio todo lo posible. Por otra parte es indispensable que sea así, porque de otro modo la clase pobre, que es la más numerosa, y de consiguiente la más consumidora de estas cosas, no se las podría procurar, andaría descalza y desnuda, á la intemperie de las estaciones; le faltaría que comer, y al cabo vendría á morir de inedia. [113] Por el más bajo precio de estas cosas se arregla el de los salarios, y así es que los obreros que trabajan en su fabricación son los más necesariamente mal asalariados.

Todo cuanto acabamos de decir de la industria fabril, es igualmente aplicable á la agricultura, y á todos los ramos de fabricación; porque en todos ellos hay realmente teoría, aplicación y ejecución, y son indispensables para desempeñar estas partes las tres especies de trabajadores, sábios, empresarios y obreros, pero lo que particularísimamente debe aplicarse á la agricultura es la verdad general que establecimos, á saber, que los trabajos más necesarios son los que se pagan más mezquinamente, cabalmente porque son los más necesarios. Con efecto, los productos más considerables é importantes de la agricultura son las plantas cereales necesarias para nuestro mantenimiento; [114] pues ahora bien ¿qué precio tendría el trigo, si los salarios de los obreros que cooperan á su fabricación, fuesen tan caros como los de los empleados en las artes más primorosas de lujo? Bien cierto es que los pobres obreros de las artes mecánicas más comunes no lo podrían pagar, y que morirían de hambre á no ser que subiese el precio de sus salarios hasta ponerse al nivel con el de los obreros de la agricultura; pero aun en este caso ¿qué sucedería? que siendo más demandado el trabajo de aquellos que el de estos, subirían sus salarios en la misma proporción, de modo que nada habrían hecho, hallándose en el mismo punto de que partieron. Tales son las leyes de la necesidad.

Si los salarios de los obreros empleados en la agricultura son muy mezquinos con respecto á los que ganan los obreros de las demas profesiones, tambien son [115] menores las ganancias de los empresarios rurales con respecto á las de los demas, porque sus métodos son muy conocidos, y su empleo no requiere sino una capacidad mediana. Todos los conocimientos que necesitan son el resultado de una larga esperiencia y de muchos mas ensayos que los que se cree comunmente, y así han acumulado una gran masa de luces respectivamente bien aplicadas; por lo cual son poquísimos los medios que hay de mejorar las tierras de modo que aumenten considerablemente sus rendimientos, digan lo que quieran algunos especuladores temerarios, que al cabo vienen a ser víctimas de su propia locura. De aqui es que las ganancias de los empresarios de la industria rural son muy pequeñas con respecto a sus fondos, á los riesgos que corren, y á los trabajos que requiere, esceptuando de esta regla general algunas circunstancias estraordinarias y raras: [116] finalmente sus métodos sencillísimos y conocidos son tambien muy embarazosos en la práctica, porque exigen mucha atencion y tiempo; y asi un hombre solo no puede emplear en este ramo fondos considerables: no podrá, por egemplo, dirigir á un mismo tiempo cinco ó seis labores grandes, aun cuando tuviese cinco [117] ó seis veces ocho mil pesos para ponerlas en cultivo, á pesar de que esta suma es bastante mediana en comparacion de las que se emplean en otros ramos de comercio. Así es imposible que este hombre que no puede procurarse ganancias considerables y proporcionadas á los fondos que tiene, acumule grandes caudales; y he aqui la razon porque hay y habrá siempre muy pocos capitales empleados en la agricultura, con respecto á los que tienen las naciones. Los hechos nos confirmaran esta verdad, y, nos esplicarán al mismo tiempo el fenómeno que advertimos en este género de industria, á saber, las diferentes formas que toman comunmente las labores rurales, las cuales no tienen, ó parece que no tienen analogia alguna con las de las demas industrias. Esta es una materia interesante, y que aun no he visto bien esplicada en ningun escrito de agronomía ni de economia. [118]

Rara vez vemos que un hombre rico, activo y que aspire á aumentar su fortuna, emplee, el dinero en comprar una labor inmensa, con intencion de cultivarla por sí mismo y hacerla su ocupacion esclusiva, porque si la compra es ó para volverla á vender, ó para facilitarse algunos recursos que considera como necesarios para otra empresa, ó para aprovecharse de su madera, ó finalmente para cualquiera especulacion mas ó menos fugaz, esto es, para un obgeto de comercio, pero no de agricultura. Por el contrario, vemos frecuentemente, que el tiene una buena posesion, la vende para emplear su precio en otra distinta empresa ó procurarse una profesion mas lucrativa, todo lo cual prueba que la opinion general sobre esta materia es que la industria rural no es realmente el camino que conduce á la fortuna.

Así aunque algunos hombres acaudalados [119] compren tierras, no lo hacen con el fin de aumentar considerablemente sus caudales, sino movidos de algun obgeto particular. Si las ocupaciones á que estan dados son lucrativas, ya las compran por que tienen mas fondos que los que exigen sus especulaciones, ya porque se proponen asegurarse un recurso en la desgracia poniendo una parte de ellos al abrigo de los reveses comunes de la vida. Si desempeñan cargos públicos, ó viven ociosamente de sus rentas, es con el fin de imponer su dinero de un modo sólido y agradable; pero ni unos ni otros se proponen el cultivar por sí mismos las tierras que compran, pues bien los ocupen negocios serios, especulaciones útiles, ó distracciones y placeres, siempre tienen otras muchas cosas que les interesan mas ó que miran con mas aficion, y así las alquilan á los empresarios de labor, como hubieran

alquilado el dinero con que las [120] compraron para no pensar sino en tomar los réditos sin cuidar si el empleo que ha hecho de ellas el empresario le ha sido perjudicial ó ventajoso.

Sin embargo, acaso es una felicidad, el que los hombres acaudalados compren [121] tierras para arrendarlas, porque como la agricultura es una profesion penosa y poco lucrativa, los que se dedican á ella son comunmente los que estan faltos de grandes medios; y de consiguiente, si necesitasen comprar las tierras, el precio de ellas absorveria sus escasos fondos, y no tendrían los indispensables para hacer frente á las continuas anticipaciones que exige la labranza, y así serían pobrísimas todas sus empresas; pero si por una parte les es sumamente cómodo el encontrar tierras que tomar en arrendamiento, sufren por otra los mismos inconvenientes mas ó menos grandes que los empresarios que toman á préstamo algun dinero para dar mas estension á sus empresas: ambos estan en un mismo caso, pues unos y otros pagan muy bien el beneficio que se les hace, lo cual minora sus productos y hace su existencia precaria; porque es muy cierto que el negociante que no [122] hace la mayor parte de sus especulaciones con fondos propios, está en una situacion muy arriesgada, y rara vez gana en ellas; y en el mismo caso se hallan los arrendadores de tierras por grande que sea la hacienda que cultiven.

En suma, los propietarios que arriendan sus tierras son prestamistas, y nada mas, y así es muy estraño, que casi siempre se haya confundido é identificado su interes con el de la agricultura, que les es tan ageno, como lo es el de los prestamistas de dinero con respecto al de las empresas que hacen los que le toman. Por lo tanto me admiro del amor y respeto supersticioso con que casi todos los hombres, y particularmente los agrónomos, miran á los grandes propietarios territoriales, llamándolos columnas del estado, alma de la sociedad, padres sustentadores [123] de la agricultura; al paso quedan los nombres mas ignominiosos y viles á los prestamistas de dinero que hacen cabalmente lo mismo que ellos. Un mayorazgo rico que acaba de alquilar su tierra por una renta escandalosa, se cree por solo esto un hombre de provecho y utilísimo al estado: no sospecha siquiera de su escrupulosa probidad, muy al contrario, juzga de sí mismo que es un hombre puro y sin manchilla, y el infeliz ignora que es aquel mismo usurero áspero [124] é inexorable, á quien condena sin vacilar en su tribunal recto; y acaso el mismo colono le tendrá por muy justo en aquel mismo momento en que acaba de hacerle víctima de su codicia; porque hasta este punto nos alucina la diferencia de nombres, y somos el juguete de las palabras. Verdad es que mientras lo somos entendemos muy mal las cosas de que se habla, y al reves, cuando entendemos mal las cosas, no comprendemos bien el significado de las voces de que usamos para representarlas. No puedo menos siempre que la ocasion se ofrece, de insistir sobre esta causa primordial de todos nuestros errores y atrasos en las ciencias; porque no es posible raciocinar bien sin fijar antes de todo el significado invariable de las palabras; y cuando no se raciocina bien, es imposible que las ciencias hagan progresos. Pero volvamos á nuestro asunto. [125]

Cuando los ricos compran muchas tierras, hay abundancia de ellas que tomar en alquiler, y de consiguiente pueden hacerse muchas empresas rurales sin necesidad de que tengan fondos proporcionados á ellas los que se dedican á este trabajo. Insensiblemente se van arreglando y distribuyendo las tierras del modo mas favorable á los intereses de sus cultivadores; y así se forman en las grandes propiedades diferentes clases de cultivo, las

cuales no son por cierto obra del capricho ó del acaso como á primera vista parece, sino de la misma naturaleza de las cosas, como lo vamos á hacer ver.

En los paises fértiles, la feracidad de la tierra no es directamente provechosa al que la cultiva, sino á su dueño; porque este exige siempre por ella un alquiler proporcionado á su calidad; pero como la porcion que un solo hombre puede [126] labrar produce considerablemente en esas tierras, y las ganancias de todo empresario, en igualdad de circunstancias, estan siempre en razon directa de la estension de su fabricacion, es claro que las mayores ganancias de esta, ó los mayores rendimientos de la tierra, convidarán y atraerán á todos los empresarios que tengan medios de bienestar y un cierto grado de capacidad. Verdad es que no es la fecundidad de la tierra la que los enriquece é ilustra, pero sí es la que los ha llamado, y la que ha impedido que aplicasen sus facultades á otra especie de fabricacion. El interes del hombre consiste en aprovecharse cuanto pueda de sus medios disponibles, y ciertamente no podrá acomodarle una fabricacion reducida que inutilice una parte de sus fondos y de su actividad personal, y cuyas ganancias no correspondan á sus esperanzas: asi por propia conveniencia se van dividiendo [127] las grandes labores en porciones de tierra, cuya medida comun es con corta diferencia de trescientas á quinientas fanegas y su casa de labranza. El labrador no ambiciona otra cosa, se establece pacíficamente en ella, se surte de los aperos necesarios, de yuntas, ganados, herramientas y provisiones suficientes para poder aguardar los frutos de su primera cosecha, y hace con gusto todas estas anticipaciones, porque sabe que las ha de recibir colmadas. La observacion, la esperiencia, y sobre todo la necesidad le convidan á hacer algunos ensayos que le descubren nuevos medios mas económicos y útiles de produccion y de salida para sus productos. En suma todos estos labradores fabrican, comercian y ocupan un lugar distinguido entre los demas empresarios de industria. Estas son las que se llaman entre nosotros grandes labores y grande cultivo; pero á pesar de estos bellos nombres que [128] se les dan, una grande labor nunca será mas que una fábrica muy pequeña; pero si es casi el minimum de la industria fabril en general, es el maximum de la industria rural en particular.

Cuando el terreno es menos fértil, es imposible que la industria rural llegue á este punto; porque supongamos una labor que contenga el mismo número de fanegas de tierra que otra situada en un suelo feraz, es claro que sus productos seran reducidisimos con respecto á los de esta, é insuficientes para la prosperidad de la empresa; y si se duplica el número de fanegas para doblar los productos, entonces un hombre solo será incapaz de cultivarla y beneficiarla por sí mismo, ademas de que los gastos y riesgos deberan [130] aumentarse en la misma proporcion, y de consiguiente la empresa no podrá hacer frente á todos ellos. Por otra parte, como el interes personal es el móvil de las acciones humanas, dificilmente podreis hacer que se encarguen de su cultivo los mismos hombres inteligentes é industriosos, porque con solo que haya en el pais algunos capitales aunque sean pequeños, y una mediana habilidad industrial, acudirán los medios naturalmente á otra especie de fabricacion; ¿y qué resultará de esto? que los propietarios de estas tierras cuyas producciones son tan reducidas las dividirán en suertes para arrendarlas mas cómodamente a los colonos mas pobres ó pegujaleros, los cuales no las podrán cultivar con atencion y esmero [130] porque no pudiendo cifrar en sus productos el total de su subsistencia, las deberan mirar como un suplemento á ella, ó como un recurso meramente ausiliar; y así en estos paises se advierten á cada paso pequeñísimas labores ó pobres chozas rústicas cuando mas, con un puñado de tierra, y alguna vez dos ó tres fanegas aisladas y una miserable

barraca. Con todo eso se alquilan estas suertes: los que las toman conducen á ellas los aperos de labranza, las yuntas, los instrumentos y herramientas necesarias, y procuran cuanto pueden aprovecharse de sus propias fuerzas; pero por mas que hagan es imposible que desplieguen los mismos medios físicos y morales, que los grandes labradores de quienes hemos hablado; porque los que las toman en alquiler son por lo regular algunos propietarios territoriales pobres de la misma comarca, con intencion de agregar su cultivo á otras [131] ocupaciones, á fin de que los rendimientos de todas juntas les den lo necesario, tanto para mantenerse como para ir sosteniendola empresa: asi ni aun imaginan aumentar sus comodidades y regalos, porque el deseo de un bienestar ó de una vida agradable, nace siempre de la posesion de los medios ó de la posibilidad de adquirirlos, y aqui mas bien deben faltar que sobrar, á no ser que algunas circunstancias estraordinarias y raras alteren parcialmente y en algunos casos el órden natural y necesario de las cosas. Esto es lo que muchos escritores llaman pequeño cultivo, en contraposicion del grande de que hablamos antes. Sin embargo que es pequeño con respecto al otro, no es muy exacta la espresion, porque vamos á ver ahora mismo que hay todavia otras labores ú otro cultivo mas pequeño, ó si se quiere mas miserable que este, pero no será fuera de propósito advertir [132] antes de pasar adelante, que tanto esta especie de pequeño cultivo como el cultivo á brazo de que voy á hablar, rinden ordinariamente á sus propietarios un alquiler mayor que el grande en proporcion de la estension y calidad de las tierras, por la sencillísima razon de que el número de colonos pobres es mucho mayor que el de los ricos, y de consiguiente debe ser tambien mucho mayor la concurrencia de los licitadores á ellas; pero esta carestia de alquiler es y debe ser la causa que irrevocablemente pone á los miserables colonos en el estado de desnudez y penuria que hace tan mediana y poco lucrativa la especie de su cultivo.

Cuando el suelo es todavia mas ingrato, ó cuando son pocos los propietarios rurales pobres, como alguna vez sucede por efecto de diferentes circunstancias, ya no tienen los grandes propietarios la misma facilidad para dividir sus [133] tierras en suertes; porque como apenas producen, nadie quiere tornarse el trabajo de cultivarlas, y de consiguiente no hay demanda; pero los propietarios remedian el mal, de este modo: forman lo que comunmente se llama haciendas ó quinterias, y les agregan comunmente tantas tierras como á las grandes labores y a veces mas, sobre todo si pueden incluir en este número las baldías, que por lo regular no son escasas en estos paises, y que no dejan de ser útiles porque pueden aplicarse á dehesas de pasto, y tambien sembrarse de cuando en cuando para dar un desahogo ó descanso á las de de pan llevar; pero como estas quinterias son muy grandes por su estension, y muy pequeñas con respecto á sus productos, y de consiguiente hay que trabajar mucho para ganar poco, de aqui es que el labrador ó colono que tiene algunos fondos propios, aunque sean muy cortos, dificilmente [134] se resuelve á ocuparlas y acarrear á ellas sus criados, su ajuar y sus yuntas y ganados, porque ninguno quiere gastar lo que tiene, y trabajar incesantemente para perderlo todo, ó á lo menos para no ganar. Para que estas quinterias se labrasen, cultivasen y beneficiasen, seria preciso que sus dueños las abandonasen y no exigiesen por ellas alquiler alguno; y asi para no verse en este caso y tener, que perderlo todo, ¿qué hacen? las proveen de animales de labor, de aperos, herramientas y cuanto requiere el cultivo, convidan con ellas á una familia pobre del campo que no tenga mas mayorazgo que el sudor de su frente, estipulan el darle la mitad de sus productos en recompensa de sus afanes, y de aqui ha venido el nombre de quinteros, á aparceros ó colonos á mitad.

Si la tierra es sumamente mala, entonces esta mitad es insuficiente para mantener [135] aun en la miseria á los colonos, los cuales se van por necesidad atrasando hasta que la imposibilidad de pagar obliga sus dueños á despedirlos, y les suceden otros, porque nunca faltan infelices que no saben que hacer de sí para ganar un pedazo de pan, y aquellos van á otra parte donde sufren la misma suerte. Conozco algunas quinterías de estas que no hay memoria que hayan podido mantener á los aparceros con la mitad de sus rendimientos. Si la quintería es algo mejor ó no tan mala, su colono, va vegetando bien que mal y haciendo algunos ahorros, aunque nunca los que necesitaria para elevarse a la clase de verdadero empresario: sin embargo hay tiempos y comarcas, donde la gente del campo es algo menos pobre, y suele encontrarse en ella algunos individuos que á fuerza de trabajo y frugalidad, han ido economizando alguna cosa, que aunque [136] muy corta, es con todo eso bastante para mantenerse un año y poder sosegadamente aguardar los primeros frutos, y así prefieren tomar una quintería en arrendamiento mediante un alquiler fijo, á partir con otro sus productos, porque confían en sus brazos, saben que es suyo cuanto pueden ganar y que nadie les ha de defraudar la recompensa con que la tierra paga su sudor. Por lo tanto son en general mas activos y ganan algo mas si la calidad de la tierra lo permite, si son afortunados, si sus familias no son demasiado crecidas y si es moderado el alquiler que pagan, este es, si se reúnen mil circunstancias felices que rara vez van juntas. Con todo eso, no son propiamente verdaderos labradores ni tampoco verdaderos empresarios, porque al fin el propietario territorial les anticipa los aperos de labranza el ganado &c. y ellos no ponen de suyo mas que el trabajo: [137] así es preciso incluirlos en la clase general de quinteros.

El número de cabezas que el propietario entrega y confía al quintero se llama en Francia cheptel, el cual se va sucesivamente aumentando todos los años en los países donde se fomentan las crías, y el quintero parte con él la crianza, como parte también las mieses; pero al despedirse de la quintería debe volver al propietario un cheptel de igual valor que el que recibió al entrar en ella, y como no tiene propiedad alguna con que poder afianzar, el propietario ó su administrador se convierten entonces en unos celadores importunísimos y severos que le cuentan sus pisadas para impedirle que [138] venda demasiados productos, y se quede sin prenda que pueda responder del valor del cheptel. Cuando el propietario, ó no quiere ó no puede anticipar el fondo del cheptel, como sucede en algunas partes, lo suministran los ganaderos ó especuladores de ganados, y también los capitalistas extranjeros, los cuales celan con igual rigor al quintero, y le arrebatan la mitad de las crías que hace en pago de los intereses del fondo que le anticipan; bien que al quintero le es muy indiferente que estas vejaciones que sufre vengan del propietario ó del prestamista, porque en ambos casos sufre la misma violencia y es un miserable empresario, falto de medios, y esprimido por dos prestamistas inexorables y muy caros, el que le dá la tierra y el que le dá el ganado; y uno y otro son dos ladrones que le roban, sus ganancias sin dejarle de ellas mas que un pedazo de pan, que en algunos casos apenas [139] le bastará para vivir. Por esta razón se llama pequeño cultivo este modo de cultivar, y con mucha propiedad, si bien se hace a veces sobre una porción estensa de tierras.

Aun hay otra especie de labor que se llama también pequeño cultivo cual es la de aquellos propietarios territoriales pobres que cultivan sus tierras por sí mismos. Casi todas las naciones de la Europa moderna allá en su primitivo estado de ignorancia y

embrutecimiento, estaban divididas en dos solas clases, señores y siervos, comprendiéndose en esta última los pobres: los primeros, aunque eran pocos en comparacion de los últimos, eran los propietarios de todo el suelo, y los otros trabajaban únicamente por ellos y para ellos, ya como criados, ya como siervos, ya finalmente como asalariados: mas los progresos de una industria activa y las enagenaciones que sucesivamente y [140] por varios motivos fueron haciendo los señores de algunas de sus tierras, formaron con el tiempo en casi todas partes un número mayor ó menor de pequeños propietarios territoriales, que se asemejaban unos á otros en que todos vivian sobre sus tierras, y en que su sola profesion era el cultivo; pero á pesar de esta semejanza, considerados con respecto al cultivo, no todos pueden incluirse en una misma clase, porque los unos labran y benefician una porcion de tierras bastante considerable, como se vé particularmente en las endebles, que fueron las que enagenaron los señores antes que otras á causa los pocos rendimientos que les daban. Verdad es que estos no hacen los mismos gastos que los ricos labradores de gran cultivo; pero no obstante las labran con animales de tiro mas ó menos buenos, tienen tambien sus ganados, y por lo tanto su labor es enteramente parecida á las [141] pequeñas, de que ya hemos hablado. Por el contrario, hay otros que no tienen sino una porcion muy reducida de tierras, que cultivan á mano, ya sembrándolas, de legumbres, ya de semillas y ya plantándolas de cepas. Aun estas requieren positivamente este género de cultivo que como vemos, difiere mucho del anterior. Por otra parte casi todos los que se dedican [142] á él tienen que ir á ganar un jornal la mayor parte del año, porque es imposible que puedan vivir del solo producto de sus tareas. Semejantes á estos son los que toman en alquiler de los ricos algunas pequeñas chozas con algunos pedazos de tierra, que se llaman comunmente jornaleros ó gañanes &c. Su industria y modo de vivir es enteramente parecida á esta, con la sola diferencia, que el alquiler que pagan representa el interes del capital que poseen los otros; y ved aquí una tercera clase á la que se dá tambien el nombre de pequeño cultivo, y que comprende dos muy distintas.

Ademas de esto hay muchos escritores que llaman grande cultivo al que se hace con mulas ó caballos, y pequeño al que se hace con bueyes, muy persuadidos á que esta division corresponde exactamente á la de labradores y quinteros; pero yo dudo mucho que estos nombres [143] sean equivalentes, porque aunque los pegujaleros trabajen á brazo, tambien los labradores de labores pequeñas y los propietarios de la primera de las dos especies de que hemos hablado mas arriba, pueden labrarlas alguna vez con bueyes y no siempre con mulas y caballos; y por lo tanto es pequeño este cultivo en el sentido riguroso de la voz. Puede suceder tambien, y lo vemos con efecto en muchos paises, que los grandes labradores prefieren labrar sus tierras con bueyes, sobre todo cuando lo exige asi la calidad del terreno. Verdad es que los quinteros en general labran con bueyes: 1.º porque como este medio es el menos costoso, es natural que le antepongan al otro mas caro, casi todos los propietarios territoriales; 2.º porque los malos paises que son por lo regular donde hay quinteros, no producen otra cosa que mal heno, poca ó ninguna avena, y ni aun se prestan [144] á prados artificiales; 3.º porque estos quinteros son perezosos, torpes, desmañados y no se les pueden confiar animales delicados como son los caballos; pero no es esto solo lo que los constituye quinteros y lo que los distingue de los labradores, sino su miseria, su absoluta falta de medios, la imposibilidad en fin de hacer algunas anticipaciones: este es su carácter distintivo y peculiar, y el que hace que no sean mas que simples quinteros y que su cultivo sea realmente pequeño, aunque alguna vez ocupe este una inmensa estension de tierras, por cuya causa hay agrónomos que en este caso le consideran como grande cultivo,

en oposicion al de los pequeños labradores y pegujaleros, ó solamente en oposicion con el cultivo á mano.

Finalmente, para acabar de embrollar las ideas hay algunos escritores anglomanos como por egemplo, Arthuro [145] Young, que parece que se recrean en llamar pequeño cultivo á nuestros mayores cultivos, sin mas razon que porque ven algunos barbechos; reservando el nombre de grande á aquel cuyas tierras siguen su sistema predilecto de la division en hojas, sin reparar que en el cultivo mas pequeño, aun en el que se hace á brazo, es donde frecuentemente se encuentran las tierras que no descansan.

Véase aquí pues por nuestra cuenta cinco o seis modos distintos de emplear unas mismas palabras, de los cuales dos ó tres por lo menos separan cosas enteramente parecidas, y confunden otras absolutamente diferentes; y usándose de estas palabras de un modo vago é indeterminado, sin decir nunca el significado que se les dá, ¿cómo es posible que los hombres se entiendan á no ser por un milagro?

Así soy de parecer que para poder [146] escribir con alguna precision sobre materias de agricultura, es indispensable comenzar desterrando de ella las espresiones, grande y pequeño cultivo, por ser demasiado insignificantes y equívocas, y distinguir cuidadosamente cuatro especies de cultivo que tienen sus caractéres particulares, porque son esencialmente distintas y porque á ellas se pueden reducir cómodamente todos los cultivos posibles; las cuales son: 1.^a grandes [147] labores ó cultivo de los empresarios ricos é inteligentes, que hacen largamente todas las anticipaciones necesarias, los cuales no los hay sino en los paises que lo merecen: 2.^a las pequeñas labores ó el cultivo de los empresarios que labran tambien con animales propios de tiro, pero cuyos medios son mas reducidos que los de aquellos, los cuales no los hay sino en los paises de tierras endeblés, y esta clase comprende los pequeños labradores y propietarios que incluí antes en la 1.^a: 3.^a las quinterías o el cultivo de los quinteros ó aparceros, que aunque tambien labran con animales de tiro, son agenos, lo cual sucede siempre en los malos terrenos: 4.^a los pegujaleros ó el cultivo á brazo, así el de los propietarios como el de los colonos, cultivo que se encuentra donde quiera, aunque mas particularmente en tierras destinadas á viñas; pero en general es mas raro en los parages ó muy fértiles [148] ó muy ingratos: en aquellos porque las tierras estan todas en manos de propietarios territoriales ricos, y en estos porque como el producto de las tierras no alcanza á pagar el trabajo de sus cultivadores, prefieren estos el ir á ganar un jornal mas bien que afanarse en valde y perder su tiempo. Me parece que esta division es mas clara y precisa que todas las demas, porque esplica las causas de los efectos; y asi nos serviremos de ella para lo que nos falta que decir.

Me parece que he probado que cuando los propietarios territoriales no labran por sí mismos sus tierras nada tienen de comun con la agricultura, con las leyes á que está sujeta, ni con los intereses que la dirigen: que no son mas que unos renteros ó prestamistas de una clase particular; y así qué hablándose en este lugar de la fabricacion de productos debia prescindir de ellos y ceñirme á hablar [149] de los empresarios de cultivo.

Cuando hablé de estos hice ver dos cosas: 1.^a que las ganancias de los empresarios de las fabricaciones mas necesarias eran las mas mezquinas de todas en proporcion de la cantidad de sus anticipaciones, y productos: 2.^o que las empresas rurales tienen un inconveniente que

les es peculiar, el cual consiste en que un hombre solo no puede aumentar sus ganancias con aumentar considerablemente la estension de sus tierras, porque entonces no podria labrarlas.

Despues puse de manifiesto estas verdades: 1.^a, que solo los paises muy fértiles son los que pueden rendir suficientes productos para que se mantengan con desahogo sus empresarios; de donde se deduce que solo en ellos podremos encontrar los empresarios ricos, y con medios y habilidad bastante para aprovecharse de la utilidad de sus tierras, que es cabalmente [150] lo que observamos. Añadí que estos casi nunca cultivaban con sus propios fondos sino con capitales agenos, cuyos circunstancia es siempre fatal á los fabricantes; y sin embargo llamamos á estos empresarios grandes labradores.

2.^a Que cuando las tierras no son tan buenas la misma pequeñez de las ganancias desviaba de su cultivo á los grandes empresarios ó labradores, y asi los que las labraban debian ser por necesidad empresarios medianos y de corta capacidad; y á estos los llamamos pequeños labradores.

3.^a Que cuando el suelo es todavia mas ingrata no rinde ganancia alguna, y de consiguiente: que deben faltar los empresarios; porque los quinteros, como que no anticipan cosa alguna, y solo ponen de suyo el trabajo, no son en rigor sino unos asalariados.

4.^a y última. Que algunas veces es la [151] empresa tan reducida que el empresario y el obrero son por necesidad una misma persona, que no emplea otras máquinas que sus brazos, y que aun tiene que emplearlos frecuentemente en otra parte para ganar un jornal, como son los pegujaleros, que por lo regular son á un mismo tiempo jornaleros y gañanes, y asi es difícil que esta empresa pueda tentar á ningun capitalista.

Sin embargo, estas verdades, generales tienen una escepcion. Sucede, y no puede menos de suceder, que un ramo de produccion muy precioso, como por egemplo el de ciertas drogas para los tintes, ó el de ciertos vinos muy estimados atraen á ellos los capitalistas ricos que acuden siempre adonde los llama la voz de su interes; y asi vemos que algunos de estos compran á veces las tierras adecuadas para estos géneros de produccion, las cultivan por si mismos, conservan sus [152] productos, y hacen especulaciones inmensas y afortunadas; pero esta misma escepcion corrobora la regla general, puesto que en tanto es mayor el mérito y precio de estas mercaderías en cuanto son raras, ó lo que es lo mismo en cuanto son propiamente mercaderías de lujo; asi aunque estas fabricaciones sean tambien rurales no pertenece n á la primera clase, que comprende como hemos dicho las de primera necesidad.

Si esta descripcion es exacta, ó la fiel representacion de los hechos, y si es cierto que la agricultura es siempre una profesion penosa y poco útil aun en las circunstancias mas favorables, ¿por qué nos admiramos de que no ocupe en la sociedad el puesto mas honroso entre todas las demas industrias, y de que los capitales se desvien y huyan de ella? Convengo en que es muy sensible que estos no acudan á fomentar un ramo tan [153] precioso de produccion, pero no puede suceder de otra manera mientras que sus dueños los puedan emplear en otros artículos con mas fruto. El único medio que yo alcanzo para que los capitales acudan á la agricultura, es que sobreabunden en otros distintos ramos de

produccion, que es á lo que deben encaminarse todos nuestros esfuerzos. Este mal, si realmente es un mal, es de suyo incurable, y conviene mucho saber que lo es así; porque por mas que declamemos y repitamos que la agricultura es la primera de todas las artes, la madre que alimenta al hombre, que es la vocacion natural de este, que debemos todos honrarla á porfia, á imitacion del emperador de la China que una vez cada año conduce el arado con sus propias manos y abre un surco en la tierra, y otras mil y mil cosas tan lindas como estas, nada adelantaremos, porque [154] nunca llegaremos á cambiar el curso natural de la sociedad: estas son vanas declamaciones que no deben llamar nuestra atencion. Sin embargo, será muy del caso que hagamos unas breves reflexiones sobre la primera de estas frases á saber, que la agricultura es el arte mas precioso; porque encubre un error, y el ponerle de manifiesto será lo mismo que refutarle.

No hay duda en que la agricultura es la mas preciosa de todas las artes considerada por el lado de la necesidad, porque para vivir es menester comer. Si es esto lo que se ha querido decir, no tengo dificultad en convenir en que se ha dicho una verdad inconcusa, pero muy insignificante.

Mas si se ha querido decir que es la única arte absolutamente necesaria, entonces es muy inexacta la asercion, porque el hombre tiene otras muchas [155] necesidades fuera de la del comer, como por egemplo, la de vestirse, abrigarse, preservarse á lo menos, en su choza de la intemperie de las estaciones y de los insultos de las fieras; y aun el mismo cultivo ha menester del auxilio de otras artes como de las del herrero y carpintero, y hasta sus mismos productos necesitan tambien del servicio de otras muchas para que los podamos aplicar nuestros usos, como de las del molinero y panadero.

Finalmente, si se ha querido decir como lo dicen muchos, que la agricultura es la mas preciosa de las artes, considerada con respecto á las riquezas, entonces la asercion muy lejos de ser un axioma es completamente falsa; porque hemos ya visto que los labradores son inevitablemente los empresarios que ganan menos y de consiguiente los menos ricos, y no puede ser cierto respecto [156] de las naciones, que son colecciones de individuos lo que es falso respecto de estos. Para convencerse de la fuerza de esta demostracion, imagínense por un lado veinte mil hombres ocupados en producir trigo para venderlo, é igual número en fabricar relojes, y que unos y otros encuentran salidas á sus productos: yo pregunto ¿quienes ganarán mas y serán mas ricos? Bien cierto es que será Ginebra y no la Polonia.

Lo que ha impedido el conocimiento de esta verdad, es una anfibología, cual es la de haberse confundido estas dos espresiones: nuestros medios de subsistencia, y nuestros medios de existencia, que son dos cosas muy distintas. No hay duda que nuestros medios de subsistencia son las materias alimenticias y asi la cantidad de ellas que puede producir un pais es el límite necesario de su poblacion; pero nuestros medios de [157] existencia son la suma de las ganancias, que nos puede rendir nuestro trabajo, y con las cuales nos podemos procurar la subsistencia y regalos de la vida. El polaco, por egemplo, cultiva incesantemente su tierra, coge mucho trigo y vende al extranjero á vil precio el escedente sobre sus consumos, y no por eso vive con mas abundancia ni aumenta sus goces y poblacion; pero el ginebrino que por el contrario, no siembra en sus tierras ni aun una patata y se emplea esclusivamente en fabricar relojes, tiene el trigo y las demas cosas que necesita, mantiene á su familia, educa á sus hijos, ahorra y suele hacerse rico. Aquel tiene

sobrados medios de subsistencia, pero le faltan los de existencia, al paso que este sin tener los de subsistencia, se los procura abundantemente mediante los muchos de existencia que tiene. Por lo tanto, son dos cosas que deben [158] distinguirse con mucho cuidado, y sin embargo se confunden ordinariamente aun en las obras mas precisas, pues he notado este defecto hasta en el excelente tratado de Malthus sobre la poblacion, donde prescinde absolutamente de esta diferencia; lo cual contribuye á que muchas observaciones delicadas y preciosas por otro lado no tengan la claridad y exactitud que pudieran.

No se crea por esto que yo desprecie la agricultura, ni que intente hacerla despreciable, sino muy al contrario: conozco toda su importancia, y sé muy bien que aunque la riqueza sea en sí misma muy útil, no es á ella sola á la que deben aspirar los particulares y las naciones, cuya existencia seria siempre muy precaria, si se hubiesen de procurar del extranjero los medios de subsistencia. Sé tambien que aunque toda empresa rural no sea propiamente hablando [159] sino una fábrica muy reducida, pero como son infinitas en una gran nacion con respecto á todas las demas, preciso es que todas ellas vengán á componer una porcion inmensa de la industria y riqueza nacional. Los pormenores en que me he detenido para poner en claro el juego de todos los resortes de la industria rural, hacen ver el mucho interes conque la miro; y el mejor medio que yo encuentro de hacer ver lo que debe favorecérsela es el de manifestar que es una profesion tan necesaria como ingrata; pero aun no hemos llegado á este punto. Por ahora debemos limitarnos al estudio y esposicion de los hechos, dejando para mas adelante el deducir de ellos las consecuencias, seguros de que esta operacion será sencillísima si hubiesemos hecho bien la primera. Por de pronto bastan estos principios generales sobre la industria fabril; pasemos á la mercantil. [160]

CAPITULO V

De la mudanza de lugar ó de la industria mercantil

El hombre aislado fabricaria tambien hasta cierto punto, porque trabajaria para su propio bien, pero no comerciaria; porque ¿con quien habia de comerciar? Comercio y sociedad son sinónimos pues hemos visto en el capítulo primero que la sociedad es en su origen y esencialmente un comercio contínuo ó una série incesante de cambios de todo género, cuyas principales utilidades y prodigiosos efectos indicamos aunque rápidamente. De aqui es que hay comercio antes que haya comerciantes en el significado riguroso que damos á esta palabra, porque el comerciante es un agente que facilita el comercio: [161] le sirve, pero no le constituye. Asi, los cambios que hace como comerciante no son mas que cambios preparatorios; pues el cambio útil no concluye, ni llega completamente al término á que esencialmente aspira, sino cuando la mercaderia ha pasado de la mano de su fabricante á la del que necesita de ella, ya para consumirla, ya para emplearla en una nueva fabricacion, y es claro que el que la usa para este fin es un verdadero consumidor. El comerciante viene y se interpone entre estos dos hombres, el productor y el consumidor; no para perjudicarles, porque no es ni párasito ni molesto, sino por el contrario, para facilitar las relaciones, el comercio y la sociedad porque repitámoslo, estas tres cosas son una misma con respecto á este productor y consumidor. Asi el comerciante es útil, y de consiguiente es un productor, pues dijimos en el capítulo 2.^a que todo hombre [162] útil era

productor y que no era posible serlo de otro modo. ¿Pero cómo es el comerciante productor de utilidad? Esto es lo que nos resta examinar, para lo cual será muy conveniente que antes de pasar adelante presentemos algunas nociones preliminares que nos servirán mucho para proceder con método. En el capítulo 1.º nos ceñimos á indicar las ventajas generales del cambio y comercio de particular á particular; veamos ahora cuales son las del comercio de provincia á provincia y de nacion á nacion, tomando por ejemplo la España que es una nacion muy vasta y conocida.

Supongamos que no hay mas nacion en el mundo que la España, ó que por todos sus lados está cerrada de desiertos inmensos imposibles de atravesar; que su suelo tiene algunas porciones de tierras fértiles de pan llevar, otras de mediana calidad, algunas otras húmedas, solamente [163] propias para dehesas de pastos, otras situadas sobre laderas áridas que tan solo pueden servir para plantío de cepas, y finalmente otras montañosas que no puedan producir mas que leña. Abandonad ahora á sí mismos todos los cultivadores de estas tierras y decidme ¿qué es lo que harán? ¿qué partido tomarán? Los que cultiven el grano podrán naturalmente multiplicarse mucho, porque tienen en abundancia los medios de subsistencia; pero como tienen otras muchas necesidades, como son la de vestirse, abrigarse, alojarse &c. tendran que malograr muchas de sus escelentes tierras destinándolas a montes, viñas y pastos, cuando una pequeña parte hubiera bastado para adquirir por medio del cambio de sus frutos estas mismas cosas, y el resto habria mantenido á muchos individuos, ó aumentando las comodidades y regalos de los que existiesen en el pais: asi esta comarca [164] no estará tan poblada ni tan abundantemente provista como lo estaria si tuviese comercio. Peor que la de estos será la condicion de los que de tienen mas que viñas, los cuales no pudiéndose facilitar el trigo que necesitan por medio, del cambio de su vino ni vender el sobrante, no producirá mas que el indispensable para su uso, y por otro lado se esforzarán y redoblarán sus trabajos: ingratos para forzar sus áridas lomas á que siquiera produzcan un mal grado y asi la poblacion de está comarca, aunque toda ella labradora, será corta y miserable. Infinitamente peor que la de todos estos será la de aquellos infelices que no habiéndoles tocado en suerte sino tierras pantanosas ó á lo mas de pasto, demasiado húmedas para el trigo y demasiado frias para el arroz, no les queda otro recurso que hacerse pastores, de las solas reses que puedan necesitar para vivir. Verdad es que [165] teniendo en este caso á su disposicion bestias de carga, de tiro y silla para hacerse formidables á los ricos labradores ó poseedores de mejores tierras, se haran vandidos como lo son todos los pueblos pastores, y ved aqui un mal todavía mayor que el de su miseria. Finalmente, los que ocupan las tierras montañosas no podrán vivir sino de caza, se harán cazadores y subsistirán más ó menos bien segun fuese mayor o menor la abundancia de los animales propios para su uso pero sin pensar si quiera en aprovecharse de sus pieles; porque ¿qué podrian hacer de ellas? Pues este seria el estado de la España si faltase la comunicacion entre todas sus provincias: la mitad de ella seria salvaje y la otra mitad estaria mal provista.

Supongamos por el contrario abierta una correspondencia activa y fácil entre todas estas comarcas que componen la [166] nacion, aunque privada de relaciones exteriores en cuyo caso ni la falta de salidas, ni la necesidad de aplicarse á trabajos incesantes é ingrato para forzar las tierras á que den los productos mas necesarios para la vida, podrán detener la produccion mas adecuada á cada una de ellas. La de trigo producirá cuanto pueda, y enviará su excedente á la de vino, para tener trigo. Una y otra surtirán á la de pastos, la cual multiplicará sus ganados á proporcion de las salidas, y las tres reunidas alimentarán á la de

las tierras mas montañosas, la cual les dará en cambio maderas y metales. Las comarcas situadas al norte, cultivarán y aumentarán el lino y cáñamo para enviar lienzos á las del mediodia, y estas haran lo mismo con sus sedas y aceytes para poder pagarlos. Se aprovecharán hasta las menores [167] ventajas locales, porque la comarca que solo tuviese pedernal, surtirá de piedras de escopeta á las que no le tienen, y sus habitantes vivirán de este producto: la otra que no tiene mas que canteras enviará á las que carecen de ellas piedras de silleria y de molino: la arenosa producirá la rubia para los tintes, y la arcillosa proveerá para el surtido de las alfarerías. Las comarcas situadas á las costas del mar estenderán prodigiosamente sus pesquerías, pudiendo salar y escabechar los peces para enviarlos al interior, y lo mismo hará con respecto á la sal marina, los alcalis de las plantas marítimas, gomas de árboles resinosos y otros mil productos de distintas clases. En suma, por donde quiera se verán nacer á porfia nuevas industrias, asi por un efecto necesario de los cambios, como tambien por el de la comunicacion recíproca de las luces; porque asi como ningun pais lo [168] produce todo, tampoco le hay que todo lo invente. La comunicacion difunde los conocimientos y hace que lo que se sabe en un punto se sepa en todos, y siempre es mucho mas fácil aprender y aun perfeccionar, que inventar. El comercio por su parte inspira el deseo de la invencion, y solo su mucha estension es la que puede facilitar diferentes industrias de que pueden subsistir, y con efecto subsisten todos los que se emplean en ellas porque hay, con que pagarles su trabajo, habiéndose hecho mas productivo el de sus vecinos. Tenemos ya aqui la nacion española, poco ha tan indigente y desierta, cubierta de una inmensa poblacion ricamente abastecida; pues todas estas maravillas son el efecto necesario é inmediato del mejor uso que ha hecho de las ventajas parciales de cada comarca y de las facultades de cada individuo de ellas, sin que le haya sido necesario ni posible [169] acudir á otras naciones para que la provean, ni tampoco para empobrecerlas, pues supusimos al principio que era, la única existente sobre la tierra. Mas adelante hablaremos y juzgaremos de esas quiméricas ventajas que las naciones pretenden hacer a costa de sus vecinas, y entonces aprenderemos á apreciarlas en lo que merecen, pero mientras tanto podemos asegurar que todas ellas son ilusorias ó muy mezquinas, y que la verdadera utilidad del comercio exterior, ante la cual enmudecen todas, consiste en entablar entre las diferentes naciones las mismas relaciones que las que establece el comercio interior entre las diferentes partes de una misma nacion; constituir las en un estado de sociedad reciproca; dilatar la estension del mercado universal, y aumentar por este medio las ventajas del comercio interior de cada una.

No hay duda en que este comercio [170] puede, existir y existe de hecho hasta cierto punto antes que haya verdaderos comerciantes, esto es, hombres que se ocupan exclusivamente en servir al comercio; pero sin auxilio de las relaciones recíprocas entre todas las partes de una nacion ó sin la intervencion, de los comerciantes, seria el comercio muy reducido y nunca podria estenderse mucho; porque aunque sea cierto que inmediatamente despues de poseer yo ó fabricar una cosa útil, la puedo cambiar por mí mismo sin necesidad de intermedio, por otra que posee mi vecino; pero no siempre sucede asi, y rara vez lo podré hacer cómodamente, pues mi vecino podrá no querer comprar cuando yo quiero vender, ó podrá querer vender mas porcion que la que yo necesito, ó no acomodarle la cosa que le ofrezco, ó estar muy distante de mí, ó quizás no saber que yo la quiero vender. Finalmente, en [171] el discurso de nuestra vida necesitamos de un millon de cosas diferentes, y si cada vez que necesitamos una tuviésemos que ir directamente á buscar su inmediato productor, la pasaríamos en correr y viajar, y valdria mas el trabajo y

gastos que hiciésemos, que las cosas que deseásemos, y así nos sería indispensable pasarnos sin ellas.

Pero se presenta el comerciante y evita toda esta diligencia y cuidado; porque él trae de todos los países el sobrante de sus productos y lleva á ellos los que les faltan: está siempre dispuesto á comprar cuando se le quiere vender y á vender cuando se le quiere comprar; guarda sus mercaderías hasta que se necesitan y se las piden; las divide y subdivide en pequeñísimas partes cuando así se quiere; descarga, al productor de las que le embarazan, las pone á la vista del consumidor, se las facilita o las allega á él, y de [172] este modo se establecen las relaciones útiles y cómodas. Pues ¿y qué ha hecho el comerciante en todo esto? Como comerciante no ha mudado la forma de las mercaderías, pero si su lugar, dándolas de esta manera una grande utilidad; porque si los valores son como digimos en el capítulo 3.º la medida del grado de utilidad, claro es que una cosa traída de un país donde era desestimada ó valía poco, á otro donde es estimada y vale mucho, ha adquirido mediante el transporte un grado de utilidad que no tenía.

Bien conozco que esta esplicacion es tan sencilla que mas bien parece una bagatela escrita para muchachos, que para hombres ya formados, no pudiendo presumirse que estos ignoren unos hechos tan triviales y comunes; pero estas verdades tan simples demuestran otra muy controvertida, y es que todo el que produce utilidad es productor, y de consiguiente [173] que los comerciantes son tan productores como aquellos á quienes se ha querido honrar esclusivamente con este nombre. ¿Pero cuál es la recompensa que corresponde al comerciante por la utilidad que produce? Esto es lo que vamos inmediatamente á examinar.

Si estudiamos atentamente la industria mercantil veremos que requiere las mismas funciones que la fabril, esto es, teoría, aplicacion y egecucion; y de consiguiente supone tres clases de trabajadores; sábio, empresario y obrero. Veremos tambien que sucede en esta lo mismo que en la rural, á saber, que el trabajo menos pagado es cabalmente el que se emplea para la produccion de las cosas mas necesarias, aunque con la diferencia que el empresario de comercio puede indemnizarse de la pequeñez de sus ganancias aumentando indefinidamente sus especulaciones mientras lo permitan las salidas [174] de sus mercaderías, lo cual no puede hacerlo el de agricultura, y de aquí el proverbio comun: en una gran ciudad no hay comercio pequeño. El director de una empresa mercantil asalariaría a todos los que emplea, hace cuantas anticipaciones son precisas, y al fin de todo: la retribucion que paga, sus trabajos, sus gastos y riesgos es el aumento de valor que ha dado á las cosas, el cual hace que sus ventas escedan á sus compras. Así en esta parte es enteramente parecido al director de una empresa fabril, porque ambos pierden en vez de ganar si se engañan en sus especulaciones ó son inútiles sus trabajos; y ambos trabajos; ya sobre sus propios fondos, ya sobre los que toman en alquiler: la paridad es completa y escusado es insistir en ella, tanto mas cuanto no es, todavia tiempo de que discutamos cuestiones delicadas, ni apreciemos el mérito de ciertas combinaciones [175] compuestas. Nos basta lo dicho hasta aqui para que dando una sola ojeada en general podamos conocer fácilmente los progresos sucesivos de la sociedad y de la industria, y convencernos de que las cosas que comunmente se creen mas abstractas y profundas son de suyo sencillísimas, de que han sido necesarios para obscurecerlas todos los esfuerzos de la preocupacion y del charlatanismo, y de que no es menester un discernimiento muy fino para resolver

dificultades que parecen muy embarazosas cuando no se examina la materia subiendo hasta sus principios. Mas adelante veremos que todo es fácil, y que no se encuentran tropiezos cuando se comienza por el estudio de los hechos y se establecen las verdades fundamentales. Ahora pasaremos á decir algo de la moneda, que es lo que nos falta para acabar de sentar estas bases. [176]

CAPITULO VI

De la moneda

He hablado del egercicio de la industria y del comercio, sin haber nombrado siquiera la palabra moneda, porque esta no es realmente indispensable al comercio como tampoco lo son los comerciantes, que son sus agentes así como aquella es su instrumento; pero puede existir y existe de hecho hasta cierto punto antes que los comerciantes y la moneda, y sin necesidad de sus auxilios, sí bien le son sumamente útiles.

Vimos ya en el capítulo 3.º donde hablamos de los valores, que todas las cosas útiles tienen un valor determinado, ó por mejor decir tienen dos, aunque por ahora no hablaré sino del valor convencional ó precio venal. Todos estos valores [177] se miden unos por otros. Si todo el mundo está dispuesto á dar por la cantidad de una cosa determinada una cantidad doble mayor de otra, claro es que se aprecia aquella dos veces mas que esta: así ya está fijada la relacion de su valor, y se pueden cambiar y negociar aquellas dos cosas sobre este pie sin tener que recurrir á una materia intermedia: puede darse, por egeemplo, heno por trigo, trigo por leña, una carretada de vidriado por otra de tejas &c.; pero sobre ser muy molesto este medio de cambiar lleva consigo muchos inconvenientes bastante graves, porque por de pronto desvia de sus ocupaciones ordinarias á todos los industriosos y les roba su precioso tiempo, haciendo de este modo penosos todos los cambios y quizas imposibles muchos de ellos. Ademas hay muchas mercaderias que no pueden dividirse cómodamente para ajustarlas con otras: hay otras que [178] no pueden conservarse mucho tiempo ni aun hasta el instante en que se puede necesitar de ellas, y caso que se pudiesen conservar son por lo regular muy embarazosas, porque no siempre acomodan al poseedor de las otras que necesitamos, y por las cuales deseariamos cambiarlas; y aunque encontremos por fortuna el hombre que buscamos puede suceder y sucede con frecuencia, que no quiera desprenderse sino de una porcion de ellas; mayor ó menor de la que nosotros necesitamos, y ved aqui ya imposible el cambio. Todas estas dificultades no pueden menos de desalentar el comercio, desfallecer la industria, y mantener aquel y esta en un estado de debilidad y languidez. Aunque estos inconvenientes son bastante perceptibles, conviene mucho insistir en ellos, porque tal es el hombre que apenas le afecta sino lo que ha experimentado, y aun nos cuesta trabajo el [179] concebir su existencia: nos parece quimérico este órden de cosas, porque como nunca le hemos visto no podemos tener una viva idea de él; pero con todo eso ha existido y verosímilmente por mucho tiempo antes del actual que vemos, y del cual nos quejamos, y no sin motivo sí bien le es superior por todos respetos.

Por fortuna entre todas las cosas útiles se distinguen notablemente los metales preciosos: son estos una mercadería como cualquiera otra que tiene el valor necesario que le da el trabajo que costó extraerlos de la mina, y trasportarlos, y el venal que les dá la posibilidad de trasformarlos en vasos, alhajas, muebles é instrumentos; pero todavía tienen otra propiedad muy digna de aprecio, porque se los puede acrisolar de modo que cada uno sepa fijamente la cantidad que tiene de ellos, [180] y que se logre que todas sus partes sean homogéneas, cuya circunstancia facilita la comparación y excluye el temor de padecer engaño en la calidad. Además de esto son inalterables y susceptibles de división en partes grandes ó tan pequeñas como se quiera, y finalmente son fáciles de trasportarse. Por esta razón es muy natural que cuando nos proponemos conservar un valor por un tiempo indefinido hasta que le hayamos menester, antepongamos el metal precioso á cualquiera otra cosa aunque esta sea útil; y con efecto vemos que el que tiene una mercadería espuesta á averiarse, ó cuya calidad puede ser incierta ó variable, embarazosa ó poco susceptible de cómoda división, la desea cambiar por otra que no tenga estos inconvenientes. De esta disposición general resulta necesariamente que esta mercadería que tiene sobre todas las [181] demás tantas y tan apreciables preeminencias, sea mucho más estimada, y venga á ser insensiblemente la medida común de todas; y esto es lo que cabalmente ha sucedido en todas partes. Acaece generalmente en esto lo mismo que en las demás cosas que nos parecen extraordinarias, cuando no podemos dar razón del porqué, é inevitables cuando conocemos las causas: pero luego que una cosa es podemos asegurar que hay razones poderosas para que sea, aunque después se puedan descubrir otras razones todavía más poderosas que aquellas para que no sea; lo cual no sucede en el caso presente. Los metales preciosos adquieren un valor venal mayor, adquiriendo una nueva especie de utilidad en el hecho de ser medida común y general de todos los valores, y tipo universal de todos los cambios; pero prescindiendo de esta circunstancia por [182] ser poco interesante á la materia que tenemos entre manos, tienen también la ventaja de que su valor venal ó su precio se hace más constante que el de cualquier otra mercadería, porque como todo el mundo los demanda y busca no están sujetos á las variaciones de precio que otras cosas, que unas veces se apetecen y otras se desprecian. Fuera de eso no depende de la inconstancia de las estaciones, y poco ó nada de la de los acontecimientos: su cantidad total no muda sino por efecto de algunas causas extraordinarias y lentas; y así cada día se les confirma la posesión en que están de ser la medida común de los cambios. Sin embargo, todavía no son moneda, sino tejos ó barras que pasan de mano en mano, y es indispensable pesar y ensayar cuando mudan de dueño, cuya operación es muy embarazosa.

Luego que la sociedad está más civilizada, [183] la autoridad pública competente interviene para hacer más cómodo este instrumento universal de los cambios, dividiendo los metales preciosos en porciones adaptada á los usos más comunes de la vida é imprimiéndoles un sello que justifique su peso total, comprendiendo en él la cantidad de materia heterogénea con que se los ha ligado para la facilidad de la fabricación, aunque no se la ha de contar por valor real; y esto es lo que se llama su peso y ley. Ya tenemos aquí los metales preciosos transformados completamente en moneda; y no puede haber duda en que la autoridad ha hecho en esto un grande bien, aunque después haya producido por otros actos de su intervención en esta materia muchos males, como más adelante veremos.

Esta corta explicación relativamente á la naturaleza de la moneda, nos manifiesta [184] primeramente que no puede haber más que un solo metal moneda, esto es, un valor con el

cual se puedan comparar todos los demas valores; porque en todo cálculo no puede haber mas que una especie de unidad que sirva de base. Este metal, cuyo valor es el término de comparacion de todos los demas, es la plata, por ser la que se acomoda mas fácilmente á las muchas subdivisiones que son indispensables en los cambios: el oro es demasiado raro, y los demas metales harto comunes.

Sin embargo, el oro viene al auxilio de la plata cuando se le necesita para pagar sumas considerables, como lo harian tambien las piedras preciosas si fueran susceptibles de division, sin perder nada de su valor; pero el servicio del oro siempre es subsidiario, esto es, solo sirve comparando su valor con el de la plata. La proporcion de ambos metales [185] es próximamente en Europa de 15 ó 16 á I, y varía como todas las demas proporciones de valores, segun la mayor ó menor demanda. En la China es por lo comun de 12 ó 13 á I, y en Yndostan por el contrario se dice que es próximamente de 18 ó 20 á I. Por lo tanto es ventajoso llevar plata á la China, porque por 12 onzas de plata se recibe una de oro, que devuelta á Europa vale 15 onzas de plata, y queda una ganancia de tres. Por el contrario, es una buena especulacion llevar oro al Yndostan donde por una onza de este metal dan 18 de plata, quedando una ganancia de tres. La autoridad pública puede no obstante acuñar moneda de oro y fijar la proporcion que deba tener con la de plata, ó lo que es lo mismo, ordenar que siempre que no haya estipulaciones en contrario se deba recibir indiferentemente una onza de oro ó 15 ó 16 de plata, [186] al modo que establece por medio de una ley el interes que debe ganar una suma prestada en todos aquellos casos en que no se ha estipulado ó no se ha podido estipular de antemano por los contratantes; pero asi como la autoridad pública no puede, ó á lo menos no debe fijar la tasa del interes que exige un prestamista y consiente la otra parte, del mismo modo no debe coartar la libertad que todos tienen de estipular amigablemente entre si la cantidad de oro que quieran dar ó recibir por una cantidad determinada de plata; y efectivamente en las grandes operaciones de comercio se procede en uno y otro punto con esta libertad y segun acomoda á los contratantes por mas que las leyes lo resistan; y si asi no fuese jamas se harian tales negocios.

Tocante a la moneda de cobre ó de vellon, donde quiera que hay moneda [187] de plata es una moneda falsa ó no es verdadera moneda; porque dado caso que contuviese la cantidad de cobre suficiente para cubrir exactamente el valor de la plata con el cual se la quiere igualar, siempre seria cinco o seis veces mas pesada que ésta, y de consiguiente muy embarazosa para los cambios; y aun esta proporcion variaria como la del oro, y con mas frecuencia todavia en razon de los muchos usos que tiene el cobre, y por lo tanto la moneda de este metal no vale sino la cantidad de plata que comunmente se dá por ella. Asi es que únicamente debe servir para completar una suma cuya mayor parte posible se pague en moneda de oro ó plata; porque esta diferencia de valor [188] es siempre tan pequeña que es fácil salir de la moneda de cobre inmediatamente haciéndola servir para igual destino, pero cuando la ley autoriza, como lo ha hecho algunas veces, el pago de sumas considerables en moneda de cobre, perjudica notablemente al que la recibe, porque dificilmente podrá reducirla á plata por todo su valor nominal, sino solamente por su valor real, que es cinco ó seis veces menor; lo cual corrobora la proposicion que arriba sentamos, á saber, que nunca puede haber mas que un solo metal que sirva de término comun de comparacion para todos los demás valores, y que este metal es la plata.

Puesto que la utilidad de la estampa consiste en transformar un pedazo de metal en una pieza de moneda para justificar su ley y peso, superflua será para hacer nuestros cálculos la invención de monedas imaginarias, como libras, sueldos, [189] dineros y otras de esta clase, las cuales se llaman sin embargo monedas de cuenta. Hubiera sido más claro decir: una pieza de onza, de media onza y de una dragma, de un grano de plata, que decir: una pieza de seis libras, de tres libras, de doce ó de quince sueldos, porque siempre se hubiera sabido fijamente de que cantidad de plata se hablaba. Es una idea tan natural la que presenta al espíritu aquel modo de explicarse, que en mi concepto se hubiera tal vez preferido al otro si todas las monedas hubiesen sido de la misma ley; pero como no siempre ha sido uno mismo el grado de su pureza de aquí provino acaso que se adoptase este medio para manifestar que tal onza determinada de plata valía un sexto más que otra, diciendo [190] que la una valía seis libras, y la otra cinco; y acaso no se habrá adoptado aquella expresión sencilla y clara, precisamente por ser clara; porque los que han intervenido en esta materia, no querían que los entendieran los demás, y á la verdad que tenían razón para ello; de lo cual veremos bastantes pruebas.

Pero sea lo que quiera de esto, una vez admitidas y usada en los contratos estas denominaciones arbitrarias, es menester mucha circunspección para cambiarlas, porque son graves los perjuicios que puede ocasionar esta novedad. Si yo, por ejemplo, he recibido veinte mil reales con la condición de pagarlos al cabo de un año, y en este tiempo manda el gobierno que la cantidad de plata que se llamaba veinte reales se llame en adelante cuarenta, ó lo que es lo mismo si acuña pesos fuertes de cuarenta reales que contengan la misma cantidad de plata [191] que contenía antes un peso fuerte, yo que pago con estos nuevos pesos no pago realmente veinte mil sino diez mil reales. El gobierno no me hace á mi esta gracia por pura bondad, aunque participe de ella en el caso de serle yo deudor, sino con el fin de pagar con menos lo que debe á sus infinitos acreedores, y salir de sus apuros. Bien conoce que es una injusticia manifiesta; pero la encubre con el disfraz de generalidad y de reciprocidad, que como se asemeja en apariencia á la equidad, deslumbra á los incautos: en una palabra, dora la píldora para que se trague con menos náuseas; pero á pesar de todos estos prestigios, semejante conducta, hablando con claridad, equivale á permitir que todos roben, para poder él hacer lo mismo, que es lo que han hecho frecuentemente casi todos los gobiernos con tanto descaro y tan poco comedimiento, que lo que hoy se llama [192] en Francia, por ejemplo, una libra, y que antes era realmente una libra de plata de doce onzas, hoy que vale el marco cincuenta y una libras, apenas es 8II, lo cual quiere decir que en diferentes veces se han robado las 80/81 de lo que se debía, y de consiguiente si hubiese en el día una renta perpetua de una libra por veinte, impuestas en aquellos tiempos, se pagaría hoy con la una parte de las ochenta y una que entonces se prometieron, y se deben en realidad; y si apenas subsiste renta alguna de estas, es porque todas se han ido sucesivamente pagando, del mismo modo que se pagan hoy los intereses; pero lo más horrible que yo veo en esta iniquidad legal, es que no solamente permite la injusticia, sino que la ordena, y aun compele á que se cometa; porque á no ser por algunas circunstancias extraordinarias, el particular más delicado y puro se ve precisado á [193] prevalerse á su vez de la odiosa facultad que se le da; porque usando todos de ella con respecto á él, muy luego lo dejarían por puertas sino los imitase. No hay remedio, situado entre dos bancarrotas inevitables preciso es que se decida por la que la ley autoriza.

No es este el lugar propio para manifestar todos los efectos morales de semejantes leyes, que fuera de esto son bastante perceptibles; pero en cuanto á los efectos económicos, de los cuales hablamos ahora, los mas principales son: I.º los acreedores del estado á quienes el gobierno paga con la nueva moneda, son mas pobres en la parte que les defrauda, y él y sus deudores mas ricos en la misma, y de consiguiente equivale esto á una contribucion de plata impuesta á una sola clase de ciudadanos, repartida entre ellos con suma desigualdad, y aun aumentada inútilmente en una porcion [194] igual á la que ganan los demas ciudadanos que se encuentran en la misma situacion que el gobierno, y cuyos intereses aparentes son el pretexto ó la máscara de sus disposiciones: 2.º aun los acreedores á quienes el gobierno no paga actualmente sus capitales con esta nueva moneda, sufren la misma pérdida que los otros; porque si bien es verdad que conservan su renta con el mismo valor nominal, tambien lo es que es menor hoy su valor real. Pero considerado el gobierno como tal acreedor se invierte la proposicion en daño suyo, porque comienza á hacer respecto de los contribuyentes, el mismo papel que los acreedores á quienes defrauda, pagándole aquellos los impuestos anuales con un valor mucho menor; y si suponemos disminuido por mitad el valor de la moneda, aunque le paguen la misma cantidad de moneda que fija el impuesto, le pagarán realmente con [195] la mitad de la plata efectiva. Es verdad que como tiene la fuerza en la mano, dobla pronto los impuestos existentes, y con esto se cree haberse puesto á la par y ganado lo que dejó de pagar.

Sin embargo no sucede lo que piensa; porque el tercer efecto de semejante operacion es inspirar un justo recelo de que el gobierno la vuelva á repetir: falta entonces la confianza en sus palabras, ninguna seguridad basta, nace la desconfianza en todas las relaciones sociales, y por consiguiente disminuyen considerablemente todas las especulaciones industriales y mercantiles: así, la nacion padece, la riqueza nacional se disminuye, y los impuestos son vanos, porque no hay valores para cubrirlos; el trabajo que los pagaba se ha minorado, y el que nada gana nada puede dar.

Ademas, el gobierno necesita que se le provea de muchas cosas, y que se le anticipen otras que no puede exigir con [196] la fuerza: los precios de todas se han duplicado si el valor de la moneda ha quedado reducido á la mitad, y como este mal trasciende á todos los géneros, todos son ya mas caros y mas escasos, y finalmente el que se resuelve á tratar con un gobierno que no tiene palabra, no sé descuida en hacerle pagar á buen precio el temor que le inspira su poca delicadeza, porque sabe de cierto ó presume con mucha razon que mañana podrá volver á abusar de su fuerza, y asi calcula el valor de todos estos riesgos, que son por lo regular demasiado inminentes. Asi pues todos los gastos del gobierno se han aumentado en mayor proporcion que sus rentas, aun despues de haber doblado los impuestos.

En suma, con estas operaciones se ha hecho un verdadero robo que mas bien perjudica que favorece al gobierno; pero no obstante que son tan injustas y desastrosas como acabamos de ver, se han mirado [197] casi generalmente como muy sábias en materia de hacienda; lo cual prueba hasta que punto se puede seducir al hombre y hacerle juguete de palabras. Es necesario decirlo, aunque sea con mengua del espíritu humano: acaso se hubiera evitado semejante error con solo haber designado desde el principio las piezas de moneda solamente por su peso, como hemos dicho, y no por nombres insignificantes y

vagos, porque entonces es probable que todo el mundo hubiese visto que media onza nunca puede ser una.

Sin embargo, aun debemos dudarle, cuando vemos que otros muchos prestigios tan groseros, y aun mas funestos que este, alucinan todavia á muchos, ó por lo menos no se los conoce bien. Esta observacion general y aplicable á infinitos casos nos trae directamente al papel-moneda, el cual aun en el momento en que escribimos tiene inundada la Europa, [198] y se recurre á él siempre, á pesar de la esperiencia constante que hay de sus funestos é inevitables efectos.

Es regla universal que para sostener una injusticia es siempre indispensable apoyarla en un error. Los que se propusieron robar políticamente á sus acreedores una parte del dinero que les debian, disminuyendo la cantidad de plata que contenían las monedas con que querian verificar el pago, discurrieron de este modo: «la plata no tiene en sí misma valor alguno, puesto que no se come ni se bebe; no es en todo rigor sino el signo de los valores reales, y aun esta cualidad de signo se la da la estampa del Monarca: así, es indiferente que esta se imprima en un pedazo mayor ó menor de metal.» Pero este sofisma hubiera venido á tierra con solo decirles: «pues si la plata no tiene valor real ¿por qué reteneis la que estais debiendo? ¿para qué [199] la quereis? Pagad vuestras deudas con ella, y luego si lo tuviéseis á bien, imprimid la efigie de vuestro Monarca en pedazos de madera, y vereis entonces el efecto que tiene vuestro signo.» Ciertamente que no hubieran necesitado de mucha penetracion para conocer la poderosísima fuerza de este racionio; pero no se les ha hecho, porque de una parte no era muy fácil probar directamente que la plata tiene un valor peculiar y necesario como todas las demas cosas útiles, y de otra hubiera sido imposible demostrar esta verdad invenciblemente, sin subir antes como lo hemos hecho, y acaso como no se ha hecho hasta ahora, á la causa primera y única de todo valor, que es el trabajo.

Esta necesidad (preciso es algunas veces llamar las cosas con sus nombres propios) de que la plata no es mas que un signo se ha sostenido con mucho empeño, y aun á cada paso se repite, siendo [200] no pocos los escritores que no la dan otro nombre que este, y no escritores como quiera adocenados, sino muy metidos á historiadores y políticos. Si los consultáis os explicarán muy detenidamente y con el tono grave de maestros el sistema de Law, le discutirán y darán mil vueltas, sin echar siquiera de ver que descansa sobre solo este principio y que todo lo demás que se encuentra en él no son sino adornos accesorios imaginados para disfrazar lo que esencialmente es. Así pues aunque es verdad que en el dia los gobiernos apenas adoptan este medio para salir de sus [201] apuros, no por eso se crea que le han abandonado ni proscrito; nada menos que eso: aquel hermoso principio conserva todavia su fuerza, y si se prescinde en la apariencia de él no es por vergüenza ni pundonor, sino porque se ha descubierto una aplicacion mas completa de él, pues al fin en la moneda mas falsa se hallaba siquiera alguna cantidad de plata; pero en la que hoy se le substituye no hay plata alguna, y esto es indudablemente mejor. Verdad es que los gobiernos no han seguido á la letra el consejo que ha poco dábamos de poner la estampa del Monarca en pedazos de madera; pero la han puesto en hojas de papel, que es lo mismo. Las muchas relaciones de la sociedad perfeccionada sugirieron este pensamiento, y las mismas sirven todavia para encubrir el fraude. Me explicaré con claridad.

El papel no tiene otro valor necesario [202] que el coste de su fabricacion como cualquiera otra cosa, ni otro valor venal que el precio que tiene como papel en la tienda. Cuando yo tengo un pagaré ú otra cualquier obligacion activa de una persona abonada por la suma de mil pesos, este papel no tiene mas valor real que el de una hoja de papel, pero no el de mil pesos que me promete: para mí no es mas que un signo de que podré recibir mil pesos cuando quiera, y así es que cuando el signo es indudable, ó cuando puedo en todo tiempo recibir el valor que promete, no me doy prisa á realizarle, sino muy al contrario, si me tiene cuenta le traspaso á otro que cómo yo le tomará con gusto; este á un tercero y asi sucesivamente, y acaso todos ellos preferirán el signo á la cosa significada, por ser menos pesado y mas trasportable; pero ni yo ni el que me recibe este papel tenemos hasta ahora un valor real (porque [203] considero como nulo el de la hoja de papel) aunque tenemos tanta seguridad de recibir cuando queramos el valor que representa como de comer cuando tenemos dinero, y esta seguridad es la que nos hace decir que el papel y el dinero son una misma cosa. Sin embargo, esta espresion nunca es exacta, porque el papel promete un valor, y el dinero le tiene en sí mismo.

Fundándose en esta anfibología dice el gobierno: «vosotros estais de acuerdo en que el papel de un particular rico equivale á dinero; luego mi papel será tambien dinero, porque yo soy mas rico que todos los particulares: además convenis todos igualmente en que mi estampa es la que dá al dinero la cualidad de signo de todos los valores, pues mi firma no se diferencia de la estampa, y asi debe comunicar al papel la misma virtud que aquella comunica á la moneda. No [204] se detiene aqui sino que toma otras muchas precauciones que nunca faltan para convencer de lo mismo, esto es, de que el papel que vá á emitir representa realmente valores inmensos, para lo cual ya le hipoteca sobre una porcion considerable de bienes del patrimonio Real, ya sobre las ganancias de una compañía de comercio que se dice las tendrá muy grandes, ya finalmente sobre los fondos de una caja de amortizacion, que no puede menos de producir efectos maravillosos, ó sobre todas estas cosas juntas. La poderosa fuerza de unas razones tan sólidas hace que aquellos que esperan nuevas mercedes de un gobierno pródigo para con ellos y sus acreedores que temian no ser pagados, que aguardan recibir los primeros este papel, del cual podrán deshacerse antes que se desacredite, y que ademas hacen sus cuentas para indemnizarse largamente en las contratas sucesivas [205] de lo que puedan perder admitiéndole, comiencen á decir: «estamos plenamente convencidos de que es escelente el papel que se acaba de crear: no hay duda que es un pensamiento admirable, capaz él solo de redimir el estado; y nosotros por nuestra parte estamos dispuestos, a recibirle con gusto, porque le apreciamos tanto como si fuese dinero. No faltarán algunos espíritus desabridos y recelosos que segun tienen de costumbre desconfien de él y reusen recibirle, pero el gobierno no debe retroceder, sino al contrario, tener energía y firmeza, y mandar desde luego que todos le reciban forzosamente como le recibimos nosotros, y de este modo prevendrá todas las dificultades.» El pobre pueblo deslumbrado con tantos sofismas, y que escucha los elogios que le dan, halla buena esta medida, la aplaude, se vá aficionando al papel, le desea y toma, y se persuade fácilmente [206] á que solo los locos o los perversos son los que pueden censurar una disposicion tan útil y juiciosa. Así se crea el verdadero papel-moneda, esto es, un papel que todo el mundo puede dar y todo el mundo debe recibir como si fuese una buena moneda, sin percibir siquiera que la misma violencia con que se quiere hacer este papel mejor que lo que es de suyo, es cabalmente la que le vicia en su raiz.

Con efecto, el gobierno que le ha creado para salir de sus apuros y pagar á sus acreedores, tiene buen cuidado de crearle con abundancia; y como manda que se reciba y le recibe él mismo, vá, cundiendo con facilidad, y se halla en poder de todos juntamente con el dinero: asi parece al principio que aumenta la actividad del cambio porque multiplica los capitales. Por otra parte no se le emplea sino en hacer pagos considerables ó [207] en imposiciones de fondos; y viendo que se hacen como antes el servicio diario y los infinitos cambios pequeños, que son los que constituyen el órden habitual de la sociedad, todo el mundo vive contento, y nadie se queja.

Poco á poco el gobierno se va sirviendo de él para sus gastos ordinarios, y como tiene barro á mano no guarda medida y los hace con demasiada prodigalidad: se empeña en guerras con las naciones vecinas, ó quiere influir y mandar en todos los gabinetes, ó acomete empresas atrevidas de administracion; cosas en que no hubiera pensado si el papel no hubiese venido á tentarle, porque reducido á sus escasísimos recursos pecuniarios hubiera sentido que todas estas locuras sobrepujaban á sus fuerzas y que edificaba en el ayre: el papel se va pues aumentando prodigiosa mente, y entonces los asentistas comienzan á hablar al gobierno [208] en este language: «los géneros se han puesto muy caros y nos es ya moralmente imposible el hacer el abasto de ellos á los mismos precios que antes.» Pero buen cuidado tienen de callar el verdadero motivo. No dicen que es porque la promesa del gobierno no vale dinero, y que recelan ya de su cumplimiento, sino todo al contrario. Dicen, aparentando una dolorosa sorpresa: «esto depende de un embarazo momentáneo que desaparecerá fácilmente con que el gobierno suspenda todos los pagos menos los nuestros: es un efecto de las intrigas de un partido de descontentos y rebeldes que es menester subyugar, de la malevolencia de los estrangeros que con el fin de hacer mas penosa nuestra situacion, reusan darnos las cosas que les pedimos si no nos presentamos á ellos con dinero en mano.» Y como todas estas razones son sólidas preciso es que el gobierno acceda [209] á ellas, y sobre todo á la ley de la necesidad. Asi se van aumentando los gastos prodigiosamente, y al mismo paso el papel moneda.»

A pesar de todo siempre se recibe el papel porque hay obligacion de recibirle; ¿pero qué sucede? que todos piden mucho mas por las mismas cosas, y se establece muy luego una proporcion conocida y consentida entre el papel y el dinero, la cual llega á ser tan ventajosa á este que no puede menos de gravar á los asalariados, acreedores del estado, censualistas y propietarios territoriales que tienen dadas en arrendamiento sus tierras y á quiénes se les paga con papel. Los primeros se aumentan, y sobre todo los empleados del gobierno que son una nueva carga para este; al paso que los demas sufren el mal sin remedio. Hasta el mismo gobierno sufre á su vez, porque desacreditado el papel pierde sobre sus impuestos [210] como pierden los particulares, sobre sus rentas y arriendos, y estas pérdidas repetidas le van poniendo en nuevos apuros. No hay duda que podria salir de ellos fácilmente con solo aumentar los impuestos; pero como le es mas fácil crear mucho papel para cubrir el déficit, se abstiene de aquel medio que siempre es ingrato, y prefiere este como mas suave y llevadero, y de aquí una nueva causa de emision y de descrédito.

La diferencia entre el papel y la plata va creciendo progresivamente, y asi todos huyen de tener créditos activos, y de consiguiente ni fian ni prestan: nadie quiere comprar para volver á vender, porque no sabe á qué precio podrá hacerlo, y de este modo va desfalleciendo todo comercio. La proporcion ó mas bien la desproporcion nunca para y

llega hasta imposibilitar las transacciones ó ventas diarias de aquellos pequeños artículos de [211] primera necesidad, cuyo valor es menor que el del papel, y que es indispensable pagar con dinero; porque todo el mundo prefiere dar cien pesos en papel mas bien que veinte y cinco en dinero, y por la misma razon si uno necesita doce pesos nadie se los prestará aunque ofrezca una cédula de ciento. En tal estado el mal es universal: todos alzan el grito y se quejan, y los clamores son interminables porque unos y otros tienen razon. Entonces el gobierno crea nuevas cédulas para facilitar el pago de las sumas pequeñas, y se persuade haber remediado el mal cuando realmente acaba de hacerle mas grave; porque el efecto inmediato, de esta medida es no verse siquiera un peso en circulacion; y luego que las cosas mas [212] usuales se paguen con papel, es natural que suban á un precio proporcionado á su descrédito, esto es, á un precio á que nadie puede alcanzar. En una situacion tan lastimosa de cosas no queda al gobierno otro recurso que fijar la tasa á todos los géneros necesarios.

Esta medida violenta, aunque inevitable, destruye enteramente la sociedad, no quedando de ella mas que un latrocinio ó depredacion universal; todo es ya fraude ó angustia y tormento: el gobierno por su parte acude á las requisiciones, y el pueblo por la suya al pillage, porque solamente la violencia es la que puede obligar á vender perdiendo ó á desprenderse de cosas necesarias que pueden escasear mañana: todo comienza á faltar, porque el fundado temor que todo el mundo tiene de ser otra vez desposeido de lo que legitimamente le pertenece, retrae á todos de hacer provisiones y nuevas fabricaciones; [213] abandónanse las profesiones mecánicas y mercantiles; nadie piensa en vivir con los productos de una industria reglada; subsiste cada cual de lo que puede esconder ó de lo que puede robar, como si estuviese en un pais enemigo; los mas menesterosos mueren á millares, y asi puede decirse propiamente que se ha disuelto la sociedad habiendo cesado los cambios que la constituyen.

Cuando llegan las cosas á este punto ya no se hace caso de las cédulas pequeñas, porque ni aun las grandes bastan para pagar las sumas mas mezquinas. En Francia se ha visto dar de contrabando tres mil francos por un par de zapatos, y muchas gracias encima; porque la fuerza podrá obligar á darlos por nada cuando los hay, pero no á que se hagan cuando no existen. El gobierno entonces se ve precisado á dar un valor nominal muy crecido á cada hoja de su papel, no solamente [214] para que pueda servir de algo, sino tambien para que le represente á él mismo un valor real algo mayor que el que le cuesta su fabricacion, que es cabalmente lo que hizo la Francia en los últimos tiempos del papel-moneda, creando unos mandatos que no eran en rigor sino unos nuevos asignados bajo otra forma diferente, pero á los cuales dió un valor centuplo del de los otros, porque sin esta circunstancia no hubieran podido cubrir el precio de su fabricacion; y asi sucedió que una cédula de cien francos asignados por ejemplo, no tenia efectivamente el valor real de la hoja de papel en que estaba escrito: valía mas que ella la misma hoja en blanco, o el precio que habia costado, y ninguno hubiera vacilado en posponerla á [215] cualquiera de estas dos cosas.

Este hecho que nos parecería increíble si no lo hubiésemos presenciado, prueba dos cosas: 1.º que cuando nos empeñamos en ir contra el órden natural de las cosas es preciso que toquemos en extremos monstruosos: 2.ª que tan imposible es dar á unas cosas el valor real que no tienen, como el quitar á otras el valor natural y necesario que tienen, el cual

consiste, como lo hemos dicho mas de una vez, en el precio del trabajo que cuesta su produccion.

En vano se dirá que una cosa es el uso del papel-moneda, y otra es el abuso; que todas las cosas aun las mas útiles [216] son funestas cuando no se usa de ellas con medida, y que el abuso es mas bien culpa del hombre que vicio de las cosas. La esperiencia demuestra que este principio no es cierto en la materia que tratamos; y aun prescindiendo de la esperiencia, demuestra la razon que habiendo hecho el primer abuso en quanto á papel-moneda, es forzoso hacer otros muchos; y, que se hace moneda al papel, es decir, que se le dá un curso forzado para abusar de él en adelante. Porque si se le dá un curso libre, en el momento que se comienza á temer que el gobierno no podrá hacer frente á sus empeños comienza tambien la repugnancia á recibirle, y desde entonces se descubre que algun dia se encontrará el gobierno con obligaciones contraídas superiores á sus fuerzas, esto es, se ve de antemano un momento en que tendrá que abusar de él. Si se le dá un curso forzado es porque se [217] cierran los ojos para no ver este momento, y está decidido el gobierno á pasar mas adelante contrayendo empeños que no podrá cumplir. En una palabra, si el papel es bueno, él encontrará tomadores sin necesidad de hacerles violencia, y si es malo es una iniquidad y un absurdo precisarles á que le reciban. Este es un dilema que no tiene réplica; y asi es muy justa esta célebre espresion de Mirabeau, de que él se olvidó demasiado despues de haberla dicho: la creacion de todo papel moneda es un acceso del despotismo que delira.

La esperiencia ha demostrado que las consecuencias de este delirio son todavia mas funestas que las de la alteracion de las monedas; porque al fin esta no tiene mas que, un efecto momentáneo, que aunque es un granizo para unos es para otros una lluvia benéfica; y con tal que no se repita, luego vuelven á tomar las [218] cosas su curso regular; pero el descrédito gradual del papel-moneda, mientras que este existe, produce el mismo efecto que produciria un número infinito de alteraciones sucesivas de la moneda que se repitiesen hasta su total aniquilacion; y como no es posible que durante este tiempo desastroso pueda haber seguridad de nada, no puede dejar de trastornarse é invertirse el órden de la sociedad: por otra parte, siempre que el gobierno crea papel, lo hace con exceso, y por pequeñas que sean las sumas que prometa son siempre mucho mayores que las que crea cuando acuña moneda aunque sea falsa; y asi el mal es mucho mayor.

Tenemos pues que el papel-moneda es la mas culpable y funesta de todas las bancarrotas maliciosas: que á esta le sigue en orden la alteracion de las monedas metálicas; y que cuando un gobierno sea tan desgraciado que no pueda [219] cumplir sus obligaciones, lo mejor que puede hacer es declarar francamente su quiebra, y ponerse de acuerdo lealmente con sus acreedores, como lo hace un negociante imprudente, pero honrado. El mal es entonces mucho menor, la reputacion le queda, y muy pronto renace la confianza, que son tres ventajas inapreciables. En fin, cuando hay candor y probidad todas las desgracias tienen remedio. Ved aqui pues uno de los muchos puntos en que se tocan la economia y la moral, que no son en todo rigor sino dos partes distintas de la historia de nuestra voluntad.

Despues de haber hablado de los usos de la moneda, de su valor real y de los riesgos que inevitablemente acarrea toda operacion que se encamine á sustituirla con otros valores ficticios, será conveniente que nos ocupemos siquiera un momento en lo que se llama

interés del dinero. [220] Esta materia sería sencillísima como otras muchas si no se hubiese procurado embrollarla, y si se hubiese comenzado á tratar de ella después de unas nociones preliminares como las que hemos dado.

Así como se alquilan caballos, coches, muebles, casas, tierras y todo cuanto es útil y tiene un valor, se puede también alquilar el dinero, que asimismo es útil y tiene un valor, y se cambia á cada instante por esas otras cosas; pues este alquiler del dinero es lo que se llama interés, el cual es tan legítimo y debe ser tan libre como cualquier otro; porque así como el gobierno no puede fijar el precio de un arriendo de una casa, o de una labor, tampoco puede fijar la tasa del interés del dinero. Es tan evidente este principio, que nunca se ha debido dudar de él.

Pues entonces ¿qué es lo que se [221] llama interés legal? Me explicaré: un particular presta á otro una suma, y ó no han podido ó no han querido estipular expresamente el interés: cumple el plazo, y el prestamista exige el interés que le corresponde; pero el otro ó se niega á pagarle á pretexto de no haberse estipulado, ó no se pone de acuerdo con el prestamista sobre el que debe ser, y ambos á dos se presentan en juicio: es muy justo que el que ha recibido un beneficio le pague; y así el tribunal debe entonces fijar la tasa del interés; pero como estos casos son muy frecuentes y varios, se ha tenido cuidado de fijarle de antemano por medio de una ley; pues el interés que esta ha determinado es lo que se llama interés legal, el cual no debe ser ni demasiado grande ni demasiado pequeño: no demasiado grande; porque puede suceder que el deudor de buena fé haya deseado [222] sinceramente pagar, y se lo hayan impedido algunas circunstancias inevitables, y no es justo que se le grave por haberse visto precisado involuntariamente a retener el dinero: no demasiado pequeño, á fin de que el deudor de mala fé que se ha valido de trampas legales para diferir el pago no gane por haber retenido indebidamente fondos ajenos. En una palabra, es menester tener mucho cuidado en que no perjudique al acreedor ni al deudor; para lo cual la ley deberá fijar aquel mismo interés que presume que hubieran estipulado las dos partes contratantes, esto es, debe arreglarse á la tasa más común en circunstancias semejantes. Pero cuando las partes le hubiesen estipulado expresamente, entonces debe enmudecer el interés legal; porque el gobierno no debe intervenir en las transacciones particulares, sino cuando se necesita de su apoyo para que [223] las obligaciones se cumplan fielmente.

No obstante esto, el bien de la sociedad en general exige que sea bajo el interés del dinero: 1.º porque todas las rentas que los industriales pagan á los capitalistas son como otros tantos fondos quitados á la clase laboriosa para cebar á los ociosos: 2.º porque cuando estas rentas son crecidas arrebatan una parte tan considerable de las ganancias debidas á las empresas industriales, que imposibilita la continuación de muchas de ellas: 3.º porque cuanto más crecidas son estas rentas tanto mayor es el número de holgazanes; pero ni aun por estas razones debe el gobierno fijar á la fuerza la tasa del interés, porque hemos visto ya que la sociedad tiene absolutamente los mismos motivos para desear que los arriendos sean muy bajos, y sin embargo á nadie le ha ocurrido hasta ahora decir que son usurarios é ilícitos [224] todos los arriendos que escuden de un precio determinado. Por otra parte, [225] no se disminuye el interés fijando su tasa; es todo lo contrario: lo que hace esta es convidar al disimulo y abrir la puerta á mil supercherias y fraudes clandestinos; porque el prestamista no soltará sus capitales sin haberse antes asegurado de un interés que le

indemnice hasta del riesgo que corre en haber eludido una ley imprudente y aun injusta. [226] El verdadero y único medio de disminuir el precio del interés es procurar que la nación en general sea rica, porque siéndolo tendrá muchos capitales que imponer, y los industriosos poca necesidad de tomar prestado.

En vez de fijar la tasa del interés pudiera aplicarse á esta especie de contratos el principio de la lesión en más de la mitad del justo precio que en [227] ciertos casos autoriza la ley para rescindir algunas obligaciones contraídas, aunque [228] que sería muy embarazoso en materia de préstamos; porque es indispensable [229] atender á mil circunstancias difíciles de estimar, y particularmente al riesgo á que se espone el prestamista cuando se desprende de sus fondos. Mas ¿por qué no habrá también de aplicarse este mismo principio á los arriendos? En mi concepto hay más razón que para los préstamos; porque aquí se corre un riesgo de perder los fondos, y allí no; pero repito que yo preferiría siempre el dejar á los particulares una libertad absoluta para la celebración de sus contratos.

Para concluir el capítulo de las monedas, y de todo lo concerniente á ellas, solo nos resta hablar dos palabras del cambio y del banco, cosas que aunque [230] distintas se confunden con frecuencia, por lo cual las examinaremos separadamente.

El cambio ó el servicio del cambista es una operación de las más sencillas, pues consiste, ó en trocar una moneda por otra cuando se le pide, para lo cual le basta saber la cantidad de oro ó plata pura que contiene cada una de las dos, y dar la misma cantidad que recibe, reteniendo para sí el salario convenido en retribución del pequeño servicio que hace; ó en trocar barras ó tejos por una moneda cualquiera, que es exactamente lo mismo, sin más diferencia que tener que incluir en cuenta el corto aumento de valor que da al metal la cualidad de moneda que adquiere, mediante la efigie ó sello del Soberano. Si fuera tan fácil justificar la ley de los metales como su peso, el interés personal más ingenioso para pescar á [231] río revuelto no podría obscurecer estas transacciones; pues á pesar de esta pequeña dificultad de ensayarlos, son todavía muy claras siempre que no se complican, porque al fin las dos cosas que se van á cambiar están á la vista, y no hay que hacer más que valuarlas y trocarlas; pero la operación del cambista se complica frecuentemente con la del banquero del modo que vamos á explicar.

El oficio del banquero consiste en hacer que se entregue en un pueblo que se le indica la misma suma de dinero que recibe en otro; en lo cual hace un servicio, porque si yo necesito de mi dinero en este punto, ya para pagar mis deudas, ya para emplearle ó gastarle, tendría que llevarle o enviarle, y cualquiera de estas cosas ocasionaría gastos y riesgos; pero el banquero que tiene allí un corresponsal, me da una cédula contra él, llamada letra de cambio, [232] en virtud de la cual me entrega mi suma; éste se encuentra mañana en igual caso, hace la misma operación, y quedan mutuamente pagados, habiendo los dos hecho un servicio á dos personas; y como todo servicio vale un salario, ambos á su vez han retenido por el suyo la cantidad que se estipuló del dinero transportado á esto se reduce el servicio y la ganancia del banquero.

No puedo concebir como algunos escritores después de haber disertado largamente sobre esta materia, confesado su utilidad, y aun exagerado su importancia, hayan

desconocido el aumento de valor que la mudanza de lugar crea en las mercaderías, y rehusado dar el nombre de productores á los negociantes que las trasportan; porque sin salir de este ejemplo que es bastante sencillo, supongamos que yo que vivo en Madrid debo mil pesos en Cadiz, [233] estimaré mas darlos á un banquero, que llevarlos yo mismo, ó enviarlos por tercera persona; y al revés, si tengo en Cadiz la misma suma, no tendré inconveniente en recibir del banquero novecientos noventa y cinco pesos, y daré por bien perdida la diferencia de los cinco, por no tener que irlos á buscar á Cadiz; lo cual prueba que toda mercadería al llegar á su destino, ha adquirido realmente un valor que no tenia antes, y esto es lo que me obliga á dar una recompensa al banquero, aunque nada le cueste el beneficio que me hace.

A esta primera ganancia que el banquero tiene añade regularmente otra; porque yo le doy mi dinero, y él me da una letra pagadera á los quince ó veinte dias, por ejemplo: pues ello es preciso que la letra llegue á Cadiz, que se presente, que se acepte y aguarde el vencimiento del plazo que fija. El pagador [234] de ella debe recibir el aviso del librancista para hacer los fondos, porque puede suceder que no los tenga, y nunca faltan otros muchos pretextos para alargar el plazo: sin embargo al librador no se le carga en cuenta el interes de la suma de su letra, sino desde el dia en que vence y se paga; mas entretanto disfruta de mi dinero gratuitamente, puede emplearle como quiera y procurarse una ganancia bastante considerable, y es claro que si tuviese diez y ocho ó veinte comisiones iguales á esta ganaria todo el interes de la suma por el tiempo de un año.

Aun puede tener otra ganancia. Cuando muchos negociantes de Cadiz son deudores á muchos de Madrid, entonces aquellos demandan letras pagaderas en Madrid, y de consiguiente escasean: pueden faltar á los banqueros fondos disponibles en esta plaza, ó aparentar que son deudores [235] á sus corresponsales, y se valen de esta ocasion para pedir ademas de su retribucion ordinaria otra extraordinaria, y acaso me exigirán mil veinte, ó mil veinte y tres pesos por una letra de mil á mi orden sobre Madrid, y yo que necesito indispensablemente hacer un pago, arrostró este sacrificio porque no puedo hacer la negociacion mas barata; pero si algunos negociantes de Madrid necesitasen al mismo tiempo de letras sobre Cadiz, los banqueros de Madrid podrian darme por mil pesos una letra de mil veinte, ó mil veinte y tres, puesto que este es el precio que tienen en Cadiz; pero como ellos solos son los que estan enterados de estos movimientos, toman siempre sus medidas para evitar que los particulares se aprovechen de todo este beneficio y cargarles algo mas que la pérdida necesaria; y asi esto es para ellos un nuevo manantial de ganancias. [236]

Esto es lo que se llama con mucha impropiedad en mi concepto curso del cambio, debiendo llamarse curso del banco; porque como estas dos plazas Cadiz y Madrid están dentro del reyno, y se sirven de una misma moneda, no hay cambio, sino solamente un transporte de dinero, el cual es peculiar del banco. Dícese que este curso está á la par cuando por mil pesos se me dan los mismos en otra parte; y, alto ó bajo, cuando se necesita dar mas ó menos de los mil pesos no contando el derecho de comision del banquero. [237]

Pero por el contrario la operacion del cambio se mezcla con la del banco y la complica, cuando hay necesidad de trasportar fondos de un país á otro; como por ejemplo, si la suma que yo doy en Madrid y por la cual me dan una letra sobre París, la he entregado en moneda

española, y se me ha de pagar en moneda francesa; de consiguiente es menester antes de todo comparar ambas monedas [238] para determinar la cantidad de metal puro que contiene cada una de ellas, valiéndose de las leyes comunes de su fabricacion: es preciso ademas valor á lo menos por aproximacion la merma que puedan haber sufrido las dos monedas en sus respectivos paises desde que entraron en circulacion, y esta es la razon porque en igualdad de las demas circunstancias se pide menos por pagar una suma en un pais, cuya moneda es antigua, desgastada y menoscabada por los recortadores de estas especies que cuando es nueva é intacta; porque en efecto, en este último caso, la moneda contiene realmente mas metal que en el otro, y el tenedor de la letra recibirá mas por la misma suma: así este cambio es un nuevo manantial de ganancia que tienen los banqueros.

A esto vienen á reducirse todas las operaciones de cambio y de banco, las [239] cuales son, como acabamos de ver, sumamente sencillas; y serian asimismo muy claras si todas las monedas llevasen el nombre de su peso, y la marca de su ley, y si la pedanteria y charlatanismo no se hubieran empeñado á porfia en disfrazar y obscurecer unas nociones tan comunes y triviales como estas con nombres bárbaros y con una gerigonza de escuela, que prueba la absoluta ignorancia de sus autores.

Los banqueros hacen también otra especie de servicio, que consiste en pagar al tenedor de una letra la suma que promete antes de haber vencido, mediante un interes correspondiente al tiempo que falta para su vencimiento, cuya operacion se llama descontar. Otras veces reciben efectos no exigibles distintos de las letras de cambio, como pagarés, cédulas, créditos á largos plazos, títulos de propiedad, hipotecas sobre bienes raices; y [240] pertrechados de todas estas seguridades, anticipan algunas sumas, mediante un interes mas ó menos crecido: otras veces dan á una persona abonada, mediante tambien una recompensa, un crédito sobre ellos hasta cierta suma determinada, y entonces se hacen agentes de todos sus negocios, cobran sus créditos y pagan sus alcances. De todos estos modos nos pueden ser útiles, aunque en estos casos son esencialmente prestamistas y agentes de negocios, mas bien que banqueros, si bien los servicios del banco se mezclen á estas operaciones. Sin embargo, todas ellas se comprenden ordinariamente bajo las denominaciones de banco, de descuentos, de socorros, de crédito, circulacion &c.

La tendencia comun, ó la unidad de intereses de estos cambistas, banqueros, agentes, prestamistas y descontadores, los reune después en grandes compañías particularmente á los ricos mas ó mas [241] acreditados, y aparentan que hacen esto para el bien comun, diciendo por egemplo: «cuantos mas sean nuestros negocios, tanto mayor será la economia con que los podremos hacer: el que no hace mas que uno, tiene que exigir una retribucion que le pueda mantener; mas nosotros que hacemos muchos nos podremos contentar con una muy pequena en cada uno de ellos.» Pero no hablan la verdad: todo esto es un pretexto ilusorio, porque aunque es cierto que hacen mas negocios, tambien lo es que emplean en ellos mas capitales, y ciertamente no puede ser su intencion que cada parte de estos les produzca menos. Lo que realmente se proponen es abarcar cuanto puedan, alejar la concurrencia de sus rivales, hacerse los amos y dictar la ley. Los gobiernos por su parte que tienen con estas compañías una mina, procuran beneficiarla concediendoles [242] privilegios en daño de sus concurrentes y del público. Encuéntrase el gobierno en uno de sus apuros, les pide sumas considerables, y ellas reconocidas á sus mercedes y con la esperanza de estenderlas mas, se las otorgan de buen grado, unas veces graciosamente y

otras á un interes muy bajo; y de este modo, el uno vende su proteccion, y las compañías la compran, lo cual es ya un mal gravísimo.

Pero no es este el único inconveniente de las compañías; tienen otro todavia mayor, cual es la creacion de sus cédulas sin interes pagaderas á la vista, y que venden por dinero efectivo; porque son infinitas las personas que dependen de estos cuerpos, ó estan en relacion con ellos, y todas se dan prisa á tomar y ofrecer las cédulas. El público que tiene una confianza absoluta en su solvencia las recibe con gusto, porque son muy [243] cómodas, y así van cundiendo y aumentándose prodigiosamente y entretanto las compañías hacen una ganancia loca; porque toda la suma que representan las cédulas, no les costó mas que la fabricacion del papel y se aprovechan de ellas como si fuesen dinero efectivo. Sin embargo, hasta ahora ningun mal hay en esto, porque sus tenedores las pueden reducir cuando quieran.

Pero el gobierno que no creó ó no mantiene las compañías sino con el fin de tener siempre á la mano un recurso para sus urgencias, se encuentra mañana en un apuro, acude á ellas y les pide en calidad de préstamo sumas enormes. No se las pueden negar, porque conocen que con solo retirar aquel su proteccion vendran á tierra, y asi crean una cantidad, escesiva de nuevas cédulas y se las dan: el gobierno las emplea inmediatamente, auméntase y sobrecárgase la circulacion, [244] comienza el recelo y la inquietud, todo el mundo se apresura á reducir, y como el gobierno no ha pagado lo que tomó, las compañías no pueden hacer frente á todas; les falta dinero, invocan el apoyo de la fuerza, solicitan que se las autorice á no pagarlas, y que se les de un curso forzado; lo obtienen como lo piden, y la sociedad queda inundada de papel-moneda, y comienzan los efectos inevitables y funestos de que hemos hablado mas arriba. La caja de descuentos de Francia fué la que creó los asignados, y el banco de Londres el que ha traído la Inglaterra á su estado actual; y asi acaban todas las compañías privilegiadas, sin que puedan acabar de otro modo, porque con decir que son compañías privilegiadas se dice que son por necesidad radicalmente viciosas, y todo lo que es esencialmente malo, es preciso que al cabo perezca, por brillantes que sean sus primeros [245] sucesos: se mantiene en la sociedad en un estado irregular y violento; pero la necesidad se va haciendo cada dia mas invencible.

Me seria fácil demostrar que aunque estas grandes máquinas fundadas sobre el dolo y la supercheria, no acarreasen este funestísimo mal, para nada serian buenas; porque los exagerados bienes que prometen son todos ilusorios, ó tan pequeños, que apenas pueden añadir cosa alguna á la masa de la industria y riqueza nacional; pero por ahora seria supérfluo el descender á estos pormenores, bastándonos conocer de un modo general el curso corriente de los negocios. Mas para no perdernos en el camino que tenemos todavia que andar hasta llegar á nuestro término, será muy conveniente que demos una ojeada rápida por el que hemos andado. [246]

CAPITULO VII

Reflexiones sobre lo que precede

Podrá parecer quizás á algunos de mis lectores bastante raro el método que he seguido hasta aquí para presentar mis ideas, y poco necesario el haber subido tan arriba para establecer algunas verdades demasiado comunes. Otros todavia mas delicados juzgarán que es poco exacto el orden que he dado á mis capítulos, y que he abandonado las materias antes de haberlas profundizado ó desenvuelto como debiera; pero como mi ánimo no ha sido escribir un tratado completo de economía política, sino la 2.^a seccion de un tratado de nuestras facultades intelectuales ó un tratado de la voluntad, que [247] fuese una continuacion de el del entendimiento, no he debido entrar en todos los pormenores de las ciencias morales sino limitarme únicamente á examinar cómo estas se derivan de nuestra naturaleza y de las condiciones de nuestra existencia, para descubrir por este medio los errores que hayan podido introducirse en ellas por no haber subido oportunamente hasta este primer origen ó causa primordial de lo que somos y de lo que sabemos. Para llevar al cabo mi designio no necesitaba por cierto el abundar de ideas, sino el encadenarlas unas con otras, presentarlas en su orden natural, y seguir esta cadena con tanta severidad que no dejase roto eslabon alguno. Asi me parece, que con el auxilio de este método que hemos seguido, nos encontramos ahora, y sin echarlo de ver, mucho mas adelantados en nuestro camino que lo que creemos. [248]

En efecto, hemos visto ya que la facultad de querer ó la propiedad que tenemos de estar dotados de voluntad, dándonos el conocimiento distinto de nuestro individuo, nos dá necesariamente la idea de propiedad; y asique esta y todos sus efectos son una consecuencia indispensable de nuestra naturaleza, y ved aqui en seco un manantial fecundo de divagaciones y declamaciones.

Vimos despues que esta misma voluntad que constituye todas nuestras necesidades es la causa de todos los medios precisos para poderlas satisfacer, y de consiguiente que el empleo de nuestras fuerzas dirigido por ellas es nuestra sola, riqueza original, y el único principio del valor de las cosas.

Antes de deducir consecuencia alguna de esta segunda observacion vimos tambien que no solamente nos es ventajoso el estado social, sino que nos es [249] tan natural que nos seria imposible vivir de otro modo, y ved aqui agotada otra materia fecundísima de lugares comunes.

Estos dos puntos reunidos, á saber, el examen de los efectos que produce el empleo de nuestras fuerzas y el del aumento de poder debido al estado social, nos ayudaron mucho para comprender lo que es producir, con respecto á seres como nosotros, y lo que debemos entender por esta palabra, y asi quitamos para siempre toda influencia á esta gran causa de equivocaciones y anfibologías.

Mediante estos primeros principios, y algunas nociones preliminares sobre la medida de la utilidad de las cosas, vimos claramente esta importantísima verdad que disipa la obscuridad de toda esta materia; á saber, que nuestra industria se reduce á mudanza de forma y de lugar, y de consiguiente que el cultivo es tina fabricacion como cualquiera [250] otra. Este conocimiento nos sirvió despues mucho para poder comprender el curso de toda industria, sus intereses y los obstáculos que se oponen á él; esto es, los que la entorpecen ó

detienen. Así no nos será ya difícil el apreciar las cosas y los hombres de muy distinto modo que se suelen apreciar.

Finalmente, distinguimos entre todas las cosas que tienen valor las que podrían servir de moneda, por sus cualidades propias y preeminencias peculiares, como son los metales preciosos: examinamos y vimos las ventajas y utilidad de la buena y verdadera moneda, y los inconvenientes que lleva consigo el alterarla ó reemplazarla con otra enteramente ficticia y falsa. Dimos después una ojeada rápida por todas esas pequeñas operaciones comunmente miradas como muy grandes, las cuales son el efecto del cambio de estas monedas, ó de su transporte [251] económico, bajo el nombre de banco.

En suma, nos hemos formado, si yo no me engaño, ideas exactas y ciertas sobre todas las circunstancias importantes de la formación de nuestras riquezas, faltándonos ahora conocer cómo se distribuyen en entre los diferentes miembros de la sociedad y cómo se consumen; esto es, como usamos de ellas. Hecho esto habremos formado sin advertirlo un extracto raciocinado y completo de los maravillosos resultados del empleo de nuestros medios de existencia.

Esta segunda parte ó la distribución de las riquezas en la sociedad es acaso de las tres que constituyen la economía política, la que ha dado más margen á reflexiones delicadas, y en la cual se encuentran los fenómenos más compuestos; pero si nosotros hubiésemos esclarecido la primera caminaremos, en esta como sobre un [252] terreno conocido; las tinieblas se irán retirando conforme nos vayamos acercando ellas, y por donde quiera que pasemos veremos la luz, pero para esto es preciso que no soltemos el hilo que nos ha guiado hasta aquí.

CAPITULO VIII

De la distribución de las riquezas entre los individuos

Hasta ahora hemos considerado al hombre colectivamente; fáltanos pues considerarle distributivamente. Por este lado se nos presenta con un semblante muy diferente, porque aunque la especie humana en general sea rica y poderosa y se aumenten cada día sus recursos y medios de existencia, no se aumentan en la misma proporción los de los individuos, [253] que como seres animados están sujetos al dolor y á la muerte. El período de la vida humana es cortísimo, y todavía es más corto el de su acrecentamiento y fuerza, y no todos le gozan: la constitución más robusta no está esenta de las frecuentes alteraciones que poco á poco la van viciando, y así aun los más felices después de haber disfrutado de algunos placeres muy pasajeros van perdiendo sus fuerzas y declinando; y lo más que pueden conseguir es disminuir sus penas y alejar el término de ellas. Toda su industria no pasa de aquí y me parece que no es inútil tener siempre á la vista el cuadro triste pero verdadero de nuestra mísera condición, porque él nos enseñará á no empeñarnos en lo imposible y á no imputarnos injustamente los males que no hubiésemos podido evitar, porque son consecuencias necesarias de nuestra naturaleza: él nos desvía del romance [254] para conducirnos á la historia.

Aun estos mismos medios y riquezas, impotentes como son para nuestra felicidad, estan repartidas con suma desigualdad, y esto es inevitable, porque asi como hemos visto que la propiedad está en la naturaleza, puesto que es imposible que no seamos propietarios de nosotros mismos y de nuestras facultades, por la misma razon es tambien natural la desigualdad, no siendo posible que todos los individuos se asemejen y tengan el mismo grado de fuerza, de inteligencia y felicidad. Esta desigualdad natural se dilata y manifiesta á medida que se van desenvolviendo y diversificando nuestros medios, y se echa menos de ver mientras estos son limitados, si bien existe realmente. Asi no hay razon para negarla á los pueblos salvages, donde la hay de hecho del mismo modo que entre nosotros, aunque con la diferencia, que es [255] sumamente perjudicial, de consistir en una fuerza que no tiene freno.

En vano desconoceriamos la propiedad natural y nos opondriamos á sus efectos para desterrar de este modo de la sociedad esta desigualdad natural, porque el arte nunca puede destruir las obras de la naturaleza. En el caso de ser hacederas semejantes convenciones serian una esclavitud muy contranatural, y de consiguiete muy intolerable para que pudiese subsistir, y nunca conducirian al fin, porque mientras subsistiesen habria tantas pretensiones para lograr una parte mayor en los bienes comunes, ó una mas pequeña en la pena comun, como las hay actualmente entre nosotros para la defensa de las propiedades particulares: asi el único efecto de semejante órden de cosas sería establecer la igualdad de miseria y desnudez, apagando la actividad de la industria personal. No ignoro [256] quanto se ha dicho de la comunidad de bienes de los espartanos, pero yo afirmo con toda seguridad que quanto se ha dicho es un cuento; que no es verdad porque es imposible que lo sea. Creo sí firmemente que las leyes de Esparta respetaban muy poco los derechos de los hombres libres, y hollaban abiertamente los de los ilotas; pero la prueba demostrativa de que habia propiedades es que habia robos. ¡Oh maestros de los hombres, y qué de cosas contradictorias nos habeis dicho sin echarlo de ver!

La oposicion frecuente de intereses entre nosotros y la desigualdad de medios son pues condiciones precisas de nuestra naturaleza, como lo son la enfermedad y la muerte: asi no puedo concebir cómo haya gentes tan idiotas que digan que esto es un bien, ó tan ciegas que aseguren que es un mal fácil de remediarse. Yo creo que es un mal, pero [257] un mal necesario al cual es preciso someterse, de donde deduciria esta consecuencia si no fuese todavía algo prematura: que las leyes deben proteger siempre al débil contra el fuerte, lejos de dar apoyo á este para que le oprima impunemente, que es por desgracia lo que vemos, bien que no es dificil conocer la causa.

Supuestos estos datos la sociedad debe tener por base la libre disposicion de las facultades del individuo, y la garantía de lo que pueda adquirir mediante el uso de ellas. Entonces cada uno se esfuerza quanto puede: este se apodera de un campo cultivándole, aquel edifica una casa, el otro inventa un método ingenioso y útil, esotro fabrica ó transporta, todos cambian, y los que tienen mas habilidad ganan, y los económicos acumulan. Una de las consecuencias que se derivan de las propiedades individuales [258] es que cuando su poseedor muere sin testar la ley designa de un modo general la persona ó personas á las cuales deben pasar sus bienes, y es muy natural que sea á sus hijos ó parientes, y en estos casos el heredar es un nuevo medio de adquirir, y lo que es mas, ó mas

bien lo que es todavía peor, un medio de adquirir sin trabajo. Con todo eso mientras que la sociedad no ha ocupado todo el espacio de que puede disponer, todos pueden prosperar fácilmente, porque los que no tienen más que brazos, cuando no encuentren un empleo bastante útil de su trabajo, se apoderarán siquiera de un terreno que no tenga dueño, y se aprovecharán absolutamente de él, no teniendo que comprarlo ni pagar un alquiler y por esto es tan general el bienestar en las naciones nuevas é industriosas. Pero una vez ocupado todo el suelo, ó cuando solo queda por ocupar una pequeñísima [259] porción de él entonces comienza el apuro, porque los que no hubiesen ahorrado ó hubiesen ahorrado poco, no podrán hacer anticipaciones, y tendrán que ponerse á salario de los que puedan hacerlas, ofrecerán en todas partes su trabajo, y bajará su precio, pero se casarán con todo eso, se cargarán de hijos y aumentarán imprudentemente la población de esta clase menesterosa, y no pudiendo entonces ocuparse todos serán preferidos los más hábiles y robustos, teniendo los demás que ofrecer sus brazos por nada y arrastrar una vida miserable, precaria y tan infeliz como la de los mismos salvajes.

Esta clase menesterosa ó falta de los bienes de fortuna, es la que llaman algunos [260] escritores de economía los no propietarios, expresión viciosa por muchos lados; porque en primer lugar si por no propietarios se entiende los que no tienen absolutamente derecho alguno de propiedad, es quimérica esta clase, pues hasta los pobres de que hablamos, sean más ó menos pobres poseen todos alguna cosa que necesitan conservar; y en el caso de que no fuesen propietarios sino de sus personas, de su trabajo y del salario de este, todos estarían sumamente interesados en que se les respetase esta propiedad, que tan frecuentemente es violada por tantos reglamentos que han dictado aquellos mismos hombres que tienen siempre en la boca las palabras de propiedad y justicia. A nadie puede ser extraña una cosa que está en la naturaleza, porque ésta habla con todos y á todos comprende. Y es tan cierto este principio aplicado al derecho de propiedad, [261] que aun el mismo ratero á quien la ley castiga por haberle violado, tiene interés en que se respete, como no se le separe de la sociedad, porque al día siguiente de haber sufrido el castigo no podrá estar seguro de conservar lo que le queda si no es protegida la propiedad.

En segundo lugar los mismos escritores de economía dan por lo común el nombre de propietarios á los poseedores de fondos en tierra, en oposición á los que llaman equivocadamente no propietarios, cuya división es enteramente falsa y vacía de toda idea; porque ya hemos visto que un fondo en tierra no es sino un capital como cualquier otro, como por ejemplo, la suma de dinero que ha costado ú otro efecto de valor; y así yo puedo ser muy pobre poseyendo un pedazo de tierra, y muy rico sin tener una pulgada. Por lo tanto es ridículo llamar propietario al poseedor de una [262] mala cerca y no á un hombre millonario. Mucho más razonable sería dividir la sociedad en pobres y ricos, si supiésemos donde habíamos de tirar la línea de demarcación; pero aun cuando esta división no fuese tan arbitraria sería tan ilusoria como la otra, mirada por el lado de la propiedad, porque ello es preciso no olvidarnos que hasta el mendigo tiene el mismo interés en conservar el cuarto que recoge, que el grande más opulento en que se le respeten sus inmensas propiedades.

La distinción de los asalariados por una parte y de los que los asalarían por otra, bien fuesen estos consumidores ó empresarios, sería sin duda más real que aquella, atendiendo á la diferencia de intereses; y los empresarios podrían considerarse como unos verdaderos consumidores de trabajo; pero con todo eso esta clasificación tendría el inconveniente de

[263] reunir extremos muy distantes y cosas diferentes unas de otras, incluyendo por ejemplo en la clase de los asalariados al ministro de estado y á un gañan, y en la de consumidores á un zapatero y á un rico mayorazgo ocioso; mas al cabo es cierto que el interes de todos los asalariados es aumentar sus salarios como el de los empresarios es disminuirlos; que el mismo empresario que en este instante tiene interes en pagar barato á sus asalariados, le tiene en el instante siguiente en que el último consumidor de sus productos se los pague caros; y sobre todo es cierto que todos nosotros sin escepcion somos consumidores mas ó menos, porque hasta el obrero mas miserable consume todos los dias géneros que han producido otros asalariados. Sobre esto tengo que hacer dos reflexiones.

I.^a Siendo el interés de los asalariados el del mayor número y el de los [264] consumidores el de todos, no puede concebirse cómo los gobiernos modernos se hayan podido prestar y se presten todavía á sacrificar á los asalariados para favorecer á los empresarios, vejándolos con maestrías cofradías, gremios y otras muchas trabas del sistema reglamentario, y á sacrificar tambien los consumidores á estos mismos empresarios, concediéndoles privilegios y á veces monopolios.

2.^a Aunque cada uno de nosotros tenga sus intereses particulares, sin embargo mudamos tan frecuentemente de papel en la sociedad, que por lo comun tenemos bajo un aspecto, un interes contrario al que tenemos bajo otro, de modo que nos encontramos sin saber cómo estrechamente unidos con aquellos mismos con quienes ha poco estábamos en una guerra abierta, y esta circunstancia es sumamente preciosa para la especie humana en general, en cuanto impide [265] que podamos formar cuerpos constantemente enemigos y armados los unos contra los otros. El interes personal nos divide, pero muy luego nos vuelven á reunir los intereses comunes de propietarios y consumidores, y cesan los conflictos momentáneos que produjo el interes de cada uno. Asi todos nosotros tenemos siempre interes: I.^o en que se respete la propiedad: 2.^o en que se perfeccione la industria, ó lo que es lo mismo, en que se haga del mejor modo posible la fabricacion y el transporte. Estas verdades son útiles para comprender bien el mecanismo y juego de la sociedad y apreciar las ventajas que nos resultan de ella, y por lo mismo me he detenido en estos pormenores necesarios para ponerlas de manifiesto. Volvamos pues ahora á la historia de la distribucion de las riquezas, de la cual nos desviamos para establecer estas verdades que no son enteramente [266] estrañas de la materia que nos ocupa.

Algo me parece que apresuré el momento en que una sociedad nueva comienza á sentir la miseria, fijándole en el de la ocupacion universal de su suelo, esto es, en aquel momento en que ya nadie puede apropiarse un pedazo de él sin comprarle ó alquilarle. No hay duda en que esta ocupacion acaba con un medio poderoso que habia de bienestar, que el trabajo pierde una ocasion de emplearse con grandes ventajas, y de consiguiente que deja de aumentarse con la misma rapidez que antes la cantidad de las subsistencias, porque no habiendo ya tierras, no es posible descuajarlas ni meterlas en labor. Lo único que puede hacerse, es perfeccionar el cultivo de las que hay, lo cual es siempre mas difícil y menos provechoso de lo que comunmente se cree. Sin embargo la sociedad [267] tiene todavía otros inmensos recursos que las artes le ofrecen á porfia, sobre todo si la clase de hombres que componen la nueva sociedad, es originaria de una nacion ilustrada é industriosa y si tiene relaciones con otros paises civilizados, porque en este caso no necesitan inventar ni

descubrir, que es lo mas lento, sino aprovecharse de lo que ya se conoce y practicar lo que se sabe, lo cual es mucho mas fácil.

En efecto mientras que la agricultura ofreció ganancias considerables, todos los hombres desocupados, ú ocupados con poco fruto, se aplicaron á esta industria con el fin, de extraer los productos de la tierra y esportarlos; porque si no hubiesen hecho mas que recoger sus producciones sin trasportarlas, claro es que los progresos de la industria no hubieran sido tan rápidos; mas esta circunstancia ó esta nueva ocupacion empleó [268] todos los brazos, y apenas pudieron los salarios mas crecidos atraer á la profesion de las artes necesarias los brazos absolutamente indispensables; pero respecto de todas aquellas cosas que no es indispensable fabricar en el mismo pais en que se consumen, se consideró mas económico y acertado conducir las aun de puntos distantes, y asi se hizo dando en cambio los productos propios; de donde se deduce, que el primer comercio de las sociedades nuevas consiste únicamente en esportar materias brutas é importar obgetos manufacturados.

¿Qué es lo que sucederá pues á nuestra sociedad, cuando haya llegado al punto de tener ocupado todo su suelo? No ofreciendo ya la agricultura medio alguno de hacer una fortuna rápida, los que no tuviesen tierras que cultivar abrazarán para vivir otras diferentes profesiones, ofrecerán su trabajo y se perjudicarán [269] los unos á los otros; pero aun que sea inevitable que en esta caso de oferta de mucho trabajo y poca demanda, bajen los salarios, con todo eso, antes que puedan llegar á ser tan bajos como son en los paises civilizados, de donde trae los obgetos manufacturados, comenzara á ofrecer un beneficio seguro su fabricacion dentro del mismo pais, porque no hay duda que son grandes ventajas para el fabricante el tener á su lado los consumidores, no tener que hacer los gastos indispensables para trasportar sus productos, ni esponerse á riesgos inevitables, ni sufrir los inconvenientes que trae consigo la lentitud ó la dificultad de las comunicaciones, y todo esto es mas que suficiente para compensar un cierto grado de carestia en la mano de obra. Asi se van estableciendo fábricas de todo género, muchas de las cuales ayudadas de algunas circunstancias prósperas, surten para el [270] consumo interior y se abren salidas para surtir tambien al extranjero; de donde nacen poco á poco y se fomentan muchos ramos de comercio. Todas estas nuevas ocupaciones emplean una grande poblacion que se mantiene de los productos del suelo, puesto que ya no es posible esportar tantos productos como antes, habiéndose aumentado los habitantes y no habiendo seguido la misma proporcion los productos de la tierra. Esta nueva industria va creciendo cada dia y corriendo el mismo periodo que antes corrió la rural, y mientras que crece mantiene, si no la riqueza, por lo menos el bienestar en las últimas clases del pueblo. La [271] miseria comienza cuando para ó retrograda esta industria, porque ocupados entonces todos los empleos lucrativos y no siendo posible crear otros, debe haber en todas partes mas oferta de trabajo que demanda; los obreros menos hábiles ó menos afortunados, no encuentran obra ó ganan un salario mezquino; el hambre y la miseria los debilita y estenua; muchos de ellos al cabo perecen, y siempre hay un gran número de miserables. Este es el estado de nuestras envejecidas naciones. ¿Pero estos males, se me dirá, tienen [272] remedio ó son necesarios? ¿Son las naciones las que los aceleran, ó son el inevitable término de las cosas humanas? Yo haré ver inmediatamente, que llegan la él antes que debieran, por su propia culpa, y que hay medio de evitar hasta cierto punto esta crisis; pero antes son necesarias algunas esplicaciones preparatorias.

Me persuado á que el cuadro que acabo de hacer de los progresos de una sociedad nuevamente formada es verdadero y evidente, porque es la simple esposicion de los hechos, deducidos de lo cada cual puede ver, si no esta preocupado de falsas ideas. No hay aqui sistema arbitrario, ni teoríá alguna establecida de antemano; es la historia de los sucesos. Puede verse en él que yo he pintado una nacion situada en la mejor posicion posible, que disfruta de todas las ventajas locales y se aprovecha juiciosamente [273] de ellas, y que al fin llegamos á esta triste consecuencia que su estado de absoluta prosperidad es necesariamente transitorio; fenómeno que no es posible esplicar por estas palabras vagas, de degeneracion, corrupcion y vejez de las naciones, como si un ser abstracto pudiese ser realmente viejo ó joven como un ser viviente todas espresiones metafóricas, de que tan torpemente se ha abusado, y solo sirven á veces por no haber otras mejores; pero en la realidad nada esplican, y aunque tuviesen un significado preciso, representarian efectos mas bien que causas. Asi es necesario penetrar mas adentro y prescindir de voces. Todo suceso inevitable debe tener una causa natural; y la causa de este es la fecundidad de la especie humana: de consiguiente antes de volver á tomar el hilo de la distribucion de nuestras riquezas es indispensable que hablemos de la poblacion. [274]

CAPITULO IX

De la multiplicacion de los individuos ó de la poblacion

El amor es una pasion que trastorna de tal manera nuestra mente que no es estraño el que no hayamos podido analizar y conocer todos sus efectos. Por lo que hace á mí estoy tan distante de condenar ó cercenar escesivamente sus placeres con los filósofos de una moral rígida, como del empeño de algunos políticos en aumentar nuestra fecundidad y acelerar la multiplicacion de nuestra especie; porque ambas cosas me parecen, extremos igualmente contrarios á la razon. Prescindiré de la opinion de los moralistas, y examinaré solamente la de los [275] políticos, que es la que por ahora nos interesa, comenzando por sentar los hechos, para lo cual es una circunstancia necesaria que demos una ojeada por todo lo que nos rodea.

En esta materia como en todas vemos que la naturaleza se ocupa únicamente en la conservacion de las especies, pero no acerca de los individuos; porque es tan maravillosa su fecundidad en todas ellas que si no se malograsen casi todos los gérmenes que produce, y si por falta de alimento no pereciese casi inmediatamente que nace la mayor parte de los seres, una sola familia de plantas bastaria en cortísimo tiempo para cubrir toda la tierra, y una sola especie de animales para poblarla. La especie humana está como todas sujeta á la ley comun, aunque tal vez en menor grado. Una inclinacion impetuosa y violenta arrastra al hombre á su reproduccion. Un hombre [276] y una muger de buena constitucion y de salud robusta, cuando llegan á cierta edad, con tal que tengan medios abundantes de subsistencia pueden producir y criar muchos mas hijos que los necesarios para que los reemplacen en la tierra; y sino abrevia la carrera de sus dias algun accidente imprevisto, mueren al cabo de vejez cercados de una numerosa familia que cada dia se va aumentando; y asi la especie humana se multiplica muy rápidamente cuando las circunstancias le son favorables. Tenemos una prueba de ello en los Estados Unidos de la América septentrional, cuya

poblacion total dobla de veinte en veinte años, y en algunos parages de quince en quince ó de doce en doce, sin que en esto influya notablemente la inmigracion, y sin que la fecundidad de las mugeres sea alli mayor que en otros pais. Es de notar, sea la que fuese la razon de ello, que son [277] contados los que en este pais llegan á una vida larga, de modo que la duracion media de la vida seria alli mas corta que en la mayor parte de la Europa, á no ser por los muchos niños que en este pais mueren de miseria en sus primeros años. Ya tenemos aqui pues un dato incontestable en que podernos fundar.

Siendo esto asi podrá preguntarse, ¿pues cómo es la poblacion estacionaria y á veces retrógrada, en infinitos paisos muy sanos y aun muy fértiles? Dimos ya la respuesta en el cap. 4.º cuando distinguimos los medios de existencia y de subsistencia. Digimos alli que estos últimos eran las materias alimenticias necesarias para la vida, y de consiguiente la parte mas esencial de los medios de existencia, pero no mas que una parte; que los medios de existencia eran los que contribuian á preservarnos de los peligros de las incomodidades y molestias, [278] y de consiguiente que comprendian cuantos recursos nos proporcionan las artes y las ciencias, esto es, el entero caudal de nuestros conocimientos. Comprendida bien esta distincion podremos ya sentar este principio general: la poblacion es siempre proporcionada á nuestros medios de existencia; el cual nos va á esplicar inmediatamente todos los hechos con todas sus circunstancias.

La poblacion de los pueblos salvages no solamente es estacionaria sino tambien muy reducida, porque son pocos los medios de existencia que tienen. Ademas de la falta de géneros alimenticios carecen de mil comodidades, descuidan de sus hijos, ó no los cuidan con aquella atencion y delicadeza que requiere la tierna edad, y asi son muchos los que perecen: no saben precaverse del rigor de las estaciones, de la insalubridad del clima, ni de las epidemias que suelen [279] segar las tres cuartas partes de una poblacion; y como por otra parte no tienen ideas sanas del estado social, son continuas y destructivas las guerras, atroces las venganzas, y comun el abandono de ancianos y mugeres: asi la desgracia y los pesares, contribuyen en estos pueblos infelices á malograr, y quizas á disminuir la fecundidad de la especie.

Pero los pueblos civilizados por el contrario, tienen todos los medios de que carecen los otros, y por esto su poblacion se aumenta, cada da con mas ó menos rapidez; pero se detiene cuando llega á un punto en que muchos de sus individuos no pueden procurarse, mediante su trabajo, un salario suficiente para mantenerse ellos y sus familias; y si en general es todavia algo progresiva aunque muy lentamente en el estado actual de nuestras decrépitas naciones, es porque los progresos de las artes y ciencias, [280] y particularmente de la social que cultivan mas ó menos, aumentan siempre de cuando en cuando, ó perfeccionan nuestros medios de existencia, y abren nuevas salidas al comercio y á la industria. Tan cierto es esto que si por efecto de algunas causas naturales ó políticas, llegan á disminuirse en un pais ó á ser menos abundantes los primeros manantiales de las ganancias, luego retrograda la poblacion; y por el contrario, si se disminuyen de golpe por efecto de grandes epidemias ó guerras crueles, inmediatamente vuelve á tomar su nivel con tal que se hayan conservado los conocimientos útiles; y la razon es muy sencilla, porque siendo iras demandado y mejor pagado el trabajo, el pobre tiene mas medios de mantener su familia.

Si de estas observaciones generales descendemos á hechos particulares, podremos esplicarlos con la misma facilidad. [281] Tomemos por ejemplo la Rusia, aunque advirtiéndole que no es mi ánimo hacer la apología, ni la censura de una nacion que absolutamente no conozco, si bien puede asegurarse por punto general que no es mas hábil que las demás naciones europeas, y sin embargo está demostrado que su poblacion se aumenta mas rápidamente que la de los demás estados de Europa, sin que sea otra la causa de este efecto que el tener inmensas porciones de terreno sin dueño conocido, que ofrecen á los que se quieren trasladar á él muchos medios de existencia. Si á pesar de esta incalculable ventaja no es la multiplicacion de hombres en este pais tan rápida como en los Estados Unidos, consiste en que su organizacion social y su industria están muy distantes de la perfeccion á que en esta nacion han llegado. Los paises fértiles, en igualdad de circunstancias, son [282] mas poblados que los demás, y reparan fácilmente sus desastres, porque la tierra ofrece grandes medios, esto es, porque es muy productivo el trabajo que se emplea en el cultivo de la tierra: asi la Lombardia y la Bélgica continúan siendo muy florecientes á pesar de haber sido devastadas muchas veces. «La Polonia es muy fértil, se me dirá; y sin embargo su poblacion es muy corta y estacionaria.» No hay duda de que es asi, pero esta es una escepcion que depende de una circunstancia local: sus habitantes son esclavos y miserables, y nadando en la abundancia perecen por falta de medios de existencia; pero suponed por un momento que este crecido número de esclavos arrojase del seno de su patria el cortísimo número de tiranos que les chupan su sangre, y que todo su suelo fuese en adelante la propiedad de los industriosos que lo cultivasen, y bien pronto [283] vereis qué hábiles y activos son esos mismos pobres y siervos, y con cuanta rapidez se multiplican y crece la poblacion. Otros dos paises en general tan buenos como la Polonia cuales son la Wesfalia y aun la Suiza, no obstante que las leyes de esta son mas sábias que las de la Polonia, estan tambien poco poblados por falta de industria, al paso que Ginebra, Hamburgo y toda la Holanda lo estan escesivamente. La España por el contrario, con un suelo, feraz y delicioso, tiene una poblacion muy pequeña con respecto á su estension, aunque es un hecho constante que su poblacion hacia progresos muy sensibles durante los cuarenta ó cincuenta años últimos que precedieron á su última desastrosa guerra, sin haber hecho mas su gobierno que libertar la industria de algunas trabas, y fomentar la pública instruccion. Me parece pues que queda completamente demostrado [284] que la poblacion es siempre proporcionada á los medios de existencia.

Esta verdad ha sido reconocida por muchos escritores de economía política; pero se advierte en sus obras que no comprendieron toda su estension. Say, á quien he citado y hubiera podido citar muchas mas veces, es el primero en mi concepto que ha dicho con toda precision en su libro I.º cap. 46, que solo puede aumentar la poblacion lo que favorece á la produccion y de consiguiente lo que la disminuye á lo menos de un modo permanente, es todo lo que ataca los manantiales de la produccion; y es de advertir que Say entiende por produccion la produccion de utilidad. Asi es una idea que yo presento despues de él. Producir en este sentido es aumentar ó perfeccionar nuestros medios de existencia; porque todo lo que nos es [285] útil es un medio propio, para satisfacer nuestras necesidades, y solo lo que puede servir á este fin merece el nombre de útil; de consiguiente, el principio de Say es exactamente el mismo que el que establecí, y demostré antes. Dedúcese de aquí que es un absurdo el empeñarse en influir sobre la poblacion y torcer violentamente su curso natural por medio de estímulos inmediatos y directos, como son por ejemplo, las leyes relativas á los matrimonios, los premios que se conceden á los que tienen un número

determinado de hijos &c., y así tiene razón Say para burlarse de las famosas ordenanzas de Augusto, Luis XIV y otros muchos legisladores ensalzados con exageración porque realmente todos estos medios son muy vanos y nada podían influir en el aumento de la población, y aun añade con igual razón a mi entender, que por el contrario cualquiera de los reglamentos [286] que hicieron estos Príncipes perjudiciales á la industria en lo más mínimo podía y debía necesariamente disminuir la población. Yo soy absolutamente del mismo dictámen.

Malthus no se detiene donde Say; aun profundiza más la materia, y es de todos los que han escrito sobre la población el que la ha estudiado con más detenimiento y desenvuelto mejor todas las consecuencias. Su obra extraordinariamente apreciable, es en mi opinión el último término de la ciencia, y nada deja que desear sobre este importante objeto. No se ciñe á probar que aunque la población se detenga más o menos pronto en cada país, según son sus circunstancias particulares, es siempre, en todos ellos tan grande como lo puedo ser con respecto á sus medios de existencia, sino que también manifiesta que en todas las naciones civilizadas es en todos [287] los casos posibles demasiado crecida para poder hacer la felicidad de los hombres, porque estos, y sobre todo el pobre, que donde quiera compone, la clase más numerosa de la sociedad, arrastrado de la necesidad imperiosa de la reproducción, multiplica siempre con imprudencia y sin previsión, y se sumerge inevitablemente en la miseria, dando la vida á unos individuos que mañana demandarán una ocupación que no se les podrá dar. Todo lo que establece en su apreciable obra lo funda no solo en razones convincentes, sino también en estados de muertos, nacidos y casados, en el cálculo de la duración media de la vida y de la población total, recogidos en diferentes países y examinados con mucha atención.

Añado esta última expresión examinados con mucha atención, porque es muy necesaria. En primer lugar, todos estos datos son por lo común muy inexactos, [288] y por exactos que puedan ser es preciso estudiarlos con mucha diligencia, y compararlos unos con otros con mucha sagacidad antes de juzgar y deducir consecuencias de ellos, pues sin esta precaución nos pudieran inducir á graves errores. Además cualquiera que sea la imperfección de estas noticias se encuentran en pocos países y de poco tiempo acá, de modo que en la ciencia de la economía política así como en la de la astronomía, nos debemos fiar muy poco de las observaciones antiguas ó lejanas. Aun en Francia no merecen crédito alguno los simples libros de muertos, anteriores al año de 1700, porque no indican ni aun las circunstancias más dignas de saberse; y por esta razón no he hecho mérito en los ejemplos de población que cité antes de lo que se nos cuenta de ciertos parages del Oriente, y de algunos pueblos antiguos ó de la edad media. Si la población [289] de la China y la de España en tiempo de los romanos son ó fueron tan grandes como se nos dice, es preciso suponer que habrá para ello algunas causas locales; pero como carecemos de datos suficientes para convencernos de la verdad del hecho nos es imposible conocer sus causas, y más imposible todavía el deducir consecuencias. La misma falta notamos en todas las partes de la economía política y doméstica de los antiguos, porque esta ciencia estaba fundada casi únicamente sobre el uso de la esclavitud y las ganancias ó pérdidas que se hacían en la guerra, y en ella tenía muy poca parte el libre y pacífico desarrollo de la industria. Mas la economía de nuestro siglo es ya otra, porque también es otro el orden de cosas y el cúmulo de luces de nuestras naciones modernas. En cuanto á la asombrosa población que dan algunos escritores á la Francia en tiempo de [290] Carlos V, ó de Carlos

IX, en los siglos XIV y XVI esto es, cuando su industria era tan grosera y su organizacion política tan mala como la de la Polonia en el siglo XVIII, creó que lo único que puede y debe responderse es lo que antes dije sobre la maravillosa union que se cuenta de los espartanos, á saber, que no es esto cierto, porque es imposible que lo sea.

Pero sea lo que quiera de esto, todos los que han meditado y profundizado completamente esta materia, estan de acuerdo en que la poblacion es siempre proporcionada á los medios de existencia; de donde infiere Say esta consecuencia muy legítima que es un absurdo creer que la poblacion se pueda aumentar de otro modo que aumentando estos medios, y Malthus demuestra ademas que es una barbárie el empeñarse en aumentar la poblacion, que es siempre [291] demasiado grande, cuyo exceso es el origen de todas nuestras miserias, y que aun considerada con respecto la fuerza, no aumenta la de los gobiernos que la favorecen; porque no pudiendo mantener mas hombres que los que permite la cantidad de los medios de subsistencia, no hacen mas con aumentar los nacidos que aumentar á proporcion las muertes prematuras y el número de niños con respecto al de los adultos, lo cual hace mas debil la poblacion á igualdad de su número. Asi pues es una verdad demostrada que el interes del hombre, mírese como se quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.

No añadiré mas sobre una materia que aunque demasiado clara de suyo, ha dado lugar á tantas opiniones descabelladas como se han sostenido, hasta que se ha profundizado y tratado con la maestría que lo han hecho los dos escritores [292] de quienes acabo de hablar. El tiempo acabará de destruirlas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

[5]

CAPITULO X

Esplicacion y consecuencias de los principios establecidos en los dos capítulos precedentes.

Volvamos ahora al punto de donde partimos. El ser animado, y especialmente el hombre, está dotado de sensibilidad y actividad de pasion y accion, ó lo que es lo mismo de necesidades y medios. Mientras que nos hemos ocupado en estudiar [6] el modo con que se forman nuestras riquezas, habremos estado quizá muy complacidos al ver nuestro poder y la estension de nuestros medios, porque en efecto son suficientes para la prosperidad de la especie y para el aumento de su número y de sus fuerzas. Un solo hombre, y una sola muger ineptos y apenas formados pueden acabar sus dias despues de haber cubierto toda la tierra de una poblacion crecida é industriosa; pero este cuadro tan alhagüeño cambia inmediatamente de valor cuando del exámen de la formacion de nuestras riquezas pasamos

al de su distribución entre los miembros de la sociedad, pues notamos la superioridad de las necesidades sobre los medios, la debilidad e impotencia del individuo y sus pesares y tormentos inevitables; mas no siendo otra que esta la mísera condición humana, no hay razón para que nos irrite, ni tampoco para [7] que nos desaliente, antes bien sometiéndonos á la ley de la naturaleza debemos procurar de todos modos aprovecharnos de ella, usando discretamente de nuestros recursos, y precaviendo aquellos descuidos y faltas que pudieran agravar nuestros males.

Los dos capítulos anteriores, aunque son muy sucintos, contienen hechos importantes, y si no olvidamos las observaciones que hicimos en ellos habremos acumulado un caudal de nociones claras, seguras y suficientes sobre nuestros verdaderos intereses. Toda la dificultad está en saberse aprovechar de ellas.

Vimos que era inevitable someterse á la oposición de intereses y desigualdad de medios que hay en la sociedad, porque ello es que ha de subsistir á despecho nuestro, y que lo único que dependía de nosotros y debíamos hacer era dejar á [8] cada uno el uso de sus facultades y favorecer el libre ejercicio de ellas.

Que aunque el uso y ejercicio de las facultades eran provechosos á unos mas que á otros, con todo eso tiraba siempre á mejorar el bien de todos con tal que no faltase el espacio que es el mayor recurso; y que una vez ocupado éste, otros varios recursos auxiliares eran suficientes para mantener por mucho tiempo en una nación la prosperidad general.

Que cuando una nación llegaba á un estado de estagnación ó escasez y tortura era indispensable que sus individuos mas faltos de medios no pudiesen ganar sino lo preciso para satisfacer sus necesidades mas urgentes.

Vimos finalmente, que progresando cada día la multiplicación de individuos en todas las clases de la sociedad era indispensable que el sobrante de cada clase superior refluyese sucesivamente á las [9] mas inferiores hasta llegar á la última, y que no habiendo otra que reciba el excedente de esta, inevitablemente había de perecer de miseria; y esta es la verdadera causa del estado estacionario y aun retrógrado de la población en muchas naciones, no obstante la gran fecundidad de la especie humana.

Ha sido tan ignorado este hecho, ó este estado de la población casi estacionaria en todas las naciones cuando llegan á un cierto punto de desarrollo y perfección, que apenas se ha echado de ver hasta que la economía social ha sido de poco tiempo á esta parte el objeto del estudio y la observación, y no sin fruto. Han contribuido á oscurecerle, entre otras muchas causas, las conmociones políticas que produjeron diferentes perturbaciones, y la infidelidad é insuficiencia de los monumentos históricos; y aun después de haberle observado [10] y probado, apenas pudo señalarse su verdadera causa, no conociéndose todavía completamente los progresos lentos y sucesivos de la sociedad ni el modo con que se forman su riqueza y su poder; pero en el día se tienen nociones mas justas de todo esto, y de consiguiente se puede raciocinar con mas acierto.

Traigamos ahora á la memoria que la sociedad se divide en dos grandes clases. La primera comprende á los que no hacen anticipaciones, y trabajan mediante un salario; y la segunda á los que emplean á los de la primera: los de esta se mantienen en general, diaria y anualmente, de lo que les distribuyen diaria y anualmente los de la segunda, los cuales son de dos especies: I.^a los que viven de sus rentas y no trabajan, como los prestamistas de dinero, los alquiladores de tierras y casas, en una palabra, toda clase de censualistas; quienes á la larga [11] no pueden dar á los que emplean sino la suma de sus rentas, pues de otro modo tendrían que cercenar sus capitales. Algunos de estos los van consumiendo y gastando, y al cabo se arruinan: se disminuye entonces ó cesa su consumo; pero como los reemplazan otros que se enriquecen, la totalidad de aquel permanece la misma: solo hay una mudanza de mano de algunos fondos cuya cantidad puede valuarse aproximadamente en los diversos países. Como esta primera clase no hace mas que consumir sus rentas entre los asalariados, se mantendrá pero no ganará, será siempre su consumo una cantidad constante, y si alguna vez se aumenta será porque podrán arrendar sus tierras por mas renta en razon de haberse cultivado bien y héchose mas productivas; pero tocante á la renta del dinero es invariable á no ser que suba el interes, en cuyo desgraciado caso se perjudicaria [12] notablemente á muchas empresas, y se disminuirían por necesidad en mayor proporcion las facultades ó medios de la segunda especie de personas que mantienen á los asalariados.

Esta segunda especie de personas se compone de las que agregan al producto de sus capitales el de su actividad personal, esto es, los empresarios de cualquier ramo de industria. Acaso se me dirá que estos ganan, y de consiguiente aumentan anualmente sus medios, sobre lo cual observaré: 1.^o que no todos ganan, porque no todos meditan bien sus empresas ni saben dirigir las con conocimiento, y asi son muchos los que pierden en vez de ganar: 2.^o los que prosperan dejan el trabajo al cabo de cierto tiempo, se retiran de su profesion y van á llenar los huecos continuos que dejan los holgazanes y pródigos que se han arruinado por no haber usado con juicio de sus [13] medios: 3.^o y es la observacion mas poderosa de todas: esta clase de empresarios de industria tiene sus limites necesarios mas allá de los cuales no puede pasar, porque para formar una empresa no basta reunir al deseo la posesion de los medios si no se procura al mismo tiempo que sus productos indemnicen los gastos que ocasiona y dejen una ganancia. Una vez ocupados todos los empleos lucrativos, esto es, todos los ramos de industria y de produccion, no es posible crear otros, á no ser que estos se destruyan ó se abran algunas nuevas salidas; de donde se infiere que este segundo fondo destinado para el mantenimiento de los asalariados es tambien en nuestras antiguas sociedades una cantidad casi tan fija como la primera.

Véase aqui por qué no se aumenta el número de asalariados desde el momento en que deja de aumentarse el [14] fondo que puede proveer á la satisfaccion de sus necesidades, pues el excedente sobre el número que este puede mantener, debe por necesidad perecer faltando los medios de existencia; y á la verdad es imposible concebir que suceda otra cosa, porque si cuatro personas no tuviesen mas que un plan diario que apenas pudiese mantener á dos, es claro que indispensablemente han de perecer las mas débiles, y las mas fuertes subsistirán heredando la parte de las otras.

Cuando las personas que viven de sus rentas se multiplican tanto que estas no alcanzan ya á su subsistencia, entonces el excedente refluye á la clase de los que agregan su trabajo al

producto de sus fondos, esto es, á la de los empresarios de industria, del mismo modo que cuando estos se multiplican y se arruinan muchos de ellos, pasan á la clase de los asalariados; de donde se deduce que [15] esta última clase recibe por decirlo así la demasiada plenitud de las otras, y de consiguiente los límites que no puede traspasar son los de la población total.

Esta sola verdad nos explica completamente todos los fenómenos relativos á la población, manifestándonos: 1.º por qué es retrógrada en un país y estacionaria en otro, al paso que es rápidamente progresiva en un tercero: 2.º por qué se detiene ora más temprano, ora más tarde, según es mayor ó menor la inteligencia y actividad de los diferentes pueblos, y la naturaleza de sus gobiernos: 3.º por qué se restablece prontamente después de algunas grandes calamidades pasajeras, con tal que no se hayan destruido los medios de existencia; y por qué algunas veces sin que haya estas agitaciones violentas va desfalleciendo y disminuyendo insensiblemente por un efecto de causas difíciles de advertir, y tal vez por [16] la simple variación de una sola circunstancia apenas notable. Finalmente ella nos da la resolución de todos los problemas que ocurren sobre esta materia, y nos procura medios propios de deducir infinitas consecuencias importantes. Únicamente me embaraza su número y la elección de las que deben fijar nuestra atención; pero procuraré ordenar mis ideas.

Creo que debo comenzar por esta verdad que me es sumamente agradable: la humanidad, la justicia y la política están de acuerdo en que el interés más sagrado de todos y el que se debe siempre consultar y respetar más es el del pobre, entendiéndose por pobre el simple asalariado, y particularmente el que gana un salario mezquino.

Primeramente la humanidad; porque es muy conveniente saber que cuando hablamos del pobre no tiene esta palabra [17] interés una significación menos diversa que cuando la aplicamos á las personas cuyas necesidades son menos urgentes que las suyas, y aun á veces imaginarias. Oímos decir todos los días que los intereses de un ministro son contrarios á los de otro; que esta corporación tiene intereses opuestos á los de aquella; que el interés de ciertos empresarios consiste en que se vendan caras las primeras materias, y el de otros en comprarlas baratas, y comunmente nos apasionamos por estos motivos como si valiesen la pena; más en la realidad ¿qué quieren decir todas estas expresiones? Que ciertos hombres creen, con razón ó sin ella, que tienen algunos gozos más ó menos en unas circunstancias que en otras, y nada más; pero el pobre tiene también dentro de la estrecha esfera de sus necesidades intereses de la misma especie, sí bien se obscurecen á la vista de otros mayores. Creemos [18] que forman una especie distinta de la nuestra; no vemos ó no queremos ver, que también quisieran gozar como nosotros; no percibimos siquiera sus intereses, y así cuando hablamos de ellos nos limitamos á la posibilidad de su existencia ó á la necesidad de su destrucción, esto es, solo hablamos de su vida ó de su muerte. La humanidad se resiste á que pongamos semejante interés en balanza con las conveniencias para el regalo de la vida.

A esto se opone igualmente la justicia, pues nos ordena que tengamos en consideración el bien del mayor número; y de consiguiente siendo la última clase de la sociedad la más numerosa de todas, debe siempre preferirse su utilidad, cuando sus intereses están en oposición con los de las otras.

La política nos conduce también al mismo resultado, porque es un principio [19] fundamental de ella, que una nación es tanto más respetable cuanto mayor es su población y su poder; y acabamos de probar que la extensión de la última clase de la sociedad es la que fija los límites de la población total: la experiencia concurre á demostrar lo mismo, pues si registramos la historia de todos los tiempos y países encontraremos que siempre que esta clase ha sido demasiado miserable, han faltado la actividad, la industria, las luces y la verdadera fuerza nacional; y aun puede añadirse que en tal caso no ha estado bien asegurada la tranquilidad interior.

En este supuesto si examinamos cuáles son los verdaderos intereses del pobre, veremos que todos ellos son conformes á la razón y al interés general. Si la preocupación y la vanidad nos hubiesen permitido estudiarlos siempre en este sentido, no cabe duda en que las [20] ideas acerca del orden social hubieran sido más sanas, y no se hubiera eternizado la guerra ya sorda y ya abierta que ha habido casi siempre entre los pobres y ricos, porque las preocupaciones son las que acarrearán las dificultades, y solo la razón las desata.

Ya hemos visto que el pobre está tan interesado en que se respete inviolablemente el derecho de propiedad, como el ciudadano más opulento, porque lo poco que tiene y necesita para vivir le es sumamente precioso, y no puede estar cierto de poderlo conservar si no lo está del respeto de la propiedad. Además tiene otra razón para desearlo así, porque el pobre se mantiene de los fondos del que le emplea, esto es, de sus capitales, los cuales disminuyen considerablemente cuando no está asegurado el derecho de propiedad; y así tiene tanto interés en conservar lo que tiene como en que los demás [21] conserven lo que les pertenece. Acaso será cierto que en ninguna clase se cometen más delitos que en esta, por un efecto funesto de la miseria, de la mala educación, de la falta de delicadeza y del resentimiento de la injusticia y opresión; pero notamos al mismo tiempo que en ninguna otra clase se tiene una idea más alta del derecho de propiedad, ni se mira con más horror el nombre de ladrón que en esta. Adviértase que cuando hablemos del derecho de propiedad debemos comprender, como lo hace el pobre, así la propiedad personal como la moviliaria é inmobiliaria, puesto que aquella es la más sagrada de todas, porque es la primordial y como la fuente de donde emanan las otras; pues respetadla [22] en el pobre, diré yo á los ricos, así como queréis que él respete en vosotros las que nacen de ella: dejadle enteramente libre la disposición y uso de sus facultades, así como vosotros exigis que él os deje la de vuestras fincas y vuestros fondos. Esta es una regla tan política y justa como mal observada.

Después de la libre disposición y uso de su trabajo, el mayor interés del pobre consiste en que se le pague á buen precio. Pero ya escucho las violentas reclamaciones y anatemas de los que viven y se enriquecen de su sangre; porque ¿cómo podrán oír estos tiranos la voz de la razón y justicia que defiende al miserable á quien ellos esquilmán, y de cuya debilidad forman todo su poder? En efecto todas las clases superiores de la sociedad, comprendiendo en ellas hasta los maestros de cualesquier oficios; desean que el precio de los salarios sea sumamente bajo, [23] á fin de poder comprar más trabajo con menos dinero, y lo desean con tanto furor que siempre que pueden y las leyes lo permiten se valen para lograrlo hasta de la violencia, y prefieren el trabajo de los esclavos ó siervos porque es el más barato; y entonces dicen, y aun se lo quieren persuadir á sí mismos, que su interés personal es el

general, y que el bajo precio de los salarios es absolutamente necesario al ejercicio de la industria, á la estension de la fabricacion y comercio, en una palabra, á la prosperidad del estado; pero veamos lo que hay de cierto en estas aserciones.

Convengo en que seria un mal bastante sensible el que la mano de obra se encareciese tanto que fuese una economía traer del extranjero todas las cosas trasportables; porque entonces los fabricantes nacionales no podrian menos de sufrir atrasándose y perdiéndose, y los [24] consumidores en vez de mantener la poblacion nacional mantendrian otra extranjera. Pero en primer lugar esta carestia no conviene al pobre, porque lejos de ver bien pagado su trabajo no tendria en que emplearle: ademas de esto no es posible que tal estado de cosas pudiese subsistir mucho tiempo, porque los asalariados ociosos por falta de obra ofrecerian sus manos por menos dinero; y si aun se mantuviese tan alto el precio de los jornales que pudiesen procurar mucha comodidad, se multiplicarian los asalariados muy pronto, y la concurrencia los obligaria á bajar el salario. Si á pesar de todo esto la mano de obra se sostuviese demasiado cara nunca seria por efecto de la falta de obreros, sino de su poca habilidad y torpeza, en cuyo caso lo que únicamente se deberia combatir es la ignorancia y la pereza de los hombres; y con efecto estas y no otras son las verdaderas causas del desfallecimiento [25] de la industria donde quiera que la advertimos.

¿Pero dónde encontramos estas funestas causas? ¿no es por ventura donde es mas miserable la última clase del pueblo? ¿no se observa esto siempre y en todas partes? Pues esto me da nuevas armas contra los que creen que es muy útil que el precio del trabajo sea demasiado bajo. La codicia los ciega, y asi no es posible que vean la verdad. ¿Quieren una prueba decisiva de ello? pues compáren los dos extremos Santo Domingo y los Estados Unidos de la América septentrional, ó si quisiesen mas reunidos los términos de comparacion, tomen dentro de los Estados Unidos los paises situados al Norte y al Sur, y verán que aunque aquellos no producen sino géneros muy comunes, y se mantiene tan subido el precio de la mano de obra que puede llamarse escesivo, con todo eso sus habitantes [26] son fuertes y vigorosos, y el pais rico y floreciente; al paso que los otros son miserables y débiles, y su pais subsiste en la miseria y estagnacion, no obstante que es muy propio para los ramos mas precios de produccion, y que emplea en ellos la clase de trabajadores peor pagada, cual es la de los esclavos.

Lo que nos enseña este ejemplo particular lo observamos tambien en todos los tiempos y paises, esto es, que cuando es demasiado miserable la última clase de la sociedad, su misma languidez estremada, y la humillacion y abatimiento que lleva en pos de sí, es la muerte de la industria y el principio de infinitas calamidades aun para sus mismos opresores y tiranos. El verdadero origen de los principales errores de los pueblos antiguos tanto en economía como en moral y política, es indudablemente la existencia de la esclavitud, y aun es la verdadera [27] causa que los hizo fluctuar siempre entre una anarquía turbulenta, y las mas veces feroz, ó una desapiadada tiranía. La esclavitud de los negros ó de los indígenas en las colonias francesas, que tantos medios tenian de riqueza y prosperidad, es asimismo la causa de su languidez, de su flaqueza y de los torpes vicios de sus habitantes. La esclavitud de los siervos de la tierra donde los ha habido impidió igualmente el ejercicio y desarrollo de toda industria, de toda sociabilidad y fuerza política; y en nuestros mismos dias á nuestros mismos ojos hemos visto esa infeliz Polonia reducida á tal estado de impotencia, que á pesar de ser una nacion inmensa, ha debido por mucho tiempo su existencia á los

zelos de sus vecinas, y por último ha visto dividido y repartido su territorio con la misma facilidad que se divide el patrimonio de un particular luego que los aspirantes [28] á él se pusieron de acuerdo. Si de estos casos estremados descendemos, prescindiendo de los furiosos de los cabochianos en Francia, y de los escesos de Juan de Leyde y sus paisanos en Alemania, á las calamidades ocasionadas por el populacho de Holanda, atizado por la casa de Orange, y á las inquietudes que causan todos los dias los lazarones de Nápoles y los transtiverinos de Roma, y finalmente al embarazo que produce en Inglaterra el enorme número de sus pobres, la inmensidad de esa poblacion miserable que tiene que mantener, y á cuyos individuos no contiene sino el cadalso, todo el mundo me parece que convendrá en que cuando una porcion considerable de la sociedad llega á un estado de suma pobreza y embrutecimiento, no puede haber en ella reposo, libertad, ni seguridad alguna, ni aun para los ricos y poderosos; y que por el contrario estos primeros ciudadanos [29] del estado son realmente mucho mas grandes y felices cuando estan al frente de un pueblo cuyos individuos gozan de un bienestar razonable, y de consiguiente pueden egercer la industria y desarrollar sus facultades morales é intelectuales.

No quiero decir en esto que el pobre es el que debe fijar violentamente el precio de su trabajo: no por cierto; porque ya hemos visto que su mayor interes es el respeto de la propiedad; pero sí digo que tampoco es el rico quien debe fijarle valiéndose de la fuerza, sino al contrario, dejarle absolutamente libre la disposicion y uso de sus cortísimos medios, porque asi lo exigen imperiosamente las leyes de la justicia; y aun añadido que el hombre de bien que ama verdaderamente á su patria debe tener mucha complacencia en que el uso de los escasos medios que tiene el pobre le procure las cosas [30] que necesita para vivir con algun desahogo; porque la política demuestra que su interes personal es el mismo interes general.

Si es justo y útil el dejar al hombre la libre disposicion de sus medios ó de su trabajo, no lo es menos y por las mismas razones el dejarle tambien libre la eleccion de su morada. No hay á mi entender cosa mas injusta y odiosa que el atar al hombre á una cadena para que no salga de su pais, y sobre todo al que vive tan descontento en él que no pueden detenerle los fuertes vínculos de la sangre, ni los tiernos sentimientos de la naturaleza, ni los dulces hábitos conraídos desde que nació. Fuera de que semejante pretensión es absurda, porque está demostrado que en todo pais hay siempre tantos individuos cuantos puede mantener en circunstancias dadas; y asi el que emigra no hace mas que dejar su lugar á [31] otro que hubiera muerto en caso de que él no hubiese emigrado: de consiguiente querer sugetarle para que no se vaya, es lo mismo que si nos empeñásemos en que dos hombres encerrados en una estrecha arca donde no pudiesen respirar libremente, hubiesen de estar en ella y sofocarse antes de permitir que saliese el uno para que el otro quedase mas desahogado. Lejos pues de ser un mal la emigracion, es un alivio que nunca es suficiente: solo es algo considerable en los paises sugetos á las horrorosas vejaciones de un gobierno arbitrario, y aun en estos casos el vacio que deja la parte de poblacion que emigra le ocupa inmediatamente otra parte, como sucede despues de las grandes epidemias; pero cuando los hombres huyen de su pais por no sufrir ó no ver sufrir, aunque no nos deba ser sensible la disminucion de la poblacion, debemos llorar la desgracia [32] y tormento de nuestros semejantes.

En cuanto á la inmigracion nada tengo que decir sino que siempre es inútil y aun perjudicial á no ser la de aquellos hombres eminentes que llevan consigo un precioso caudal de conocimientos nuevos; pero entonces no son precisamente sus personas las que una nacion apetece y estima, sino sus luces, y el número de estos siempre es corto: asi me parece que sin faltar á las leyes de la justicia puede prohibirse la inmigracion, y sin embargo jamas han pensado los gobiernos en hacerlo; bien que tampoco se han esmerado mucho para hacerla apetecible.

Pero no basta que el pobre asegure un salario suficiente para vivir, si este no es constante; porque un aumento momentáneo ó una subida accidental de sus ganancias no pueden mejorar su suerte. La imprevision es quizás la mayor de sus desgracias, pues un consumo desreglado [33] disipa inmediatamente este escedente estrordinario de medios, ó bien una multiplicacion indiscreta le distribuye entre muchos individuos, y luego que falta este escedente es indispensable que ó los que vivian de él perezcan de hambre, ó los que disfrutaban de algunas conveniencias se priven de ellas y arreglen juiciosamente sus consumos; pero por des gracia sucede en este último caso que no son los consumos menos útiles los que primero cesan, porque el hombre se pega á estos con mas aficion, siendo los mas seductivos y alagüeños de todos; y de aqui es que vuelve la miseria, y se renuevan con mas fuerza que antes sus horrorosos efectos: asi puede asegurarse en general que lo que es pasajero nunca puede ser realmente útil al pobre, y esto demuestra que tambien en esta parte son sus intereses los mismos que los del cuerpo social. [34]

Si á esta verdad añadimos el principio importantísimo, é igualmente evidente que ella, que todo lo violento es por necesidad poco estable, nos convenceremos de que son absolutamente infundadas muchas de las combinaciones políticas, y asimismo de esta otra verdad interesantísima en economia y en política: que es absolutamente indispensable para la felicidad de una nacion en general, que el precio de los generos de primera necesidad sea poco variable, porque lo importante en esta materia no es el precio del salario considerado aisladamente, sino comparado con el de las cosas necesarias á la vida. Si con doce cuartos de pan, por egemplo, puedo mantenerme un dia, me mantendré mucho mejor con ellos que si ganase veinte y cuatro, y necesitase veinte y seis para comprar la misma porcion de pan, pues hemos hecho ver en el capítulo 4.º y en otras partes, que el [35] precio de los salarios mas mezquinos se fija y debe fijarse siempre á la larga por el de las cosas indispensables á la existencia: así aunque el precio de las necesarias disminuya de golpe, y los asalariados puedan aprovecharse momentáneamente de esta baja, como es fugaz es tambien cortísimo el tiempo en que podrán disfrutar de este beneficio, y de consiguiente no hay gran motivo para desearle; pero son gravísimos los males que resultan del aumento de precio, porque el pobre no puede perder sus ahorros no teniendo mas de lo necesario, y como estan mas caros los géneros que necesita para vivir, cae necesariamente en la miseria, le falta el pan diario, hace esfuerzos estrordinarios para ganarle, todos piden ocupacion y ofrecen su trabajo, y asi se aumenta la oferta de éste sin aumentarse en proporcion la demanda: otras personas que vivian sin aplicarse [36] al mismo egercicio acuden tambien á este recurso como que es el único que puede salvarlas de la miseria general, y ofrecen tambien su trabajo; no hay bastante para aquellos y para estos, la concurrencia baja su precio, y los unos se perjudican á los otros, de modo que se les paga menos precisamente cuando necesitan mas. Estos efectos inevitables que la razon nos demuestra, nos los confirma la esperiencia constante de todos los tiempos y paises, pues vemos en todos ellos que en las épocas de carestia y de

hambre bajan los salarios porque hay mas obreros de los que se necesitan y se pueden emplear, cuya calamidad dura hasta que ó perece una parte de la poblacion ó renace la abundancia.

Seria pues una felicidad que el precio de los géneros, y sobre todo el de los de primera necesidad, fuese siempre invariable; pero esto no es posible. Lo único [37] que me parece puede hacerse para impedir á lo menos la frecuente variacion, es el dejar al comercio una libertad indefinida, porque la actividad de los especuladores y su misma concurrencia obligándoles á darse prisa para aprovecharse de la menor baja para comprar barato y de la menor subida para vender caro, sucede por necesidad que la una tira á destruir el efecto de la otra, y de este modo ni la subida ni la baja pueden llegar á ser excesivas. Además que este medio, el mas eficaz que yo conozco, es el mas conforme, ó mejor diré el únicamente conforme al respeto debido á la propiedad; porque regularmente van juntos lo útil y lo justo; pero ciñámonos por ahora á la consecuencia que dedugimos, y estendámosla á otros obgetos.

Las variaciones súbitas en ciertos ramos de industria ó de comercio producen el mismo efecto, aunque de un modo menos [38] general, que las variaciones en el precio de los géneros; porque cuando un cierto ramo de industria toma de golpe un vuelo rápido, se aumenta la demanda del trabajo que requiere, y aunque esta mayor demanda es un beneficio para los obreros, como por lo regular abusan de él como de todos los beneficios momentáneos, sucede que cuando este ramo de industria comienza á desfallecer y á acabarse, vienen la angustia, el hambre y la miseria, y cada cual busca nuevos recursos para salir de ella. Verdad es que en este caso los pueden encontrar mas fácilmente que en el de una carestia, que es una calamidad universal; pero como los hombres no son seres abstractos ni insensibles, son siempre muy dolorosas estas mudanzas repentinas de una á otra industria, porque tienen que abandonar sus profesiones favoritas, mudar enteramente de género de vida, renunciar de sus hábitos [39] y costumbres: todo lo cual exige esfuerzos muy penosos. Además de esto un obrero egercitado en un ramo particular de industria desempeña su trabajo con mas comodidad y holgura, porque la práctica facilita todas las operaciones; pero luego que pasa á otra necesita aprender y vencer su natural torpeza: la afluencia de trabajadores á un ramo para particular hace que bajen los salarios, todos ganan menos y de consiguiente todos padecen. Esta es la gran calamidad á que estan sugetas todas las naciones dominadoras del comercio y el grande inconveniente del desarrollo estremado de la industria, que por lo mismo que es estremado está espuesto á mil vicisitudes. Esto, deben estudiar y tener siempre á la vista todos los gobiernos, y asi no se empeñarán imprudentemente en aspirar por medios violentos á una prosperidad factícia, prosperidad siempre frágil, la cual se disfruta sin [40] placer y se pierde con mucho dolor, porque son sumamente sensibles las calamidades que acarrea.

Se advierte que las naciones menos espuestas á estas revoluciones súbitas de la industria y del comercio son las esencialmente rurales, por cuya razon se ha ponderado su estable prosperidad, y no hay duda que hasta cierto punto se ha tenido razon para ello. Digo hasta cierto punto, porque no se ha reflexionado al mismo tiempo que estan mas sugetas que las naciones mercantiles á la mayor calamidad de todas, cual es la del subido precio de los granos. Parece que no deberia suceder asi, pero realmente sucede y es muy fácil explicar la causa. Los pueblos rurales estan diseminados en una inmensa estension de territorio, el cual

es ó todo mediterráneo ó confina por algunos lados con el mar, quedando mucha parte de él tierra adentro: así en los [41] años escasos no se les puede socorrer sino por tierra ó río arriba; y esta especie de navegacion es de suyo muy costosa y ordinariamente imposible. Cualquiera de estos dos medios que se adopte es muy caro, porque como los granos y demas géneros alimenticios son muy voluminosos, y de consiguiente embarazosos para el transporte, ocasiona este gastos tan crecidos que cuando llegan á los puntos donde se necesitan son muy pocos los que los pueden comprar, y por esto notamos que todas las importaciones hechas en los años de escasez y de hambre, aunque han servido para consolar y aquietar la imaginacion, no han procurado en realidad recursos á los pobres. No hay remedio, el único arbitrio que hay para evitar que todos perezcan en tiempo de gran calamidad es que los pobres acorten su racion, y los mas necesitados de ellos se mueran de hambre. En este mismo [42] principio se funda la práctica comun de desembarazar una plaza sitiada de todas las bocas inútiles; y todavia pudiera prolongarse su defensa si se hiciese salir de ella á todas las que no fuesen absolutamente precisas; pero el consumo de las acciones de guerra suple por esta providencia destruyendo á los que no salvó la reflexion, y tal vez sea ésta cruel aunque prudente combinacion la que dicta á algunos gobernadores las salidas por otra parte inútiles á que obligan en los últimos apuros, las cuales son muy diferentes de las que se hacen al principio solo por jactancia.

Los hombres asegurarian mucho mas su existencia y adquiririan nuevos medios de ocupar ciertos paises si pudiesen encontrar el secreto de hacer menos voluminosas, y de consiguiente mas trasportables sus materias alimenticias, bien que muy pronto abusarian de este bien [43] en daño de sus semejantes, así como los pueblos pastores se aprovechan de la facilidad que les da para el transporte la agilidad y ligereza de sus bestias de carga para hacerse salteadores; porque en efecto no hay cosa tan funesta como un hombre transportable, y sino estímesese si es posible la enorme ventaja que da á un ejército invasor la sobriedad de sus soldados. Verdad es que este es el poder de la especie humana mal empleado, pero al cabo es su poder, y de él carecerian las naciones rurales y pacíficas, esparcidas por toda la estension de un vasto territorio en todos los casos de hambre y de escaseces.

Pero las naciones mercantiles por el contrario, tanto las insulares como las situadas á las costas del mar son accesibles por todos lados, y se las puede socorrer fácilmente; así para que en ellas pueda ser excesiva la carestia de los géneros alimenticios, [44] seria necesario que faltasen las cosechas en toda la tierra habitable, y aun en este apuradísimo caso no llegaria sino á la tasa media de la carestia general, y nunca á la extrema de la local de los paises mediterráneos de menores cosechas. Por lo tanto estan libres de la mayor de todas las calamidades, y aun rara vez estan espuestas á las desgracias menos generales que provienen de las vicisitudes que sobrevienen á algunos ramos de industria ó de comercio, con tal que no hayan torcido su curso natural, y coartado su libertad por medios violentos, á fin de darles una estension exagerada: de donde se deduce no solamente que su condicion es mejor que la de todas las demas, sino tambien que todas sus calamidades son efecto de su culpa, al paso que los de las otras lo son irremediamente de su posicion, y de consiguiente tienen aquellas mas medios de evitarlas. A [45] este resultado debíamos venir á parar, y desde que comenzamos á hablar sobre esta materia lo hemos debido preveer; porque, si la sociedad es un comercio continuo, él es la causa de todo nuestro poder y de todos nuestros medios, y así cuanto mas perfecto y activo sea menos espuestos estaremos á la desgracia.

Aunque fuese un hecho constante que la prosperidad de las naciones mercantiles fuese menos sólida y duradera, lo que no me parece cierto á lo menos entre las modernas, seria preciso distinguir desde luego estas dos cosas, felicidad y poder, y no olvidarse que en una nacion [46] agrícola la felicidad particular de los individuos está comprometida en todas las calamidades de que acabamos de hablar, mas no por eso pierde su poder, porque no disminuyéndose los medios habituales de existencia, la poblacion que arrebató el hambre la repara inmediatamente la multiplicacion que comienza luego que aquella cesa; mas cuando desaparece un ramo de industria en una nacion mercantil es á veces para no volver jamas, y acaso sin que pueda reemplazarle otro alguno, de modo que arrastra y aniquila para siempre aquella parte de poblacion que estaba empleada en él; pero ya hemos dicho y repetimos que este último caso es muy raro cuando nosotros mismos no le aceleramos, violentando el órden natural y libre de las cosas. Si fuera de esto se quisiese todavia sostener que la prosperidad de las naciones mercantiles es esencialmente frágil estando necesariamente [47] espuesta á mil vicios interiores, nos seria muy fácil probar que no es el comercio la causa de estos vicios, sino que dependen de muchas causas accidentales, especialmente del modo con que ordinariamente se introducen las riquezas en estos estados, el cual no puede dejar de favorecer infinito su desigual distribucion, que es la mayor de todas las calamidades posibles, y tambien la mas comun y general. Si nos detenemos á examinar el género humano como poseedor de sus medios, encontraremos como siempre que su desarrollo y aumento constituyen su felicidad, pero que son en sus manos como otras tantas armas de que puede muy fácilmente abusar en daño suyo, como lo haré ver detenidamente en su debido lugar.

Pero sea lo que quiera de esto hemos demostrado que el pobre es tan propietario como el rico, y que como propietario de su [48] persona, de sus facultades y del producto de ellas, está interesado en que se le respete y deje absolutamente libre la aplicacion de su trabajo, en que éste le procure un salario suficiente para mantenerse, y en que su precio sea el mas constante posible, esto es, que tiene sumo interes en que se le respete su capital, en que éste le produzca la renta necesaria para su existencia, y en que esta renta sea siempre una misma, ó á lo menos poco variable, y asi tenemos que su interes en todos estos puntos es exactamente conforme al interes general.

Mas el pobre es consumidor al mismo tiempo que propietario, porque todos los hombres son lo uno y lo otro; de consiguiente tiene como consumidor el mismo interes que todos los consumidores, esto es, el de surtirse por poco precio de géneros de buena calidad; y asi debe desear que la fabricacion se haga [49] con conocimiento, que las comunicaciones sean fáciles y las relaciones muy variadas; porque ninguno tiene mas necesidad de comprar barato que el que tiene pocos medios.

¿Qué juicio haremos ahora de aquellos economistas que sostienen que la perfeccion de los métodos y la invencion de las máquinas que tan maravillosamente simplifican y abrevian las operaciones de las artes son una verdadera calamidad para el pobre? Por lo que hace á mi estan ya juzgados. Afirmo sin duda alguna que ninguno de ellos conoce los verdaderos intereses de los pobres ni los de la sociedad; porque es menester ser ciego para no ver que cuando se hace en un día una cosa que antes se hacia en cuatro, podrá comprar cuatro veces aquella cosa por la suma que me costaba una vez, ó en el caso de consumir la

misma porcion, ahorrar tres cuartas partes de mi [50] dinero para comprar otras que pueda necesitar; y ciertamente que esta ventaja es mucho mas preciosa para el pobre que para el rico. Pero se me dirá: el pobre ganaba antes cuatro jornales, y hoy no gana ya mas que uno. La respuesta es sumamente óbvia trayendo á la memoria los principios que dejamos establecidos, á saber: que los fondos de que viven todos los asalariados son la suma de los medios que tienen los que los asalarian: que esta suma es casi siempre constante y que se emplea la misma cada año; por tanto es claro que si un objeto particular absorbiese una parte menor que la que antes absorvia, la diferencia, que es propiamente un ahorro, refluirá á otros ramos de produccion; y con tal que no se disminuya la suma total, siempre habrá de asalarar un número igual de obreros; y á la verdad que si hay algun medio de aumentar esta suma no [51] es otro que el de hacer mas económica la fabricacion, porque es el mas adecuado para abrir nuevas salidas y facilitar nuevas empresas industriales, que como hemos visto, son los únicos manantiales del aumento de nuestras riquezas. Me parece que son tan poderosas estas razones que no admiten réplica. En efecto, si las que fundan la opinion contraria tuviesen alguna fuerza probarian que es una gran felicidad el emplear á los hombres en hacer un trabajo inútil, por cuanto ocupándose siempre las personas que le hacen no es menos indispensable egecutar todo el trabajo necesario. Convengo desde luego en esto último, pero yo pregunto ¿quien es el que paga el trabajo inútil? Los mismos fondos que hubieran pagado otro útil que ya no podrán pagar, y de consiguiente nada se ha adelantado por este lado. Ademas nada queda de este trabajo infructuoso, y si hubiera [52] sido fructuoso, todavia quedarian algunas cosas útiles que pudieran servirnos ó para aumentar las comodidades y delicias de la vida, ó para esportarlas y cambiarlas y aumentar de este modo el caudal de las riquezas adquiridas. No me parece que puede decirse nada que satisfaga á unas razones tan decisivas como éstas, quedando ya establecido el principio evidente de que los salarios salen de la suma de medios que tienen los que asalarían. Volveremos á encontrar esta série de combinaciones cuando tengamos que hablar del uso de nuestras riquezas, porque estan tan íntimamente unidas una ideas con otras, que es imposible prescindir de las que sirven de fundamento á las demas; y por lo mismo me he apresurado á desenvolverlas ahora que se ha ofrecido la ocasion, y asi cuando las hubiésemos menester estaremos ya prevenidos; pero ciertamente no son necesarios [53] muchos razonamientos para probar que luego que un trabajo es supérfluo debe dejarse por supérfluo, y que es mucho mas útil hacer un trabajo útil. A esta verdad tan sencilla está reducida toda la apología de las máquinas y demas métodos perfeccionados.

Las mismas obgecciones que acabo de refutar suelen tambien hacerse contra la construccion de caminos y canales, y generalmente contra todos los medios que facilitan las comunicaciones y favorecen y estienden las relaciones mercantiles, y asi es escusado rebatirlas de nuevo, porque tienen igual respuesta. Pero se opone comunmente una nueva dificultad que consiste en que todo esto perjudica de un modo particular al pobre, contribuyendo á subir el precio de los géneros. Es verdad que cuando estarian demasiado baratos, hace subir su precio á causa de que proporciona la facilidad de la [54] esportacion, pero tambien lo es que cuando estarian demasiado caros los hace bajar facilitando la importacion, y de consiguiente contribuyendo esta circunstancia á mantener la igualdad de los precios, es muy benéfica para el pobre y para la sociedad en general segun lo que hemos dicho mas arriba.

No obstante convengo en que todas estas innovaciones, aunque ventajosas en sí mismas, pueden á veces producir una calamidad momentánea y parcial como la acarrear siempre todas las variaciones repentinas; pero siendo su utilidad general y permanente, y no estando espuesta sino á estas raras escepciones, no nos deben estas retraer de adoptarlas. Lo que si conviene mucho en estos casos es que la sociedad acuda al alivio de los individuos que padezcan pasageramente, lo cual le será tanto mas fácil quanto mas rica fuere en lo general. [55]

Véase pues aqui demostrado el principio que antes establecimos, á saber: que aunque los intereses individuales nos separen á unos de otros, nos vuelven despues á reunir los intereses comunes que todos tenemos como propietarios y consumidores, y de consiguiente que no hay motivo alguno para mirar á los pobres y los ricos, ó á los asalariados y los que asalarían como dos clases esencialmente enemigas. Asimismo queda tambien demostrado que los verdaderos intereses del pobre son siempre los mismos que los de la sociedad en general. No quiero decir en esto que el pobre conozca siempre sus verdaderos intereses, porque ¿quien es el que tiene ideas justas sobre estas materias aun entre las personas mas ilustradas? Pero al fin, bueno es saber que estas y no otras son las verdades y que todo cuanto se diga contra ellas es un error; de modo que toda la dificultad que [56] hay para persuadir que lo son es poner de manifiesto las causas por qué es asi, y me parece que es lo que acabamos de hacer. Caminando para llegar á este último resultado hemos examinado de paso muchas cuestiones importantes, que aunque no nos han desviado de nuestra direccion, con todo eso han detenido nuestra marcha, pero al pasar junto á ellas me ha parecido muy conveniente hacer alto, porque en esta materia estan de tal manera unidas unas verdades con otras que es imposible que la claridad de una no se comunique á todas.

No solamente son opuestos nuestros intereses personales sino que tambien son desiguales nuestros medios, y esta segunda condicion de nuestra naturaleza merece estudiarse como la primera, abrazando todas y cada una de sus consecuencias, á fin de poder conocer completamente los efectos de la distribucion de [57] las riquezas entre los diferentes individuos, y juzgar de las ventajas é inconvenientes del incremento de estas mismas riquezas por un efecto de la sociedad. Establezcamos antes de todo algunas verdades generales.

No han faltado declamadores que se han empeñado en sostener que la desigualdad en general es útil, y un beneficio señalado de la Providencia, al cual debemos todos estar muy reconocidos; pero yo me contentaré con responderles una sola palabra. La justicia es el bien mas precioso para unos seres sensibles cuyos intereses estan frecuentemente en oposicion, porque solo la justicia los puede conciliar sin que ninguno de ellos tenga motivo de queja; luego la desigualdad es un mal, no porque sea en sí misma una injusticia sino porque da armas al poderoso para que pueda ser injusto en todos los casos en que [58] la justicia está en favor del débil.

Toda desigualdad de medios y de facultades es esencialmente una desigualdad de poder; pero cuando se quiere descender á algunos pormenores puede y debe distinguirse la desigualdad de poder propiamente dicho y la desigualdad de riquezas.

La desigualdad de poder es la mas terrible, porque subyuga á la misma persona. Tan horrorosa como esencialmente es, existe entre los hombres brutos y salvages, poniendo al mas débil á la merced del mas fuerte; y ella es la que impide que se formen entre ellos muchas relaciones recíprocas, porque en tal caso seria insoportable. Sin embargo, no siempre la advertimos, porque regularmente no va acompañada de la desigualdad de riquezas, que es la mas perceptible, como que siempre se la tiene á la vista.

El fin de toda sociedad es combatir [59] la desigualdad de poder, y comunmente la disipa ó por lo menos la disminuye. Disgustados algunos al ver los escandalosos abusos que todavia hierven en ella, han sostenido por el contrario que aumentaba esta desigualdad; y ciertamente que cuando se desvia de su natural destino justifica las reconvenções de sus severos detractores; por egemplo, cuando mantiene la esclavitud no cabe duda en que es mucho mejor el estado salvage aun con todas las privaciones y peligros que le son inherentes; pero con todo eso, es preciso convenir en que no es aquel el fin á que se dirige, sino por el contrario, en que tira, y ordinariamente con buen suceso, á disminuir la desigualdad de poder.

Disminuyendo la sociedad la desigualdad de poder, y de consiguiente estableciendo la seguridad, produce el desarrollo de todas nuestras facultades y aumenta [60] nuestras riquezas, esto es, nuestros medios de existencia y de comodidad; pero cuanto mas se desenvuelvan nuestras facultades, tanto mas se manifiesta y aumenta su desigualdad, la cual acarreará muy luego la desigualdad de riquezas que lleva siempre en pos de sí la de instruccion, capacidad é influencia. Ved pues aqui en dos palabras las ventajas é inconvenientes de la sociedad, que mirada por este lado nos enseña lo que debemos esperar de ella y lo que debemos hacer para perfeccionarla.

Supuesto que el fin de la sociedad es disminuir la desigualdad de poder, debe siempre aspirar á él; y siendo el inconveniente de ella favorecer la desigualdad de riqueza, debe esforzarse cuanto pueda para disminuirla aunque por medios suaves y nunca violentos, porque no debemos olvidarnos de que la base fundamental de toda sociedad es el respeto de [61] la propiedad y su garantia contra toda violencia.

Pero se me preguntará: cuando toda la desigualdad esté reducida á la desigualdad de riqueza ¿será asimismo un grave mal? No hay duda que lo será, porque acarreado la de instruccion, capacidad é influencia, tira á producir la de poder, y de consiguiente á trastornar la sociedad lo mismo es aunque no la consideremos sino por el lado de las relaciones económicas; porque ya hemos visto que los fondos de que se mantienen los asalariados son la renta de los capitalistas, de los cuales solamente los empresarios de industria son los que aumentan sus riquezas y de consiguiente las de la nacion. Sabido es que los ricos propietarios son cabalmente los ociosos que asalarían el trabajo para la sola satisfaccion de sus caprichos, de donde se sigue que cuantos mas fuesen los ricos capitalistas tanto [62] mas tirará á alterarse la riqueza nacional y á disminuirse la poblacion. El egemplo de todos los tiempos y paises confirma esta teoría, pues donde quiera que vemos caudales enormes vemos tambien la mayor miseria y estagnacion de la industria.

La perfeccion da la sociedad consistiria en aumentar mucho nuestras riquezas evitando al mismo tiempo su extrema desigualdad, lo cual es mucho mas dificil en ciertos tiempos y

circunstancias que en otras. Un pueblo mediterráneo, agricultor, que tuviese pocas relaciones, cuyo suelo fuese poco fértil, podrá retardar [63] mucho tiempo una gran desigualdad entre los ciudadanos, no siéndole posible aumentar sus medios de comodidad sino mediante los tardos adelantamientos de su cultivo y los progresos todavía más lentos de sus fábricas; pero si su suelo fuese más fértil, y sobre todo si produjese en algunos parajes géneros muy estimados podrá acumular más fácilmente grandes caudales. Si tuviese minas de metales preciosos, aunque la codicia de beneficiarlas arruinase á muchos particulares procuraría á otros riquezas inmensas, y si el gobierno se reservase el derecho exclusivo de laborearlas aumentaría sus medios, y podría derramar á manos llenas las mercedes sobre sus favorecidos y elevarlos á la opulencia; y es muy verosímil que no desperdiciaría esta ocasión de hacerlo, porque son muchas las causas que cooperan á producir este efecto. Finalmente, si un pueblo pobre se hiciese [64] conquistador, se apoderase de un país rico, y se estableciese como vencedor en él, se introduciría inmediatamente la mayor desigualdad entre la nación victoriosa y la subyugada, y después entre los mismos vencedores; porque donde la fuerza manda es muy difícil que las particiones sean iguales; y los lotes de los diferentes individuos deben ser tan varios como sus grados de autoridad ó de privanza con los primeros jefes, y aun así están espuestos á frecuentes usurpaciones.

Todavía es más rápida que esta en general la fortuna de las naciones marítimas, aunque igualmente se notan en ellas las mismas variedades. Los navegantes pueden verse forzados á contentarse con una ganancia mediana ó á hacer el comercio de cabotaje, ó á ocuparse exclusivamente en la pesca, ó finalmente á un despreciable comercio con aquellas naciones que no les puedan procurar ganancias [65] considerables; y en todos estos casos les es muy fácil conservar por mucho tiempo, sino una igualdad perfecta, á lo menos razonable; pero pueden por el contrario surcar mares desconocidos, llegar á regiones vírgenes, hacerse poderosos, tener con abundancia géneros esquisitos y muy estimados, entablar relaciones con otros pueblos que puedan facilitarles inmensas salidas, aprovecharse ellos solos de las incalculables ventajas de un grande y repetido monopolio, fundar ricas colonias, sugetarlas á sus leyes, y aun meterse á conquistadores, y traer de vuelta á su patria los productos de los países más vastos sometidos á sus armas, como los ingleses hicieron en la India y los españoles en la América meridional. En todos estos casos hay más ó menos suertes, pero en todos ellos hay las suficientes para que estas enormes riquezas se distribuyan con mucha desigualdad. [66]

Hay otras muchas circunstancias que uniéndose y cooperando con estas modifican sus efectos, como por ejemplo los diferentes genios y caracteres de los pueblos, la naturaleza de sus gobiernos, la mayor ó menor extensión de sus luces, y sobre todo del conocimiento del arte social en aquellos momentos críticos en que se va á decidir de su suerte, las cuales hacen que unos mismos sucesos tengan resultados muy distintos. Si Vasco de Gama y sus contemporáneos hubiesen tenido las mismas miras y costumbres que Cook ó Lapeyrouse, nuestras relaciones, con las Indias serían muy diferentes de lo que son; pero lo que particularmente debe notarse es el influjo que tiene en la duración de la existencia política de las naciones la época en que se forman, porque ciertamente los imperios fundados por Clodoveo ó por Cortés, y las sociedades que recibiesen sus [67] leyes fundamentales de Lock ó de Franklin, serían pueblos muy distintos y tomarían muy diferentes direcciones, como se observa en todos los períodos de su historia.

Todas estas causas y especialmente la última, son las que producen la infinita variedad que advertimos en la suerte de las naciones; pero en el fondo siempre tenemos lo mismo, porque procurando la sociedad á cada uno la seguridad de su persona y propiedades, causa el desarrollo de nuestras facultades, el cual produce el aumento de nuestras riquezas. Este aumento trae mas temprano [68] ó mas tarde una distribucion muy desigual de ellas: esta acarrea la desigualdad de poder que la sociedad habia comenzado á reprimir y debia destruir enteramente, y por último esta misma desigualdad produce su desfallecimiento, su estenuacion y á veces su disolucion total.

Sin duda es este el círculo vicioso que los historiadores nos han querido representar con las palabras de juventud y vejez de las naciones y con lo que ellos llaman virtud antigua, pureza primitiva, y despues cuando van en decadencia degeneracion, corrupcion, delicadeza y molicie; pero todas estas espresiones vagas, contra las cuales he hablado algunas veces, representan muy mal los hechos, y por lo regular descaminan á los que tienen la costumbre de usarlas. Se nos habla eternamente de la virtud de las naciones pobres. No hay duda que donde la igualdad hace mas dificil la injusticia y la opresion, hay siempre [69] mas virtud, porque de hecho se cometen menos faltas; pero no es la pobreza sino la igualdad la que preserva de los vicios; por lo demas hay en ellas las mismas pasiones que en otra cualquier parte. ¿Por qué se nos habran de pintar las naciones mercantiles como codiciosas, y las agricultoras por el contrario, como modelos de desprendimiento y de moderacion? El hombre ama donde quiera su interes, que es el móvil de todas sus acciones y lo que le ocupa exclusivamente. Los cartagineses no eran por cierto mas codiciosos que los romanos, y estos aun en aquellos tiempos que se llaman los dias hermosos de Roma, en los cuales abrigaba en su seno la república los logrereros mas crueles y tenia fuera de ella los usurpadores mas insaciables, eran tan codiciosos como en tiempo de los Emperadores: solo era diferente el estado de la sociedad. Lo mismo digo de esta palabra degeneracion. No hay duda que [70] cuando una parte de los hombres se ha acostumbrado á resignarse á la opresion, y la otra á abusar de su poder, puede decirse propiamente que unos y otros estan degenerados; pero no es este el significado comun que tiene esta espresion en boca de los que la usan; antes bien parece que nos quieren dar á entender con ella que los hombres del dia no son como los de los siglos pasados; que su naturaleza se ha mudado, que se ha viciado la estirpe del linage humano, y finalmente, que ya no tienen la misma fuerza y valor; y todo esto es absolutamente falso. Aun se ha abusado mas de las palabras molicie y afeminacion. El mismo Montesquieu nos dice en tono de maestro, que la fertilidad de la tierra afemina á los hombres. No hay tal: lo único [71] que hace es mantenerlos. Si damos oidos á algunos escritores, tal vez nos podran persuadir que llegará tiempo en que todos los individuos de una nacion vivan en las delicias, como aquellos fabulosos sibaritas de quienes tanto se nos ha hablado. A la verdad que si se hubiesen de verificar sus vaticinios debiera complacerse de antemano la especie humana; pero lo malo es que son consejas, porque es imposible que sean otra cosa. Cuando oigamos decir que el regalo y la molicie han enervado una nacion, debemos entender que á lo mas una centésima parte de ella puede estar corrompida por el hábito de mandar y la facilidad de aumentar sus goces, pero las noventa y nueve restantes vivirán abatidas bajo la vara de hierro del despotismo, y estenuadas de miseria. No se engañan menos sobre [72] el significado de estas espresiones: las naciones pobres; en ellas es donde el pueblo disfruta de un bienestar: las naciones ricas; en ellas es donde ordinariamente está el pueblo pobre. De

aquí procede que las unas sean fuertes y las otras regularmente débiles. Pudiéramos aumentar estas reflexiones al infinito, pero todas ellas se reducirían como las que acabamos de hacer á esta sola verdad, que nunca ha sido bastante conocida: la variedad y [73] el aumento de los medios que nos procuran las conveniencias y regalos de la vida, es un bien sumamente precioso; pero la demasiada desigualdad en su distribución es un mal sumamente funesto y la causa de todas nuestras calamidades. Esto hace ver que el interés del pobre sobre este punto es también el mismo que el de toda la sociedad. Creo haber dicho lo suficiente acerca de la distribución de nuestras riquezas, y por lo tanto pasaré á hablar del uso que hacemos de ellas. [74]

CAPITULO XI

Del uso de nuestras riquezas ó del consumo.

Conocido el modo con que se forman y distribuyen las riquezas, solo nos resta examinar los diferentes usos que hacemos de ellas y las consecuencias ó efectos que resultan de cada uno, para acabarnos de formar una idea completa de los progresos sucesivos de la sociedad y discernir las cosas que son realmente útiles ó perjudiciales tanto para el público como para los individuos. Si en las dos partes que preceden hubiésemos espuesto y percibido la verdad, no nos estraviáremos en esta, porque todo se nos presentará distintamente, y hasta las mayores dificultades se desvanecerán por sí mismas; mas si por el contrario no la hubiésemos [75] conocido completamente por no haberla estudiado en sus primeras causas, ó si nuestras investigaciones hubiesen sido superficiales ó las hubiese descaminado el espíritu de sistema, entonces á cada paso daremos nuevos tropiezos, y no siempre podremos evitar la oscuridad y confusión, que es lo que en efecto ha sucedido á otros muchos aun de los mas capaces y sábios. El lector juzgará de esto.

El hombre no puede crear ni aniquilar, pero sí puede producir ó destruir la utilidad de las cosas. Desea, porque tiene necesidades naturales y facticias; busca los medios propios de satisfacerlas, y usando de ellos los disminuye ó destruye, tege, por ejemplo, su lino y se hace de él sus camisas para abrigarse, pero usándolas se deterioran. Siembra el grano ó las semillas, y mediante la acción combinada de la tierra y sus abonos, del ayre [76] y del agua produce materias alimenticias, pero manteniéndose con ellas es indispensable que se destruyan ó que se conviertan en gas y en estiercol, que después servirá para producir otras materias. Este destruir es lo que llamamos consumir, y así el consumo es el fin á que aspira la producción, pero esta le es contraria: de donde se sigue que toda producción aumenta nuestra riqueza, y todo consumo la disminuye: tal es la ley general.

Pero no todos los consumos son de una misma especie; hay unos que son aparentes, otros muy reales y aun muy destructivos, y finalmente otros provechosos. Estas variaciones dependen de las diferentes clases de consumidores y de la naturaleza de las cosas que consumen; por lo tanto es menester estudiarlas y distinguirlas bien para comprender los efectos generales que produce el consumo en general sobre la masa total de las [77] riquezas. Comencemos pues por la discusión de todos y cada uno de los consumidores:

aventuro esta expresión discutir, porque me parece que es la que expresa mejor el objeto que me propongo.

Es una verdad unánimemente reconocida, que todos nosotros somos consumidores, porque todos tenemos necesidades que no podemos satisfacer sin consumir alguna cosa, y que asimismo somos propietarios porque todos poseemos algunos de los medios indispensables para satisfacer aquellas, aunque no sean más que nuestras fuerzas y capacidad individuales; pero vimos más arriba que las riquezas se distribuyen con tanta desigualdad entre los hombres á medida que se van acumulando, que son muchos los que no perciben parte alguna de estas riquezas acumuladas, y de consiguiente que no poseen más que sus fuerzas individuales. El único tesoro de estos infelices es el trabajo [78] diario de sus manos, con el cual ganan un salario y hacen frente á sus consumos, y por esta razón los llamamos entonces especialmente asalariados.

¿Mas de donde salen estos salarios? Claro es que salen de las propiedades que tienen los que compran su trabajo, ó lo que es lo mismo de los fondos que tienen de antemano y pueden anticipar, los cuales son realmente los productos acumulados de trabajos anteriores; de donde se deduce que estos productos ó estas riquezas son las que pagan el consumo de los asalariados, ó las que los mantienen. Verdad es que ellos gastan sus salarios, pero el dinero que gastan, que es su consumo, es una parte de los fondos acumulados de los que los emplean, y de consiguiente estos y no aquellos son los que pagan el consumo. En efecto los obreros dan con la una mano lo que reciben con la otra, y aun cuando no gasten el total [79] de sus salarios y vayan haciendo sus pequeños ahorros para incorporarse en la clase de capitalistas, y hagan después gastos con sus propios fondos, como que estos originariamente proceden de los fondos de las personas que los asalariaron deben considerarse como parte integrante de los gastos de estas. Conviene mucho simplificar las cosas y reducir las clases á las menos posibles en todos los cálculos económicos; porque si fuésemos á distinguir tantas cuantas pueden ser las pequeñas diferencias posibles, llegaríamos á hacer una lista infinita de ellas, y las complicaríamos hasta el punto de no podernos entender: así debemos prescindir y contar por nada el consumo inmediato de los asalariados como asalariados; considerando no solamente lo que gastan sino todo lo que ganan como, el gasto real y consumo propio de los que compran su trabajo. Y no se crea que esto es una mera [80] abstracción, pues por el contrario, es un principio tan cierto que todo el que quiere saber si este consumo es más ó menos destructivo de la riqueza adquirida, ó si naturalmente tira á aumentarla como sucede frecuentemente, comienza examinando el uso que los capitalistas hacen del trabajo que compran: por lo tanto debemos estudiar antes de todo el consumo de estos capitalistas.

Dejamos ya dicho que hay dos especies de capitalistas, los unos ociosos y los otros activos: aquellos disfrutan de una renta fija independiente de su trabajo en el hecho de suponerlos ociosos, la cual consiste en el alquiler de sus capitales, ora muebles ó dinero, ora bienes raíces que alquilan á los que los emplean por sí mismos mediante su industria; y de consiguiente esta renta es una parte de los productos que crea la aplicación y la actividad de los industriosos: pero no es [81] esta la consecuencia que debe llamar por ahora nuestra atención. ¿Cual es el empleo ó el uso que se hace de esta renta? Esto es lo que nos interesa saber, y la respuesta es muy sencilla. Esta renta pertenece á los holgazanes, y así es claro que no servirá para dirigir ningún trabajo productivo: lo que hacen es asalariar con ella una

porción de obreros que se ocupan exclusivamente en procurarles las cosas de que han menester para los regalos y delicias de la vida; pero estas cosas pueden ser infinitamente varias segun son las necesidades, antojos y aun los medios de los consumidores; porque los que tienen pocos medios se ciñen á las absolutamente precisas para la satisfaccion de sus necesidades mas urgentes, al paso que los mas ricos las estienden segun sus fuerzas á las cosas mas delicadas y esquisitas para contentar los caprichos de un lujo desmedido y desenfrenado. Mas cualesquiera [82] que sean los gastos de estos ociosos, todos ellos se asemejan en que se encaminan á la satisfaccion de sus necesidades personales, y de consiguiente en que todos mantienen una poblacion numerosa que para merecer esta retribucion pone de suyo un trabajo absolutamente estéril. Puede suceder muy bien que no siempre sea estéril este trabajo ni de consiguiente infructuosos todos los gastos de aquellos, porque en efecto alguna vez les ocurre el pensamiento de edificar una casa ó mejorar una tierra, &c. y en todos estos casos particulares salen estos consumidores de la clase de ociosos, entran aunque momentáneamente en la de los directores de empresas útiles, y asalarían como estos un trabajo productivo; pero fuera de estos casos bastante raros, todo el consumo de esta clase de capitalistas es absolutamente una disminucion de las riquezas adquiridas y de consiguiente [83] una pérdida real para la reproduccion: no obstante, ellos podran regalarse cuanto quieran mientras no gasten mas que sus rentas, pero si llegan á cercenar sus capitales para sostener su consumo, como que no tienen con que reemplazar la parte que cercenan y desperdician es inevitable que su consumo, exagerado momentáneamente, venga á cesar del todo.

La segunda clase de capitalistas que emplea ó compra el trabajo de los asalariados, se compone de todos aquellos que antes llamamos activos: asi comprende todos y cada uno de los empresarios de industria, es decir, las personas que poseedoras de algunos capitales mas ó menos grandes, los emplean por sí mismos mediante su habilidad y trabajo, en vez de alquilarlos á otros; de donde se sigue que todas ellas viven de ganancias y no de salarios ni de rentas. Estos hombres no solo hacen producir á sus propios [84] capitales sino tambien á los de los ociosos, tomando en alquiler sus tierras, casas y dinero, sirviéndose de estas cosas para producir alquiler que estipulan, y ademas las ganancias correspondientes á su industria; y así puede decirse que esta clase activa y laboriosa tiene en sus manos casi todas las riquezas de la sociedad. Consume anualmente no solo la renta de estas riquezas sino las mismas riquezas, y [85] cuando son rápidos los progresos del comercio, porque se le abandona á toda su libertad y se estimulan y fomentan las grandes especulaciones útiles, las suelen tambien consumir muchas veces al año, pues como son industriosos no hacen gasto alguno sino para recobrarle con mayor provecho, y cuantos mas capitales consuman ó empleen con esta condicion tanto mayores serán sus ganancias: así el consumo de esta clase es inmenso, y prodigiosamente grande el número de asalariados que mantiene.

Mas este enorme consumo tiene dos partes que deben distinguirse. La una es la que consumen estos industriosos para mantenerse y mantener á sus familias, la qual se destruye y pierde absolutamente como la de los capitalistas ociosos, aunque siempre es mas moderada que la de estos, siendo por lo regular mucho mas modestos y sóbrios, y no tan ricos. La [86] otra es la que consumen para sostener su industria y hacer frente á los servicios que exige, la cual aunque realmente se destruye no es definitiva su destruccion: lejos de eso la recobran con los aumentos que han adquirido; mas para que pueda sostenerse su industria con el valor de estos provechos ó con estas ganancias, es

indispensable que sean á lo menos equivalentes, no solo á las cosas que destruye el consumo personal y definitivo de los industriales, sino tambien al valor del alquiler de las tierras y dinero que tuviesen que pagar á los capitalistas ociosos, el cual es el que constituye la única renta de éstos y el único fondo que tienen para hacer frente á sus gastos anuales; porque en efecto, si las ganancias de los capitalistas activos no alcanzasen á cubrir todos aquellos gastos, tendrían que gastar de sus capitales, y de consiguiente reducir sus empresas, asalariar [87] menor cantidad de trabajo, y al cabo se disgustarian de asalariar y dirigir un trabajo inútil; pero si por el contrario fuesen mayores que sus gastos, aumentarán sus fondos, podrán dar mas estension á sus especulaciones, y asalariar mayor cantidad de trabajo en el caso de poderle emplear útilmente.

Se me preguntará acaso, ¿pues como es que estos empresarios de industria pueden tener ganancias tan crecidas?, y en caso de tenerlas ¿de donde podrán salir? La respuesta es sencillísima. Ganan vendiendo sus productos por un valor mayor que el que costó su produccion. Venden los nuevos productos: 1.º una parte de ellos á sí mismos para cubrir la que consumieron en la satisfaccion de sus necesidades, y la pagan con una porcion de sus ganancias: 2.º otra parte á los asalariados, asi á los que ellos asalarían como á los que asalarían los capitalistas [88] ociosos, y de todos estos asalariados recobran por este medio la totalidad de sus salarios, esceptuados los cortos ahorros que hubiesen podido hacer de ellos: 3.º otra parte á los capitalistas ociosos, quienes les pagan con aquella parte de su renta que les sobró despues de pagar á los asalariados que emplearon directamente: de modo que toda la renta que los empresarios pagan á estos capitalistas vuelve á sus manos de una de estas dos maneras.

Así se completa este movimiento perpetuo de las riquezas, que bien ó mal conocido, se ha acertado con su nombre propio, llamándole circulacion, porque realmente es un movimiento circular [89] que lleva las cosas al punto de donde partieron, el cual está situado en donde se verifica la produccion. Los empresarios de industria son propiamente el corazon del cuerpo político y sus capitales la sangre que mantiene la vida, pues con ellos pagan los salarios á la mayor parte de los asalariados, sus rentas á todos los capitalistas ociosos poseedores ya de tierras ya de dinero, y por medio de estos los salarios á todos los demas asalariados; pero todas estas cantidades vuelven á sus manos mediante los gastos que hacen todos esos individuos, los cuales les pagan los productos que han obtenido por medio de sus inmediatos asalariados, á un precio que escede el importe de estos salarios y de la renta de las tierras y del dinero que tienen tomado en alquiler.

Pero se me opondrá: si esto fuese así y los empresarios de industria recogiesen efectivamente cada año mas de lo que [90] han gastado, hubiera venido a parar en su poder al cabo de cierto número de años toda la riqueza pública y no habria mas que dos solas clases en la sociedad, la de los asalariados que no pueden hacer anticipacion alguna, y la de capitalistas empresarios. No hay duda en que este seria el curso regular de las cosas si no viniesen á torcerle algunas circunstancias particulares. Los empresarios y sus herederos no siempre trabajan con igual aplicacion; las riquezas traen comunmente consigo el aborrecimiento al trabajo; asegurada una vida cómoda y regalada se mira con tédio todo lo que no es gozar; el hábito del placer acarrea mil necesidades facticias; los hijos abandonan la profesion de sus padres, y al cabo vienen á engrosar la clase de los capitalistas ociosos. No obstante esta frecuente emigracion de una clase á otra observamos que en aquellos

países donde la industria abandonada á sí [91] misma y libre de trabas y perturbaciones ha podido prosperar, se han aumentado sus capitales no solamente en razón de la riqueza sino en una proporción todavía mayor. Véase sino cuán pequeños eran los capitales de la industria en toda la Europa hace tres ó cuatro siglos en comparación de las inmensas riquezas de esos hombres opulentos que son los capitalistas ociosos, y cuanto se han multiplicado y aumentado en nuestros días aquellos al paso que las riquezas de estos se han disminuido; y aun sería mucho más sensible este efecto de la industria si los gobiernos no cercenaran continuamente los capitales que la alimentan por medio de infinitos impuestos que gravitan particularmente sobre la clase industriosa; pero no anticipemos las materias: hablaremos de esta en su debido lugar.

No me parece necesario advertir que [92] en la infancia de las sociedades cuando las riquezas no se habían aun distribuido con la desigualdad que vemos, apenas debía haber simples asalariados ni menos capitalistas ociosos; porque trabajando cada uno para sí mismo y trocando sus productos por los de sus vecinos, todos serían realmente empresarios ó momentáneamente asalariados cuando con cualquier ocasión trabajasen en beneficio de otros mediante una recompensa. Aun cuando empezaron á distribuirse las riquezas con desigualdad y naturalmente debieron irse separando los estados y condiciones según los más ó menos medios de cada uno, pudo un mismo hombre pertenecer y realmente perteneció al mismo tiempo á muchas clases: así un simple asalariado que ha hecho sus pequeños ahorros y dálos á interés, es un capitalista ocioso considerado por este respecto como lo es el empresario que [93] tiene una parte de sus fondos realizados en tierras que ha arrendado; y este mismo propietario de estas tierras ó el censalista, si tienen al mismo tiempo empleos públicos, son propiamente unos simples asalariados. Pero siempre será cierto que los que se mantienen de salarios, de rentas y de ganancias, forman tres clases esencialmente distintas, y que estos últimos son los que sostienen á todos los demás, aumentan la riqueza pública y crean todos nuestros medios de subsistir y nuestros goces: lo cual no puede menos de ser así puesto que el trabajo es el manantial de la riqueza, y ellos únicamente son los que dan una dirección útil al trabajo actual haciendo un uso productivo del trabajo acumulado.

Véase pues cuán enlazado está el consumo de las riquezas según le acabamos de considerar, con lo que digimos [94] sobre su producción y distribución, y al mismo tiempo con cuánta claridad hace comprender el orden con que marcha la sociedad. ¿De dónde puede venir, este cúmulo de luces y esta reciprocidad entre las diferentes partes de la economía política? Viene de que hemos encontrado la verdad. Esto recuerda el efecto que hacen aquellos espejos que colocados en su verdadero punto de vista nos representan los objetos como son en sí con todas sus proporciones y lineamentos, pero que puestos demasiado cerca ó demasiado lejos de nosotros nos los pintan desunidos y confusos. Del mismo modo sucede aquí, porque después de haber conocido que nuestras facultades son [95] nuestra única riqueza primitiva; que nuestro trabajo es el que produce las demás, y que todo trabajo bien dirigido es productivo, todo se explica por sí mismo con admirable facilidad; pero si nos hubiésemos empeñado, á ejemplo de muchos escritores políticos, en no mirar como productivo sino el trabajo de la industria rural, ó en no reconocer otro manantial de las riquezas que el consumo, entonces hubiéramos encontrado á cada paso oscuridad y confusión, y al fin nos hubiéramos perdido en un intrincado laberinto. La primera opinión de estas dos, á saber, que solo es productivo el trabajo de la industria rural

la tengo ya refutada, y muy luego examinaré la segunda, esto es, si el consumo es ó no el único manantial de las riquezas. Por ahora deberemos contentarnos con deducir estas importantísimas consecuencias: 1.^a que son tres las clases de los consumidores, [96] á saber, asalariados, propietarios ociosos y empresarios de industria: 2.^a que el consumo de los asalariados es real y difinitivo; pero que no debemos contar con él siendo una parte integrante del consumo de los que los asalarian: 3.^a que es difinitivo y destructivo el de los propietarios ociosos,; 4.^a que el de los empresarios es productivo por cuanto le reemplaza una produccion mayor.

Si el consumo varía segun son las clases de los consumidores tambien varía segun la naturaleza de las cosas que consumen; porque aunque es verdad que todas ellas representan un trabajo, tambien lo es que el valor de este se encuentra fijado mas sólidamente en unas que en otras. Tanto trabajo, por egemplo, puede costar el hacer un árbol de fuego como el hallar, pulir y cortar un brillante, y de consiguiente tanto valor puede tener aquel como este; pero á la media [97] hora de haber comprado, pagado y usado estas cosas, nada me queda del árbol de fuego, al paso que conservo todo el valor del brillante; y aun puede ser un recurso para mis viznietos cuando se encuentren en alguna necesidad, aunque yo, mis hijos y nietos le háyamos usado diariamente para nuestro adorno durante un siglo. Lo mismo podemos decir de todos los productos que se llaman inmateriales; porque un descubrimiento es de una utilidad eterna, y una obra de ingenio ó una bella pintura son de una utilidad mas ó menos duradera, al paso que la de un sarao, un concierto ó un espectáculo son instantáneas y fugaces: otro tanto puede decirse de los servicios personales de los médicos, abogados, militares, criados y generalmente de todos los que llamamos empleados, porque todos ellos son útiles solo en el momento que se los necesita. [98]

Asi son dos los extremos entre los cuales estan situadas todas las cosas consumibles, el de la duracion mas larga y el de la duracion mas corta. Segun estos principios no puede haber ya dificultad en comprender que el consumo mas rápido es el mas ruinoso, porque es el que destruye mas trabajo en el mismo tiempo, ó una cantidad igual de trabajo en menos tiempo; que el mas lento comparativamente al rápido es como un tesoro que se va acumulando para disfrutar en el tiempo venidero los goces de una parte de nuestros actuales sacrificios. Es tan claro esto que no necesita probarse, porque no hay quien ignore que es mucho mas económico comprarse por el mismo precio un vestido que dure tres años que otro igual que dure tres meses: asi esta es una verdad generalmente conocida; pero lo extraño es que la conozcan y confiesen aun aquellos mismos que miran [99] el lujo como una causa de la riqueza, porque si tan buena cosa es destruir, parece que nunca podríamos escedernos en esto y deberíamos imitar á aquel que hacia pedazos sus muebles con el fin, segun decia, de promover la industria.

Ahora que ya tocamos esta materia no se cómo acercarme á esa que quieren llamar gran cuestion del lujo, sobre que tanto y tan frecuentemente se ha disputado por muchos filósofos célebres y famosos politicos, ó mas bien no se por donde deba comenzar para hacer ver que acerca de ella puede haber materia de duda, y presentar siquiera como algo plausibles las razones de aquellos que sostienen que el lujo es útil, los cuales á pesar de esto son en gran número; porque cuando se llega á una materia despues de haber aclarado suficientemente las que preceden, y que estan necesariamente enlazadas con ella, no es

posible que ocurra [100] dificultad, y los problemas mas complicados se resuelven por sí mismos inmediatamente que se los propone, como sucede en el caso presente.

Con efecto, quien dice lujo, dice consumo supérfluo y aun estremado: todo consumo es destruccion de utilidad; luego es imposible que una destruccion estremada sea causa de riqueza ó sea una produccion. Esto repugna al entendimiento.

Pero se nos dice como cosa de mucha importancia que aunque el lujo empobrece á los estados pequeños, enriquece á los grandes; ¿mas qué influencia puede tener en esto la mayor ó menor estension? ¿ó cómo es posible concebir que lo que arruina á cien hombres, los pudiese enriquecer si fuesen doscientos?

Dicese tambien que el lujo mantiene una grande poblacion. No hay duda [101] en que tanto el lujo de los ricos como el simple consumo de los ociosos que viven de sus rentas, sostienen un número muy considerable de asalariados; ¿pero qué es del trabajo de estos asalariados? Los que los asalarían consumen el resultado de él y nada queda; ¿y con qué pagan este trabajo? con sus rentas, esto es, con riquezas adquiridas, de las cuales muy pronto no quedará tampoco nada, y de consiguiente en vez de aumento hay realmente en este caso una destruccion de riquezas; pero pasemos mas adelante: ¿de donde les vienen á estos ociosos sus rentas? ¿no son las que les pagan los que hacen uso de sus capitales, tornándolas de las ganancias que hacen? ¿y estos no son los que con fondos que tomaron alquilados asalarían un trabajo que produce mas de lo que costó, en una palabra los industriosos? Asi para que encontremos el verdadero manantial [102] de las riquezas, es indispensable que subamos siempre hasta estos industriosos, que son los únicos que realmente mantienen aun á los asalariados de quienes los otros se sirven.

Pero el lujo, dicen, anima la circulacion; y yo digo que estas palabras nada significan sino que se olvida lo que es circulacion. Aunque ya hemos hablado de esto, no obstante será conveniente traerlo á la memoria, y si es posible ponerlo al alcance de todos. Con el auxilio del tiempo, de la sobriedad y parsimonia, se han ido acumulando riquezas en mayor ó menor cantidad; porque no consumiéndose todo lo que se produjo se conservó siempre una parte de los trabajos anteriores. Los que entran á poseer estas riquezas, ó se contentan con comerse las rentas que les pueden producir, como hacen los capitalistas ociosos, ó las emplean por sí mismos, y aun [103] toman otras alquiladas, empleando unas y otras en asalarar el trabajo que las reproduce con ganancia, como hacen los capitalistas activos. Con estas ganancias que tienen, pagan sus propios consumos, y costean los de los demas; y mediante estos consumos se reembolsan de sus fondos empleados en la produccion anterior con alguna ganancia, y vuelven á comenzar sus operaciones. Pues esto es cabalmente lo que constituye la circulacion, la cual no tiene mas fondos que los de los industriosos: se aumenta cuando se aumentan estos, y se acelera., lo que es tambien aumentarse, cuando los reembolsos son mas frecuentes; porque es claro que si se reembolsasen de sus fondos al cabo de medio año, en vez de reembolsarse al año, podrian emplearlos dos veces en este tiempo, y las ganancias serian proporcionadas á un capital doble; pero los capitalistas ociosos no [104] pueden hacer lo mismo, porque en suposicion de ser ociosos, han de comerse sus rentas de una manera ó de otra, y si comen en un año mas de lo que permiten sus rentas, ó han de comer menos en el siguiente ó han de tener que gastar de su capital. No hay remedio, es menester que vendan una parte de sus fondos; pero estos no se pueden

comprar sino, ó con los capitales propios de los industriales, ó con los agenos que hubiesen tomado á alquiler, y que pagaban un trabajo que ya no podrán pagar, y un trabajo mucho mas útil que el que pueden asalariar los pródigos: de consiguiente esta operacion no es un aumento de la masa total del gasto, sino una mudanza ó traslacion de fondos de una mano á otra, y ciertamente perjudicial. Esto prueba que ni aun arruinándose los ricos ociosos pueden aumentar la masa de los salarios y de la circulacion: [105] nunca podrán hacerlo si no mudan de conducta, arreglando sus consumos con cordura, no gastando todas sus rentas y destinando á lo menos una parte de ellas á gastos reproductivos. Pero de esta manera estarian muy lejos de abandonarse al consumo estremado y supérfluo que le lláma lujo; emplearian por el contrario sus fondos en algunas especulaciones ventajosas, y pasarian á colocarse en la clase de los hombres industriales y de provecho para su pais.

Montesquieu, que fuera de esto entendía muy mal las materias de economia política, creía que las profusiones de los ricos eran sumamente útiles; porque como dice en el libro 6.º capítulo 4.º, «si los ricos no gastasen mucho, [106] los pobres moririan de hambre». Estas palabras y otras muchas suyas, prueban que no sabia absolutamente ni de donde provienen las rentas de los ricos, ni el término adonde van á parar. Repitámoslo otra vez: las rentas de los ociosos no son sino rentas que se sacan de la industria, porque solamente ella las puede crear: sus poseedores nada pueden hacer para aumentarlas; no hacen mas que distribuirlas y no pueden hacer otra cosa; porque sino las gastan por entero para procurarse las comodidades y regalos de su vida, á no ser que las arrojen al rio ó entierren el escedente de ellas, lo que seria un capricho muy raro, tendrán que darle en alquiler á un industrial para que le emplee con fruto, procurando de este modo á la industria nuevos capitales. De aqui se deduce que aun economizando, asalarian siempre la misma cantidad de [107] trabajo; pero con la diferencia de que asalarian un trabajo útil en vez de otro inútil, y que mediante las ganancias mas crecidas que se facilitan se crean una nueva renta con que podrán aumentar sus consumos en lo venidero.

El lujo ó el consumo excesivo y supérfluo para nada es bueno, hablando económicamente. La única utilidad que puede traer es sacar de las manos de los holgazanes unos capitales mal empleados y ponerlos en las de los capitalistas activos, para que aplicados á la industria puedan rendir algunas ganancias, facilitar ahorros y crear con el tiempo otros nuevos capitales igualmente productivos; pero esta utilidad es indirecta. No es esta tampoco la razon que movió á Montesquieu á sostener las ventajas del lujo, pues cabalmente destruye su opinion; porque despues de decirnos que el lujo es ventajoso especialmente en una monarquía, [108] añade que la perpétua conservacion de unas mismas familias con todo su lustre y esplendor es una circunstancia esencialmente indispensable á esta clase de gobierno; ¿y cómo podrá verificarse esto si sus capitales pasan á manos de los industriales para alimentar la industria? A mi me parecen incontestables las razones en que se funda Say para destruir la opinion que comunmente se tiene del lujo. El gusto, dice, de los dispendios supérfluos nace de la vanidad, y no es posible que le tenga la clase superior sin que se pegue como si fuese un contagio á todas las demas en que es todavia mas funesto, porque no teniendo tantos medios como aquella, absorbe los fondos que se empleaban con mas juicio, sustituye gastos inútiles á gastos útiles, y de este modo deja en seco el verdadero manantial de las riquezas.

Pero no se han contentado nuestros [109] políticos con habernos dicho vagamente que el lujo hace prosperar los estados, que anima la circulacion y que mantiene al pobre, sino que también se han formado allá su teoría, sentando como principio general de ella que el consumo es la causa y aun la medida de la produccion, y de consiguiente que conviene aumentarle mucho, y aun añaden que él solo constituye la enorme diferencia que notamos entre la economia pública y privada. No se atreven á decirnos positivamente que cuanto mas gasta una nacion, tanto mas se enriquece; pero sí creen y quieren que los demas crean que no debe discurrirse del mismo modo acerca de la riqueza pública y privada, decidiendo por último que son unos pobres hombres, unos espíritus muy limitados los que se persuaden sencillamente que la buena economia consiste en todos los ramos y en todos los casos en ser realmente económico, esto [110] es, en hacer un buen uso de sus medios. Pero en todo esto hay un trastorno [111] de ideas, como lo veremos si nos tomamos el trabajo de separarlas y estudiarlas una por una.

No hay duda en que el consumo es causa de la produccion en cuanto no producimos sino para consumir, porque si no tuviésemos necesidades no nos tomaríamos el trabajo de producir, ni tampoco las cosas serian útiles ni inútiles. Es tambien causa de la produccion en cuanto los industriosos se dan prisa á producir cuando saben que podrán vender sus productos: asi decimos con razon que el único medio de fomentar la industria es dilatar la estension del mercado y aumentar por este medio la facilidad de las salidas, y es claro que mirado asi el consumo es igualmente la medida de [112] la produccion, porque esta cesa en el mismo punto en que cesa la venta. Por la misma razon decimos que los establecimientos industriales nunca pueden pasar de cierto término fijo, que es aquel donde cesan las ganancias; porque fuera de este el valor de lo que se produce no equivale al de lo que se consume; pero de aqui no se deduce ni con respecto á las naciones ni á los individuos, que gastar sea enriquecerse, que se pueda aumentar los gastos como se quiera, ni tampoco que el lujo los aumente, porque realmente no hace mas que sustituir unos por otros. Siempre es indispensable volver á la produccion como al punto de donde se parte. Para gozar es preciso producir, este es el primer paso; pero como no se produce sino por medio de riquezas adquiridas y acumuladas, cuantas mas hubiese, mas medios habrá de producir, y aunque se consuman en gastos productivos [113] no por eso se destruyen, puesto que vuelven á reproducirse con ganancia; y asi no se puede gastar anualmente mas que esta ganancia anual, porque cuanto mas se gaste en cosas inútiles, tanto menos quedará para las útiles, y en el caso de gastar mas de lo que se gana, es indispensable tocar al capital, y esto disminuirá forzosamente la reproduccion y los consumos sucesivos; pero si por el contrario se gasta menos y se ahorra mas, podrán aumentarse los capitales y la reproduccion y el consumo. En una palabra, el consumo no es riqueza ni causa de la riqueza: no hay otro consumo útil considerado con respecto á la economia, que el que se reproduce con ganancia.

Nunca podrán los sofismas, por especiosos que sean, conmover unas verdades tan sólidamente establecidas como estas, y si hasta ahora no se han conocido bien, es porque se ha tomado equivocadamente [114] el efecto por la causa, y lo que todavia es peor un efecto desastroso por una causa benéfica. Se observó que al paso que una nacion se iba enriqueciendo se iban tambien distribuyendo las riquezas entre sus miembros con mucha desigualdad, y que los mas ricos de ellos se entregaban á un lujo escandaloso, y se juzgó equivocadamente que la desigualdad por una parte y el lujo por otra eran las verdaderas

causas de lo que se creía prosperidad, sin reparar en que así aquella como este son unas verdaderas calamidades inherentes á la prosperidad; que las riquezas que los acarrearón se habían adquirido [115] y acumulado mucho antes que comenzasen á existir, y que si todavía siguen aumentándose los fondos es á despecho de esos vicios de la sociedad, y en fuerza de los preciosos hábitos de actividad y economía que no pudieron destruir enteramente; pero los intereses personales de los hombres poderosos contribuyen siempre á acreditar el error. No quieren convenir en que su existencia es un verdadero mal y en que sus descabelladas disipaciones son tan inútiles como sus personas; muy por el contrario, se creen hombres de provecho, y se esfuerzan á deslumbrar é imponer con el estruendo y boato de su desatinado lujo; y si se les escucha les oireis decir que devorando una porción inmensa de medios de existencia hacen un servicio señalado al estado, y que ellos solos son los hombres verdaderamente útiles, y aun consideran en sí mismos como un [116] gran mérito el saber disipar grandes riquezas. Por otra parte los que dependen de ellos y á quienes imponen con [117] su grandeza, no se paran á examinar si el dinero que disipan pudiera ó no emplearse en cosas más útiles ó en mantener infinitas familias que quizás estarán sumidas en la miseria, porque nada de esto les tiene cuenta : desean por el contrario que desperdicien cada día más para que así se aumenten sus ganancias; porque temen que faltándoles esta mina quedarán sin recursos, no alcanzando á ver el que pudiera substituirlos. Así es como se alucina al pueblo y se extravía la opinión general hasta el punto de que [118] las mismas víctimas del error y del fáusto de estos hombres poderosos sufran el mal sin poder atinar con la causa. Sin embargo, es muy cierto que el consumo vicioso llamado lujo, y en general todo el consumo de los capitalistas ociosos, lejos de ser útil destruye la mayor parte de los medios de prosperidad que tiene una nación, lo cual es tan cierto como que la experiencia de todos los días nos enseña que luego que la industria ó las luces ó ambas cosas juntas libran á un país de este cruel azote, inmediatamente acuden á él las riquezas y adquiere un aumento de fuerzas maravilloso.

Lo que la razón nos demuestra la historia lo confirma con hechos; porque ¿cuándo hizo la Holanda aquellos esfuerzos tan extraordinarios que todavía nos parecen increíbles? Cuando sus almirantes vivían como los simples marineros: cuando todos los brazos de sus ciudadanos [119] estaban empleados en enriquecer ó en defender el estado, y ningunos en criar tulipanes y en espendir el dinero en pinturas inútiles. Los azarosos sucesos políticos y comerciales que han seguido á esta época de prosperidad y de gloria, aunque extraordinariamente grandes, no han podido cambiar aquel espíritu de sobriedad y economía que fué el manantial de sus riquezas, y por eso una nación que apenas podría vivir de los productos de su territorio, si sus hábitos y costumbres fuesen semejantes á las de muchas naciones europeas, conserva todavía el poder que dan las riquezas; pero haced de Amsterdam una corte galante y magnífica, cambiad sus buques en vestidos ricamente bordados, convertid sus almacenes en salones de baile, y vereis si dentro de pocos años tiene medios ni aun para oponer diques á las irrupciones del mar.

¿Cuando comenzó á desplegarse tan [120] maravillosamente la industria de la Inglaterra, aun á pesar de los graves descuidos de su gobierno y de las calamidades que acarrearón? ¿Fué acaso bajo Cromwel ó bajo Carlos II.? Sé muy bien que las causas morales son todavía más poderosas que los cálculos económicos; pero sé también que estas causas morales en tanto aumentan prodigiosamente los recursos en cuanto encaminan todos los esfuerzos individuales á objetos útiles y sólidos, y esta es la razón por qué nunca faltan

medios al estado ni á los particulares para las grandes empresas, porque no los han disipado en fruslerías.

¿Por qué los ciudadanos de los Estados Unidos de la América septentrional doblan cada veinte y cinco años su cultivo, su industria, su comercio, su riqueza y poblacion? Porque no hay allí holgazanes, y porque los ricos hacen muy [121] pocos gastos supérfluos. No hay duda en que los favorece tambien mucho su posicion: tienen tierras en abundancia que se ofrecen gustosamente á recibir y recompensar los trabajos del labrador; pero con todo eso si trabajasen poco y gastasen mucho, todas estas tierras quedarian baldías, y de consiguiente se empobrecerian, desfallecerian y vendrian á ser al cabo tan pobres y miserables como lo son los individuos de otras muchas naciones aunque sean particularmente favorecidas por la naturaleza.

Pero valgámonos de un ejemplo mas moderno y mucho mas sensible que todos estos. La Francia no era por cierto tan pobre bajo su antiguo gobierno como lo han intentado persuadir muchos escritores franceses, aunque no puede negarse que su estado no era floreciente. Su poblacion [122] y agricultura no eran retrógradas, sino estacionárias, esto es, no hacian progresos algunos, ó si los hacian eran tan imperceptibles que no podian balancear con los que hacían al mismo tiempo muchas naciones vecinas, y de consiguiente poco proporcionados á las luces del siglo. Además estaba empeñada; no tenía el crédito, ni los fondos necesarios para hacer frente á los gastos útiles; no podia sostener las obligaciones ordinarias de su gobierno, y mucho menos hacer gastos extraordinarios y grandes esfuerzos con respecto á las demas naciones: en una palabra, á pesar del talento, número y actividad [123] de sus habitantes, de la riqueza y estension de su suelo, y de los beneficios de una larga paz muy poco turbada, apenas ocupaba el puesto que la correspondia entre las naciones rivales, de las cuales era poco respetada y nada temida.

Pero vino la época de la revolucion, durante la cual sufrió todos los males posibles, porque la devastaron guerras atrocísimas, tanto civiles como extranjeras; muchas de sus provincias fueron aniquiladas y sus ciudades reducidas á cenizas, y todas sin escepcion saqueadas por la codicia de los salteadores regimentados, y sus proveedores; se aniquiló enteramente su comercio exterior, y su marina, aunque frecuentemente repuesta, fue destruida; perdió sus colonias que se creian tan necesarias á su prosperidad, y lo que es aun mucho peor, perdió tambien todos los hombres y los tesoros que habia [124] prodigado para subyugarlas, y finalmente fué esportado casi todo su numerario, tanto por efecto de la emigracion como del papel-moneda. Sin embargo mantuvo catorce ejércitos en tiempos de hambre; y á pesar de todas estas calamidades, sabe todo el mundo que su poblacion y agricultura se aumentaron considerablemente en muy pocos años. En la época misma en que se creó el imperio ¿qué de sacrificios no hizo, á pesar de que su posicion era la misma con respecto á la marina y al comercio extranjero, á que se da tanta importancia, y de no haber disfrutado siquiera de un instante de paz para descansar? Sufrió contribuciones enormes, hizo frente á los gastos inmensos que exigieron las obras públicas, á todo atendió y para nada faltó, sin necesidad de acudir á los empréstitos, y vino su poder á ser tan colosal que dictaba leyes á todo el continente [125] de Europa, que infaliblemente hubiera sojuzgado á no haber sido por la marina inglesa. ¿Pues que ha sucedido á este pais que tan pronto ha mudado de semblante? ¿de donde los inconcebibles efectos que hoy vemos? Una sola circunstancia mudó, y esto ha bastado.

Bajo el antiguo gobierno de Francia era muy distinto el orden de las cosas, pues casi todos los trabajos útiles de los ciudadanos se dirigian á producir las riquezas con que se pagaban las grandes rentas de la corte y de la clase poderosa del estado, las cuales se consumian casi por entero en gastos de lujo, esto es, en asalarar una enorme poblacion, cuyo trabajo consistia en crear para estos hombres opulentos las superfluidades del lujo. En un momento pasaron todas estas rentas, parte á las manos del nuevo gobierno y parte á las de la clase laboriosa: mantuvieron como antes á los que [126] habian dependido de ellas, pero con la diferencia de que su trabajo se aplicó á la creacion de colas necesarias ó útiles, y asi fueron suficientes para defender el estado de los enemigos exteriores y aumentar sus producciones en el interior.

Nos asombramos y no sin razon, cuando traemos á la memoria aquella época bastante larga de la revolucion en que por efecto de la conmocion y angustia universal apenas podia hallarse en toda la nacion un solo ciudadano ocioso ni ocupado en trabajos inútiles. Los que antes [127] hacian carrozas, hicieron cureñas; los que bordados y punta de encage, paños y lienzos comunes; los que tapizaban magníficamente las antesalas y cámaras de los grandes, hicieron graneros y desmontaron baldíos, y aun los mismos que vivian aletargados en medio de tantas superfluidades tuvieron que despertar y ocuparse en cosas útiles para vivir: el opulento que mantenía una comitiva de cuarenta sirvientes holgazanes, tuvo que emplearse en una oficina dejando que estos se dedicasen á ganar el pan bajo la direccion de la clase industriosa. Ved aqui el verdadero talisman de los maravillosos recursos que despliega una nacion en estas crisis extraordinarias: ella los tiene siempre; pero no sabe aprovecharse de ellos ni aun los advierte en circunstancias ordinarias, y asi se pasma luego al ver la inmensidad de fuerzas que tenia sin uso. [128]

Esto es lo único que hay de cierto en todas esas declamaciones de colegio sobre la frugalidad, la sobriedad, la parsimonia, el horror al fáusto y á la opulencia, y todas las demas virtudes democráticas de las naciones pobres y bárbaras que tan ridículamente nos ponderan sin comprender ni sus causas ni sus efectos. No son fuertes porque son pobres é ignorantes, sino porque aprovechan todas sus fuerzas, aunque tienen pocas; asi como el particular que tiene mil pesos y sabe emplearlos tiene mas medios que el que posee cien mil y los pierde á un albur; pero imítelas una nacion rica é ilustrada, y vereis como desarrolla la misma enorme masa de fuerzas que la nacion francesa, la cual produjo efectos muy superiores á los de la república romana, porque tuvo que vencer y echar por tierra obstáculos mucho mas poderosos. Deje la Alemania, por ejemplo, [129] durante algun tiempo en manos de la clase laboriosa, las rentas que desperdicia en mantener el fáusto de sus pequeñas cortes y de sus ricas dignidades, y se verá si es ó no una nacion fuerte y formidable. Pero supóngase por el contrario que en una nacion regenerada se introdujese el antiguo y vicioso orden de cosas: que una gran parte de sus riquezas volviese á manos de los ociosos: que el gobierno comenzase otra vez á elevar sus privados á la opulencia, y á derrochar inmensas sumas en cosas inútiles, vereis entonces renacer inmediatamente á pesar de cuantas ventajas hubiese logrado, la estenuacion en medio de los recursos, la miseria entre las riquezas, y la debilidad entre todos los medios de fuerza y de poder.

Acaso se me dirá que yo atribuyo á la sola distribucion del las riquezas, y al empleo del trabajo que asalarian los efectos [130] de infinitas causas morales que tienen una influencia

poderosa. No niego yo la existencia de semejantes causas, porque las veo como todo el mundo, pero esplico sus efectos: asi convengo desde luego en que el entusiasmo de la libertad interior y de la independenciam exterior; la indignacion contra una opresion injusta y contra una agresion aun mas ofensiva que ella pudieron únicamente causar en Francia el gran trastorno que se vió entonces; pero sostengo al mismo tiempo, que en tanto procuró este trastorno mil medios útiles á las pasiones, á pesar de los errores y crímenes á que las arrastró su misma impetuosidad, en cuanto produjo un uso mejor de todas las fuerzas; porque todo el bien de las sociedades humanas consiste en la buena aplicacion del trabajo, asi como todo el mal en el desperdicio de él: lo cual no quiere decir otra cosa sino [131] que cuando los miembros de una sociedad se ocupan en producir las cosas necesarias para la satisfaccion de las necesidades, hay medios para satisfacerlas; pero cuando se pierde inútilmente el tiempo es preciso que se padezca. Vergüenza es tener que probar una verdad tan palpable como esta; mas no olvidemos que es fecundísima é importantes las consecuencias que se derivan de ella.

Se pudiera escribir muy bien una obra entera sobre el lujo, que no dejaria de ser útil, siendo esta una materia que nunca se ha tratado con juicio. Se probaria que el lujo, esto es, la aficion ó el gusto de dispendios supérfluos es hasta cierto punto un efecto necesario de la propension natural que tiene el hombre á aumentar los regalos y delicias de la vida cuando tiene medios para ello, y del irresistible poder del hábito, que le hace necesarias las cosas de que ha gozado, [132] y le arrastra á ellas aun en las ocasiones en que no se las puede procurar sin sacrificios sensibles: asi vemos que el hombre opulento acostumbrado á la grandeza dificilmente pierde la aficion á cosas supérfluas aun quando se vea en la mendicidad. Por consiguiente el lujo es una consecuencia inevitable de la industria cuyos vuelos corta, y de la riqueza á cuya destruccion se dirige. Asi se ve que cuando una nacion ha decaido de su antigua grandeza, haya sido por un efecto lento del lujo ó por otra causa, siempre sobrevive aquel á la prosperidad que lo produjo, y es un estorbo invencible para que la nacion pueda volverse á levantar, á no ser que algun sacudimiento violento y encaminado á este fin produzca repentinamente una regeneracion completa.

Sentados estos datos deberia considerarse á una nacion en situacion opuesta, [133] esto es, cuando va saliendo de la barbarie, puliéndose y ocupando un lugar entre las demas civilizadas, y se haria ver que para que pudiesen ser atinados y completos sus esfuerzos, seria indispensable que los progresos de su industria y de sus luces fuesen mucho mas rápidos que los de su lujo. Acaso sea esta la principal circunstancia á que debió la monarquia prusiana el rápido vuelo que tomó bajo el reinado de su segundo y tercer Rey: egemplo que debe embarazar á los que sostienen que el lujo es necesario á la prosperidad de las monarquias; y esta misma circunstancia es la que afianza en mi concepto la felicidad de los Estados Unidos; y es muy de temer que no pudiendo la Rusia disfrutar completamente [134] de ella, sean dificiles é imperfectas la verdadera prosperidad y civilizacion de esta potencia.

Se deberia despues hablar de las especies mas perjudiciales de lujo, y se podria considerar la poca habilidad y la torpeza en los fabricantes y obreros como un grande lujo en cuanto desperdicia el tiempo y el trabajo, y convendria esplicar con particularidad cómo las grandes fortunas son la causa especial y casi única del lujo; pues es claro que si no las hubiese seria casi imposible concebir su existencia: aun la ociosidad no podria entonces

Por lo tanto me ceñiré á decir por último, que si el lujo es un grave mal considerado con respecto á las relaciones económicas, lo es todavia mucho mas con respecto á las relaciones morales, que son siempre las mas importantes de todas cuando se trata de los intereses del hombre. La aficion á los gastos supérfluos, cuya principal causa es la vanidad, la alimenta y la exaspera; hace los espíritus frívolos é inexactos; corrompe las costumbres, y engendra los vicios que llevan en pos de sí los desórdenes y las dimensiones domésticas; es el escollo donde se estrella la delicadeza y el pudor del bello sexo; hace á los hombres codiciosos y avaros; todo lo deprava, y destierra la probidad, la virtud, y los sentimientos generosos y tiernos del corazon: en una palabra, enerva las almas haciendo pusilánimes los espíritus; y produce estos tristes efectos, no solo en los que se entregan [138] á él, sino tambien en los que les sirven y los admiran, en los que los imitan y los envidian, como lo espero hacer ver cuando trate de nuestros intereses morales: aqui no podia hacer otra cosa que indicarlo, porque no se han de confundir las materias que son diferentes entre sí aunque tengan mucha conexión.

Por lo mismo no examinaré ahora si en la suposición de que el lujo es perjudicial le deben combatir las leyes ó las costumbres, ni por qué medios puede favorecerse á la producción y dar una dirección útil al consumo. Esto seria usurpar [139] lo que pertenece á la legislación, de la cual acaso trataré en adelante. En la actualidad debo únicamente limitarme á verificar los hechos.

Me parece que he demostrado sólidamente que no siendo posible gastar mas de lo que se tiene, la producción será el único fondo del consumo, y de consiguiente que no puede aumentarse este, ni tampoco la circulación sino aumentando la producción, y finalmente que destruir no es producir ni gastar enriquecerse. Este corto número de verdades tan

sencillas bastará para poner en claro los efectos que producen sobre la prosperidad de las naciones las rentas y gastos de sus gobiernos. [140]

CAPITULO XII

De las rentas y gastos del gobierno y de sus deudas.

Aunque esta materia no es mas que una parte de la que acabamos de tratar, es de suyo tan vasta que para hablar de ella la dividirian muchos escritores en tres libros y subdividirian cada uno en muchos capítulos; mas yo no la separaré de la que precede, porque dependiendo necesariamente de ella se podrá observar mas bien esta dependencia que recíprocamente tienen entre sí, y fuera de eso no puedo menos de considerarlas reunidas formando un conjunto y bajo un aspecto general y comun; pero esto no impedirá que entremos en algunos pormenores [141] y distingamos los casos particulares que son realmente distintos, y aun puede ser que lo hagamos con mayor exactitud que se ha hecho hasta ahora.

El gobierno es en toda nacion el mayor consumidor, y asi merece un artículo aparte en la historia de los consumos, sin cuya circunstancia no podria dejar de ser incompleta, pero por la misma razon es indispensable para poder comprender los efectos económicos del gobierno y los de sus recaudaciones y gastos, formarse antes de todo una idea exacta y completa de lo que es el consumo en general, de su base fundamental, y de su curso progresivo.

Aqui vienen á reproducirse por necesidad los mismos errores económicos que dejamos ya refutados; porque los que creen que la agricultura es la sola industria productiva, nos dirán que todos los impuestos recaen por último sobre los [142] propietarios territoriales; que sus rentas son la única materia imponible, y de consiguiente que el impuesto justo y útil es únicamente el territorial, y que no deberia haber otros; al paso que los que sostienen que el consumo puede ser una causa directa de la produccion de las riquezas nos dirán que las exacciones que hace el gobierno de los bienes de los particulares, fomentan la industria de estos: que sus gastos son muy útiles en cuanto aumentan el consumo y animan la circulacion; todo lo cual contribuye mucho á la prosperidad pública. Mas para descubrir claramente el vicio que encubren estos sofismas, nos bastará seguir el mismo camino que elegimos al principio de esta obra, y comenzar estableciendo los hechos.

Toda sociedad política necesita absolutamente de un gobierno, sea de la naturaleza que quiera; porque sus miembros [143] deben ser juzgados, administrados, protegidos, defendidos y asegurados de toda violencia, pues para este fin se reunieron en sociedad; luego todo gobierno necesita gastar, y de consiguiente tener rentas; pero no es este punto propio de este lugar, tratándose únicamente de saber qué efectos son los que producen estas rentas y estos gastos en la riqueza pública y prosperidad nacional.

Para juzgar bien de estos efectos es preciso considerarle como á todos los demas consumidores, porque realmente no es sino el mayor consumidor de todos, esto es, que debemos indagar de donde le vienen los fondos de que dispone, y cual es el uso que hace de ellos.

El gobierno considerado como consumidor, no corresponde á la clase de los consumidores industriales, porque lo que gasta no se reproduce en sus manos con aumento de valor, ni se sostiene de lo [144] que gana como el industrial. Consiguientemente, todo su consumo es muy real y difinitivo, esto es, nada queda del trabajo que asalaria, y destruye las riquezas de que dispone y que realmente existian en la sociedad cuando pasaron á sus manos. Fáltanos pues ver de donde le vienen.

Puesto que la persona moral llamada gobierno no se mantiene de ganancias, se sigue que ha de vivir de rentas. Estas no pueden provenir sino de sus bienes raices, ó de los impuestos.

Si provienen de sus bienes raices, entonces el gobierno es como cualquier capitalista de los que hemos llamado ociosos, porque los arrienda, y percibe un alquiler si son tierras, y si son montes vende anualmente sus cortas. El cuidado que regularmente se tiene de los bosques y que principalmente se dirige á conservar los árboles, no merece el nombre de trabajo industrial; el trabajo verdadero que [145] les da valor es el que se emplea en beneficiarlos, cortar la leña, y trasportarla. Si los montes pertenecen á los que los benefician, en este caso toda la ganancia es de ellos: el precio de las ventas que se hacen anualmente debe considerarse como una renta tomada de la industria de este beneficiador, la cual es absolutamente semejante á la que produce la pesca de un rio que se da anualmente en arriendo al que egerce la industria de sacar los peces. Asi pues las ventas procedentes de bienes raices pertenecientes al gobierno son creadas del mismo modo que las de todos los demas bienes rurales por los hombres industriales que los benefician, y pagadas con sus ganancias.

Es opinion de muchos políticos que el gobierno no debe poseer bienes raices, porque no pudiendo ser generalmente un propietario tan diligente y activo como un particular, tiene que depositar toda [146] su confianza en administradores que por buenos que sean son siempre muy caros y poco fieles, y aun lo que haga por sí mismo no lo podrá hacer con tanta inteligencia como cualquier otro propietario. Convengo en que por lo general sucede asi, pero no me parece que sea este mal de tanto tamaño y trascendencia como se pondera; porque la torpeza y aun ninguna habilidad del gobierno, poco ó nada disminuye la cantidad total de la produccion de sus bienes, puesto que esta no depende de los que los administran sino casi esclusivamente de los que los benefician; y asi puede suceder muy bien que los administradores sean perversos y que las tierras se cultiven y los montes se beneficien con tanto conocimiento y solicitud como los de los particulares, reduciéndose todo el inconveniente que se atribuye á las administraciones á emplear mas brazos de los que se necesitan ó á [147] pagarlos mas caros, el cual no es realmente un mal tan grande como se pondera.

Yo opino por el contrario que el gobierno gana mucho en poseer esta clase de propiedades. Ved aqui las ventajas principales que le resultan de esto.

1.^a Hay ciertas producciones que él solo puede conservar en mucha cantidad, como son, por ejemplo, las maderas de construcción cuyo producto es muy tardío, y los particulares prefieren siempre en cantidad igual y aun menor aquellos productos que se repiten con más frecuencia y facilitan nuevos empleos de un mismo capital.

2.^a Puede también ser muy útil que posea algunas tierras de cultivo, porque así podrá conocer mejor los recursos e intereses de las diferentes localidades, y si fuese juicioso y benéfico podrá aprovecharse de estos conocimientos para difundir las luces. [148]

3.^a Cuando el gobierno posee una porción grande de bienes raíces es menor la cantidad que hay de ellos en circulación, y siendo siempre muy deseado este ramo de producción es claro que en igualdad de circunstancias valdrán más los que se vendan, en razón de ser menor la cantidad ofrecida, esto es, que el particular que emplea una suma de cien mil pesos en estos bienes, se contentará con tres ó cuatro mil pesos de renta en vez de cinco ó seismil, lo cual hará bajar la tasa del interés del dinero en todos los demás ramos de imposición, y este es un bien sumamente apreciable.

4.^a Y la más preciosa de todas. Estos bienes producen anualmente al gobierno una renta independiente que no se la quita á nadie, porque es el producto de sus posesiones del mismo modo que lo es la renta de cualquier propietario, y de consiguiente una disminución de los [149] impuestos, pues cuanto más tenga el gobierno para hacer frente á sus gastos tanto menos tendrá que pedir á los gobernados; y finalmente puede en cualquier apuro enagenarlos y venderlos sin necesidad de recurrir á los empréstitos, que siempre son una calamidad como veremos más adelante.

Por todas estas razones me parece que es sumamente provechoso que todo gobierno sea un grande propietario, sobre todo de montes y de vastas labores. Lo que hay únicamente de sensible en cuanto á esto es que así se impediría el que semejantes bienes entrasen en las manos de la clase industrial; pero ya vimos cuando se trató de la industria rural que la naturaleza de las cosas no permitía que las propiedades de esta clase recayesen en manos de los que las benefician inmediatamente, pues su inmensa extensión absorbe por necesidad fondos muy considerables [150] respecto de la fortuna de un particular; por lo tanto no pudiendo pertenecer estos bienes sino á un capitalista que vive de sus rentas, prefiero que este sea el gobierno.

Por lo demás son muy pocos los bienes raíces que poseen nuestros gobiernos modernos; porque aunque todos han tenido sus tierras y bienes de la corona, llamados de patrimonio Real, y han declarado solemnemente que serían siempre sagrados e inalienables, con todo eso, los han enagenado, unas veces para agraciarse á sus privados, y otras malvendéndolos; y así podemos asegurar que las únicas rentas con que cuentan hoy son los impuestos, de los cuales vamos ahora á hablar.

El efecto inmediato de los impuestos es arrebatar á los particulares una parte de las riquezas que tienen para ponerlas en manos del gobierno; luego todo impuesto [151] acarrea precisamente un sacrificio.

Si estos sacrificios recaen sobre los particulares que viven de sus rentas y las gastan en sus regalos personales, en este caso no alteran la cantidad total de la producción, del consumo ni de la circulación general: no hay más diferencia sino que el gobierno paga con el dinero de estos particulares á los asalariados á quienes ellos pagaban antes. Este es el caso más favorable de los impuestos.

Cuando el impuesto recae sobre los industriales que viven de sus ganancias, puede suceder que se limite su efecto á disminuir estas ganancias, en cuyo caso el impuesto no ataca sino aquella parte de las ganancias que antes gastaban en sus comodidades personales; de consiguiente el impuesto no hace más que disminuir el número de estas como en el caso anterior; pero si por el contrario les arrebatara todas sus ganancias, y llega hasta [152] tocar á sus capitales ó fondos de la industria, entonces ataca directamente á esta, la destruye ó la aniquila, comienza á disminuir la producción y el consumo general, y todo el cuerpo de la sociedad padece.

Finalmente, si el impuesto recae sobre los asalariados no hay duda en que comenzarán estos á sufrir privaciones, y si tuviesen que pagar la pérdida por entero, se suprimirá una parte de su consumo, que será reemplazado por el aumento del que harán los particulares á quienes el gobierno paga con el dinero que les quita. Si pueden cargar su pérdida á los que tienen necesidad de ellos y los emplean, alzando la tasa de sus salarios, entonces es indispensable saber qué personas son las que los asalárian; y según que fuesen, capitalistas ociosos ó capitalistas industriales, producirá esta pérdida uno de los dos efectos que acabamos de [153] indicar con respecto á estos capitalistas.

Cuanto hemos dicho acerca del consumo demuestra la incontestable verdad de estas nociones preliminares. La gran dificultad consiste ahora en saber sobre quien recae definitivamente la pérdida que ocasionan los impuestos; porque no todos producen los mismos efectos, y son en tan gran número que nos sería absolutamente imposible examinarlos separadamente: por lo tanto creo que el único medio de simplificar esta materia es clasificar bajo una misma denominación, todos los que fuesen de una misma naturaleza.

Todos los impuestos imaginables, y me parece que todos los posibles se han imaginado ya, pueden dividirse en seis especies principales, á saber: 1.^a impuesto sobre la venta de tierras, como la [154] talla real, el veinteno, la contribución territorial en Francia, y la tasa de tierras en Inglaterra: 2.^a sobre alquileres de casas: 3.^a sobre los intereses ó réditos pasivos del estado: 4.^a sobre las personas, como capitación y talla personal; contribución suntuaria y moviliaria; derecho de patentes, gremios, maestrías, &c.: 5.^a sobre los actos civiles y algunas transacciones sociales, como derechos de sello y registro, laudemios y ventas, uno por ciento, amortización y otros, á los cuales debe también añadirse el impuesto anual que se estableciese sobre las rentas tomadas á interés por un particular de otro; porque no hay otro medio de conocer estas imposiciones, donaciones ó transmisiones que los protocolos ó archivos de las actas, contratos ó escrituras donde se formalizan: 6.^a sobre las mercaderías, ya por monopolio y venta exclusiva ó también forzada, como eran antiguamente [155] en Francia la sal y el tabaco, ya sobre las mercaderías al momento de la primera producción, como son los derechos sobre las salinas y sobre las minas, y una parte de los impuestos sobre los vinos en Francia y sobre las fábricas de cerveza en Inglaterra, ya en el momento

de su consumo ó ya finalmente al tiempo de pasar del primer productor al consumidor definitivo, como son los derechos que se cobran en las aduanas asi exteriores como interiores, en los caminos, canales, puertos, puertas de villas y ciudades, &c. &c. Cada uno de estos impuestos es gravoso de una ó muchas maneras que le son peculiares.

A primera vista se percibe que el impuesto sobre la venta de tierras tiene estos inconvenientes: 1.º es muy difícil repartirle con equidad y justicia: 2.º anula el valor de todas las tierras, cuyo arrendamiento no escede á la tasa de él ó [156] la escede en poca cantidad para aventurarse á correr los riesgos inevitables, y anticipar los gastos precisos para poner estas tierras en cultivo.

El impuesto sobre las rentas de casas alquiladas disminuye el producto de las especulaciones de construccion, esto es, quita la gana á los capitalistas de edificar para alquilar, de modo que cada particular tiene que contentarse con viviendas menos sanas y cómodas que las que en otro caso se hubiera podido procurar por el mismo alquiler. [157]

El impuesto sobre los réditos pasivos del estado es una verdadera bancarota; porque si se carga á los ya creados, [158] truírla, precisando á los industriosos á alzar por de pronto el precio de sus productos y despues á abandonar enteramente la empresa.

El impuesto sobre los actos civiles y en general sobre las transacciones sociales entorpece la circulacion de bienes raices, y disminuye su valor venal, haciendo muy costosa su traslacion; aumenta los gastos judiciales tan considerablemente, que el pobre no se atreve á defender sus derechos; es causa de que todos los negocios se hagan escabrosos y difíciles; ocasiona tambien registros y pesquisas inquisitoriales, tropelias y vejaciones de parte de los agentes del fisco, y finalmente precisa á hacer en los actos algunas reticencias, y aun á añadir cláusulas y valuaciones ilusorias que abren la puerta á muchas iniquidades, dando motivo con ellas á infinitos pleitos y desgracias.

Todavia son mucho mayores y mas [159] disminuye el que estipuló el gobierno al recibir el capital, y si se establece sobre los intereses en el instante de su creacion es absolutamente ilusorio; porque ¿cuánto mas sencillo y natural seria que el gobierno estipulase un interes menor en lo que vale la cuota del impuesto? Y sin necesidad de este se conseguia el mismo efecto.

El impuesto sobre las personas da márgen á muchas pesquisas odiosas aunque indispensables para conocer los bienes de cada uno y repartirle con la equidad posible; mas como es muy difícil que el gobierno pueda adquirir este conocimiento, de aqui es que sus bases son siempre arbitrarias y funestos sus efectos, ora recaiga sobre riquezas ya adquiridas, ora sobre medios de adquirirlas, porque en este último caso, esto es, cuando es motivado por la suposicion de una industria cualquiera, no puede dejar de destruirla [160] complicados los inconvenientes que tiene todo impuesto sobre las mercaderias, y no menos ciertos y funestos que los de los demas impuestos de que ya hemos hablado.

Todas las ventas exclusivas ó monopolios que hacen los gobiernos son odiosas, tiránicas, contrarias al derecho natural que cada uno tiene de comprar y vender donde y como le acomode, y exigen necesariamente infinitas medidas injustas y violentas. El mal es mucho

mayor cuando las ventas son forzadas, esto es, cuando el gobierno obliga á los particulares á que le compren lo que realmente no necesitan, como ha sucedido algunas veces, bajo el pretexto de que es de uso indispensable, y que el no comprarlo es una prueba de que se han surtido del mismo género por via de contrabando.

El impuesto cargado á una mercaderia [161] en el momento de su produccion, obliga al productor á anticipar fondos para cubrirle, y no pudiendo reembolsarse de ellos hasta despues de haber pasado mucho tiempo, disminuye forzosamente sus medios de produccion.

Asímismo, todo impuesto establecido sobre una mercaderia, ya en el instante de su consumo, ya cuando pasa de las manos, de su productor á las del consumidor, es una traba que ó desalienta ó aniquila enteramente algun ramo de industria ó de comercio; hace raros y costosos los géneros necesarios ó útiles; disminuye los medios de bienestar; altera el curso natural de las cosas, y establece entre las diferentes necesidades y los medios de satisfacerlas algunas proporciones y relaciones que no habria á no ser por estas perturbaciones que siendo por necesidad variables hacen incesantemente [162] precarias las especulaciones y recursos de los ciudadanos.

Finalmente, todos los impuestos sobre las mercaderias, sean los que quieran, exigen infinitas precauciones y formalidades molestas; motivan á cada paso mil dificultades ruinosas; son necesariamente arbitrarios, y obligan á que las leyes designen como criminales algunas acciones indiferentes por si mismas, y las castiguen con penas acerbísimas; su recaudacion es muy dispendiosa, y supone siempre la existencia de un ejército de empleados y otro de defraudadores que se acechan, acometen y destrozan, siendo unos y otros hombres perdidos ó mas bien perjudiciales para la sociedad, puesto que solo sirven de atizar y mantener continuamente en ella una verdadera guerra civil y promover las funestísimas desgracias que acarrea, así económicas como morales. [163]

Si examinamos con atencion la crítica que acabamos de hacer de estos diferentes impuestos, nos convenceremos sin duda de la solidez de sus fundamentos. Asi pues hemos hecho ver que todo impuesto exige un sacrificio, y que cada uno de ellos perjudica á los contribuyentes de un modo que le es peculiar. Con esto hemos dado un gran paso; pero no podremos todavia resolver el problema mas importante y necesario de todos para juzgar de los efectos del impuesto sobre la prosperidad nacional, á saber, sobre quien recae precisamente la pérdida que ocasiona todo impuesto, y quién es el que la sufre real y definitivamente. Examinémosle pues con atencion sin adoptar ningun sistema y estando escrupulosamente á la observacion, de los hechos como hasta aqui.

Tocante al impuesto territorial no hay duda en que le paga realmente el [164] que posee la tierra al tiempo en que se establece sin poder cargar su pérdida á otro; porque este impuesto no hace mayor la demanda de sus géneros ni la fertilidad de la tierra, ni disminuye tampoco los gastos de cultivo, ni le proporciona medio alguno de aumentar sus productos. Todo el mundo conviene en esta verdad; pero no se ha reparado en otro inconveniente mucho mas notable que lleva consigo este impuesto. No solamente arrebatá al propietario territorial una porcion de su renta anual, sino tambien una parte de su capital que produciria aquella porcion de renta á la tasa corriente del interes del dia, como lo haré

ver por medio de un ejemplo. Supongamos que yo tengo una tierra que me rinde una renta anual de cinco mil pesos, y que vale cien mil, y que el gobierno me carga hoy un impuesto perpetuo de un quinto de mi renta: mañana en igualdad [165] de circunstancias no habrá quien me dé por mi posesion mas que ochenta mil pesos, por cuyo valor se contará en el capital activo de una herencia, al paso que se contarán por todo su valor otras cosas que no habrán variado como esta; porque en efecto cuando el gobierno me dice que en adelante habrá de percibir el quinto de mi renta no hace otra cosa que declarase propietario de la quinta parte de valor de mi posesion, puesto que el valor de toda propiedad está siempre en razon directa de la utilidad que puede producir. Asi, si el gobierno se vé obligado en seguida á abrir un empréstito, é hipoteca para pago de intereses las rentas que acaba de adjudicarse, ha consumado la operacion; porque real y positivamente se ha apoderado del capital que se apropió, con la circunstancia de que le ha consumido de un golpe en vez de gastar anualmente la renta. Esto es cabalmente [166] lo que hizo Pitt cuando madó que los propietarios territoriales le diesen de una vez el capital del impuesto territorial que pagaban ellos quedaron libres de esta carga, y él se comió el capital.

Dedúcese de aqui, que cuando todas las tierras cargadas con este impuesto han mudado de manos despues que se estableció, ninguno de sus poseedores sucesivos le paga realmente; porque los que las han comprado no dieron por ellas sino su valor, deducido el del impuesto, y de consiguiente nada perdieron; los que no las compraron, sino que las heredaron, recibieron lo que hallaron, y la diferencia del valor que hoy tienen al que tenían antes de establecerse el impuesto, es lo mismo para ellos que si sus padres la hubiesen gastado ó perdido, como efectivamente la perdieron; y en las herencias no aceptadas sino á beneficio de inventario ó renunciadas por [167] malas, los acreedores del difunto son los que realmente pierden este capital, tomado por el estado de los bienes que hipotecaban ó afianzaban sus créditos.

Tambien se deduce que cuando el estado renuncia el todo ó parte de un impuesto territorial perpétuo que ya habia, hace realmente una merced á los propietarios actuales de tierras que equivale al capital de la renta que deja de percibir: es para ellos un don puramente gracioso, y al cual no tienen por cierto mas derecho que los demas ciudadanos, porque ninguno de ellos contó con este capital cuando contrató y firmó la escritura de compra de estas tierras.

Mas no sucede exactamente lo mismo cuando el impuesto no es sino por un cierto número de años; porque entónces el estado no quita realmente al propietario sino la parte de capital correspondiente á un número determinado [168] de anualidades; y así no puede hipotecar ni dar en pago á sus prestamistas sino este valor, y las tierras no pierden del suyo mas que esta parte. En este caso, cuando cesa el impuesto acaba la deuda de ambas partes, de manera que se estinguen al mismo tiempo las acciones de los prestamistas: ni deben al gobierno, ni el gobierno les debe: recibieron lo que les debia, y quedó saldada la deuda. Fuera de esto, el principio es uno mismo en este caso que en el del impuesto y renta perpétua. [169]

En suma, siempre que se establece un impuesto sobre las rentas de tierras se les quita á los que entonces las poseen un valor igual al del capital del impuesto; y cuando todas han

cambiado de mano desde que se estableció, nadie le paga ya en la realidad. Esta observacion es singular y de suma importancia.

Lo mismo puede decirse exactamente del impuesto sobre alquileres de casas, que le pagan los que las poseen cuando se establece, porque no pueden indemnizarse de él; pero los que despues las compran tienen buen cuidado de deducir de su valor total las cargas con que estan gravadas y las pagan por el que les queda. Los que las heredan les dan el mismo valor, y los que edifican despues hacen sus cuentas: si ven que puede serles ventajoso el empleo de sus capitales en casas, aunque esten gravadas [170] con el impuesto, las construirán hasta que la afluencia de capitales á este ramo de industria disminuya sus ganancias y los desvien de él; pero si conocen por el contrario que no les son útiles estas especulaciones, no las harán hasta que la escasez de casas suba el alquiler de ellas y esta nueva circunstancia convide y atraiga los capitales. En suma, el capital del impuesto le paga por entero el que posee la finca cuando se establece; pero una vez enagenada, el propietario que continúa pagándole, nada pierde de su capital, y no tiene motivo justo para quejarse de él.

Lo mismo y por igual razon puede decirse del impuesto que el gobierno establece alguna vez sobre los intereses que debe por capitales que tomó á préstamo, pues el desgraciado acreedor sufre no solamente todo el daño de la retencion que no puede cargar á otro, sino que tambien [171] pierde la parte del capital correspondiente á los intereses retenidos. La prueba es que cuando va á vender su crédito no le dan por él sino su valor, menos el de la carga que tiene, á no ser que haya variado la tasa del interes del dinero; de donde se deduce que los poseedores subsiguientes de esta misma renta nada pagan de ella, porque la recibieron en este estado ó por el valor que le queda en virtud de estipulaciones libres ó de herencias aceptadas voluntariamente.

Pero no es el mismo el efecto del impuesto sobre las personas; porque ó es el que se reputa cargado á las riquezas ya adquiridas, ó el que tiene por causa los medios de adquirirlas, esto es, cualquier ramo de industria. En el primer caso sufre toda su pérdida la persona sobre quien se impone, no estando en su mano el cargarla á otro; pero como la tasa del impuesto es de por vida, y todos sucesivamente [172] estan sujetos á él á proporcion del caudal que se les atribuye, de aqui es que la primera persona gravada pierde las anualidades que paga y no el capital, y asimismo, que no liberta de pagarlas tambien á los que viniesen tras él: asi cuando cesa este impuesto, sea la época la que quiera, nada ganan los que le pagaban, aunque sí dejan de perder; porque propiamente hablando es una verdadera carga que cesa de prolongarse.

En el segundo caso, esto es, cuando el impuesto personal tiene por motivo un ramo particular de industria, es igualmente cierto que el primero que le paga ni pierde el capital, ni exime de pagarle á los que egerzan tras él aquel mismo ramo de industria; pero da lugar á otras consideraciones que merecen examinarse con algun detenimiento. El hombre que egerce una industria; cuando viene á gravarla un impuesto personal, [173] como por egemplo el establecimiento ó aumento de los derechos de patentes, maestrías, gremios y otros semejantes, tiene que tomar por precision uno de estos dos partidos, ó abandonar su profesion ó pagar el impuesto si conoce que todavia puede tenerle cuenta el continuar en ella. En el primer caso, no hay duda que sufre un mal, pero al cabo no paga el impuesto y

Este efecto que produce el impuesto sobre los que ya egercian el ramo de industria que grava, no alcanza á los que [175] comienzan á egercerle despues; porque encuentran hecha la ley, y puede decirse que se obligan á emplearse en él con esta condicion; asi el impuesto respecto de estas personas aumenta los gastos que requiere su profesion, como por egemplo, el alquiler de taller ó el valor de herramientas y máquinas. Abrazan este arte porque calculan que á pesar de los gastos que ocasiona es el que puede ofrecerles el mejor empleo de la industria que entienden y del capital que poseen; y aunque es verdad que anticipan el impuesto, tambien lo es que este no les quita realmente nada. Los que efectivamente le pagan son los consumidores que hubieran podido procurar las mismas ganancias á estos productores y comprarles al mismo tiempo mas baratos los productos de que ellos necesitan; de donde se deduce que si se quita el impuesto, estos productores tendran una ganancia real [176] con la cual no contaban, y podrán gozar de ella á lo menos hasta que se aumente el número de rivales atraidos del cebo de las mayores ganancias que ofrece este ramo de industria: asi se encuentran trasportados gratuita y casualmente á una clase mas favorecida de la sociedad, al paso que aquellos compañeros suyos que egercian la misma industria antes de haberse establecido el impuesto, no hacen mas que volver á su antiguo estado. Tenemos pues que el impuesto personal establecido sobre la industria tiene efectos muy distintos; pero el mas general es disminuir las conveniencias y goces de los consumidores, puesto que los productores les cercenan ó no les dan aquella porcion de productos que equivalen á la porcion de dinero que pasa á manos del gobierno.

No me detengo á explicar otros pormenores; pero importa muchísimo habituarse [177] á juzgar estos diferentes rodeos y rechazos de la carga de los impuestos y seguirlos mentalmente en todas sus modificaciones. Pasemos á hablar de los impuestos sobre escrituras, actas, registros y demas instrumentos de transacciones sociales.

Para entender bien esta materia es menester comenzar distinguiendo la porcion del impuesto que sirve para aumentar los gastos judiciales de los cuales hace parte, de la otra porcion relativa á las compras y ventas. La primera la pagan los litigantes condenados á ello en juicio, pero es dificil designar la clase de la sociedad á quien perjudica mas, aunque es claro que debe gravar particularísimamente aquellas propiedades mas sugetas á contencion, que son los bienes raices; de donde se deduce que semejante impuesto disminuye

ciertamente su valor venal, y que los compradores de ellos despues de establecido [178] el impuesto, se han indemnizado de antemano de la pérdida que ocasiona, comprándolos por su valor total menos el que les quita el impuesto, al paso que sus antiguos poseedores sufren toda la pérdida si litigan, y si no una parte de él, puesto que se ha disminuido realmente el valor de sus propiedades. Consiguientemente si cesa el impuesto, recobran estos lo que perdieron y aquellos ganan graciosamente lo que dejaron de pagar cuando las compraron, poniéndolos en una situacion mucho mas ventajosa que la que tenian, y con la cual no contaban cuando hicieron sus especulaciones de compra.

Lo mismo sucede y sin restriccion alguna respecto de la otra parte de este impuesto sobre las transacciones relativa á las compras y ventas, como son laudemios y ventas, uno por ciento, amortizacion y otros, que la pagan por entero [179] los que poseen los bienes, cuando se establece el impuesto; pues el que los compra despues tiene buen cuidado de deducir esta carga de su valor total, y asi nada paga realmente. Mas si al tiempo de establecerse el impuesto sobre estos bienes se estableciesen otros sobre diferentes actos de venta que alcanzasen á otras propiedades ó á otros empleos de capitales, sucederá que unos y otros bienes se deteriorarán, y de consiguiente conservarán entre si, á lo menos en parte, la proporcion de su valor; y la pérdida de los unos equilibrará la de los otros; porque ello es evidente que el precio venal de toda especie de renta es relativo al de todas las demas, de modo que si se pudiesen contrapesar exactamente todas estas pérdidas respectivas, podríamos asegurar que la pérdida total que ocasiona el impuesto se habia distribuido exactisima y proporcionalmente, que es cuanto se puede [180] desear; porque esta pérdida es inevitable, siendo el impuesto esencialmente una suma de medios arrebatada á los gobernados para ponerla á disposicion del gobierno.

Todavia son mas complicados y variados que estos los efectos de todo impuesto sobre las mercaderias. Para discernirlos y ponerlos de manifiesto será conveniente que traigamos á la memoria que toda mercaderia tiene un precio natural y necesario cuando pasa á manos de su consumidor, el cual consiste en el valor de todas las cosas que consumieron para subsistir los que la fabricaron y acarrearon, durante todo el tiempo que emplearon en sus respectivas funciones. Llámole natural porque se funda en la misma naturaleza de las cosas y es independiente de toda convencion, y le llamo tambien necesario porque si los que trabajan no recibiesen lo bastante para su subsistencia, [181] ó perecerian ó se aplicarian á otra especie de trabajo menos ingrato, asi cesaria aquel enteramente; pero este precio natural y necesario nada tiene de comun con el venal ó convencional que adquieren las mercaderias por efecto de las ventas libres; porque una cosa puede haber costado poco trabajo, ó por preciosa que sea, ponerse en venta por uno que la ha robado, y en ambos casos ofrecerse á un vil precio sin que el vendedor pierda nada; pero tambien puede apreciarla mucho y no querer desprenderse de ella sino por un precio exorbitante, y en caso de encontrar muchos que la apetezcan dar la ley y venderla por el dinero que quiera. Puede suceder por el contrario que una cosa haya costado infinito trabajo al que la ofrece, y que no solo no tenga necesidad de ella, sino que la tenga muy urgente de venderla y no halle quien se la quiera comprar; [182] en cuyo caso se verá forzado á venderla por lo que le quieran dar sufriendo una pérdida enorme. Por consiguiente, el precio natural se compone de la suma de los sacrificios que anteriormente ha hecho el vendedor, al paso que la oferta del comprador es la que fija el precio convencional; y asi son dos cosas estrañas é independientes una de otra: lo que sí sucede es, que cuando el precio convencional de

cualquier trabajo se mantiene constantemente inferior á la tasa de su precio natural y necesario, es indispensable que cese este trabajo, pues nadie se afana por lo que no le produce utilidad. En estos casos acude la natural condicion de las cosas al remedio del mal; porque cesando el trabajo, dejan de aumentarse sus productos; escasean cada día mas, y por poco útiles que sean, la misma escasez los hace mas apetecibles; se hacen mas sacrificios para obtenerlos, y [183] asi va subiendo insensiblemente su precio convencional ó venal hasta ponerse al nivel del precio que la misma naturaleza fija á esta clase de trabajo, y que es necesario para que continúe ó comience á hacerse de nuevo; y véase aqui como se forman todos los precios en la sociedad.

Dedúcese de aqui que los que no saben egecutar mas que una especie de trabajo cuyo precio convencional es inferior al valor natural, ó perecen ó se dispersan; que los que egecutan un trabajo ó en otros términos egercen un ramo de industria cuyo precio convencional es rigurosamente igual á su valor natural, esto es, cuyas ganancias apenas pueden contrapesar con sus necesidades mas urgentes, vegetan y arrastran una vida miserable; y finalmente, que los que tienen talento y habilidad para egercer una industria cuyos productos tienen un precio convencional que escede al necesario [184] absoluto, gozan, prosperan, y de consiguiente se multiplican; porque es tan maravillosa la fecundidad de toda especie viviente, aun entre los mismos vegetales, que el solo dique se opone al aumento del número de sus individuos es la falta de alimento para todos los gérmenes que nacen. Esta sola circunstancia es la verdadera causa del estado retrógrado, estacionario ó progresivo de la poblacion en la especie humana; y las calamidades pasajeras como el hambre ó la peste influyen poco en esta parte. El veneno que corrompe en su nacimiento las fuentes de la vida es un trabajo absolutamente improductivo ó insuficientemente productivo. Asi lo hicimos vez cuando hablamos de la naturaleza de nuestras riquezas, de los valores y de la poblacion, y no me ha parecido fuera de propósito repetirlo aqui.

Bastan estas nociones para conocer [185] que todo impuesto sobre las mercaderias influye diferentemente en sus precios, y mas ó menos segun el modo con que se establece, y la naturaleza de los géneros sobre que recae. Por egemplo, no hay duda en que cuando el gobierno egerce un monopolio, ó se reserva la venta esclusiva de ciertos géneros, pagan los consumidores directa é inmediatamente la suma total del impuesto sin poder dejar de pagarla, y el impuesto tiene en estos casos toda la estension posible; pero tambien es verdad que esta venta esclusiva aunque la supongamos forzada, no puede ser tan arbitraria como se quiera, porque no puede pasar ni en cuanto al precio ni en cuanto á la cantidad de un cierto límite, cual es la posibilidad de pagarla: cesa indispensablemente en este caso cuando ya seria inútil exigirla, ó traeria mas gastos que productos. Esto es lo que sucedió en Francia con la gabela, y [186] este es el caso en que llega al maximum de la exaccion posible.

Si la venta esclusiva no es forzada varia segun es la naturaleza de la mercaderia; si por egemplo, el género no es necesario, disminuye su consumo á medida que sube su precio, porque nunca hay en la sociedad mas que una cierta suma de medios que poder destinar para cada especie determinada de goces. Tambien puede suceder que sin que suba mucho su precio disminuyan considerablemente las ganancias, ya porque muchos de los consumidores se abstengan enteramente del uso de él, ya porque le sustituyan con otro; pero en todos estos casos pagan efectivamente el impuesto los que se obstinan en consumirlo.

Si por el contrario no siendo forzada la venta exclusiva del gobierno recayese sobre una mercadería de primera necesidad, entonces será equivalente á una venta [187] forzada; porque es cierto que el consumo se disminuye á proporcion que sube su precio, es decir, es cierto que todos en general deberán sufrir, y que los que no tuviesen medios para comprarla habrán de perecer; mas como al fin es una cosa necesaria subirá indefinidamente el consumo segun que suban los medios de pagarla, y pagarán aquel los consumidores de la mercadería.

Si de estos medios violentos descendemos á examinar otros mas suaves notaremos que son semejantes sus efectos, y que solo difieren en el mayor ó menor grado de energía, siendo el mas eficaz de todos el impuesto que se establece sobre una mercadería en el instante de su produccion, porque inevitablemente alcanza á toda la cantidad de ella, sin que pueda eximirse la parte que consume el mismo productor, ni la que puede averiarse ó perderse en almacenes antes de darle salida. [188]

Del número de estos impuestos son los que se cargan á la sal cuajada en los esteros; al vino en el momento de la vendimia ó antes de la primera venta, y á las cervezas en la fábrica. Pertenecen asimismo á esta clase todos los impuestos sobre el azúcar, café y otros muchos géneros que se recaudan luego que llegan á nuestros puertos; porque no produciéndolos nuestro pais, puede mirarse el instante en que llegan á él como el de su primera produccion.

Si el impuesto cargado á una mercadería en el instante de su produccion, recae sobre un género poco necesario, entonces el gusto ó la aficion que se tiene á él es la verdadera medida de la estension del impuesto; y de consiguiente cuanto mas se aumente el deseo ó mas urgente se haga la necesidad de ella tanto mas productivo será el impuesto: por esta razon para sacar mucho partido del [189] tabaco ha sido preciso que se introduzca el gusto de él en el pueblo y que su uso se haya hecho una necesidad. Asi es que habiéndose instituido la sociedad para que los hombres puedan satisfacer mas fácilmente las necesidades que les dió la naturaleza, el fisco parece que está destinado á crear en los hombres necesidades artificiales ó facticias para privarlos de satisfacer una parte de ellas y hacerles pagar la otra á caro precio.

Cuando este mismo impuesto que se hace en el momento de la produccion recae sobre un género mas necesario, entonces es susceptible de mayor estension; pero con todo eso si la produccion de este género costase mucho trabajo y anticipaciones, luego encontrará el impuesto un límite que no podrá traspasar, no porque deje de desearse como antes, sino porque no hay medios para pagarle, mediante que es preciso que el productor [190] perciba una gran parte de su precio para no morir de hambre, y de consiguiente queda menos para el fisco.

Mas donde el impuesto despliega toda su fuerza es en los géneros mas necesarios y cuya produccion cuesta poco, como por ejemplo en la sal; porque aqui toda la ganancia es para el fisco, y sin duda por esta razon le han mirado con tanta predileccion los empleados del gobierno. Las minas muy ricas producen el mismo efecto hasta cierto punto; pero como los gobiernos se han apropiado exclusivamente la propiedad de ellas, no ha sido menester

cargarlas de impuestos, equivaliendo lo que hacen á las operaciones de una venta exclusiva. Si fuera posible vincular el dominio del ayre y del agua hubieran sido obgetos de imposiciones, de que el fisco sacaria una renta muy considerable y productiva; pero la naturaleza ha diseminado demasiadamente [191] esas materias. En Arabia no es dudable que los exactores de tributos sacarian gran partido del agua, y tal que nadie la beberia sin su permiso. Por lo que hace al ayre los impuestos sobre ventanas han hecho ya cuanto era posible hacer.

El vino no es como el agua un presente gracioso de la naturaleza, sino una produccion del hombre que le cuesta mucho afan y desvelo, y que exige forzosamente muchas anticipaciones. Sin embargo, está en Francia tan gravado este género de impuestos recaudados en el instante de su produccion, que á pesar de ser hoy día un género de necesidad tan forzosa y cuyo uso es tan apetecido, nos pareceria imposible que pudiese sobrellevar estas enormes cargas, si no supiésemos que una parte de ellas gravita directamente sobre las tierras de viñas, y que de consiguiente solo acarrea una gran disminucion en el precio del arrendamiento [192] que pudieran percibir los dueños si no fuese por esta circunstancia. Por tanto el efecto que produce este impuesto igual al que hemos visto que tienen todos los que son territoriales, es arrebatar al propietario del suelo una parte de su capital, pero sin influir en el precio del género ni disminuir las ganancias del productor; de modo que la economia social queda intacta aunque el capitalista queda mas pobre. Verdad es que este podrá si quiere aplicar sus tierras á otra especie de cultivo, pero si el que elige no le produce mas de lo que le producian las viñas despues de deducida la suma del impuesto, su suerte será una misma, pues sufre igual pérdida.

Si se estableciese un impuesto sobre el trigo en el instante de su produccion, como sucede con el vino, fuera del diezmo que pagan ambos generos casi en todas partes, claro es que podria ser tan [193] pesado como éste y produciria los mismos efectos; es decir que una parte recaeria sobre las tierras de pan llevar y disminuiria su renta, pero sin tocar al salario de la produccion, y de consiguiente sin aumentar el precio del género. Si los gobiernos en general no han echado mano de este impuesto, no creo yo que lo hayan dejado de hacer por un respeto supersticioso á una materia que es el alimento principal del pobre, pues vemos por otra parte que le han gravado de infinitos modos que aumentan considerablemente su precio; sino mas bien porque es mucho mas difícil poner centinelas á la entrada de todas las troges, que registrar las bodegas: por lo demas la semejanza es completa.

Observemos para concluir este artículo, que todo impuesto cargado á un género de uso indispensable, en el instante de su produccion, equivale á una verdadera [194] capitacion, y que entre todas las capitaciones ninguna es mas cruel para los pobres que esta, asi porque son los que consumen mayor cantidad de géneros de primera necesidad, como porque estos son su único alimento, y porque ellos absorven casi todos sus gastos no pudiendo subvenir con cuanto tienen sino á las necesidades mas urgentes. Vemos pues que esta capitacion se reparte, no en proporción de la riqueza, sino de la miseria, ó en razon directa de la necesidad é inversa de los medios; por cuyo solo principio podremos apreciar justamente semejantes impuestos. Son muy productivos porque la clase de los pobres es la mas numerosa, y en este gran número producen grandes sumas: por otra parte molestan poco á los ricos y poderosos que tendrian medios de hacer valer sus quejas; y no debemos

disimular que estas dos causas son las únicas que realmente determinan [195] la preferencia que en los todas partes se da á este género de impuestos.

Tocante á los impuestos establecidos sobre diferentes mercaderias, ya en el instante de su consumo, ya en las varias detenciones que sufren en los caminos, mercados, puertos, puertas de ciudades, tiendas &c., no tenemos que hablar particularmente, siendo sus efectos los mismos que los que produce la venta exclusiva ó la tasa en el momento de la produccion, los cuales acabamos de indicar. Se diferencian únicamente en que son por lo regular menos generales y absolutos, porque son muchos, muy distintos, y rara vez pueden alcanzar á tan gran estension de país: por lo comun estas tasas son medidas locales: un peage, por egemplo, no alcanza sino á los géneros que pasan por el camino real ó por el canal en donde está establecido. Los derechos de entrada de puertas no influyen [196] directamente mas que en los consumos que cada pueblo hace, suponiendo que nada se pague por los pasaportes. Un impuesto establecido sobre los géneros que vienen á un mercado ó á una tienda no grava á los que se venden en el campo, ni en ferias extraordinarias: asi que, no trastornan tan generalmente los precios de las cosas ni las industrias que los producen, sino con mas irregularidad limitándose á los puntos en que se pagan; pero en ellos es inevitable que alteren el precio de los generos, porque luego que se recarga una mercaderia es preciso que sufra su productor ó su consumidor.

Aqui vuelven á encontrarse con respecto á los productos y efectos del impuesto, las consecuencias que acarrear las dos importantes circunstancias peculiares á toda mercadería, á saber: 1.^a ser de primera necesidad ó de placer y de lujo: 2.^a que su precio convencional y venal sea [197] mayor ó solamente igual á su precio natural y necesario, porque inferior no lo puede ser por mucho tiempo, como ya hemos dicho.

Si la mercaderia gravada con el impuesto fuese de primera necesidad, es claro que se consumirá mientras que hubiese medios de comprarla; pero en el caso de ser su precio convencional igual á su precio natural nada podrá ceder el productor, y de consiguiente toda la pérdida recaerá sobre el consumidor; y si disminuye la venta, y por lo mismo el producto del impuesto, es señal de que los consumidores sufren y perecen.

Esto es cabalmente lo que sucede en nuestras envejecidas naciones que ocupan un territorio ceñido mucho tiempo ha por ciertos límites sin poder conquistar otro alguno que no esté ocupado y cubierto de habitantes, con respecto á todas las mercaderias de primera necesidad. [198] La larga y repetida lucha de intereses contrarios entre el productor y consumidor ha puesto necesariamente á cada uno en el lugar que le corresponde en la escala de la sociedad segun su mayor ó menor talento; porque aquel, por egemplo, que tiene una habilidad particular para fabricar cosas preciosas y apetecidas, abrazará estos ramos de industria, alzará la tasa de sus productos, satisfará con las ganancias que tuviese sus necesidades y las de su familia, y todavia podrá quedarle alguna cosa; al paso que el que no tuviese semejante habilidad, se aplicará á las producciones mas indispensables, porque son cabalmente donde es mayor la demanda; pero como son muchos los que pueden acudir á ellas, no podran rendirles por su trabajo sino un salario que apenas les bastará para mantenerse. Por otra parte es inevitable que suceda asi, porque nadie puede carecer de estos géneros [199] de primera necesidad, sobre todo los mas pobres de las demas clases que ocupados en otras distintas producciones tienen que consumirlos sin producirlos, y estos

pobres solo pueden subsistir en proporcion de la facilidad de procurarse estos géneros: de donde se deduce que cuanto mas indispensable es una profesion, tanto menor debe ser la ganancia de los que se apliquen á ella por falta de capacidad para otras. El único medio directo de mejorar la suerte de estos hombres, que son los últimos de la sociedad por su poca habilidad y talento, es hacerles entender que su bienestar depende de no multiplicarse mucho, y dejarles una absoluta libertad de elegir la patria que quieran y establecerse donde puedan egercer con mas fruto la poca habilidad que tienen; y véase aqui la razon por qué los gobiernos deben permitir siempre la espatriacion. Hay algunas otras medidas políticas que [200] pudieran contribuir indirectamente a defender la estrema debilidad de estos hombres de padecer la estrema miseria, y hablaremos de ellas en otro lugar. Por lo demas, aunque estos individuos son muy dignos de nuestra commiseracion, no son por cierto tan desgraciados como lo serian en el estado salvage, y la prueba de ello es que vegetan en la sociedad en mayor número; porque el hombre nunca perece sino por sufrir mas de lo que alcanzan sus fuerzas.

Todo esto lo hemos ya dicho en diferentes lugares de esta obra segun se nos ha presentado la ocasion; pero no me ha parecido fuera de propósito repetirlo aqui con motivo del impuesto; porque la historia de las rentas y gastos del gobierno es el compendio de la historia de la produccion y consumo de toda la sociedad, siendo el gobierno considerado por este lado, un censalista poderoso que [201] aunque no tiene capitales propios, tiene una autoridad que suple por ellos. Pudiéramos decir sin forzar demasiado la semejanza de que se habló mas arriba entre la circulacion de las riquezas y la de la sangre, que la circulacion causada por el gobierno en la sociedad se asemeja completamente á la circulacion pulmonar en el individuo: se surte de la masa total, y vuelve á refundirse en ella despues de haberse hecho separadamente, pero de un modo absolutamente semejante.

Cuando la mercaderia cargada con el impuesto, no es de primera necesidad, y no obstante esto, su precio convencional es solamente igual á su precio necesario, es prueba de que el consumidor aprecia poco los goces que le procura. Si en este estado se recarga á la mercaderia con un impuesto, sus productores se verán en la precision de abandonar su industria: buscarán un salario en alguna otra profesion, [202] aumentarán en esta la miseria con su concurrencia sin que les resulte utilidad sino mas bien desventaja, porque al fin no es la que mejor conocen, y asi es preciso que sufran y perezcan en gran número. Por lo que hace al consumidor, solo pierde una cosa con que satisfaria algunas necesidades facticias, siéndole poco sensible esta pérdida, porque probablemente la sustituye con otra cuya produccion da márgen á otros salarios, mas el producto del impuesto se aniquila.

Pero si el impuesto grava una mercaderia poco necesaria cuyo precio convencional sea mucho mayor que su precio necesario, como sucede en todas las cosas de lujo, en este caso puede el fisco exigir un impuesto sin necesidad de reducir á nadie á un estado de absoluta miseria, porque á no ser que cambie la moda de ella ó venga otro nuevo capricho, siempre gastarán los consumidores [203] la misma suma total para procurarsela; y de consiguiente el productor habrá de ceder casi por entero la parte de esta suma total que se lleva el impuesto; pero como antes ganaba mucho mas de lo que necesitaba para cubrir sus anticipaciones y mantenerse, no perderá en postrer analisis sino una parte de sus ganancias y no tendrá motivo justo para abandonar su profesion. Sin embargo, aunque esto es cierto en general, tiene sus escepciones; porque tambien suelen encontrarse en todas estas artes

miradas como muy lucrativas, algunas personas que por falta de destreza ó de fortuna no ganan sino una subsistencia módica, y es claro que si viene á recargarlas un nuevo impuesto, no les queda otro recurso que dejar su profesion, en lo cual necesariamente padecen mucho.

Asi es como podremos formarnos una idea completa de los efectos que producen [204] directamente los diferentes impuestos que se cargan á las mercaderias en el acto de pasar del productor al consumidor; pero ademas de estos efectos directos acarrear tambien otros indirectos independientes de ellos, ó que se mezclan con ellos y los complican. Póngase por ejemplo un impuesto gravoso al vino al entrar por las puertas de la ciudad; es inevitable que disminuya por una parte los alquileres de las casas haciéndolas menos apetecibles, y por otra el alquiler de los viñedos haciendo menos considerable y ventajosa la salida del vino, y véase aqui como este impuesto que á primera vista parece que recae todo entero sobre el productor ó consumidor, alcanza tambien á los dueños ociosos de las viñas como si fuese un impuesto territorial; y prueba de ello es que estos propietarios harian sacrificios si se les propusiese, por reembolsar una [205] parte de los fondos del impuesto ó desprenderse de una parte del producto anual de sus viñas; como ya ha sucedido mil veces.

Aun hay mas: acostumbramos á mirar en todas nuestras consideraciones económicas como los únicos consumidores de un género á los que efectivamente le consumen para su satisfaccion personal, pero estos no son sus únicos compradores. La mayor parte de estos le busca muchas veces y se le procura para emplearle en nuevas producciones como una materia primera, ó para servirse de él como de un medio indispensable de su industria: en estos casos el efecto de todo impuesto que se ponga á este género va á parar de rechazo á todas estas producciones é industrias; lo cual sucede particularmente respecto de todos los géneros de una utilidad muy general ó de una necesidad indispensable, y asi viene á ser una [206] parte mayor ó menor de los gastos de la industria de sus productores.

Finalmente, es preciso saber que estos impuestos nunca gravan únicamente á una sola mercaderia; se exigen á un mismo tiempo de muchas especies de géneros, ó lo que es lo mismo de muchas especies de producciones y de consumos, en cada cual producen alguno de los efectos que hemos explicado segun es su diversa naturaleza, y todos estos efectos diferentes se encuentran, se chocan, se contrapesan y resisten recíprocamente. Los nuevos y mas crecidos gastos que con motivo de estos impuestos ocasiona una clase de industria, desvia de ella á los empresarios, prefieren esta alguna otra y empieza á sufrir el mismo recargo. El impuesto que gravita sobre una especie particular de consumo, impide que pueda reemplazar á otro que quizás se dejaria por esta misma causa. Dedúcese [207] de aqui que si fuese dable preveer completamente y con toda distincion estas reflexiones ó rechazos de los impuestos para poner en fiel todos los pesos, de modo que cargándolos á un tiempo causasen una presion igual sobre todas las industrias y consumos, no alterarian en manera alguna la proporcion de estos entre sí, esto es, no harian todos juntos sino el efecto general inherente á todo impuesto, á saber, que el productor tuviese menos dinero por su trabajo, y el consumidor menos goces por su dinero. Los impuestos deben mirarse como buenos, cuando á este mal irremediable no se agregan otros particulares que son los mas funestos de todos.

No me parece necesario decir mas acerca de las diferentes especies de impuestos, porque lo dicho hasta aqui basta para juzgar de ellos, y sobre todo para conocer y discernir cuanto es posible [208] las personas sobre quienes recae difinitivamente la pérdida que ocasionan.

En efecto hemos visto: 1.º que todo impuesto sobre los intereses que debe el estado y sobre las rentas de tierras, no solo le pagan anualmente aquellos sobre quienes recae sin que puedan indemnizarse de la mas pequeña parte de él cargándola á otros, sino que tambien pierden el capital, de modo que nadie mas que ellos paga realmente cosa alguna: 2.º que lo mismo sucede cuando recae sobre los alquileres de casas, fuera de otros dos efectos que produce, que son desviar á los capitalistas de toda empresa de construccion y disminuir las comodidades de los inquilinos: 3.º que el impuesto personal que tiene por motivo las riquezas ya adquiridas, no perjudica sino á las personas de quienes se exige, sin que estas eximan de él á los que le han de pagar en lo sucesivo: 4.º que la [209] pérdida que acarrea todo impuesto sobre instrumentos de transacciones sociales, la pagan realmente aquellos de quienes se percibe cuando la ocasion se presenta; pero que su sola existencia perjudica á otros muchos, deteriorando el precio de muchas mas cosas y gravando otros muchos ramos de industria: 5.º que el impuesto personal que es motivado por un ramo determinado de industria y todos los impuestos sobre las mercaderias comienzan gravando á aquellos de quienes se demanda su importe, pero que ademas de esto trastornan todos los precios y los demas ramos de la industria, y acaban por un efecto de sus diferentes choques y rechazos, recayendo sobre todos los consumidores sin que sea posible determinar á punto fijo la proporcion en que sucede con respecto á cada uno de ellos.

Conozco muy bien que estos resultados [210] separados, distinguidos y modificados, no parecerán tan satisfactorios como si despues de haber considerado la série de los intereses de los hombres como si fuese una hilera de bolas de marfil, decidiera terminantemente que solo viene á sufrir el último, al modo que la última bola es la que únicamente se pone en movimiento, cualquiera que haya sido la que recibió el impulso; pero yo he debido representar las cosas como las veo, no como me las puedo figurar; y si es cierto que en tanto agrada á nuestra razon la claridad y sencillez en todas las cosas en cuanto la alivia, y si solo con este fin creamos las abstracciones, no debemos olvidarnos de que solamente en ellas es donde se encuentra esta estrema sencillez; y que aun en la mecánica sucede que cuando se trata de cuerpos reales, es preciso atender á muchas consideraciones que no tienen lugar cuando [211] se raciona únicamente acerca de líneas y puntos matemáticos. Podrá ser sin embargo que impaciente el lector por llegar á un resultado positivo me pregunte, como se me ha preguntado ya en igual caso, qué es lo que yo deduzco de todo esto y cual es en mi opinion el impuesto preferible. Yo á la verdad podria dejar que él dedujese las consecuencias que se derivan necesariamente de los hechos que acabo de esponer, pero no obstante esto, voy á manifestar mi sentir y las razones en que le fundo, previniendo de antemano que nunca será absoluto sino relativo, porque no hay impuesto que sea bueno si es demasiado grande y aun si no guarda proporcion con los demas.

Primeramente debe tenerse presente que siendo el consumo de los hombres industriosos, ó el que hemos llamado consumo productivo, el único que reproduce lo que destruye y de consiguiente [212] el único manantial de las riquezas, debe mirársele con sumo respeto para no perturbarle jamas.

Partiendo de esta verdad, digo que el impuesto sobre los intereses ó deudas del estado me parecería el mejor de todos, si no fuese imposible pensar así, habiendo visto que equivale á una verdadera bancarrota. No se crea por esto, que yo considero útil sostener el crédito público, antes por el contrario estoy persuadido de que la facilidad que procura el crédito para abrir empréstitos es un mal muy funesto para las naciones, como lo haré ver cuando hable de las deudas del gobierno: lo que me determina invenciblemente á pensar que debe renunciarse á echar mano de semejantes impuestos son las consideraciones morales. Toda sociedad se funda esencialmente en convenciones, cuyo cimiento estable es la buena fe; por consiguiente sería perniciosísimo [213] que el gobierno fuese el primero en dar el ejemplo de la inmoralidad ó de la violación de la fe jurada. Ningún cálculo de intereses pecuniarios por ventajoso que sea, puede contrapesar con un inconveniente de tanta magnitud y de unas consecuencias tan importantes y funestas. El verdadero modo de imponer contribuciones á los prestamistas es la buena administración pública, porque esta hace que sea bajo el interés del dinero.

Después de este impuesto en que ni siquiera debemos pensar, los mejores en mi dictamen son los que más se le asemejan, esto es, el impuesto sobre las rentas de tierras y sobre los alquileres de casas, á los cuales puede también agregarse el personal que tiene por causa y objeto las riquezas adquiridas; pero no olvidando los principios que dejamos establecidos se conocerá que si doy la preferencia [214] al impuesto sobre las rentas de tierras, no es por las mismas razones que se la daban los antiguos economistas, sino porque miro los propietarios territoriales como unos hombres muy extraños á la reproducción. Por otra parte, considero estos tres impuestos que recaen principalmente sobre los ricos como una compensación de los impuestos sobre las mercaderías, los cuales por necesidad gravitan casi exclusivamente sobre la clase pobre. Me parece inútil advertir que para que el impuesto territorial sea bueno es una circunstancia indispensable que no sea tan crecido que precise á muchos propietarios á abandonar sus tierras.

También me parece admisible el impuesto sobre los actos y transacciones sociales, á pesar de los inconvenientes que tiene, con tal que no sea muy oneroso; porque extendiéndose naturalmente á muchas cosas alcanza á muchos puntos, lo [215] cual es siempre ventajoso, y no gravita inmediatamente sobre las primeras necesidades del pobre, que es otra ventaja de la mayor consideración.

Tocante á los impuestos sobre las mercaderías á que debe agregarse el personal que tiene por motivo la industria presunta, debo decir que no veo razón que impida recurrir á ellos, con tal que se eviten absolutamente las ventas exclusivas y aun más las ventas forzadas, así como toda disposición que tire á coartar la libertad del trabajo, y á hollar la propiedad individual, esto es, el libre uso de las facultades personales. En primer lugar los impuestos sobre las mercaderías de mero lujo son todos ellos excelentes y sin inconveniente alguno ofrecen muchas ventajas, porque disminuyen los efectos de la excesiva desigualdad de fortunas, alzando el precio de los gozos muy apetecidos y esquisitos; y así estas son las [216] únicas leyes suntuarias que pueden aprobarse. Mas estos impuestos son precisamente los que disgustan y hacen levantar el grito á los poderosos que viven con lujo, y por otra parte rinden muy poco al fisco, porque en todos los géneros es el gran número, aunque demasiado abatido y vilipendiado, el que constituye la riqueza y el poder de las naciones.

Por lo tanto siempre es preciso venir á parar en los impuestos sobre las mercaderías mas útiles, y aun sobre las de primera necesidad porque al fin los gobiernos necesitan de rentas públicas, y aunque es cierto que estos gravitan principalmente sobre el pobre, tambien lo es que les sirven de contrapeso y son justificados por ellos los que recaen sobre los propietarios territoriales. Por otra parte, si se recaudan á las puertas de las ciudades, contribuyen á diseminar la poblacion por todo el pais, y si en las fronteras [217] pueden ser útiles para algunas combinaciones diplomáticas, mientras que la sana política no sea la única guia que las dirija. Asi pues no me parece que deben reprobarse semejantes imposiciones. Me limito á recomendar que no sean tan pesadas que puedan arruinar ramo alguno de industria, y que sean muy variadas para que todos ellos sobrelleven parte de la carga general, y este es el modo de que todos se conserven. En esta materia no debemos olvidarnos de que solo se puede tratar de hacer el menor mal posible; y si se ha hecho una buena distribucion del mal necesario se ha obtenido ya el maximum de la perfeccion en este género.

El coste de la recaudacion y la necesidad de imponer penas y causar vejaciones son dos males accesorios de los impuestos, aunque es verdad que unos estan mas espuestos á ellos que otros. Nada tengo que decir en cuanto á esto sino [218] que nunca llegan á ser estremados cuando son moderados los impuestos y no se apoyan en formas tiránicas: asi yo no los miro sino como unas consideraciones secundarias.

Esta es mi opinion acerca de los impuestos; pero si se quisiese todavia una decision mas terminante, diré que los mejores impuestos en mi concepto son: 1.º los mas moderados, porque son los que obligan á menores sacrificios y no precisan á tomar medidas violentas, 2.º los mas variados, porque asi se equilibran unos con otros: 3.º los mas antiguos, porque con el transcurso del tiempo han ido influyendo en los precios de todas las cosas, y por consiguiente todo se ha arreglado á ellos.

Vuelvo á decir que temo mucho que esta decision no satisfaga á mis lectores. No es bastante definitiva para calificarla de sobresaliente; pero sin embargo me [219] parece que salvo la moderacion (á la cual se falta muchas veces por necesidad) podré asegurar que es bastante conforme á lo que se practica generalmente; y si fuese exacta como lo creo, seria un nuevo ejemplo de un fenómeno intelectual que aunque muy ordinario, no siempre se ha observado con la atencion que merece, á saber, que en las materias algo difíciles, la práctica es provisionalmente bastante razonable mucho tiempo antes que lo sea la teoría, y puede suplir muy bien por ella; asi se advierte despues de haberse estudiado y profundizado una materia que la sana razon pública, ó mejor diré, el instinto general, no se ha desviado tanto del buen camino, como las primeras especulaciones científicas; y la razon es muy sencilla. En la práctica estamos siempre cerca de los hechos, los tenemos constantemente á la vista, nos guian, nos detienen y nos llevan como [220] por la mano adonde debemos ir, esto es, á la verdad; al paso que en las combinaciones especulativas que consisten todas en meras deducciones, sucede que basta hacer un primer supuesto falso para perdernos y caer inevitablemente en errores muy graves, sin poder encontrar en el camino que seguimos señal alguna que nos avise el precipicio adonde corremos á despeñarnos. En esto se funda la ciega adhesion que generalmente se tiene hácia todo lo que está en práctica, y la suma desconfianza que inspira cualquier verdad nueva que es contraria á los usos recibidos. Vemos pues que esta disposicion de nuestras inclinaciones, aunque tiene el vicio de ser

estremada, no deja de tener razones en que fundarse. Mas sea lo que quiera de esto, me parece que he dicho lo bastante acerca de las rentas del gobierno, y que ya es tiempo de que pasemos á hablar de sus gastos. [221]

Pocas cosas tendré que decir sobre esta materia habiendo ya indicado los principios fundamentales. Vimos con efecto que el gobierno es en todas partes un gran consumidor; que pertenece á la clase de aquellos capitalistas que se mantienen de rentas y no de ganancias, y que aunque no tenga fondos efectivos, tiene no obstante en sus manos un poder que equivale á ellos: así, cuanto hemos dicho de esta clase de consumidores puede tambien aplicarse á él, á saber, que sus gastos ó su consumo es una destruccion real y definitiva ó que no queda nada del trabajo que asalaria, no reproduciéndose en sus manos con aumento de valor como en las de los industriales. Las riquezas que emplea y que existian realmente en la sociedad antes de pasar al fisco, desaparecen para siempre desde que las consume; y sino ¿de qué sirven y en qué vienen á parar casi todos [222] sus gastos? Sirven para pagar la milicia, la marina, los tribunales de justicia, las administraciones públicas y finalmente todos los desembolsos que exigen estos diferentes servicios. Verdad es que estos objetos son útiles y aun necesarios siempre que se atienda á ellos con economia, y no se desperdicie nada, pero tambien lo es que ninguno de ellos es productivo. Los gastos que el gobierno pueda hacer para elevar á la opulencia sus privados, son ya de otra clase muy distinta, pues no solo son absolutamente estériles sino que son ingratisimos para el pueblo á quien se ofende y ultraja en vez de servirle, sin que en ningun caso puedan cohonestarse con el pretexto de la necesidad ó utilidad pública. No sucede lo mismo con respecto á aquella parte de fondos que destina el gobierno á trabajos públicos de una utilidad conocida y general, como son puentes, caminos, calzadas, [223] canales, puertos, establecimientos y monumentos útiles; porque todos ellos contribuyen á la prosperidad pública, y como son agradables para todos y todos tambien participan de ellos, ninguno puede ni debe desaprobarnos, á no ser que sean demasiado fastuosos; pero aun en este caso no puede decirse que estos desembolsos sean directamente productivos, no reembolsándose el gobierno de ellos con ganancia, ni creándole una renta que represente el interes de los fondos que absorbieron, y aun dado caso que sucediese asi valdria mucho mas que los particulares á quienes el gobierno arrebatara para este fin las sumas que invierte, las empleasen por sí mismos en iguales objetos, porque es muy probable que pudiesen hacerlo con mucha mas inteligencia y economia. Finalmente, puede decirse lo mismo de todo lo que espande el gobierno para estímulo de las ciencias [224] y de las artes; porque la utilidad de estas sumas, aunque siempre muy ténues, es bastante problemática, puesto que el estímulo mas poderoso que puede darse á la industria consiste en abandonarla á toda su libertad, y no intervenir poco ni mucho en ella. El espíritu humano no necesita para volar de alas postizas, sino de que no se le corten las que tiene: déjesele ir por donde quiera, que él caminará á paso largo, y la irresistible fuerza de las mismas cosas le conducirá siempre á hacer lo que mas convenga en cada una de las circunstancias posibles. Llevarle por el freno á un lado mas bien que á otro, es dominarle antes que conducirlo. Pero aun suponiendo graciosamente que semejantes gastos poco considerables con respecto á la riqueza pública, fuesen siempre y sin escepcion alguna muy útiles, siempre será cierto que el gobierno no se reembolsa nunca de [225] ellos, y de consiguiente estan comprendidos en la clase de los improductivos de que ya hemos hablado.

De estas consideraciones infiero que todos los gastos públicos deben comprenderse en la clase general de los que llamamos con mucha exactitud estériles é improductivos, y de consiguiente que todo lo que se paga al estado á título de impuesto, ó aunque sea á título de préstamo, es un efecto de trabajos productivos anteriores, y debe mirarse como perdido irrevocablemente desde el día en que entra en el tesoro nacional. Repito, que no es mi ánimo decir que no sea necesario y aun indispensable que cada ciudadano haga este sacrificio, porque sé muy bien que el estado se ha de mantener, es decir, ha de hacer frente á todos sus empeños y cumplir sus obligaciones, y que no tiene otro capital que el de sus miembros; de consiguiente sé tambien [226] que cada uno de ellos está obligado á separar una parte de lo que tiene para auxiliarle, ya sea del producto de su trabajo actual, ya de la renta de sus capitales, que son asimismo el producto de un trabajo anterior, asi como separa la porcion que necesita para reparar su vivienda cuando está ruinosa y sabe que no puede habitarla con seguridad; pero debe tener entendido, y es lo que quiero decir, que lo que hace es un verdadero sacrificio; que lo que dá lo pierde la riqueza pública no menos que la suya; en una palabra, que es un gasto y no una imposicion; finalmente, quiero decir que el creer que los gastos, sean los que quieran, pueden ser una causa directa del aumento de la riqueza es un verdadero delirio; que tanto en las sociedades políticas como en las comerciales toda administracion costosa es por necesidad ruinosa, y que la mejor de todas ellas es la [227] mas económica. Por lo demas creo que esta es una de aquellas verdades que la sana razon del pueblo ha percibido mucho antes que la hubiesen puesto en claro los grandes políticos. Si del examen de los gastos ordinarios del gobierno descendemos al de los extraordinarios y al de las deudas que acarrearán, nos será muy facil juzgarlos y apreciarlos bien con el auxilio de los mismos principios; porque tambien es esta una materia tan de suyo que para comprenderla bien no ha necesitado el pueblo sino de su sana razon, y aun puedo añadir que guiado por ella sola ha aventajado á muchos de los que presumen estar por lo menos iniciados en los misterios de la ciencia económica; y sino pregúntese á las gentes mas sencillas cómo se arruina una familia opulenta, y os dirán que gastando mas de lo que tiene, comiendo mas de lo que dan de sí sus [228] rentas, y cargándose de trampas al paso que nos dicen gravemente algunos escritores recomendables por su talento y saber que los empréstitos del gobierno son una causa de la prosperidad y que la deuda pública es una mina inagotable de riqueza que por fortuna se ha descubierto dentro de la sociedad. Mas nosotros que debemos estar ya convencidos 1.º de que los gastos ordinarios del gobierno lejos de aumentar la masa total de la circulacion no hacen mas que torcer violentamente su curso y por lo regular con desventaja: 2.º de que tampoco aumentan la suma de las riquezas anteriormente producidas, de las cuales se saca lo necesario para hacerlos; debemos concluir que siendo los gastos extraordinarios del gobierno de la misma naturaleza que los gastos ordinarios son tan incapaces como ellos de producir ninguno de esos dos buenos efectos. En cuanto á la idea verdaderamente [229] ridícula de que creando contratos de intereses activos contra el estado se crea realmente un nuevo valor, nada tengo que decir, porque semejantes desatinos no merecen una séria refutacion. Sin embargo dos solas palabras bastarán para hacer ver la razon que tengo para darle este nombre. Supongamos que yo tengo un crédito contra el estado de diez mil pesos por igual suma que le anticipé, dándome en pago un papel por el cual se obliga á devolverme esta suma dentro de un año: si por haber hecho este contrato viniese yo á tener alguna cantidad mas, es claro que el gobierno que dió el papel la tendria de menos: de otro modo habriamos de decir que el comerciante que firma un contrato ó un pagaré de diez mil pesos, aumenta la masa total de las riquezas en los mismos diez mil pesos ó en alguna cantidad, y esto es un absurdo. Asi

nunca puede haber un motivo [230] justo de satisfacción en que un gobierno aumente su consumo ó en que haga grandes gastos públicos.

Mas en la hipótesis de que los gastos del gobierno deban ser muy considerables, ¿será un mal menor que haga frente á ellos por medio de empréstitos que por medio de impuestos? En otros términos: ¿será un bien para los gobernados que el gobierno haga uso de su crédito, o será útil que tenga crédito? Esto és el último problema que debo resolver, antes de concluir este capítulo. Sé muy bien que le han resuelto por la afirmativa muchos políticos y muchos escritores especulativos creyendo firmemente que el crédito publico constituye la fuerza y seguridad del estado, y que es una causa poderosa de la prosperidad en los casos comunes y el único recurso eficaz en las necesidades extraordinarias y urgentísimas; en suma que es el verdadero [231] paladion de la sociedad. Mas por respetable que parezca esta opinion, espero hacer ver y con muy buenas razones, que son debilísimos sus fundamentos. No me detendré á examinar los funestos males que causan los empréstitos á la organizacion social; el enorme poder que dan á los gobiernos; los medios que les facilitan para hacer libremente cuanto quieran sin temor de encontrar resistencia; para ganarse prosélitos; para atraerlo todo ácia sí; para enriquecer á sus favoritos, y para dispensarse de la obligacion de congregar, consultar y escuchar á los ciudadanos, lo cual acarrea rápidamente el trastorno de las leyes fundamentales, porque todas estas cosas no pertenecen al asunto de que trato. Yo no considero en este momento sino los efectos meramente económicos que producen los empréstitos; y bajo este punto de vista únicamente voy á examinar sus ventajas é inconvenientes. [232]

Dícese en favor de los empréstitos; 1.º que el gobierno á nadie quita con violencia los fondos que le procuran; mas esto en mi concepto es quererse engañar, porque aunque es cierto que cuando el gobierno abre un empréstito no fuerza á nadie en particular á que le preste (pues no considero como empréstitos los forzados sino como verdaderas contribuciones) y que el prestamista que lleva su dinero al tesoro público lo hace libre y espontáneamente, pero tambien lo es que esta operacion no finaliza aqui; porque el capitalista presta pero no regala: hace sus cuentas y ve si le puede ser útil anticipar su dinero: calcula los riesgos que va á correr y ni aun imagina posible la pérdida de sus intereses y capital; y de consiguiente pone desde aquel instante al gobierno en la necesidad de establecer hoy ó mañana un impuesto cuya suma total sea igual por lo menos al capital que tomó [233] y á los intereses que devengue; y véase aqui como su officiosidad y condescendencia ha gravado, aun sin quererlo él, no solo á la generacion presente sino tambien á las generaciones, futuras. Tan cierto es esto que aun la especie de alivio que produce momentáneamente su servicio, en tanto es alivio en cuanto se trasporta á la generacion venidera una parte del peso del empréstito.

Esta circunstancia da margen en mi concepto á un gran problema que he estrañado mucho no haber visto examinado en ninguna parte, á saber: un gobierno cualquiera que sea, ora monárquico, ora poliarquico, en suma de hombres actualmente existentes, ¿tendrá derecho para gravar á otros que estan todavia por nacer, obligándolos á pagar algun día sus gastos actuales? No puede resolverse este problema como se ha hecho con el de los testamentos contra los cuales se [234] ha dicho y con razon que ningun hombre tiene derecho de ser obedecido despues de muerto; porque si la sociedad tiene indudablemente derecho para limitar y aun quitar del todo á cada uno de sus miembros el uso de las

facultades que puedan no ser útiles, le tendrá por la misma razón para concederles y afianzarles el de ese derecho si lo considera útil; además de que los herederos naturales de los testadores son siempre dueños de aceptar ó renunciar la herencia que no les pertenece realmente sino porque las leyes se las adjudican bajo estas ó aquellas condiciones que ha querido el legislador; mas no sucede lo mismo con respecto á los intereses públicos; porque una generación no recibe de otra como una herencia el derecho de vivir en sociedad bajo las leyes que le acomode, y así la primera no le tiene para decir á la segunda: «si quereis sucederme debéis de existir de este ó de [235] aquel modo, sugetaros á estas ó aquellas formalidades; abrazar estos ó aquellos pactos;» porque de aquí se seguiria que establecida una ley, no podria ya modificarse ni abolirse. De consiguiente el poder legislativo sea el que quiera, que debe siempre mirarse como el órgano de la voluntad general actual, no puede obligar ni ligar al poder legislativo futuro que será el órgano de la voluntad general de una nueva generación. En este principio tan razonable se funda la ley de Inglaterra que ordena que un parlamento no pueda votar impuestos sino hasta la apertura de otro ó hasta una nueva sesión del mismo parlamento. Sé muy bien que el querer aplicar rigurosamente este principio á las deudas de un país donde no existe semejante ley y donde se ha estipulado de buena fe con el gobierno, sería querer autorizar la supercheria y la perfidia y burlarse de la confianza pública, y [236] antes de ahora he manifestado lo persuadido que estoy de que semejantes actos nunca pueden ser justos ni útiles, dos veces que son en mi concepto absolutamente sinónimas lo mismo que razón y virtud. Pero no es menos cierto, volviendo al ejemplo de la Inglaterra, que es una contradicción manifiesta y de consiguiente un absurdo el que un parlamento crea no tener facultades para votar impuestos sino por un año, y crea al mismo tiempo tenerlas para votar un empréstito á intereses perpétuos ó redimible á largos plazos; porque esto es lo mismo que votar la necesidad de exigir impuestos suficientes para pagar estos intereses y reembolsar el capital declarando al mismo tiempo que no tiene derecho para responder de ellos. A mi me parece mucho más franco, juicioso y leal el principio adoptado antiguamente en España de que los empeños de un Rey no ligan á su [237] sucesor; porque á lo menos el que contrata con él sabe que contrata con él solo: conoce el riesgo á que se espone y no tiene que quejarse de nadie, succédale después lo que quiera. Veremos muy pronto que este principio es en la práctica tan benéfico como razonable.

Por ahora debo ceñirme á esta verdad, que es una consecuencia forzosa de lo que hemos dicho. No hay otro medio de pagar el capital y los intereses de un empréstito que los impuestos, y de consiguiente los fondos que procuran á los gobiernos los vienen á pagar por último violentamente los miembros del estado, y lo que todavía es peor, aquellos miembros que no se obligaron á pagarlos, puesto que no se pudieron obligar ni por sí mismos por que aun no existían, ni por sus representantes legítimos ó legales. Llamo legales aquellos á quienes autoriza la ley existente y cuyos actos son [238] válidos aun cuando esta ley no sea justa.

Dicese también en favor de los empréstitos, y es lo segundo, que las sumas que facilitan al gobierno no se sacan del consumo productivo, porque no las anticipan los empresarios de industria que emplean por sí mismos sus fondos, sino los ociosos que viven solamente de sus rentas y que se proponen por este medio crearse cómodamente una que no les cueste mucho trabajo; pero esta segunda ventaja no es menos ilusoria que la primera; porque aunque sea por lo general cierto que el industrial que junta á su aplicación y habilidad el

capital que tiene para emplearle productivamente no sea el prestamista del gobierno, sin embargo suele suceder que la misma facilidad que ofrece una renta segura para entregarse á las delicias de una vida regalada y esenta de riesgos y fatigas, disgusta á muchos de ellos del trabajo, [239] abandonan su profesion y vienen al cabo á ser unos verdaderos ociosos. Por otra parte, aun suponiendo que solo presten al gobierno aquellos que habian de vivir en el ocio, resultará que si el gobierno no hubiese admitido el empréstito hubieran puesto su dinero en poder de los industriosos: estos tendrian entónces mas capitales que emplear en trabajos productivos, y la misma concurrencia de prestamistas bajaría la tasa del interes y les proporcionaria los capitales á menos costa; dos ventajas sumamente preciosas de que los privan los empréstitos públicos. En suma, todo gobierno que toma á préstamo, á no ser que haga una bancarrota, está en la precision de devolver las sumas que recibió, para lo cual no tiene otro medio que pedírselas á los ciudadanos, y de consiguiente tarde ó temprano ataca la industria, no menos que si directamente la hubiese despojado [240] de esos fondos al comenzar su operacion; y si agregamos á esto los intereses pagados hasta el reembolso del capital, veremos que en muy pocos años se ha doblado la suma total de este y agravádose el mal en la misma proporcion.

Pero los gobiernos modernos de Europa estan ya tan acostumbrados á la existencia de una deuda pública, que cuando encuentran arbitrio para hacerse con una suma á pagar sus intereses perpétuos, y dan con el medio de asegurar el pago puntual de ellos, creen que han hecho una gran especulacion y pagado todo lo que deben, sin advertir que absorviendo estos intereses una parte de la renta pública, que ya era tan pequeña con respecto á las obligaciones que no alcanzaba á cubrirlas puesto que el gobierno necesitó tomar á préstamo, deben disminuirla necesariamente, de modo que aun será mas imposible hacer frente con ella [241] á las cargas subsiguientes. Nace de aqui la inevitable necesidad de volver mañana á otro empréstito para llenar este deficit y cargarse con la obligacion de pagar nuevos intereses; y de este modo se halla al cabo de cortísimo tiempo en el caso de que se gasta una porcion considerable de todas las riquezas anualmente producidas, no ya para el servicio del estado, sino para mantener un número infinito de censualistas inútiles; y para mayor desgacia todavia, ¿quienes son estos censualistas? Unos hombres no solamente holgazanes como lo son todos los de su clase, sino tambien insensibles y egoistas que miran á sangre fria la felicidad y la desgracia de los industriosos á quienes nada han prestado; que no tienen mas interes que el que subsista el gobierno que les paga, sea el que quiera y obre como quiera, ni otro deseo que verle embarrancado en peligros y dificultades [242] que le obliguen á sostenerlos, contemplarlos y pagarles mas caros sus servicios; y por consiguiente enemigos naturales y enconados de los verdaderos intereses de la sociedad en general, ó por lo menos frios espectadores de todas sus calamidades. No quiero decir con esto que todos los censualistas del estado sean sin escepcion malos ciudadanos, sino que su posicion es tal que los arrastra á serlo; y aun digo mas, que las rentas vitalicias contribuyen esencialmente á disolver los vínculos de la sangre, y que la abundancia escesiva de efectos públicos no puede dejar de producir una multitud de truanes y tahures desenfrenados; y sino examínense por dedentro todas esas grandes ciudades que no tienen industria ni comercio y sobre todo las capitales, tocaremos las pruebas odiosísimas y funestas de esta verdad, viendo hormiguar en ellas esta clase de hombres numerosa [243] y pudiente con muchos medios de hacer prevalecer sus pasiones y de pervertir la opinion pública.

Así pues, tan falso es que los empréstitos del gobierno no son perjudiciales á la industria nacional, como el que los fondos que procuran no son violentamente arrebatados de manos de algunos particulares. Mas no son estas las verdaderas razones en que se fundan los partidarios de los empréstitos para dar tanta importancia al crédito público ó á la posibilidad de hallar quienes presten al gobierno. Lo que realmente les hace mirar este recurso como muy ventajoso, es que por su medio adquiere prontamente el estado unas sumas enormes que no se las podrian facilitar los impuestos por gravosos que fuesen; pero yo no dudo asegurar que miro esta ventaja quimérica como el mas funesto de todos los males; porque no es sino un medio inhumano [244] y violento de precisar á los hombres á hacer tan grandes esfuerzos que los aniquilen, agotando en ellos los manantiales de la vida. Montesquieu conoció profundamente esta verdad, puesto que despues de haber pintado con los colores mas fuertes el miserable estado de angustia y de tortura á que habian venido á parar en su tiempo las naciones de Europa que hubieran debido ser las mas florecientes por su aplicacion, habilidad é industria, y sin otra causa que el aumento escesivo de los gastos públicos, añade: «y lo que hace imposible el remedio en adelante es que ya no se cuenta con las rentas, sino que se hace la guerra con sus capitales. No es cosa inaudita ver á algunos estados hipotecar sus fondos en medio de la paz, y echar mano para arruinarse de mil [245] medios que llaman extraordinarios, y que por cierto lo son en tanto grado, que apenas podria imaginarlos el hijo de familia mas desordenado y disipador».

Sin duda se me dirá que esto es abusar de su crédito y no servirse de él, que el abuso no prueba que sea malo. Respondo primeramente que el abuso es inseparable del uso, y así lo confirma la esperiencia. Con efecto, apenas habrá dos siglos, que los progresos de la civilizacion, de la industria y comercio, los del orden social y acaso tambien aumento de numerario, facilitaron á los gobiernos los medios de abrir empréstitos; y en tan corto tiempo los han conducido estos peligrosos arbitrios á hacer frecuentes bancarrotas totales ó parciales; á recurrir al medio vergonzoso y [246] aun mas funesto del papel-moneda, ó finalmente á quedar sepultados bajo el enorme peso de una carga que cada dia se va haciendo mas insoportable.

Pero yo voy todavia mas lejos: sostengo que el mal no está en el abuso sino en el uso mismo de los empréstitos, esto es, que el uso y el abuso son dos cosas inseparables, y que cada vez que el gobierno abre un empréstito da un paso mas ácia su ruina. La razon es sencillísima. El tomar un empréstito puede ser una buena operacion en las manos de un hombre industrioso cuyo consumo se reproduce con ganancia; porque con las sumas disponibles que le proporciona, podrá dar mas estension á su industria y aumentar su consumo productivo y de consiguiente sus ganancias; pero el gobierno que es un consumidor de la clase de los que gastan estéril é improductivamente, se come lo que le dan, lo pierde [247] para siempre, y queda gravado con una deuda que equivale á una verdadera disminucion de los medios de que hubiera podido usar en adelante; y es inevitable que sea siempre así. Es verdad que en algunos países se han conocido mucho mas tarde los funestos efectos de estas operaciones, porque no se han podido percibir fácilmente en todos tiempos. En aquellas épocas en que los progresos de la industria y de las artes eran mucho mas rápidos que los de la deuda pública, como que se aumentaban cada dia los medios del gobierno, era difícil conocer el mal aunque realmente existia. Como el gobierno gastaba y pagaba, creyeron muchos que toda deuda pública era un manantial de riqueza y prosperidad, sin echar de ver que esta provenia de que el bien que hacian los particulares

era mucho mayor que el mal que hacia el gobierno; pero no por eso este mal era menos [248] efectivo, y en el dia nadie hay que se atreva á negarlo.

Se responde á estas poderosísimas razones con la única excusa que resta á falta de aquellas, esto es, la necesidad; pero yo insisto á pesar de eso en lo dicho, y afirmo que ni aun la necesidad es una excusa sensata en el caso de que hablamos, porque el mismo remedio es el que crea la obligacion de recurrir á él. Me explicaré. Cuando una nacion se encuentra en una situacion crítica y arriesgada, no hay duda que necesita hacer cuantos esfuerzos pueda para salir de ella; pero ningun cuerpo político puede venir naturalmente á este estado: siempre hay alguna causa anterior que le ha traído á él. A veces proviene de haber conducido muy mal el gobierno interior; y de este modo ha alentado á algun vecino inquieto á invadir sus provincias, aprovechándose de su languidez y descontento; [249] otras veces habiendo manejado acertadamente sus propios negocios, se ha querido prevaler de esto para entrometerse intempestivamente en los agenos; y ha abusado de su misma prosperidad para turbar el sosiego de otras naciones, para acometer grandes empresas, para obligar á que se escuchen con respeto ó con miedo sus escesivas pretensiones, ó finalmente, para tomar una actitud imponente y amenazadora, que provoca siempre medidas hóstiles y se acarrea el ódio universal. Estos son los estravios y los errores que ordinariamente traen consigo la necesidad de hacer esfuerzos escesivos, y de consiguiente la de recurrir á los empréstitos; y si es cierto que la insensata confianza que inspira este pernicioso recurso es la que induce á cometer semejantes, yerros, no puede caber duda en que el crédito que se mira como un remedio á estos males, es por el contrario [250] su causa verdadera. Pero en efecto la historia nos enseña que desde que los gobiernos comenzaron á tener lo que se llama crédito, esto es, la posibilidad de gastar en un instante los fondos de muchos años, comenzaron tambien á viciarse, hasta el punto de no poner términos á su prodigalidad, á su ambicion y á sus proyectos; aumentaron sus egércitos, multiplicaron sus intrigas, y adoptaron esa política inquieta y quisquillosa con la cual ni se puede evitar la guerra ni disfrutar de los beneficios de la paz. Estos pues y no otros son los hermosísimos efectos de ese crédito público que se nos quiere pintar como un bien tan precioso. ¿Pero será por lo menos útil para salvar una nacion de peligros inminentes? No. Ningun otro peligro inminente hay para una nacion mas que la invasion súbita de su territorio, en cuyo estremado caso no es el oro el que salva sino el concurso [251] de fuerzas y la reunion de voluntades: las requisiciones dan las cosas, las levadas en masa los hombres, y los empréstitos en este caso para nada sirven. El crédito para lo que sirve es para sostener guerras lejanas, esto es, para prolongarlas, y vienen á faltar cabalmente sus recursos cuando se hacen azarosas, esto es, cuando mas se le necesitaria. Entonces se hace la paz; pero antes se hubiera hecho, ó mas bien no se hubiera hecho la guerra si no hubiese habido crédito. Despues de firmada esta paz forzada y tardía es cuando se advierten las inmensas pérdidas que se han sufrido, sobre todo la sangre de tantos hombres inútilmente derramada, y las enormes sumas que se han desperdiciado, que hubieran fomentado la industria y aumentado los manantiales de las riquezas á no haber sido por la funestísima facilidad de tomar prestado. El mismo vencedor llora los laureles de que [252] se ha ceñido y la gloria de que se ha cubierto en el campo de batalla, porque nada de esto puede indemnizarle ni de los sacrificios que le han costado, ni de las deudas que ha contraído. Asi pues concluyo afirmando de nuevo que lo que se llama crédito público es el veneno que mata, y muy rápidamente, á los gobiernos modernos.

Sin embargo no aconsejaria yo que se hiciese una ley prohibiendo á los gobernantes tomar prestado y á los gobernados prestar, porque semejante ley seria absurda é inútil: absurda, porque se fundaria como el mal que la provoca y que debiera destruir, en el falso principio de que el poder legislativo actual puede ligar al poder legislativo en lo futuro; inútil, porque lo primero que harian los que quisiesen abrir en adelante un empréstito seria abolir esta ley, y tendrian derecho para hacerlo. Yo quisiera [253] mas bien que se reconociese y proclamase este principio de eterna verdad, que todo cuanto decretan cualesquiera legisladores, lo pueden modificar, variar y abolir enteramente sus sucesores; y que se hiciese entender solemnemente que este hermoso y saludable principio se habria de aplicar en adelante, como es justo, á todos los empeños que el gobierno contragese con sus prestamistas. Asi se curaria el mal en su raiz, porque no teniendo los capitalistas una garantia, no prestarian, se evitarian mil desgracias, veríamos menos familias arruinadas, y tendríamos una prueba práctica sobre las muchas que ya tenemos de que los males que parece el hombre provienen siempre de sus errores, y que el único remedio de ellos es la verdad. Con este voto concluyo cuanto tenia que decir acerca de las rentas y gastos de los gobiernos. Ahora solo me resta resumir todos los principios [254] establecidos, y hacer sobre ellos algunas ligeras reflexiones.

CAPITULO XIII

Conclusion.

Llegué en el camino que he andado á un punto tan importante que ruego al lector me permita hacer en él una breve pausa. Es inutil advertirle que lo que acaba de leer no es propiamente un tratado de economia política, sino la primera parte de un tratado de la voluntad ó la continuacion de un tratado del entendimiento. Por lo tanto no debe estrañar que no haya descendido á todos los pormenores de la economia política; pero sí deberia admirarse de que hubiese dejado de examinar en su origen nuestras necesidades y medios; de que no hubiese procurado manifestar cómo estas necesidades y medios nacen de nuestra facultad [255] de querer, y finalmente de que no hubiese indicado las relaciones de nuestras necesidades fisicas con nuestras necesidades morales.

En efecto, despues de haber observado el modo con que conocemos nuestras necesidades, nuestra flaqueza original y nuestra propension á simpatizar, no pudimos menos de conocer claramente la naturaleza de la sociedad; que ella es nuestro estado natural y necesario; que se funda en la propiedad y personalidad; que consiste en convenciones; que todas estas son cambios; que todo cambio es esencialmente útil á las dos partes contratantes, y finalmente que las ventajas generales de los cambios, que son los que constituyen el estado social, son producir el concurso de fuerzas, la acumulacion y conservacion de luces y la division del trabajo.

Despues de haber examinado los medios [256] que tenemos para satisfacer nuestras necesidades conocimos que nuestras fuerzas individuales son nuestra única riqueza primitiva; que el uso de estas fuerzas ó nuestro trabajo tiene un valor necesario, que es la única causa de todos los demas valores; que nuestra industria se reduce á fabricar y

transportar; y que el efecto de esta industria consiste siempre y únicamente en añadir un grado de utilidad á las cosas á que se aplica, y procurarnos objetos de consumo y medios de existencia.

Subiendo siempre á la observacion de nuestras facultades vimos tambien que siendo necesarias la personalidad y la propiedad, debia ser inevitable la desigualdad entre los hombres, la cual es un mal, aunque preciso. Haciéndonos despues cargo de las causas que la aumentan extraordinariamente y de sus funestos efectos nos pusimos en estado de apreciar en [257] lo que valen esas espresiones indeterminadas y vagas con que se suelen explicar los períodos y las vicisitudes por donde pasa sucesivamente una nacion así cuando prospera como cuando decae.

Puesto que todos tenemos medios, se sigue que todos somos propietarios, y teniendo todos necesidades todos somos consumidores. Estos son los dos grandes intereses que nos reunen; pero como somos naturalmente desiguales, preciso es que con el transcurso del tiempo puedan unos ponerse en estado de hacer anticipaciones y otros no; de consiguiente estos últimos tendran que vivir de los fondos de aquellos, y véanse ya aqui dos grandes clases, una de asalariados y otra de los que asalarian cuyos intereses deben ser por necesidad encontrados; porque los que venden su trabajo le quisieran vender muy caro, y los que le compran comprarle muy barato. [258]

Entre los que compran el trabajo, los unos que son los ricos ociosos no le emplean sino para su regalo personal, y como que consumen improductivamente cuanto produce, destruyen su valor y nada queda de él. Los otros que son los empresarios de industria le emplean por el contrario de un modo útil que reproduce lo que cuesta: así son los únicos que conservan y aumentan las riquezas ya adquiridas y procuran á los demas capitalistas las rentas de que se mantienen, los cuales como que no se ocupan en cosa alguna, no hacen otro uso de sus capitales ya moviliarios ya inmoviliarios sino el de alquilarlos á los industriosos mediante una renta que sale de las ganancias de estos; de donde se deduce que cuanto mas se estienda y perfeccione su industria tanto mas se aumentarán nuestros medios de existencia.

Finalmente hemos observado que es [259] tan maravillosamente grande la fecundidad de la especie humana, que el número de hombres es siempre proporcionado á la cantidad de sus medios de existencia; y de consiguiente que donde no se aumenta continúa y rápidamente este número es porque perecen cada dia de miseria muchos individuos. Tales son las verdades principales que dedugimos de la observacion de nuestras facultades y se siguen tan inmediatamente de ellas que no es posible contestarlas; pero estas mismas nos conducen á otras muchas consecuencias que no son menos ciertas.

Conocida la naturaleza de la sociedad vimos cuan imposible era dejar de desechar las ideas quiméricas de vivir fuera de ella en un estado de aislamiento, ó de fundarla en una abnegacion absoluta de sí mismo ó en una igualdad perfecta entre sus individuos.

Puestos ya en claro los efectos de [260] nuestra industria, nos fue sumamente fácil conocer que nada hay de misterioso ni de grande en la industria agrícola que la diferencie

de las demas. Hicimos ver los inconvenientes que le son peculiares, y que son realmente la causa de las diferentes formas á que está sujeta segun la diversidad de lugares y tiempos.

Conocida la causa necesaria de todos los valores vimos palpablemente como una consecuencia natural de ella que es un absurdo sostener que la moneda no es mas que un signo, y una cosa odiosa querer darle un valor arbitrario, ó reemplazarla á la fuerza con otro puramente ideal, y de consiguiente que todo establecimiento que se encamine á este fin es radicalmente perjudicial y funesto.

Despues de haber visto como se forman nuestras riquezas, y se renuevan continuamente, o como circulan, tocamos con la mano que el consumo considerado [261] en sí mismo nunca puede ser útil, y que el excesivo y supérfluo llamado lujo es siempre pernicioso; y de consiguiente que es ridícula la importancia que se ha querido dar á aquellos hombres que no tienen otro mérito que el ser consumidores de riquezas, como si este fuese algun talento muy extraordinario.

Las ideas exactas que nos formamos acerca del consumo, nos pusieron en estado de apreciar los consumos de los gobiernos, los efectos de sus gastos, de sus deudas y de los diferentes impuestos que componen sus rentas, y nos condujeron como por la mano á discernir y manifestar claramente los diversos choques y rechazos de los impuestos, y apreciar los males que ocasionan únicamente por las clases mas ó menos importantes de individuos que sufren todo su peso.

Estas consecuencias, aunque son rigurosas deducciones de verdades evidentes, [262] no por eso dejan de ser controvertidas y disputadas, y por lo tanto me fué preciso no anticiparlas, sino llegar como lo he hecho, á cada una de ellas metodicamente. Pero no todas estas verdades sufrirán la misma oposicion; porque no todas hieren tan vivamente los intereses del hombre. Las que encontrarán una resistencia porfiada, son todas las que nos conducen á fijar los diferentes grados de importancia de las diversas clases de la sociedad; porque ¿quien es el que podrá persuadir á esos propietarios territoriales tan ponderados que no son en todo rigor sino unos meros prestamistas de dinero, gravosos á la agricultura, é indiferentes y estraños á sus adelantamientos? ¿cómo será dable convencer á los ricos ociosos que para nada son buenos, y que su existencia es un mal para la sociedad por cuanto disminuye el número de los obreros útiles? [263] ¿quién es el que hará confesar á los que alquilan y pagan el trabajo, que la carestia de la mano de obra es una cosa que debe desearse y que en general los verdaderos intereses del pobre son exactísimamente los mismos que los de todo el cuerpo de la sociedad? No es solamente el interes de esas clases bien ó ma entendido el que se opone á estas verdades, sino sus pasiones, y sobre todo la vanidad, que es la mas impetuosa y antisocial de todas ellas. Cuando median estos motivos no es posible la demostracion ó á lo menos el convencimiento de la verdad, porque tienen las pasiones el arte de oscurecerla y confundirla, trasformando la luz en tinieblas. Por lo mismo decia Hobbes con tanta razon como agudeza, que si los hombres hubieran tenido un vivo deseo de que dos y dos no fuesen cuatro, habrian llegado á hacer dudosa esta verdad. Pudiera confirmarse [264] esto con algunas pruebas; y asi es cosa cierta que en muchas ocasiones es mas dificil hacer gustosa la verdad que descubrirla. [265]

ESTRACTO RACIOCINADO Ó TABLA ANALITICA DE ESTA OBRA DE
ECONOMIA POLITICA.
TOMO PRIMERO.

Nociones preliminares, página 1.

Las ideas necesidades y medios, riqueza y pobreza, derechos y deberes, se derivan de la facultad de querer.

La idea propiedad nace únicamente de la facultad de querer, porque no se puede tener idea de la persona moral, ó de nuestro yó, sin tener la de la propiedad de todas las facultades de este yó y de sus efectos. [266]

Si no fuese así no habría entre nosotros propiedad natural y necesaria, ni habría habido jamás propiedad convencional y artificial.

De la facultad de querer nacen todas nuestras necesidades y medios.

Los mismos actos intelectuales emanados de nuestra facultad de querer que nos dan la idea distinta y completa de nuestro yó y de la propiedad exclusiva de todos sus modos, nos hacen susceptibles de necesidades, y son el origen de todos nuestros medios de satisfacerlas.

Porque, 1.º todo deseo es una necesidad, y toda necesidad no es sino la necesidad de satisfacer un deseo. El deseo siempre es en sí mismo un dolor.

2.º Cuando nuestro sistema sensitivo ejerce su reacción sobre nuestro sistema muscular tienen estos deseos la propiedad de dirigir nuestras acciones, produciendo así todos nuestros medios. [267]

El trabajo, ó el empleo de nuestras fuerzas, es nuestro único tesoro y nuestro único poder.

Así, la facultad de querer es la que nos hace propietarios de necesidades y medios, de pasión y acción, de dolor y poder; de donde nacen las ideas de riqueza y de pobreza.

Todo lo que sirve mediata ó inmediatamente á la satisfacción de nuestras necesidades es para nosotros un bien, esto es, una cosa cuya posesión es un bien.

Ser rico es poseer estos bienes, y ser pobre es carecer de ellos.

Todos ellos nacen del uso de nuestras facultades, y son el efecto y representación de ellas.

Estos bienes tienen dos valores entre nosotros. El uno es el de los sacrificios que cuestan al que los produce, y el otro el de las ventajas que procuran al que los adquiere. [268]

Por consiguiente el mismo trabajo de que emanan tiene estos dos valores.

Estos dos valores del trabajo son: el uno el de la suma de los objetos necesarios á la satisfacción de las necesidades que nacen inevitablemente en el ser animado, mientras que se hace su trabajo; y el otro el del grado de utilidad que resulta de este trabajo.

Este último valor es eventual y variable.

El primero es natural y necesario, y sin embargo no es absolutamente fijo.

ADVERTENCIAS para entender algunas proposiciones contenidas en esta obra, pág. 24.

Los derechos nacen de las necesidades, y los deberes de los medios.

La debilidad es siempre el origen de todos los derechos, y el poder el origen y de todos los deberes, ó si se quiere del [269] deber general de usar bien de él, el cual comprende todos los demas.

Estas ideas de derechos y deberes no son tan esencialmente correlativas, como se cree comunmente, pues la de derechos es anterior y absoluta.

El ser animado tiene siempre el derecho de satisfacer sus necesidades en fuerza de las leyes de la naturaleza, pero sus deberes varian segun son las circunstancias.

Un ser dotado de sentimiento y voluntad, pero incapaz de accion, tendria todos los derechos y ningun deber.

Este ser ideal, si se supone capaz de accion y separado de todo otro ser sensible, tiene los mismos derechos y el deber único de dirigir bien sus acciones y emplear bien sus medios para la mas completa satisfaccion de sus necesidades.

Poned este mismo ser en contacto con otros seres que le manifiesten su sensibilidad [270] tan imperfectamente que no pueda hacer con ellos convenciones, y se verá que tiene siempre los mismos derechos, y que sus deberes ó mas bien su único deber no ha variado, sino en que es menester que influya sobre la voluntad de estos seres, y en que tiene la necesidad de avenirse mas ó menos á ella. Estas son las relaciones que tenemos con los animales.

Supóngase que este mismo ser sensible está en relacion con otros seres con quienes puede corresponderse completamente y hacer convenciones: siempre tendrá los mismos derechos esencialmente indefinidos, y el mismo deber general y único.

Estos derechos no se limitan ni este deber se modifica por las convenciones recíprocas, sino en cuanto estas convenciones son otros tantos medios de ejercer estos derechos y de observar este [271] deber con mayor perfección que antes.

Cuando se establecen estas convenciones recíprocas comienza lo justo y lo injusto propiamente dicho.

CAPITULO PRIMERO, pág. 37.

De la Sociedad.

Al principiar este tratado hemos debido examinar brevemente:

1.º Lo que son los seres inanimados, esto es, que ni sienten ni quieren.

2.º Lo que serian los seres sintiendo con indiferencia, y sin voluntad.

3.º Lo que son los seres que sienten y quieren, pero aislados.

4.º Finalmente, lo que son los seres que sienten y quieren como nosotros, pero puestos en contacto con sus semejantes.

Hablamos en esta obra solo de estos últimos, porque el hombre no puede subsistir sino en sociedad. [272]

La necesidad de la reproducción y la propensión natural á simpatizar le conducen necesariamente á este estado, y su juicio le hace conocer las ventajas de él.

Voy pues á hablar de la sociedad.

No la consideraré sino con respecto á la parte económica, porque en esta obra hablamos solo de nuestras acciones y no de nuestros sentimientos.

Considerada por este lado la sociedad consiste en una série continua de cambios; y el cambio es una transacción en la cual ganan siempre ambos contratantes. Este modo de mirar la sociedad ó los cambios nos hará entender despues claramente la naturaleza y los efectos del comercio.

No es posible considerar un pais civilizado sin asombrarnos de lo que aumentan el poder primitivo del hombre estas pequeñas ventajas que no echamos de ver, y que se repiten cada dia y cada instante. [273]

La razon es, porque esta série de cambios que constituye la sociedad tiene tres propiedades preciosas: produce concurso de fuerzas, acumulacion y conservacion de luces, y division del trabajo.

La utilidad de estos tres efectos va siempre en aumento; pero la conoceremos mejor cuando hayamos visto el modo con que se forman nuestras riquezas.

CAPITULO II, pág. 68.

De la produccion ó formacion de las riquezas.

Antes de todo, ¿qué debemos entender por esta palabra produccion?

Nosotros nada creamos; solo hacemos mudanzas de forma y de lugar.

Producir es dar á las cosas una utilidad que no tenian.

Todo trabajo del cual resulta una utilidad, es productivo.

Los trabajos relativos á la agricultura [274] no tienen por este respecto preeminencia alguna sobre todos los demas.

Una tierra tomada en arrendamiento es una verdadera manufactura.

Un campo es una verdadera máquina, ó se quisiere un conjunto de primeras materias.

Toda la clase laboriosa es productiva.

La verdadera clase estéril es la de los holgazanes.

Los fabricantes fabrican, y los comerciantes trasportan. Esta es toda nuestra industria, que consiste en producir utilidad.

CAPITULO III, pág. 82.

De la medida de la utilidad ó de los valores.

Todo lo que contribuye á aumentar nuestros placeres ó disminuir nuestros dolores es lo que llamamos útil para nosotros. [275]

Por lo regular somos apreciadores muy injustos de la verdadera utilidad de las cosas.

Pero la medida de la utilidad, que con razon ó sin ella atribuimos á una cosa, es la cantidad de sacrificios que estamos dispuestos á hacer para procurarnos la posesion de ella.

Esto es lo que llamamos precio de esta cosa, y es su verdadero valor considerado con respecto á la riqueza.

El medio de enriquecerse es emplearse en el trabajo que se pague mejor, sea el que quiera; lo cual es tan cierto respecto de una nacion como de un individuo.

Sin embargo, es menester observar que siendo el balance de resistencia entre los vendedores y compradores, el que determina el valor convencional ó el precio venal de las cosas, debe suceder que una cosa sin dejar de ser tan deseada como [276] era, será menos cara cuando se pueda producir con mas facilidad y economia.

Y esta es la gran ventaja que traen consigo los progresos de las artes: nos surtimos á menos precio porque hacemos las cosas con menos trabajo.

CAPITULO IV, pág. 95.

De la mudanza de forma ó de la industria fabril y de la rural comprendida en ella.

En toda industria hay tres cosas: teoria, aplicacion y egecucion.

De aqui tres especies de trabajadores: sábio, empresario y obrero.

Todos tienen que gastar mas ó menos antes de recibir, especialmente el empresario.

Lo que gastan ó las anticipaciones que hacen, salen de economias ó ahorros anteriores, los cuales se llaman capitales. [277]

El empresario asalaria por lo regular al sábio y al obrero; pero las ganancias de aquel son proporcionales al suceso de su fabricacion.

Es indispensable que los trabajos mas necesarios sean peor pagados que todos los demas.

Esto se verifica particularmente respecto de los de la industria rural.

Ademas de este inconveniente tiene esta industria el de que el empresario de cultivo no puede indemnizarse de la cortedad de sus ganancias estendiendo su labor ó aumentando considerablemente el número de sus tierras.

Asi no tiene aliciente esta industria para las personas ricas.

Los propietarios territoriales que no cultivan, son personas estrañas á la industria rural, no siendo mas que prestamistas de fondos.

Distribuyen estos segun las conveniencias [278] de aquellos que se los toman para emplearlos por sí mismos.

Hay en esta industria cuatro especies de empresarios: dos con mas ó menos medios que se llaman grandes y pequeños arrendadores; y las otras dos casi sin medios que se llaman parceros y pegujaleros.

De aqui nacen cuatro especies de cultivos esencialmente diferentes.

La division entre cultivo grande y pequeño es insuficiente, y está espuesta á equivocaciones.

La agricultura es pues la primera de las artes mirada con respecto á la necesidad, pero no con respecto á la riqueza.

Esto consiste en que nuestros medios de subsistencia y nuestros medios de existencia, aunque comunmente se han confundido, son cosas muy diferentes entre sí. [279]

CAPITULO V, pág. 160

De la mudanza de lugar ó de la industria mercantil.

El hombre aislado fabricaria; pero no podria comerciar.

Porque comercio y sociedad son una misma cosa.

Solo el comercio anima á la industria.

Comienza uniendo los hombres de una misma comarca; despues diferentes comarcas del pais, y finalmente diversas naciones.

La mayor ventaja del comercio exterior y la única que merece atencion consiste en dar mas actividad y estension al comercio interior.

Los comerciantes, segun el verdadero significado de esta voz, facilitan el comercio; pero este puede existir y existe de hecho antes que ellos y sin necesidad de su intervencion y servicios. [280]

Dan un nuevo valor á las cosas mudándolas de lugar, como los fabricantes mudándolas de forma.

De este aumento de valor salen todas sus ganancias.

La industria mercantil presenta los mismos fenómenos que la fabril. Hay en ella teoría, aplicación y ejecución; sabios, empresarios y obreros: estos trabajadores son pagados del mismo modo en una que en otra, y tienen en ambas las mismas funciones, los mismos intereses, &c. &c.

CAPITULO VI, pág. 176.

De la moneda.

El comercio puede existir y existe hasta cierto punto sin moneda.

Los valores de todas las cosas que tienen valor sirven de medida recíproca.

Los metales preciosos, que son una [281] de estas cosas que tienen valor, vienen muy luego á ser la medida común de todas por las ventajas que tienen para esto.

Sin embargo no son todavía moneda, porque esta cualidad no se la da á un pedazo de metal, sino la estampa del Soberano, que sirve para justificar su peso y ley.

La moneda de plata es la única y verdadera medida común.

La proporción entre el oro y la plata varía según los tiempos y lugares.

La moneda de cobre es una falsa moneda, solamente buena para hacer pequeños pagos y acabar los grandes.

Hubiera sido bueno que las monedas no hubiesen tenido otro nombre que el de su peso, y que nunca se hubiesen imaginado las denominaciones arbitrarias que se llaman monedas de cuenta, como libras, sueldos, dineros, &c. &c. [282]

Pero una vez admitidas y usadas estas denominaciones en contratos, escrituras y demás actos públicos, el disminuir la cantidad de metal á que corresponden, alterando las monedas reales, es robar.

Y este es un robo que perjudica también al que le hace.

Pero todavía es un robo mayor y más funesto el hacer de papel moneda.

Es mayor, porque en esta moneda no queda ya absolutamente valor alguno real.

Es mas funesto, porque deteriorándose este papel gradualmente, hace el mismo efecto mientras dura que el que haria una infinidad de alteraciones sucesivas de la moneda.

Todas estas iniquidades se fundan en la falsa idea de que la plata no es mas que un signo, siendo realmente un valor y un riguroso equivalente de lo que paga.

Siendo la plata un valor como cualquiera [283] otra cosa útil, debe haber tanta libertad para alquilarla como la hay para alquilar una tierra, una casa, &c.

El cambio propiamente dicho, es un simple trueque de una moneda por otra.

El banco ó el servicio propio del banquero consiste en facilitar que se tome en el punto que se quiera la misma suma de dinero que se le entrega donde él está.

Los banqueros hacen ademas otros servicios como descontar, prestar, &c.

Todos estos banqueros, cambistas, prestamistas, descontadores, &c. &c. tienen una gran tendencia á reunirse en grandes compañías á causa de la unidad de sus intereses: pretestan que lo hacen para que sus servicios sean mas baratos, haciéndolo realmente para obligar á pagarlos á mayor precio.

Todas las compañías privilegiadas despues de haber emitido muchas cédulas, acaban solicitando de los gobiernos una [284] autorizacion para no pagarlas á la vista, y de este modo introducen forzosamente el papel moneda.

CAPITULO VII, pág. 246.

Reflexiones sobre lo que precede.

Me parece que hasta aqui he seguido el mejor camino para llegar al término que me propuse.

Porque no quise hacer un tratado de economia política, sino de la voluntad, que fuese una continuacion al tratado del entendimiento: de consiguiente no he debido descender á pormenores, sino limitarme al encadenamiento severo de las proposiciones mas principales.

Sin embargo, lo que hemos dicho hasta aqui destruye muchos errores muy trascendentales.

Tenemos ya una idea precisa de la formacion de nuestras riquezas.

Nos queda que hablar de su distribucion [285] entre los miembros de la sociedad y de su consumo.

CAPITULO VIII, pág. 252.

De la distribucion de las riquezas entre los individuos.

Ahora debemos considerar al hombre atendiendo á los intereses que tienen los individuos.

La especie es fuerte y poderosa, pero el individuo es esencialmente miserable.

La propiedad y la desigualdad son dos condiciones invencibles de nuestra naturaleza.

El trabajo aun el mas torpe é inutil es una propiedad considerable, mientras que hay tierras que ocupar.

Sin razon han sostenido algunos escritores que hay no propietarios.

Aunque muchos intereses particulares nos dividan, todos estamos reunidos [286] por los que tenemos como propietarios y consumidores.

A medida que se perfecciona la agricultura se van desenvolviendo y perfeccionando las demas artes.

La miseria comienza cuando la demanda del trabajo es inferior á lo que ellas producen que va cada dia en aumento.

El estado de comodidad y conveniencia general en una nacion es necesariamente transitorio, y la causa es la fecundidad de la especie humana.

CAPITULO IX, pág. 274.

De la multiplicacion de los individuos, ó de la poblacion.

El hombre multiplica rápidamente donde tiene muchos medios de existencia.

Unicamente la falta de estos medios hace que la poblacion sea retrograda ó solamente estacionária.

Entre los salvages se detiene muy luego, [287] porque tienen pocos medios de existencia.

Los pueblos civilizados tienen más. Su población es siempre proporcionada a los medios que tienen y al buen uso que hacen de ellos; pero llega también a detenerse el incremento de su población.

Luego existen siempre tantos hombres cuantos pueden existir.

Luego es un absurdo el empeñarse en multiplicarlos de otro modo que multiplicando sus medios de existencia.

Luego, finalmente, es bárbaro el deseo de esa multiplicación de los hombres, porque siempre toca su aumento el límite de la posibilidad, y pasado este no hacen más que sofocarse los unos a los otros. [288]

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO X, pág. 5.

Explicación y consecuencias de los principios establecidos en los dos capítulos precedentes.

Traigamos a la memoria, 1.º que todos somos opuestos en intereses, y desiguales en medios.

2.º Que a pesar de esto nos reúnen los intereses que todos tenemos como propietarios y consumidores.

3.º Que de consiguiente no hay en la sociedad clases constantemente enemigas unas de otras.

La sociedad se divide en dos grandes clases, la de los asalariados y la de los que los asalarian.

Esta segunda se subdivide en dos especies, a saber: [289]

La de los ociosos ó pasivos que viven de su renta, y cuyos medios no se aumentan.

La de los laboriosos ó activos que agregan su industria a las anticipaciones que pueden hacer: sus medios apenas se aumentan después que llegan a cierto término.

Luego el fondo de que viven los asalariados viene a ser con el tiempo una cantidad casi fija.

La clase de los asalariados recibe la demasiada plenitud de las otras.

Así la extensión á que puede llegar es la que determina la de la población total y la que explica todas sus variaciones.

Síguese de aquí que todo lo que es realmente útil al pobre es siempre realmente útil á todo el cuerpo de la sociedad.

El pobre considerado como propietario tiene interés, 1.º en que se respete el derecho de propiedad, y aun le importa [290] mucho que se respete la conservación de las propiedades de los que le asalarían. También es justo y útil dejarle una libertad absoluta para que elija el trabajo que quiera y la morada que más le guste.

2.º En que los salarios sean suficientes para mantenerse. También importa á la sociedad que el pobre no sea demasiado menesteroso.

3.º En que estos salarios sean constantes. Las variaciones en los diferentes ramos de la industria son una verdadera calamidad y lo son mucho mayor las del precio de los granos. Los pueblos rurales son los más espuestos de todos á esta última desgracia; los mercantiles apenas están espuestos á la primera, y cuando lo están, siempre es por su culpa.

Considerado el pobre como consumidor está interesado en que la fabricación sea económica, las comunicaciones fáciles, muchas y variadas las relaciones mercantiles. [291] La simplificación de las operaciones de las artes y la perfección de los métodos le hacen mucho bien y ningún mal; y así se ve que aun en todas estas cosas, su interés es el mismo que el de la sociedad en general.

Examinada la oposición de nuestros intereses veamos ahora la desigualdad de nuestros medios.

Toda desigualdad es un mal, porque es un medio de ser injusto.

Hay desigualdad de poder y desigualdad de riqueza.

La desigualdad de poder es la más sensible: esta es la que existe entre los salvajes.

La sociedad disminuye la desigualdad de poder; pero aumenta la de riqueza, que cuando es estremada produce la de poder.

Este inconveniente es más ó menos difícil de evitar, según son las circunstancias. De aquí nace la distinta suerte de las naciones. [292]

Este círculo vicioso es el que explica el encadenamiento de muchos sucesos de que se ha hablado siempre de un modo vago y muy inexacto.

Del uso de nuestras riquezas ó del consumo.

Despues de haber explicado como se forman y distribuyen nuestras riquezas, es muy fácil ver como nos servimos de ellas.

El consumo es siempre lo opuesto á la produccion.

Sin embargo varía segun la especie de los consumidores y la naturaleza de las cosas consumidas. Consideremos antes los consumidores.

El consumo de los asalariados debe mirarse como consumo de los capitalistas que los asalarían.

Estos ó son ociosos que viven de rentas, ó activos que viven de ganancias. [293]

Los primeros no asalarían mas que un trabajo estéril, y asi su consumo es una verdadera destruccion, y no les es posible gastar anualmente sino sus rentas.

Pero los otros espenden cada año sus fondos y los que toman en alquiler de los capitalistas ociosos; y aun sucede que los espeden muchas veces al año.

Su consumo es de dos especies.

El que hacen para la satisfaccion de sus necesidades personales es difinitivo y estéril como el de los ociosos.

El que hacen como industriosos vuelve á su poder con ganancias.

Con estas ganancias pagan su gasto personal y las rentas de los capitalistas ociosos.

Asi pues, los industriosos pagan á los asalariados que emplean directamente, á los censualistas que viven de sus rentas, y á los que estos asalarían; de todo lo cual se reembolsan mediante la venta que hacen [294] á esas clases de gentes de sus nuevos productos.

Esto es lo que constituye la circulacion, cuyo único fondo es el consumo productivo.

En cuanto á la naturaleza de las cosas consumidas el consumo mas lento es mas económico, y el mas rápido el mas destructivo.

Asi el lujo, esto es el consumo supérfluo, no puede acelerar la circulacion ni aumentar sus fondos.

No hace mas que sustituir gastos inútiles á gastos provechosos.

El lujo lo mismo que la desigualdad es un inconveniente inseparable é inherente al aumento de las riquezas; pero no puede ser causa de este aumento.

La historia manifiesta muy bien lo que sucede donde quiera que se suprimen los gastos inútiles.

Todas las teorías contrarias á esto se [295] reducen siempre á esta proposicion insostenible: destruir es producir.

CAPITULO XII, pág. 140.

De las rentas y gastos del gobierno y de sus deudas.

La historia del consumo del gobierno no es sino una parte de la historia del consumo general.

El gobierno es un consumidor muy grande; no vive de ganancias sino de rentas.

Es útil que el gobierno posea bienes raices. Fuera de otras razones, porque cuantos mas tenga tanto menor será la cuota de los impuestos.

El impuesto es siempre un sacrificio que el gobierno exige de los particulares.

Mientras que no ataca sino á las comodidades personales de cada uno no produce otro efecto que el de mudar los gastos de una mano á otra. [296]

Pero cuando ataca ó cercena el consumo productivo disminuye la riqueza pública.

Toda la dificultad consiste en conocer y discernir los casos en que el impuesto produce el uno ó el otro efecto.

Para este fin es preciso dividir los impuestos en seis clases.

Se hace ver primeramente que los impuestos de cada una de estas seis clases perjudican de distintos modos que les son peculiares.

Se manifiesta despues á quien ó á quienes perjudica precisamente cada uno de ellos.

¿Se exige de mi una consecuencia de todo esto que pueda ser útil en materia de impuestos? Esta es. Los mejores impuestos son: 1.º los mas moderados porque son los que obligan á menores sacrificios y los que exigen menos violencias: 2.º los mas variados, porque se contrapesan unos á otros: 3.º los mas antiguos, porque el [297] tiempo ha hecho que influyan en todos los precios, y todo se ha arreglado á ellos.

En cuanto á los gastos del gobierno decimos que son necesarios pero son estériles; y así es de desear que sean los menores posibles.

Aun es mas importante que el gobierno no contraiga deudas.

Es una desgracia grande que tenga la posibilidad de contraerlas.

Esta posibilidad que se llama crédito público, arruina prontamente á todos los gobiernos que usan de él: no tiene ninguna de las ventajas que se le atribuyen y descansa sobre un falso principio.

Es de desear que se reconozca universalmente esta verdad: que los actos de un poder legislativo, cualquiera que sea este, nunca pueden obligar á sus sucesores; y que se declare solemnemente que este principio se estiende tambien á los empeños que pueda contraer con sus prestamistas. [298]

CAPITULO XIII, pág. 254.

Conclusion.

Este no es propiamente un tratado de economia política, sino la primera parte de un tratado de la voluntad.

Asi nos he debido entrar en todos los pormenores económicos, pero sí subir cuidadosamente hasta los primeros principios que se derivan de la observacion de nuestras facultades, é indicar cuanto es posible las relaciones entre nuestras necesidades morales y físicas.

Esto es lo que he procurado hacer, y hemos visto las verdades incontestables que se deducen.

Serán sin embargo puestas en duda, pero aun menos por el interes que por las pasiones.

FIN DE LA ECONOMIA POLITICA

[299] [300]

PRINCIPIOS LOGICOS O RECOPIACION DE LOS HECHOS RELATIVOS AL ENTENDIMIENTO HUMANO.

POR Ms. DESTUTT CONDE DE TRACY, par de Francia, miembro del Instituto nacional y de la Sociedad filosófica de Filadelfia.

[301]

ADVERTENCIA

Mucho tiempo ha que existe este pequeño escrito, y yo le tenia absolutamente olvidado. Publícole porque se me asegura que puede ser útil á los jóvenes que se dedican á esta clase de investigaciones, indicándoles los hechos principales que deben observar y verificar, y á los que incurriesen en la tentacion de despreciar este importante ramo de nuestros conocimientos, despertándoles la curiosidad de poseerlos. Deseo pues que sirva para ambas cosas. [302]

Si en él se encontrasen algunas aserciones que á primera vista parezcan dudosas, aventuradas ó falsas, pido al lector que no las condene irrevocablemente solo con verlas enunciadas, y que se tome el trabajo de buscar y examinar su esplicacion y sus pruebas en mis Elementos de Ideología; porque aqui no me propongo hacer una obra que supla por ellos, sino que facilite únicamente su lectura. [303]

CAPITULO PRIMERO.

DE LA LOGICA.

Lo que es la lógica y lo que debe ser esta ciencia.

No ha sido hasta ahora la lógica otra cosa que el arte de sacar consecuencias legítimas de una proposicion que se habia supuesto verdadera y estaba concedida como tal.

Pero en primer lugar, aunque las reglas que para ese fin se nos han dado fuesen [304] buenas, nada hay en ellas que nos asegure de su exactitud, pues todas se fundan sobre el silogismo, cuyas diversas formas se apoyan sobre el principio de que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre si; por lo cual el silogismo consiste únicamente en introducir un término medio entre el mayor y el menor.

Verdadero es ese principio, mas no aplicable al caso presente, porque no es verdad que el término mayor, el menor y el medio de un silogismo sean exactamente iguales entre sí, pues si lo fuesen, espresarían una sola y misma cosa. Es igualmente falso que la mayor, la menor y la consecuencia de un silogismo sean proposiciones iguales entre si: si fuesen perfectamente iguales, nada diría la una mas que la otra, y no se habría adelantado mas en la tercera que en la primera: si al contrario dice la menor otra cosa que la mayor, y la

consecuencia mas que ambas, no son iguales entre sí. Esto no tiene réplica; y así todo nuestro sistema [305] tema de argumentacion y racionio está mal fundado.

Aun cuando el principio en que se apoya este sistema le justificase plenamente nos restaba probar ese mismo principio y todos los demas sobre que se argumenta, hasta hallar en qué y por qué son verdaderos; y esto ni aun lo han emprendido los lógicos. Establecen por primer principio que no se ha de disputar de los principios; y sin embargo de eso cada uno admite mas ó menos que sus predecesores, aprobando ó censurando los que le parece; pero ninguno nos demuestra la primera causa de la verdad de los que admite y de la falsedad de los que desecha.

Unos dicen que se ha de estar á lo que dicta el buen sentido, al íntimo convencimiento, al sentimiento interior del [306] que tiene su razon libre: otros que una proposicion es cierta, indubitable, cuando tiene un sentido claro y distinto, ó cuando puesta en otros términos no puede hallársele un sentido mas claro ni mas cierto, ó cuando la contradictoria implica contradiccion y absurdo, &c. &c.

Todo esto, aunque vago y sugeto en la práctica á mil dificultades, puede ser exacto y verdadero; pero era menester manifestar por qué; y esto es lo que nadie ha hecho hasta ahora. Estas proposiciones estan, á pesar de eso, en el caso de otras muchas, cuya verdad necesita probarse y es susceptible de esplicacion y demostracion, porque no se ha encontrado al primer paso. Preciso es que se pueda mostrar claramente cómo se ha llegado á ella y qué razon ha habido para fijarse en ella. El hombre ha sentido antes de juzgar: ha hecho juicios confusos antes de formar proposiciones explícitas: ha asentado proposiciones particulares antes de establecerlas generales; y todo esto pide esplicacion.

No habiéndose hecho esto debemos convenir en que nuestra lógica, aunque nada hubiese que reprender en sus operaciones, apoya en una idea falsa la deduccion de las consecuencias: está falta [307] de un punto fijo, en que se aseguren todos sus principios; y por consiguiente carece de una base cierta de que poder partir y que pueda afianzarnos la solidez y realidad de lo que sabemos ó creemos saber: por cuya causa jamas ha sido posible refutar victoriosa y metodicamente á los escépticos mas temerarios, y se han contentado sus adversarios con eludirlos y confundirlos con un desprecio afectado que oculta y descubre al mismo tiempo la impotencia de vencerlos, siendo mas fácil despreciar que responder.

Podrán, y acaso deberán haberse contentado con esta situacion precaria mientras que la ciencia humana ni aun daba esperanzas de llegar al origen y causa primera de toda certeza, habiendo hecho cortos progresos y consistiendo casi únicamente en algunas especies ó ideas mas ó menos felices; pero en el dia son muchos los adelantamientos que atestiguan la fuerza del entendimiento humano: muchos de nuestros descubrimientos no son frutos casuales del genio que adivina, sino efectos de la razon que vé: muchas aserciones establecidas metódicamente se han encontrado confirmadas por hechos posteriores; finalmente, todo prueba que hay verdades ciertas para nosotros y que nuestra [308] inteligencia puede tener una marcha segura y constante en todos los ramos de sus investigaciones: hay pues un derecho y un deber de exigir que la lógica que pretende presidir á todos nuestros conocimientos, sea en sí misma una ciencia rigurosa; que tenga un punto fijo de donde partir; que todos sus principios no sean mas que consecuencias de un

primer hecho ó fenómeno presentado por la naturaleza; que nos dé la razón de nuestros extravíos y de nuestros aciertos, en una palabra, que sea realmente la ciencia de la verdad y nos manifieste claramente en lo que esta consiste. Esto es lo que debe hacer y lo que debe ser la lógica. Hasta tanto no se la puede considerar sino como un juego frívolo y el más engañoso de todos: preciso es renovarla totalmente.

CAPITULO II.

De nuestra existencia, y cómo esta consiste en que sentimos.

Síguese de lo que acabamos de decir, lo primero, que la lógica no puede consistir sino en el estudio de nuestra inteligencia, [309] pues que las operaciones de esta son las que se trata de examinar y juzgar: lo segundo, que su primer cuidado debe ser el de buscar cuál es la primera cosa de que estamos seguros para pasar de esta á las que se deriven necesariamente de ella y tendrán por consiguiente igual certidumbre. Pero estas dos condiciones nos traen á la par al estudio de nosotros mismos; porque ¿donde podríamos hallar esta primera cosa ó este primer hecho sino dentro de nosotros? Entremos pues con la reflexión en nuestro interior. ¿Qué encontramos en él? El sentimiento. No existimos sino porque sentimos, y no existiríamos si no sintiésemos. Nuestra existencia consiste en sentirla en las diversas modificaciones que recibe, y al mismo tiempo estamos seguros de sentir lo que sentimos. Así pues la primera cosa que sabemos es nuestra propia existencia, y la sabemos indubitadamente.

He aquí un primer hecho cierto; he aquí la primera certidumbre de todas. Descartes fué el que dió este primer paso hecho. Después de haber convenido consigo mismo en mirar como dudoso todo cuanto hubiese podido saber y conocer, dijo: yo dudo, siento que dudo, estoy [310] seguro de dudar, ó por lo menos de creer que dudo; pero dudar ó aunque no sea más que creer dudar es sentir, es pensar algo; y pensar ó sentir es existir: luego estoy seguro de ser, de existir siendo un ser pensador. De este modo fue el primero de los hombres que halló el verdadero principio de toda lógica; y después de él todo lo que se ha hecho verdaderamente importante en esta ciencia, se ha reducido á echar por tierra la hipótesis de las ideas innatas que él mismo había creado imprudentemente; á manifestar [311] más circunstanciadamente que él nuestras varias operaciones intelectuales, y á conocer cómo estas nos hacen ver la existencia de los seres distintos de nosotros. Pero Descartes se extravió inmediatamente después de haber comenzado tan bien, por haber saltado algunos intermedios, y los que le han seguido no han procedido aún con bastante rigor. Tomemos pues no más que en la entrada el camino que él abrió, y sigámosle paso á paso como él debiera haberlo hecho, sin cuidarnos de seguirle como nuestra guía y mucho menos á otro alguno.

Yo estoy seguro de que siento, y mi existencia consiste en sentir: así yo estoy más inmediatamente asegurado de mi existencia que de la de otra cosa cualquiera. Empecemos pues examinando esta existencia directamente y con separación de todas las demás, y veamos lo que podemos notar en la sensibilidad que la constituye.

Únicamente se trata aquí de observar nuestra sensibilidad: sus actos, es decir, sus diferentes modos que constituyen nuestras diferentes maneras de existir, y las consecuencias que resultan de estas maneras de ser: de ningún modo tratamos de descubrir cual es el ser dotado de esta sensibilidad, cual su naturaleza, su [312] principio, su fin ó su destino futuro. Estas últimas investigaciones podrán pertenecer á la metafísica que es de la jurisdicción de la teología, pero son estrañas á la ideología que es la que únicamente pertenece á la lógica: por otra parte bien se vé que no es su examen el que nos debe ocupar en los principios; porque nuestra sensibilidad como cualquier otro objeto no se nos manifiesta sino por sus efectos, y es menester estudiarlos para conocerla y subir despues hasta sus causas; y si intentásemos descubrirlas, deberíamos servirnos de las operaciones y métodos que el estudio de esta misma sensibilidad nos hubiese hecho reconocer como los mejores. Así pues este exámen será una aplicación de la lógica, mas no una parte suya.

CAPITULO III.

De los diferentes modos de nuestra sensibilidad.

Yo estoy seguro de que siento y estoy cierto de que nada puedo experimentar ó conocer sino en virtud de esta propiedad que tengo de ser susceptible [313] de impresiones; pero tambien estoy cierto de que soy capaz de una multitud de impresiones diversas. Veamos pues si en esta multitud podemos reconocer algunos modos distintos y hacer de ellos diferentes clases bajo las cuales se coloquen todas nuestras percepciones para poner algun orden y dar alguna luz en esta materia.

Observo primeramente que muchas veces me encuentro agitado de una cierta disposición que llamamos querer: todos conocemos por experiencia y por sentimiento esta modificación de nuestro ser: sabemos que consiste en el deseo de probar ó de evitar un modo de ser cualquiera; y no la podemos confundir con otra alguna: he aquí pues un modo distinto de mi sensibilidad que llamo voluntad, y deseos á sus actos

Noto despues que no puedo concebir en mí, ni aun en ser alguno animado, un deseo sin un juicio anterior implícito ó explícito que pronuncie que debo buscar ó evitar tal impresion. Pero cuando se juzga que una cosa es de desearse no por eso se la desea todavía: cuando juzgamos, notamos una disposición diferente que cuando deseamos: es aquel un acto de nuestra sensibilidad diverso de éste; y á esta nueva [314] acción ó función se la llama juicio, lo mismo que á las percepciones que de ella resultan; porque nuestras lenguas son pobres y mal formadas en todo lo que respecta á las operaciones de nuestra mente; y debe ser así, pues no habiendo sido jamás estas bien distinguidas, necesariamente han de estar mal significadas.

Consiste la acción de juzgar en ver que la idea que se tiene de una cosa pertenece á la idea que se tiene de otra. Cuando juzgo que un fruto es bueno ó malo, veo, percibo ó siento que en la idea total que tengo de aquel fruto está comprendida la idea de ser bueno ó de ser

malo; y así la percepción llamada juicio que resulta del acto de juzgar, es siempre la percepción de que una idea contiene á otra.

Esto me conduce á otra observacion. Para que yo vea que una idea contiene á otra es menester que antes haya percibido estas dos ideas. Hay pues otro acto de mi sensibilidad que consiste en sentir ó en percibir pura y simplemente una idea ó una percepción cualquiera. Este acto ni es el de juzgar ni el de desear: es distinto de ambos y anterior á ellos aunque no sea mas que un instante, y se le puede llamar especialmente sentir.

Mas la percepción que yo siento ó la [315] idea cualquiera que yo percibo puede ser efecto directo de una causa presente, ó no ser sino el recuerdo de una impresion ya probada ó de una idea anteriormente percibida. Esta circunstancia es bastante notable é importante para distinguir dos especies en la simple accion de sentir sin que todavia lleguemos á juzgar ni á desear; y podemos llamar á la segunda de estas dos maneras de sentir acordarse, y á sus efectos recuerdos.

Así pues aunque todo efecto de nuestra sensibilidad, todo acto de nuestra mente, todo modo de nuestra existencia consiste siempre en sentir alguna cosa, podemos distinguir cuatro modificaciones esencialmente diversas en esta accion de sentir, á saber, las de sentir simplemente, acordarse, juzgar y querer; y llamaremos á sus efectos sensaciones, para denotar las percepciones directas, recuerdos, juicios y deseos.

Estas distinciones son otros tantos nuevos hechos de que estoy tan cierto como del primer hecho general, yo siento; y estoy cierto de ellos de la misma manera, es decir, porque yo los siento, que es el único modo que tengo de asegurarme de cualquier cosa.

Bien se que muchos observadores del [316] hombre han notado y creído deber distinguir otras muchas modificaciones de nuestra sensibilidad, tales como la reflexion, la comparacion, la imaginacion, &c.; y no niego que estos sean efectivamente otros tantos estados de nuestra sensibilidad ú operaciones de nuestro pensamiento que realmente se diferencian entre sí; pero de ellas no resultan inmediatamente en nosotros percepciones de un nuevo género que podamos llamar reflexiones, comparaciones é imaginaciones. Cuando comparo dos ideas, ó las siento y las juzgo, ó no hago nada: lo mismo sucede cuando reflexiono sobre ellas. Cuando imagino, junto diferentemente ideas que ya tenia, separo unas, reuno otras y formo de ellas diversas combinaciones; pero todo esto lo hago en virtud de que las percibo y hago juicios con ellas. Tenemos pues que estas son otras tantas operaciones intelectuales diversas en buen hora, pero no elementales y primordiales, puesto que se resuelven en las que dejamos notadas. Lo mismo hallariamos en todos los casos que quisiésemos examinar detenidamente; y así debemos concluir que nunca hacemos otra cosa sino percibir, juzgar y querer. Pasemos adelante. [317]

CAPITULO IV.

De nuestras percepciones ó ideas.

Prosigo el exámen de mi propia existencia porque es la única de que estoy seguro directa é inmediatamente: ella consiste en que yo siento; y continúo observándola en abstracto y separadamente de la existencia de cualquier otro ser, porque esta no me es conocida sino subsiguiente y mediatamente: despues veremos como descubrimos esta segunda existencia; en que consiste; lo que sabemos y lo que debemos pensar de ella. Sin embargo, mientras tanto hablaré siempre de los cuerpos como si realmente existiesen: esta es la opinion general, y bien pronto hallarémos que es fundada.

Todas las percepciones ó ideas que no hacemos mas que sentir, y en cuya consecuencia juzgamos y deseamos despues, son muy diferentes entre sí.

Tenemos primeramente sensaciones propiamente dichas, que no son sino simples impresiones que recibimos de todos los seres que hieren nuestra sensibilidad, contando entre estos nuestro mismo cuerpo: [318] tal es la percepcion de una quemadura ó picadura. Tenemos ideas de los seres que obran sobre nosotros, las cuales se componen de la reunion de todas las afecciones que nos causan: tal es la idea de un peral ó de un guijarro. Tenemos asimismo ideas de los propiedades, de las acciones, de las cualidades de estos mismos seres, las cuales no son tampoco sino las impresiones que recibimos de ellos, consideradas no en nosotros mismos, sino en los seres que las producen: tal es la idea de calor ó de pesadez.

Todas estas ideas son primeramente relativas á un solo hecho: son individuales y particulares: despues las estendemos á todos los hechos que se asemejan, prescindiendo de sus diferencias, y se hacen generales y abstractas. Asi la idea quemadura no es ya la de tal quemadura determinada, sino la de todas las quemaduras: la idea de un árbol no es la de un determinado árbol, sino la de todos los árboles: la idea de calor no es la del calor de tal cuerpo, sino la del calor de todos los cuerpos calientes.

En seguida de esto establecemos grados en estas ideas generales y abstractas, y formamos ideas de especies, de géneros, de clases por medio de eliminaciones [319] que hacemos sucesivamente; de modo que cuanto es menor el número de seres á que convienen esas ideas, mas particularidades incluyen de cada uno de ellos, y al contrario cuanto es mayor el número de aquellos á que se estienden, menos elementos contienen peculiares de cada individuo: asi es como nos formamos sucesivamente las ideas peral, árbol, vegetal, cuerpo, y finalmente, ser ó ente, que siendo la mas general de todas, no comprende mas que una sola propiedad comun á todos los seres, que es la de existir de cualquier modo que sea.

Todo esto no siempre se ha visto con toda claridad, ó acaso nunca, y sin embargo podia haberse visto prestando una ligera atencion, si los observadores no hubiesen estado preocupados con prevenciones anticipadas.

De cualquier modo que sea, tenemos muchas especies de percepciones diferentes unas de otras: su número y su diversidad han podido ofuscarnos; mas si no estamos poseidos de la incurable mania de sustituir á la observacion hipótesis y congeturas, no supondremos para explicar la formacion de esas ideas que nos las da inmediatamente y á cada momento una causa sobrenatural; ó que en una época [320] que no podemos fijar existian todas en

una porcion indeterminable de nuestro individuo, que las olvidó y las trae á la memoria segun que se las recuerdan los casos que podrian producirlas; ni haremos otras ficciones como estas. Por fortuna es en el dia inútil insistir sobre tales desvaríos que por tanto tiempo han ocupado la imaginacion.

Nos es fácil ver considerándonos á nosotros mismos, que todas esas ideas se forman fácilmente en nosotros únicamente por las operaciones de sentir y juzgar; que son otros tantos compuestos y subcompuestos de un corto número de elementos primitivos, que son nuestras simples sensaciones, las cuales aunque poco variadas, suministran una cantidad verdaderamente infinita de combinaciones, casi del mismo modo que treinta ó cuarenta caracteres bastan para la formacion de todas las palabras imaginables de los idiomas existentes y posibles; y la demostracion de esto se completa atendiendo á que en esa multitud innumerable de ideas nos es absolutamente imposible descubrir una sola que no tenga su origen mas ó menos remoto en las sensaciones, y que al contrario nos es igualmente imposible inventar una sola sensacion [321] ó un solo sentido esencialmente distinto de estos de que estamos dotados. Todo es por nuestras sensaciones y nada sin ellas: vé aqui nuestra historia; y nuestro modo constante de elaborarlas es recordarnos á consecuencia de sentir, y querer á consecuencia de juzgar.

Hasta este punto me persuado que estan bien aclarados los actos de nuestra sensibilidad, bien reconocida nuestra íntima existencia, y reconocida con tanta certidumbre en sus pormenores como en su conjunto. Pero ¿qué es lo que liga esta existencia con la del resto de la naturaleza? ¿Es este una ilusion ó es una realidad? Me parece que ya estamos en el caso de dar noticia de eso. Puesto que nos vemos claramente á nosotros mismos, es decir, que vemos nuestros medios de conocer, tambien podemos ver claramente lo que estos medios son capaces de enseñarnos, y conviene tener presente que no hay otra manera que esa de conseguirlo. [322]

CAPITULO V.

De la existencia de todos los seres distintos de nuestro yo.

Únicamente porque sentimos estamos seguros de nuestra existencia, ó de la existencia de nuestro yo sensitivo ó que siente; y puesto que esa existencia consiste solo en sentir, la de los seres distintos de nosotros, si existen, no puede consistir para nosotros sino en ser sentidos, ó como se dice comunmente, en las impresiones que nos causan. Esto es cierto; pero esa segunda existencia ¿es real ó ilusoria? Este es el punto que ahora se trata de poner en claro. ¡Pluguiese á Dios que Descartes despues de haberse convencido de su existencia hubiera emprendido esta investigacion, en vez de imaginar en seguida esencias y sustancias, y determinar osadamente la naturaleza intima de lo que no tenia bastante observado!

Si nuestra sensibilidad no tuviese otra propiedad que la de producir percepciones ó sentimientos, nosotros no conoceriamos sino estas percepciones, y ciertamente no sabríamos ni aun sospechariamos [323] jamas de dónde nos vienen ni qué es lo que las

produce. Podríamos sentir las y recordárnoslas, juzgar y de consiguiente querer, elaborarlas y hacer con ellas mil combinaciones, mas no referirlas á cosa que nos fuese estraña, ni aun tener la idea de esto: conoceríamos nuestra existencia tal como la acabamos de representar y ninguna otra: todos haríamos lo que hemos explicado en los capítulos anteriores y nada mas. Preciso es pues que hallemos en nuestra sensibilidad una propiedad que no hemos notado en ella, y que saliendo por decirlo así de nosotros mismos nos ponga en relacion con el resto de la naturaleza: esto es lo que vamos á ver.

Supóngome un ser puramente sensitivo, una simple mónada con facultad de sentir, sin forma, sin figura, sin relacion, en una palabra, un ser tal como apenas podemos concebirle, que no tuviese absolutamente otra alguna propiedad mas que la de sentir y combinar sus percepciones. Es evidente que en tal caso conoceria mis percepciones y por ellas mi existencia; pero ni aun podria imaginar que me vienen de otra parte y que no nacen en mi espontáneamente y sin causa esterna. No teniendo accion alguna sobre [324] otro ser no podria sospechar que hay otros seres que obran sobre mi y los unos sobre los otros: tendria la idea de pasion y no la de accion, la de sentir y no la de obrar; y en este estado si mi voluntad se cumple no puedo saber por qué: si no se cumple tampoco puedo adivinar la causa de ello.

Pero no es esto lo que somos. Cualquiera que sea el principio de nuestra sensibilidad, se halla ésta íntimamente unida á un conjunto de partes, á un cuerpo y á sus órganos: se egerce principalmente por medio de nuestro sistema nervioso, y sobre todo por el centro cerebral, que es eminentemente el órgano secretorio de nuestra mente: ínterin que su accion y reaccion se limita á este sistema nervioso, no hacemos mas que sentir y percibir; pero tiene tambien la propiedad de que su reaccion se egerce sobre el sistema muscular: nuestra voluntad hace contraer nuestros músculos y mover nuestros miembros, y esto nos lo hace advertir un sentimiento cualquiera; y aunque es cierto que ignoramos desde luego que este sentimiento es el del movimiento [325] que se produce y que sentimos, sabemos por último que experimentamos muchas veces este sentimiento cuando lo queremos, y que algunas no le experimentamos aunque lo deseemos.

Muy pronto nos enseñan repetidos experimentos que la existencia de este sentimiento se debe á la resistencia de lo que se llama la materia que cede á nuestra voluntad, y que la privacion de él proviene de esta misma resistencia cuando es invencible; y reconocemos ciertamente que lo que resiste á nuestra voluntad es cosa distinta de nuestra virtud sensitiva que quiere, y por consiguiente que existe otra cosa ademas de esta virtud sensitiva que constituye nuestro yo. Este es evidentemente para nosotros el fundamento de la existencia de todo lo que llamamos los cuerpos, y el primer camino por donde llegamos á descubrirla.

Aun cuando no existiese otro fenómeno que este, ni los cuerpos nos manifestasen otra propiedad que la de resistir á los actos de nuestra voluntad, su existencia no seria menos cierta y menos real con respecto á nosotros que la nuestra misma; porque para nosotros, existir es tener percepciones, y existir con respecto á nosotros es causarnos percepciones; y [326] nosotros nada podemos conocer jamas sino por sus relaciones con nosotros y con nuestra sensibilidad; pero descubrimos muy pronto en los cuerpos otras muchas propiedades como las de ser movibles, estensos, figurados, graves, sonoros, colorados, &c., y en algunos las de ser animados, sensitivos y querientes como nosotros: unimos todas estas

propiedades á la primera de ser resistentes, y de su conjunto nos formamos las ideas que tenemos de estos seres; porque nuestra idea de un ser nunca es otra cosa que la reunion de las percepciones que nos causa ó de las cualidades que conocemos en él.

No entraré en un exámen circunstanciado de la manera con que adquirimos sucesivamente el conocimiento de todas estas propiedades de los cuerpos, y cómo aprendemos á distinguir el que obedece inmediatamente á nuestra voluntad y es el órgano de nuestra sensibilidad, de los que le son estraños, porque esto es inútil para el objeto que me propongo: solo importaba á mi asunto determinar el sentido de la palabra existencia, probar que es real la de los seres que nos rodean, y manifestar en qué consiste; porque la oscuridad esparcida sobre estas cuestiones la produce en sumo grado sobre la historia [327] de las operaciones de nuestro entendimiento. Por la misma razon debo dar algunas luces sobre la formacion de dos ó tres ideas anexas á aquellas, y que por consiguiente nunca han sido bien esplicadas.

CAPITULO VI.

De las ideas tiempo, movimiento y estension.

Acabamos de ver á qué se reduce esa famosa cuestion que tanto se ha embrollado por hacer hipóteses y ficciones en vez de observar. Si nuestra voluntad jamas hubiese obrado directa é inmediatamente sobre cuerpo alguno, nunca hubiéramos sospechado siquiera la existencia de los cuerpos; pero cuando aquella se reduce á acto siente una resistencia, unas veces vencible y otras invencible, segun los casos: lo que la resiste es otra cosa que ella, y lo que resiste es un ser real; porque resistir es ser resistente, es ser, y es existir; y este ser ó mas bien estos seres resistentes reconocemos despues por mil esperimentos que poseen una multitud de propiedades, las cuales aparecen ó [328] desaparecen segun que la propiedad fundamental de resistir subsiste, se modifica ó se desvanece.

Hasta que este fenómeno primordial se ha reducido á ese estado de sencillez, ha sido imposible ver la generacion y el verdadero valor de algunas de nuestras ideas, tales como las de tiempo, movimiento, estension. Convendrá que nos detengamos un momento sobre ellas, porque son tan generales que embrollan todos los ramos de nuestros conocimientos mientras no estan bien determinadas.

Un ser sensitivo que no conociese mas que su propia existencia, y sin medios algunos para conocer otros seres que á sí mismo, podria tener la idea de la duracion: bastaria para esto que estuviese dotado de memoria, que tuviese un recuerdo, y que reconociese que era un recuerdo; porque juzgaria que él habia durado desde la primera vez que tuvo esta percepcion, y que la impresion de esta percepcion habia durado en él. Pero este ser no tendria la idea de tiempo, que es la de una duracion medida, ó á lo menos no podria tener la idea clara de un tiempo determinado exactamente; porque siendo nuestras percepciones fugitivas y transitorias, su sucesion en nuestra [329] mente no suministra medio alguno de dividir su duracion y la nuestra de una manera fija y precisa en porciones distintas y

separadas. Por eso medimos siempre la duracion por el movimiento: siempre un tiempo es manifestado por un movimiento acaecido: los dos movimientos de la tierra, el uno diurno al rededor de su ege, y el otro anuo al rededor del sol, indican el dia y el año, y los de nuestros relojes manifiestan las subdivisiones de estos tiempos. Pero el ser de que hablamos no puede tener la idea de movimiento, pues se necesita de órganos para adquirirla igualmente que la de la estension.

Aunque estemos provistos de órganos sobre los cuales obre inmediatamente nuestra voluntad, no sabemos lo que es el movimiento desde el primer instante en que le hacemos: experimentamos un sentimiento cuando nuestros miembros se mueven; mas no conocemos que su movimiento consiste en pasar de un punto á otro en el espacio, ó en correr una parte de estension, sino conociendo que la propiedad de los seres llamada estension consiste en que pueden ser corridos por el movimiento, ó en que es menester hacer un movimiento para ir de una de sus partes á otra. Cuando paso mi mano [330] sobre la superficie de un cuerpo, al mismo tiempo que siento constantemente que mi brazo se mueve y el cuerpo resiste, descubro que este cuerpo es estenso y que mi movimiento consiste en correrle; de modo que estas dos ideas son esencial y absolutamente correlativas, y no pueden subsistir la una sin la otra. Síguense de aqui dos cosas: la una que nos formamos estas dos ideas á un misino tiempo, y la otra que todo movimiento egecutado es representado exactamente por la cantidad de estension corrida; porque estos dos son un solo y mismo hecho considerado de dos maneras, en el cuerpo corriente y en el cuerpo corrido, ó en el agente y en el paciente, . [331]

Entre todas las propiedades de los cuerpos únicamente la estension tiene la ventaja inapreciable de ser estremamente divisible é invariable: podemos distribuirla en partes distintas por divisiones precisas y permanentes que se representan á nuestros sentidos siempre claras y siempre las mismas; y esto es lo que la hace eminentemente mensurable; porque siempre se la puede comparar á una de sus partes tomada por unidad, que es lo que se llama medir; y esto no puede hacerse con el color, el calor, la dureza, &c. mas bien que con la duracion.

Pero si representamos la duracion trascurrida por un movimiento egecutado, ya que este se representa necesariamente por la estension corrida, tendremos que ambos vienen á participar de las escelentes divisiones de la estension. Pero aun falta una condicion para que sean exactamente medidos; porque siendo siempre la misma la estension corrida, puede ser mayor la cantidad del movimiento y menor la de la duracion ó recíprocamente. Para obviar á este inconveniente [332] basta referir toda duracion á un movimiento uniforme y constante que siempre sea el mismo, y tomar por unidad de duracion uno de sus periodos, tal por egeemplo, como el dia. Esto es lo que hacemos efectivamente; y asi toda duracion es mensurable, y por la misma razon lo es tambien todo movimiento; porque cuando conocemos la estension que ha corrido y la duracion que ha consumido, tenemos conocida su razon ó su proporcion con el movimiento diurno. De esta manera son medidos la duracion y el movimiento con la mayor exactitud por medio de la estension, y lo son mas ó menos bien todas las demas propiedades de los seres á proporcion que nos es mas ó menos posible comparar sus efectos con medidas de la estension.

Esta última consideracion nos manifiesta la causa de los diferentes grados de certeza de las diversas ciencias, ó por lo menos de los diferentes grados de facilidad de esa certeza; porque aunque esta pueda siempre tener lugar; quanto mas difícil y fugitiva sea la precision de las medidas, mas fácil es engañarse sobre los valores y las diferencias ó matices de las percepciones que se trata de apreciar. El modo con que conocemos la estension nos [333] manifiesta tambien que no sentimos inmediatamente las formas y las figuras de los cuerpos, las cuales no son otra cosa que modificaciones de su estension, ni tampoco sus distancias y sus posiciones que son circunstancias suyas, del mismo modo que sentimos su color, su sabor ó su olor; sino que aquellas son cosas que descubrimos por experimentos sucesivos, ó de que juzgamos por analogias. Mas no es esta ocasion de descender á tales circunstancias: trátase ahora de dar á conocer los principios de la logica, no los de todas las demas ciencias: basta pues haber asentado bases; y puede que se conozca ya que estas aclaran muchas ideas que embarazaban mucho á los fisicos, geómetras y metafisicos que no eran ideólogos.

Hemos tratado de nuestra existencia íntima, de los diferentes modos de nuestra sensibilidad, de la generacion de las percepciones que nos suministra, de su relacion con la existencia de otros seres y de las principales consecuencias de esta relacion, en una palabra, de la marcha general de nuestra mente, y parece que solo nos restaba deducir consecuencias para la direccion de nuestro entendimiento. Es menester no obstante considerar antes un preliminar necesario para esto: [334] es preciso hablar de los signos sensibles de nuestras ideas; porque solo por medio de ellos elaboramos nuestras ideas primitivas: sin ellos jamas hubiéramos formado la mayor parte de las que tenemos, ó se hubieran desvanecido inmediatamente despues de formadas; y nunca se nos presentan sino revestidas de signos, ni hacemos sino asi con ellas nuevas combinaciones. Por tanto para dar razon de estas es preciso haber explicado el origen, la naturaleza y los efectos de estos signos. Cuando háyamos hecho este exámen se percibirá mejor su necesidad; y por lo mismo debemos emprenderle actualmente.

CAPITULO VII.

De los signos de nuestras ideas, del language natural y necesario.

Nosotros, y quizas todos los seres sensibles, estamos de tal manera constituidos que cuando tenemos una idea, si no la revestimos prontamente con un signo sensible, luego se nos desvanece, y no podemos ni recordarla si queremos, ni fijarla en nuestra mente para desenvolverla, [335] descomponerla y hacer sobre ella profundas reflexiones: asi pues los signos sensibles de que nuestras ideas estan revestidas, nos son muy necesarios para elaborarlas, combinarlas, formar de ellas diferentes grupos, que son otras tantas ideas nuevas, y representarnos estas nuevas ideas, y por consiguiente influyen mucho sobre las operaciones de nuestra inteligencia. Esta es la causa que nos obliga á tratar aqui de ellos, pero no es la que los ha hecho crear.

Un ser animado no bien ha descubierto que existen otros seres sensitivos y querientes como él, cuando siente la necesidad de comunicarles sus percepciones y sus afecciones, sea

únicamente por el placer de simpatizar con ellos, sea para determinar la voluntad de ellos en su favor, ó por lo menos para impedir que le dañe.

Pero una idea no es una cosa que puede pasar directa é inmediatamente un ser á otro: es en sí misma absolutamente interna é intrasmisible. Es preciso pues para que un ser sensible participe su idea á otro ser sensible, que haga sobre sus sentidos una impresion representativa de esta idea. Esto puede hacerse desde que estan de acuerdo en que tal impresion es el signo de tal idea; mas [336] para hacer este convenio es preciso que ya se entiendan mútuamente, es decir, que se hayan comunicado ideas; y asi semejante convenio supone hecho lo que se trata de hacer. Por tanto no puede ser este el principio del language; y jamas hubieran tenido nuestras ideas signos convencionales si antes no los hubiesen tenido necesarios. Tiénelos por fortuna, y los deben á la propiedad que tiene nuestra voluntad de egercer una reaccion sobre nuestros órganos y de dirigir nuestros movimientos.

Por solo ser nuestras acciones el efecto de lo que pasa en nuestra mente son tambien sus signos. Cuando un hombre quiere acercar ó alejar de sí una cosa cualquiera, estiene los brazos para alcanzarla ó repelerla; y así estos movimientos prueban que este hombre desea ó desecha la cosa ácia que se dirigen. Cuando ese mismo hombre está impresionado de alegria, de dolor ó de temor, lanza gritos que son diferentes en estas tres ocasiones; y estos gritos manifiestan cuál es el sentimiento que le conmueve. Por consiguiente estos movimientos y gritos son los signos necesarios de los sentimientos que los causan, y los manifiestan sin poderlo evitar á quien los vé y tiene experimentado [337] que suceden en él las mismas cosas cuando siente iguales afecciones.

Por este medio y no otro descubre tambien un hombre que existen otros seres sensitivos y pensadores como él; porque viendo que ellos hacen lo mismo que él cuando tiene ciertos pensamientos y afectos, juzga que los tienen de la misma manera; y así desde que conoce que son seres sensitivos tiene elementos de comunicacion con ellos; y cuando quiere manifestarles lo que pasa dentro de sí, puede hacerlo sin que preceda convenio alguno repitiendo las mismas acciones que hacia para egercer su voluntad ó para obedecer á sus afecciones.

Todo esto se verifica en otros animales del mismo modo que en el hombre; y así todos tienen un language comun mas ó menos estenso á proporcion que su organizacion es mas ó menos propia para manifestar sus sentimientos, y mas ó menos circunstanciado á medida que su modo de ser es mas ó menos semejante. Todos se entienden entre sí, particularmente si son de una misma especie; pero hasta cierto punto todos entienden á los de las demas especies, y todos vienen á no reconocer como animados á aquellos seres que no tienen medios de manifestarles que [338] lo son ó cuya naturaleza se aleja mucho de la suya; y tenemos la prueba de todo esto en sus mismas acciones.

Pero parece que los animales, aun los mejor organizados, no añaden casi convencion alguna espresa á ese language natural y necesario: le usan y no le perfeccionan. El hombre al contrario, ha hecho de él la base de muchos sistemas diferentes de signos tan complicados, tan artificiales y tan puramente convencionales, que ya no es fácil distinguir su primer origen y los diversos grados de su generacion; y sin embargo es preciso llegar á este punto si se quieren conocer las operaciones sucesivas de nuestro espíritu á que se

deben esos sistemas de signos, y la reaccion proporcional de estos signos sobre esas mismas operaciones.

CAPITULO VIII.

De los signos de nuestras ideas, del language artificial y convencional.

Puesto que nuestras acciones son los signos naturales de nuestras ideas, con mucha razon llamaron language de accion al language natural los primeros filósofos que percibieron su existencia y sus [339] consecuencias. Compónese de gestos y de voces ó sonidos cualesquiera despedidos por la boca.

El language artificial no desprecia medio alguno de estos; porque nosotros mismos que nos servimos de los idiomas mas perfeccionados, nos auxiliamos todavia casi siempre de gestos que aumentan el efecto de nuestros discursos y frecuentemente le modifican: que en muchas ocasiones cambian totalmente el sentido de nuestras palabras, algunas veces suplen absolutamente por ellas; sobre todo en los momentos en que la viveza de la pasion no permite contentarse con una espresion lenta y reflexionada.

Los signos vocales son sin embargo los que forman principalmente el language convencional, como que son los mas cómodos y susceptibles de un número infinitamente mayor de variedades y graduaciones finas y delicadas, y acaso tambien porque espresan mas inmediatamente los afectos que se experimentan; pues asi como obramos para hacer lo que queremos, proferimos voces para decir lo que nos pasa. De estos signos se componen todos nuestros idiomas; pero en este último estado se hallan tan desfigurados los signos primitivos que cuesta trabajo ver [340] como han llegado á ese punto. Probemos no obstante á conseguirlo.

No tratamos aqui de etimología: la cuestion no es hallar cómo todas nuestras palabras se forman unas de otras, y se derivan de algunos sonidos ó sílabas primitivas: este examen es útil bajo ciertos respetos, pero es la genealogía de los sonidos, no la de las ideas; y lo que ahora queremos ver es cómo nuestras voces naturales llegan á formar una lengua, es decir, por qué operaciones intelectuales sucede que se les sustituyan frases compuestas de palabras, ninguna de las cuales hace por sí sola un sentido completo, y que tomadas separadamente no tienen, por la mayor parte, absolutamente significado alguno. La serie de transformaciones sucesivas que producen este último orden de cosas no es quizás tan difícil de hallar como parece á primera vista.

Partamos del estado actual y notemos primeramente, que todos nuestros discursos se componen de lo que llamamos proposiciones, y que todas nuestras proposiciones, cualesquiera que sean las formas de que estan revestidas, pueden reducirse á la especie de aquellas que llamamos proposiciones enunciativas; porque cuando yo digo haz esto, ¿o qué es esto? digo [341] realmente: yo quiero que tu hagas esto, ó yo te pregunto que es lo que es esto. Mas en el origen primitivo se espresaba eso por sola una voz ayudada si se quiere, de

gestos; y así estas voces espresan desde luego una proposición enunciativa entera, del mismo modo que lo hacen en nuestras lenguas las palabras que los gramáticos llaman interjecciones y otras á que reusan dar ese nombre, debiendo dársele porque hacen el mismo efecto que ellas; tales como si, no, &c., porque si quiere decir yo concedo eso, y no vale tanto como yo niego eso. Así pues el primer estado del discurso es el componerse de interjecciones que espresan cada una de por sí una proposición enunciativa.

Ahora bien: ¿qué es una proposición enunciativa? Es la enunciación de un juicio. ¿Y qué es un juicio? Es la percepción de que una idea hace parte de otro, ó de que puede y debe ser atribuida á otra. Una proposición pues siempre encierra dos ideas, el sugeto y el atributo; y la interjección ó la voz ó grito en el primitivo origen espresa el uno y el otro.

Aun se puede decir que como no sentimos, ni sabemos ni conocemos cosa alguna sino con relación á nosotros mismos, la idea, que es el sugeto de la proposición, [342] es siempre definitivamente nuestro yo; porque cuando digo este árbol es verde, digo realmente yo siento, yo sé, ó yo veo que este árbol es verde. Pero por lo mismo que este preámbulo está siempre y necesariamente comprendido en todas nuestras proposiciones, le suprimimos cuando queremos, y toda idea puede ser el sugeto de la proposición. Volvamos á nuestro asunto.

Decíamos que en el origen nuestras voces ó interjecciones primitivas espresan nuestras proposiciones completas. Por su medio comenzamos á darnos á entender. Bien pronto podemos añadir á ellas una modificación, es decir, otra voz para indicar especialmente el objeto que fija nuestra atención y que manifestamos frecuentemente por un gesto. Estos gritos ó voces añadidas antes ó después de la primera vienen á formar los nombres de los objetos, y he aquí nuestros sustantivos; que pueden ser después los sugetos de nuevas proposiciones. [343]

Pero ¿qué sucede cuando un nombre espresa ya el sugeto de la proposición? Véase aquí: cuando digo ay, la voz ay significa yo ahogo, y representa toda la proposición. Cuando digo yo ay, yo espresa el sugeto, ay no espresa mas que el atributo. He aquí pues que la interjección ha venido á ser verbo, porque el verbo espresa siempre el atributo de la proposición. Esta es la esencia de esa palabra verbo que tanto ha embarazado á los gramáticos, que se ha creído tan difícil de imaginar, y que sin embargo, nace tan naturalmente del grito primitivo, cuando hemos dado nombres á algunos objetos. Por medio de estos nombres podemos variar indefinidamente los sugetos de un mismo atributo, y podemos también completar su significación.

Habiendo llegado á este punto, podemos imaginar fácilmente nuevos gritos ó monosílabos para espresar todas nuestras maneras de ser, y aun crear pronto una voz que signifique simplemente ser ó existir sin decir cómo. Esas palabras serán lo que llamamos verbos adjetivos; y la última será el verbo sustantivo, que es propiamente hablando el único verbo ó atributo, y del que reciben todos los demás esta cualidad.

Formarémos del mismo modo gritos [344] ó monosílabos para designar todos los objetos sensibles, según que los indiquemos por nuestros gestos, y esas palabras vendrán á ser sus nombres propios. Bien pronto los generalizaremos y llegarán á ser nombres de

clases, de géneros y de especies: podemos dar igualmente nombres á las diferentes cualidades de un objeto, que serán particulares y llegarán á ser generales.

Es fácil ver que después podremos emplear adjetivamente estos últimos nombres para modificar con ellos á los sustantivos ó completar el verbo ser, darles después una forma adjetiva para denotar esta nueva función, así como daremos á los verbos diferentes formas para indicar sus modos, tiempos y personas. Así pues diremos primeramente: ciervo ligereza ser ó siendo belleza; y después ciervo ligero es ó era bello. De la misma manera haremos posteriormente de algunos de estos adjetivos preposiciones para unir entre sí á los sustantivos, y quizás conjunciones para enlazar las frases unas con otras, y de algunos sustantivos formaremos pronombres y nombres de persona; y por estos pasos tendremos todos los elementos no del discurso, como dicen los gramáticos, sino de la proposición; porque los [345] del discurso son las proposiciones mismas. Muy pronto inventaremos también giros elípticos ú oratorios y diversos expedientes que nos suministrarán la gramática y la retórica para hacer más pronta ó más viva la expresión de nuestras ideas, y tendremos lenguas muy complicadas aunque haya algunos defectos en su construcción. Todo esto se concibe fácilmente, mas no es este lugar oportuno para hacer una explicación más circunstanciada.

Observemos solamente que todo esto se hace por medio de juicios sucesivos, por los cuales distinguimos las diferentes partes de una idea, es decir, las diferentes ideas parciales que la componen, y por medio de la facultad que tenemos de separar estas partes diferentes para considerarlas aisladamente ó reunir las de diferentes modos y formar con ellas ideas nuevas. Esto es lo que se llama abstraer; y esta facultad de abstraer es la de que yo pienso que carecen los demás animales, la que nos distingue esencialmente de ellos, y la que hace que solo el hombre entre todos los seres tenga un lenguaje desenvuelto y circunstanciado.

Este lenguaje, como ya hemos visto, nos es sumamente útil, no solo para comunicar [346] nuestras ideas, sino también para formarlas y combinarlas, porque nuestras ideas generales no tienen tipo ó modelo alguno en la naturaleza, y ninguna otra tenemos más que ellas fuera de las que se expresan por nombres propios. Ningún apoyo tienen aquellas en nuestra mente sino la palabra que las representa; y así son muy fugitivas, y si no les diese un nombre particular, se borrarían luego después de formadas, como les sucede á las que creamos de continuo sin fijarlas por medio de un signo que las represente. Componiéndose además las palabras de sonidos, comunican á las ideas la propiedad de las sensaciones, que es hacernos una impresión más sensible, la cual facilita recordarlas. Tienen pues ya estos signos grandes ventajas, pero todavía son fugitivos y transitorios: réstanos hacerlos á propósito para conservar nuestras ideas perpetuamente y para trasladarlas á todas partes. Tenemos dos medios de conseguirlo, que examinaremos sucesivamente.

Las palabras se componen de sonidos, y cada sonido se compone esencialmente de una articulación ó de una aspiración débil ó fuerte, que también es una especie de articulación, de una voz, de un [347] tono y de una duración. Representamos la articulación por un carácter llamado consonante, la voz por otro carácter llamado vocal, el tono por un signo llamado acento, y la duración por otro signo llamado signo de cantidad: así es al menos como debíamos hacerlo siempre, y no se verían entonces en nuestros escritos dos

consonantes consecutivas, ni una vocal sin precederla una consonante, ni una consonante sin que estuviese seguida de una vocal, ni sílabas sin acento y signo de cantidad; pero finalmente, estas son las circunstancias del sonido que bien ó mal representamos, y esto es lo que se llama escribir.

Paréceme verisímil que se comenzarian á escribir los tonos; porque los hombres cantaron desde muy á los principios, y su primer language es muy acentuado. Esta es la nota propiamente dicha, á la cual se uniria un carácter para indicar la articulacion, dejando supuesta la vocal, que habria de suplirse; y asi es próximamente la escritura del hebreo antiguo. Otras veces se habrá podido comenzar sin duda por un carácter representativo de toda una sílaba que despues se habrá circunstanciado; pero siempre venimos á encontrarnos con el mismo método. Este [348] modo de hacer duraderos y permanentes los signos fugitivos de nuestras ideas es escelente y no las espone á alteracion alguna, pues se vé que la notacion de los sonidos sirve para hacer reproducir los signos y no las ideas mismas.

Otro modo tenemos de representar nuestras ideas, que es el que se emplea en lo que se llama con mucha impropiedad escritura geroglífica y simbólica, tal como la de los antiguos egipcios, los chinos y los japoses, á que puede añadirse la pasigráfica, que no es sino un bosquejo muy imperfecto de lo que representa. Todos estos métodos de escribir consisten en imaginar un carácter para representar cada palabra de la lengua hablada, ó ya que esto sea imposible por el gran número de palabras, uno para cada palabra radical; y cada carácter primitivo se modifica despues para representar las palabras derivadas por medio de diferentes rayas y señales que en realidad le convierten en muchos caracteres nuevos. Esta série de caracteres se ordena despues segun las reglas de la sintaxis de aquel idioma sobre que se calcó primitivamente esta lengua figurada ó pintada. [349] Pero estos caracteres no pueden llegar jamas á imitar sino con mucha imperfeccion las delicadas é innumerables inflexiones que tiene el sentido de las palabras en el uso de los idiomas, y fuera de eso se vé que eso no es escribirlos, y que la operacion de que se trata es esencialmente muy diversa; porque en ella no se indican los sonidos de la palabra, lo que se hace es sustituir un rasgo de pluma ó de pincel á la palabra misma, y eso es dar un nuevo signo á la idea: en suma, esto es una verdadera traduccion en una lengua necesariamente muy pobre, dispuesta con muy poca destreza, muy confusa, y que jamas puede tener uso, porque es imposible hablarla: leerla es volverla á traducir á la lengua hablada, y este es otro manantial de errores. Son incalculables los funestos efectos de esta especie de signos, é imposible referirlos menudamente: cuanto mas se reflexiona mas bien se conoce que son innumerables; y la historia demuestra que los pueblos que se sirven de ellos no hacen progreso alguno; y aun reflexionando sobre ella nos hace sospechar que los débiles conocimientos que tienen son reliquias de los que recibieron de otros pueblos, y que los han dejado oscurecer [350] no habiendo sabido siquiera conservarlos. Añádese á todo esto que esas lenguas representadas en figuras tienen el grave inconveniente de no prestarse al uso de la preciosa invencion de la imprenta por la multiplicidad enorme de sus caracteres, que es tal que pasa un hombre estudioso la mayor parte de su vida en aprender á conocerlos imperfectamente.

Debe no obstante observarse que la ciencia de las cantidades se sirve de una lengua de esta especie, en que las cifras y los signos algébricos son los caracteres, y las reglas del cálculo son la sintaxis, y que esta lengua no solo no ofrece inconvenientes sino al contrario ventajas prodigiosas. Depende esto de la naturaleza de las ideas que forman esa ciencia;

pues son todas únicamente de un solo género, á saber, ideas de cantidad: jamas se las considera bajo otro respecto que el de cantidad; y son tan exactas y precisas que no estan sugetas á confusion alguna, y se prestan á las elipses mas estremadas, que es el efecto de las fórmulas algébricas, y al uso de los pronombres mas distantes de lo que representan, que es la funcion que llena frecuentemente un signo algébrico sustituido á toda una ecuacion. [351]

Sea de esto lo que quiera, tenemos ya signos circunstanciados y permanentes de nuestras ideas, y es manifiesta su utilidad. Todos experimentamos que cuando hemos fijado una reunion de ideas por una palabra, se hace una idea única que puede ser cómodamente el sugeto de nuevos juicios, y por cuyo medio formamos fácilmente otras ideas subsecuentes; y esto es tan cierto que nunca pensamos sino auxiliados de las palabras; ó por lo menos yo asi lo creo, aunque algunos aseguran que son capaces de hacer reflexiones y combinaciones puramente mentales, pues me persuado á que padecen ilusion. A lo menos es constante que la mayor parte de los hombres no tienen esa facultad, y que no solo se sirven de las palabras para pensar, sino que muchas veces las repiten para sí mismos en voz baja, y algunas veces en alta voz cuando quieren fijar su atencion fuertemente: la idea tiene entonces la ventaja de herir el oido; y cuando está escrita tiene la ventaja aun mayor de herir la vista; y yo pruebo por mí mismo la energía de esta última impresion, y cuánto debilita á la reflexion el carecer de ella. Todo el mundo puede asimismo notar que es mas fácil juzgar de lo que se lee [352] que de lo que se oye. Los escritos multiplicados y sobre todo la imprenta es el mejor preservativo contra las tempestades que tan fácilmente escita la elocuencia y especialmente la popular, fuera de que es el medio mas poderoso de instruccion y comunicacion, y el único de conservar en lo futuro la memoria de nuestras acciones y de nuestros pensamientos.

Son pues de grande utilidad los signos de nuestras ideas, y no es ocioso repetirlo; pero no nos persuadamos por eso que los necesitamos indispensablemente para pensar como algunos han dicho; porque nunca hubiéramos creado signos si anteriormente no hubiésemos tenido ideas: tampoco es cierto que una vez creados los signos marchan delante de las ideas ó sin asociárselas, porque en tal caso ¿qué significarian?

No debemos ocultar sobre todo que no dejan de tener sus inconvenientes; y esto no solo cuando estan mal formados su analogía no sigue la de las ideas, y hace desconocer su derivacion, como sucede muchas veces, pues este al fin es un inconveniente accidental y que podria evitarse hasta un cierto punto; pero tienen otro mucho mas esencial y de que es imposible [353] preservarse completamente, y es el de que si representan ideas muy complicadas y muy fugitivas suelen recordarlas con poquísima perfeccion. Los signos no varian, pero las ideas que representan adquieren ó pierden en nuestra mente muchos de sus elementos, y han variado realmente sin que nosotros lo háyamos percibido: asi es que razonamos sobre la misma palabra creyendo razonar sobre la misma idea, y no es asi. Sucede ademas que habiendo aprendido cada uno de nosotros la significacion de una palabra en circunstancias, con ocasiones y por medios diversos y siempre casuales, es casi imposible que todos le atribuyamos precisa y completamente el mismo sentido; y esto es sensible especialmente en las materias delicadas ó poco conocidas. Pero esos inconvenientes tan graves que son el origen de todos nuestros errores y nuestras disputas, mas bien proceden de las ideas mismas que de sus signos, y son anexos á la imperfeccion

de nuestras facultades intelectuales. Esto nos conduce al exámen de la deducción de nuestras ideas. [354]

CAPITULO IX.

De la deducción de nuestras ideas.

Si he dado bien á conocer en los capítulos precedentes, en que consiste nuestra existencia, cuáles son realmente nuestras principales operaciones intelectuales, cómo ellas forman todas nuestras ideas, cómo nos enseñan á referirlas á los cuerpos exteriores que son los que primero las causan, y en fin cómo llegamos á vestir estas mismas ideas de signos sensibles que nos sirven para combinarlas y multiplicarlas, poco me quedará que decir sobre la deducción de estas ideas llamada raciocinio y sobre las causas de la certidumbre y del error.

En efecto toda nuestra existencia consiste en sentir, y nosotros no existimos sino por nuestras sensaciones tanto internas como externas: toda la existencia de los seres distintos de nosotros consiste para nosotros únicamente en las impresiones que nos causan, y solo conocemos de ellos estas impresiones que les referimos, porque resisten á los movimientos que hacemos sintiéndolos y queriéndolos. [355] Asi es como adquirimos á un mismo tiempo las ideas esencialmente correlativas de movimiento y de estension, y por consiguiente el medio de medir la duracion, que nos es conocida por la sucesion de nuestras percepciones.

Todo lo que sentimos y percibimos es para nosotros muy cierto y muy real, y no somos capaces de tener otra certeza y realidad que esta. Asi pues todas las ideas que formamos de nuestras primeras percepciones deberian ser igualmente ciertas y conformes á la verdad, si los juicios por qué las componemos y formamos fuesen perfectos y sin tacha. Pero nuestros mismos juicios son una especie de percepcion, la cual consiste en ver ó en sentir que una idea puede atribuirse á otra, y que esta idea llamada sugeto encierra implícitamente en su comprension la idea atributo, ó al menos que esta puede agregarse á aquella, cuyo sentimiento es tambien una percepcion; y no puede ser una ilusion, porque realmente existe cuando le experimentamos. Asi pues un juicio jamas es falso en sí mismo, ni puede serlo sino con relacion á otros, es decir, cuando consiste en atribuir á una idea otra idea contradictoria de otras que le hemos atribuido en otros [356] juicios; pero entonces esa idea sugeto, tal como actualmente la sentimos, no es ya exactamente la misma que sentiamos cuando hicimos esos juicios anteriores, aunque esté representada por el mismo signo: no es realmente la misma, sino que tenemos un recuerdo imperfecto de ella, y ya hemos visto que por desgracia esto es muy fácil y frecuente, y aun lo imposible que siempre nos es el evitarlo. Esta es la causa de todos nuestros errores y no puede haber otras. Concluamos pues que no hay para nosotros sino dos especies de evidencia, la del sentimiento y la de la deducción: la del sentimiento es de toda certeza; y por consiguiente no es menos cierta la de la deducción, cuando esta ha sido legítima, es decir, cuando no se han introducido en ella cosas contradictorias; pero por desgracia está comunmente muy lejos la evidencia de la

deduccion de la del sentimiento, ó hay gran distancia desde un primer hecho á sus últimas consecuencias, y el camino desde lo uno á lo otro es escabroso y resbaladizo.

¿Qué haremos pues para caminar por él sin tropiezo? ¿qué apoyos nos ofrecen para esto los lógicos? Examinémoslos. ¿Buscaremos auxilios en el arte silogístico [357] y en la forma de los razonamientos? Pero es evidente que el riesgo está en la materia ó en el fondo de estos, es decir, en las ideas, no en la forma ó en la manera de acercarlas unas á otras. Además, todo ese arte silogístico se reduce siempre á sacar una consecuencia particular de una proposicion mas general; ¿pero quién nos asegura de la exactitud de esa proposion general? Para esto nos abandona el arte. Nos dice que es un axioma, que es un principio, y no se ha de disputar de los principios; que se ha de estar á lo que dicta el buen sentido, el sentido comun, el sentido íntimo, y otras mil cosas de este jaez; es decir, que las reglas que se nos prescriben para nuestros razonamientos no nos guian sino cuando ya no hay para qué razonar, y nos abandonan cuando mas las necesitábamos, como observan con mucha razon los filósofos de Port Royal y Hóbbes.

Añádese á esto que todas esas reglas se fundan sobre un principio que es falso por dos respetos, y es el de que las proposiciones generales son la causa de la exactitud de las particulares, y que las ideas generales son las que contienen en sí á las particulares. Es falso lo primero; y antes por el contrario, los hechos particulares [358] bien examinados, y los juicios exactos que hacemos sobre ellos son el principio de toda verdad, y los que comparados entre sí con escrupulosidad y circunspeccion nos autorizan para elevarnos á consideraciones mas generales, es decir, para estender el mismo juicio á un número mayor de hechos á medida que vemos que es justo y exacto respecto de cada uno de ellos.

Tambien es falso que las ideas generales son las que encierran en sí á las particulares, ó por lo menos esto merece esplicacion. Hemos visto cuando hemos hablado de la formacion de nuestras ideas abstractas de diferentes clases, que nos formamos idea de una especie separando de muchas ideas individuales las que son peculiares ó propias á cada individuo, y conservando únicamente las que les son comunes: que nos formamos la idea de un género tomando las que son comunes á muchas especies y separando aquellas por qué estas especies se diferencian entre si; y haciendo de este modo abstracciones ó separaciones nos elevamos á las ideas mas generales en orden y en clase. Tenemos pues que las ideas mas generales son las que se estienden á un número mayor de seres, y en esto consiste [359] lo que se llama la estension de una idea; pero las ideas particulares son las que conservan mayor número de ideas componentes, y esto es lo que constituye la comprension de una idea. Los filósofos de Port Royal hicieron esta observacion, mas no sacaron de ella el partido que debian; porque el número de seres á que puede estenderse una idea no es el que influye en lo que se puede juzgar de ella: las ideas que comprende son las que hacen que se le pueda ó no atribuir otra, ó lo que es lo mismo, hacer sobre ella tal ó cual juicio. Así es que puede muy bien decirse que un hombre es un animal, porque la idea de hombre encierra en sí todas las ideas que componen la idea de animal, pero no puede decirse que un animal es un hombre, porque la idea de animal no encierra en sí todas las ideas que componen la idea de hombre. Es pues una verdad, vuelvo á decir, que nada absolutamente hace la estension de una idea para los juicios que sobre ella pueden formarse. Es de notarse además, y creo que nunca se ha reparado en ello, que luego que se comparan dos ideas en una proposicion, la estension de la mas general se reduce tácitamente á la estension de la

mas particular; porque cuando [360] se dice que el hombre es un animal, se quiere decir que es un animal de la especie humana y no de cualquier otra, pues sino se diria un grande absurdo.

Otra cosa hallo que reprender á los lógicos silogísticos; y es que si se ha de admitir segun ellos quieren, que las proposiciones generales son la causa de la exactitud de las proposiciones particulares y que las ideas generales comprenden á las ideas particulares, es contradictorio decir como ellos que el término medio que introducen en el silogismo es igual á los dos términos comparados, y que la mayor y la consecuencia son iguales é idénticas. Pero es tanto lo que tendria que censurar en este pretendido arte silogístico, al que me atreviera á tratar sin consideracion alguna de ilusorio y vano, que no me detendria en esta última observacion si no me condugese á hablar de Condillac, á quien somos en gran parte deudores de haberle desterrado de entre nosotros. Admitió este filósofo ese último principio de igualdad é identidad, aunque á lo menos desechó el otro que le es opuesto. Mas ese principio de la pretendida identidad que él conservó, que siempre recomendó con una exageracion progresivamente mayor, y que llevó hasta [361] el estremo de decir que lo conocido y desconocido son una sola y misma cosa, creo que le fué embarazoso, que detuvo sus progresos y que fué la causa de que sus últimos escritos no sean á mi parecer los mejores. Efectivamente, esto era andar no mas que la mitad de la carrera. No habia mas que hacer sino tomar la inversa de la marcha antigua, ver el origen de toda verdad en los hechos particulares y las ideas generales contenidas en las ideas particulares, asegurar claramente que las máximas generales no son la verdadera causa de conocimiento alguno, y que cuando mas nos debemos servir de ellas, despues de estar bien seguros de su exactitud, como de un medio breve de llegar á algunas consecuencias que encierran en su estension. Asi se hubiera [362] hecho en la teoria la reforma que tanto apetecia Bacon, y que está introducida en la práctica desde que en todo género de investigaciones no se busca generalmente otro apoyo que el de la observacion y la esperiencia: pero acaso lo hacen muchos asi meramente por imitacion y sin saber por qué; y de ahí es que se separan frecuentemente de ese escelente método, y aun les pesa de que se procure ilustrarle y manifestar en qué consiste su bondad.

Tenemos pues que nuestros lógicos antiguos solo nos han dado reglas muy falsas ó por lo menos muy inútiles para guiarnos en la forma de nuestros razonamientos. Veamos si han sido mas felices sus intentos de enseñarnos á aclarar las ideas que son el fondo ó la materia del discurso; porque eso es lo esencial en este arte.

El único aviso que nos han dado en este punto es que cuando nos veamos confusos difinamos las ideas de que se trata ó sobre que se disputa; pero perjudicaron al buen uso de esta provechosa advertencia, 1.º pretendiendo que una idea está bien difinida cuando se ha hallado ó creído hallarse lo que la constituye de tal género y lo que la distingue de la especie [363] mas próxima: 2.º distinguiendo difiniciones de palabras y difiniciones de cosas: 3.º asentando como cierto que las difiniciones son principios, y que por consiguiente no se debe disputar de ellas. Yo creo al contrario que las difiniciones no son principios; que si lo fuesen deberia examinarse con mucha escrupulosidad si son verdaderos ó falsos; que toda difinicion es ó debe ser la esplicacion de la idea, y por consiguiente la determinacion del valor del signo que la representa, y finalmente que siempre es inútil buscar y muchas veces imposible de hallarse lo que la constituye precisamente de tal género ó de tal especie.

Me resuelvo pues á reprobare esos principios. ¿Pero qué es lo que hemos de substituir en vez de ellos? Una sola observacion que me suministra el atento estudio de nuestras facultades y de nuestras operaciones intelectuales, y el de la formacion de nuestras ideas. Es la siguiente.

Yo reparo que todas nuestras ideas provienen de nuestras sensaciones; que ya no tenemos ideas perfectamente simples; que todas son grupos de ideas reunidas en virtud de juicios que hemos hecho con las primeras que adquirimos; que todos nuestros juicios consisten en ver que la [364] idea que es el sugeto de ellos encierra en sí á la idea que se le atribuye, y todas nuestras proposiciones consisten en decir eso mismo; y que en todos nuestros razonamientos este primer atributo es sugeto de un segundo, este segundo de un tercero, el tercero de un cuarto, y asi sucesivamente mientras es menester buscar ideas intermedia entre la primera y la última; de modo que la última está comprendida en la primera si el razonamiento es justo, y si eso no sucede es falso el razonamiento y errónea su conclusion; y asi podemos decir en otros términos que nuestros razonamientos son siempre lo que en la escuela se llamaba sorites; y en efecto la primera figura silogística que se establecia como el fundamento de la exactitud de todas las demas sin saber bien la razon por qué se hacia asi, no era sino un sorites reducido siempre á tres términos para que tuviese la forma de un silogismo.

De estas consideraciones deduzco que nada absolutamente hay que decir sobre la forma de nuestros razonamientos, porque en realidad no tienen mas que una que les es dada por la naturaleza de nuestras facultades intelectuales, y nos es imposible hacerles tomar otra verdaderamente distinta de ella, aunque muchas veces esté [365] escondida entre figuras elípticas ú oratorias.

En cuanto á las ideas, es decir, al sugeto y materia del discurso, no encuentro que sea menester usar de otra precaucion que la de formarlas con cuidado, examinar frecuentemente si las alteramos y si representamos siempre las mismas con los mismos signos. Y cuando tengamos motivo para dudar ó recelar de su primitiva exactitud, ó cuando veamos que los demas no las comprenden bien, ó que sacan de ellas consecuencias contrarias á las que nosotros sacamos, no adoptemos el medio de dar una difinicion de ellas pedantesca y arbitraria; lo que hay que hacer es reconocer con la mayor escrupulosidad todas las partes que entran en su composicion y esponerlas lo mas circunstanciadamente que se sea posible: asi se determinará á la par el valor de la idea y el de su signo. Bien se ve que este reconocimiento y esposicion jamas pueden ser absolutamente completos, pues para que esto sucediese acaso seria preciso con respecto á una sola idea examinar y registrar casi todas las que nos hubiésemos formado, por lo estrechamente encadenadas y ligadas que estan todas entre sí; pero es necesario que ese reconocimiento [366] y esplicacion de que hablo, recaigan principalmente sobre los puntos dudosos y sobre los que hacen relacion con la indagacion ó la disputa que traemos entre manos.

Si despues de haber hecho ese examen hallamos ambigüedad ó falsedad en nuestras ideas, es fuerza suspender toda conclusion y recurrir á nuevas investigaciones, ó lo que es lo mismo, á nuevos hechos que nos pongan en estado de adelantar mas, pues de otro modo seria nuestra conclusion por lo menos aventurada. Bien podria no ser falsa en todo rigor,

porque de una idea compuesta que encierra elementos falsos y elementos verdaderos, pueden sacarse consecuencias justas si se derivan legítimamente de esos últimos elementos. También puede suceder que se saque una consecuencia justa ó exacta de un falso juicio, con tal que no se siga realmente de ella habiendo creído lo contrario: ambas cosas nos suceden con mucha frecuencia; pero en estos casos no hay certidumbre, y si se halla la verdad es efecto de un feliz acaso.

Redúcese todo esto á decir que toda nuestra certidumbre estriba fundamentalmente en la evidencia de los sentimientos, la cual se adquiere por medio de observaciones [367] y esperiencias detenidas y rigurosas: que nuestra certidumbre de deducción es asimismo completa cuando no alteramos la primera por la inexactitud de nuestros juicios sucesivos: que ninguna otra certidumbre hay para nosotros fuera de estas; y que no hay otra causa de error mas que las alteraciones imperceptibles que sin advertirlo nosotros suceden en las ideas, las que espresamos siempre por el mismo signo como si realmente fuesen siempre las mismas.

Aquí podría concluir, pero debo todavía añadir algunas reflexiones.

Primeramente: hemos notado ya cuando hablamos de los signos de nuestras ideas que cada uno de nosotros aprende su significacion en circunstancias diferentes y las mas veces por casualidad, y que así es muy difícil, por no decir imposible, que todos liguemos exacta y precisamente una misma idea á una misma palabra. Hemos observado también, hablando de nuestros juicios, que nuestras ideas se alteran con mucha frecuencia en nuestra mente sin que reparemos en ello, y por tanto cambian de significacion para nosotros las palabras que las espresan, y no lo percibimos. Pues debemos añadir ahora que este triste efecto dimana principalmente de [368] las variaciones de nuestras sensaciones internas, del estado general de nuestro individuo, de la torpeza ó de la libertad de las funciones de nuestros órganos, y que es una consecuencia inevitable de la diferencia de edades, de sexos, de temperamentos, del estado de salud ó enfermedad, de las diferentes especies de esta, de las impresiones habituales y de los sentimientos y pasiones que nos dominan. Es efectivamente imposible que la palabra amor, por ejemplo, dispierte exactamente la misma idea en la cabeza de un niño ó de un viejo, de una muger apasionada, ó tímida, ó versátil, ó interesada, de un jóven libertino ó morigerado, estenuado ó vigoroso. Por razones análogas aunque diferentes, no puede ser tampoco que el nombre de una ciencia, por ejemplo la palabra química, escite las mismas ideas en la mente de un sabio ó de un ignorante, de un hombre bien educado ó de un záfio, aunque ambos la ignoren, de quien la estudia por amor al saber ó á la humanidad, ó solo para hallar en ella ocasiones de lucro. Podrían multiplicarse los ejemplos al infinito; y aunque las diferencias sean por lo comun poco sensibles, todas ellas son causa de error y de disentimiento, y son innumerables. [369]

Bien se deja conocer que ciertas clases de ideas estan mas sugetas que otras á esa variedad; y esto es lo que produce no el grado de certidumbre de las diferentes ciencias, porque en todas ellas es igualmente perfecta cuando los racionios son justos, sino la mayor dificultad de hacerlos con esa exactitud en unas que en otras. Las ideas morales, por ejemplo, estan muy espuestas á sufrir alteracion sin que nosotros lo notemos, por la disposicion de nuestros sentimientos, nuestros caractéres, nuestras edades, y los grados de nuestra esperiencia. He aquí porque las ciencias morales son tan difíciles, y porque varían

tanto en ellas las opiniones. En las ciencias físicas y naturales ya no caben tantas equivocaciones, mas no están esentas de ellas. Las ciencias matemáticas al contrario, están casi enteramente libres de esos tropiezos. Cualquiera que sea la disposicion de nuestro espíritu, es imposible que no percibamos la exactitud ó inexactitud de un cálculo, ó de una ecuacion, ó de un raciocinio sobre una proposicion de geometría, si aplicamos á su examen la atencion suficiente; porque esas ideas son demasiado diversas de otras cualesquiera para que puedan mezclarse con ellas y confundirlas, [370] y para que nuestras afecciones particulares las alteren.

Esto me conduce á hacer otra observacion. Contra una opinion bastante estendida y que aun era mas general en otro tiempo, yo no juzgo que el estudio de las matemáticas sea mas propio que otro alguno para dar exactitud á nuestra mente. No diré en apoyo de mi modo de pensar que hay matemáticos que discurren muy mal, aunque no se engañen acerca de los objetos de su ciencia; porque ¿en dónde no se encuentran entendimientos falsos y superficiales? Pero observo que lo que se llama con bastante impropiedad matemáticas consiste en la ciencia de los cálculos aritméticos y algébricos y en la de las proposiciones de geometría, es decir, en el conocimiento de las combinaciones que pueden hacerse con las ideas abstractas de cantidad, y en el de las consecuencias que se pueden deducir de las ideas abstractas de la estension; porque yo no hablo sino de las matemáticas puras. Pero si se raciocina mejor y [371] con mayor seguridad en esas ciencias que en las demas, es únicamente porque es mas fácil, porque estan menos sugetas al error y menos espuestas al influjo imperceptible de las equivocaciones; pero por lo mismo no proporcionan mas ocasiones de enseñarse á evitarlas, antes bien diria yo que proporcionan menos. Aún adelante mas, y es que la ciencia de las cantidades señaladamente, es de una monotonía absoluta: únicamente se trata en ella de un solo género de ideas, y siempre se comparan bajo un mismo respeto; y esta es la razon como ya hemos visto, de que pueda servirse de una verdadera lengua que le es peculiar y que no solamente tiene sus signos sino su sintáxis propia, que consiste en las reglas del cálculo, lo cual forma en rigor una lengua. Y no es como la que en otras ciencias se llama intempestivamente su idioma particular, porque este se reduce á su nomenclatura, pero siempre se sirven de la sintáxis de los idiomas comunes; mas el idioma numérico y algébrico es del todo diferente. No ignoro que para hacer buen uso de todos los recursos que ofrece, es decir, para escribir bien esta lengua se necesita frecuentemente de mucho entendimiento y tino y aun de buen ingenio; pero sus reglas son [372] tan seguras que si se las pudiese aprender de memoria sin comprenderlas y no se las olvidase, establecida y escrita una primera proposicion se podria llegar hasta la última consecuencia sin saberse lo que se hacia y sin errar; y quizás sucede eso algunas veces con corta diferencia. Pero este no es ciertamente el medio de adiestrarse en el raciocinio. Añádese que en el uso de ese idioma ó de esa lengua no ocurre el haber de hacer observacion ni esperiencia alguna, y asi no contribuye á formar el hábito de practicar estas operaciones con la precaucion y sagacidad que se necesitan; y por eso se ven grandes calculadores que propenden á no hacer un exámen muy escrupuloso de los datos de que deben partir. Si estos no son conformes á los hechos, cuanto mas se adelantan los cálculos, mas se estravia el calculador; y sin embargo de eso jamas se engaña en sus operaciones, porque esto no es posible observando sus reglas. La geometria pura está absolutamente en el mismo caso por lo que mira á la observacion y la esperiencia. Es verdad que sus raciocinios cuando se la trata por el método que en mi opinion se llama inoportunamente sintético, se hacen en las lenguas comunes, exigen las [373] precauciones ordinarias y son

rigurosos; pero repito que es porque son fáciles, y si llegan á fatigar no es mas que por ser largos. [374]

Digo que no me agradan esas voces de método sintético y analítico; porque no hay operacion alguna intelectual en que no [375] se compongan y descompongan las ideas ó en que no haya síntesis y analisis; y asi no veo, por egemplo, qué razon hay [376] para que siempre se diga el analisis algébrica, y aun muchas veces el analisis en vez del álgebra. El álgebra no es un método, es una lengua escrita de que nos servimos como de las demas para componer y descomponer. Muy frecuentemente se resuelve una ecuacion en sus elementos para formar otra ú otras muchas, y asi hay en ese caso composicion y descomposicion. Dígase en buen hora analisis química cuando la operacion consiste en descomponer una sustancia, y sintesis al contrario cuando se trata de formar un nuevo compuesto de todos sus elementos; pero la ciencia se compone de todo esto, y no se puede decir que hace mas bien uso del método sintético que del analítico. Por lo que hace al supuesto método sintético de que los géometras creen servirse cuando demuestran una proposicion nueva por racionios [377] hechos de la manera ordinaria, se comete un verdadero abuso de las palabras; porque si parten de proposiciones anteriormente probadas, hacen una deduccion como todas las demas, no se sirven de un método diverso: sí como sucede demasiadas veces, se fundan en axiomas ó máximas generales que dado que sean verdaderas, no se han tomado el trabajo de probar, ó en difiniciones que no den á conocer la generacion de la idea difinida, entonces no han hecho mas que la mitad de la obra: nada han compuesto; únicamente han deducido; y no solamente su sintesis no es un método, sino que su modo de conducirse no es riguroso como piensan, y aun dá á la mente un hábito vicioso acostumbrándola á contentarse con no empezar por el verdadero principio. En una palabra, descomponer es un acto del entendimiento; componer es otro, y de ambos necesitamos en todas ocasiones; pero un método puramente analítico ó puramente sintético no existe. Volvamos á las ciencias. [378]

El estudio de las ciencias fisicas y naturales, y especialmente el de la química, me parece el mas á propósito de todos [379] para formar bien nuestra mente, es decir, para dar buenos hábitos á nuestro entendimiento. En la química son muchos y variados los fenómenos, y egercitan la memoria: son ademas complicados y muchas veces dificiles de comprenderse distintamente, y esto acostumbra á la atencion y hace que se desenvuelva la sagacidad de nuestra inteligencia: dan tambien materia á muchas deducciones y á sacar multiplicadas consecuencias, lo cual forma el racionio. Y como al mismo tiempo se tienen siempre á la vista los obgetos, se recurre frecuentemente á los esperimentos y á las observaciones, ya para no descaminarse en el curso de la deduccion, ya para verificar el resultado despues que se llegó al fin. A esto se reduce verdaderamente el buen método que no es, vuelvo á decir, ni analítico ni sintético; ó si se quiere referirle á estos, es el uso sucesivo de ambos segun y cuando convenga. [380]

Tambien el estudio de la fisiología seria muy á propósito para formar bien al entendimiento. Tiene igualmente que la química la ventaja de producir el hábito de observar con delicadeza y de racioniar sutilmente, habiendo de rectificar con frecuencia esta operacion con nuevos esperimentos. Puede añadirse que es superior á la química por

razon del objeto de que trata, porque el estudio de nosotros mismos es para nosotros el mas importante de todos, segun dijo Pope acertadísicamente. Comprendiendo ademas, como debe hacerse, en el conocimiento de nuestros órganos y de sus funciones, el del centro sensitivo y el de nuestras funciones intelectuales, tendremos que la fisiología nos enseña directamente cuáles son nuestros medios de conocer, su fuerza y su flaqueza, su [381] estension, sus límites y su modo de obrar. De este modo nos hace ver cómo debemos servirnos de ellos, y viene á ser realmente la primera de las ciencias y la introduccion á todas las demas. Pero nos es todavia tan poco conocida la naturaleza viviente, nos presenta tantos misterios impenetrables hasta ahora, son tantos los puntos oscuros ó imperfectamente iluminados que en ella se descubren, y permite tan pocas veces que puedan darse esplicaciones completamente satisfactorias, que yo recelaria si se diese á su estudio un entendimiento aun no bien formado, que en vez de habituarse al teson en las investigaciones y al atrevimiento para dudar, se acostumbre por el contrario á pagarse de conocimientos imperfectos y á entregarse á conjeturas arriesgadas. En una palabra, la fisiología es todavia una ciencia demasiado dificil para servir de preparacion y por decirlo asi de primera escuela. Es menester contentarse con el conocimiento de sus principales resultados para que sirvan de guías, pero no aspirar á traspasar ese término hasta que las facultades mentales tengan todo su vigor.

Resulta á mi parecer de todo esto, que en nuestras investigaciones debemos [382] siempre partir de las impresiones que recibimos, es decir, de los hechos: examinarlos atentamente para no ver en ellos sino lo que hay: aplicarnos con el mayor cuidado á formar segun ellos mismos ideas compuestas que sean consecuencias exactas suyas, y tomar todas las precauciones posibles para que una vez determinadas estas ideas no se alteren sin advertirlo nosotros en nuestra mente durante el curso de nuestras deducciones. Este es en mi opinion el único buen método, llámesele como se quiera; y esta es tambien la única conclusion que pongo á este escrito, que no es otra cosa que una esposicion sumaria de los principios lógicos mas importantes, ó bien una noticia de los principales hechos ó fenómenos relativos á la inteligencia humana, que es decir lo mismo de dos modos diferentes.

NOTA

Si despues de las esplicaciones precedentes aun hubiese quien tenga dificultad en creer que la perpetua é imperceptible variacion de nuestras ideas es la causa suficiente de todos nuestros errores sin que pueda haber otra, le ruego que dedique [383] algun rato de atencion á lo que he dicho en mi Lógica sobre ese particular; pero sobre todo le convendria leer detenidamente la obra inmortal del sábio profundo y juicioso que dejo citada. Me persuado á que la atenta meditacion de la historia fisiológica de nuestras sensaciones y de las modificaciones que padecen igualmente que nuestras disposiciones morales, por el efecto variado, contínuo ó accidental, de las edades, sexos, temperamentos, enfermedades y hábitos de toda especie, no le dejaria duda alguna sobre eso. Lo que yo he hecho aqui no ha sido sino sacar algunas consecuencias de ese cuadro magnífico de la naturaleza humana que aun podria dar otras muchas, y que para todos los ramos de nuestros conocimientos es asimismo una fuente de luz que debe cogerse sin temor de incurrir en demasía.

FIN

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

